

Elizabeth von Arnim

Abril Encantado



E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **ABRIL ENCANTADO**

**ELIZABETH VON ARNIM**

**PUBLICADO: 1922  
FUENTE: PROJECT GUTENBERG  
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA**

# CAPÍTULO I

Comenzó en un Club de Señoras de Londres, en una tarde de febrero — un club incómodo, una tarde miserable— cuando la señora Wilkins, que había bajado de Hampstead a hacer compras y había almorzado en el club, tomó del velador del salón de fumadores un ejemplar de The Times y, al recorrer con ojo distraído la columna de anuncios, encontró lo siguiente:

Para quienes aprecian la glicinia y el sol. Se alquila amueblado por el mes de abril un pequeño castillo medieval italiano a orillas del Mediterráneo. El servicio permanece. Z, Apartado 1000, The Times.

Así fue su concepción; y sin embargo, como ocurre en tantos otros casos, quien la concibió no lo advirtió en aquel momento.

Tan completamente ajena estaba la señora Wilkins a que su abril de aquel año quedaba resuelto en ese instante que depositó el periódico con un gesto a la vez irritado y resignado, fue hacia la ventana y se quedó mirando con desolación la calle mojada.

Para ella no eran los castillos medievales, ni siquiera aquellos expresamente descritos como pequeños. Para ella no eran las orillas del Mediterráneo en abril, ni la glicinia ni el sol. Tales placeres estaban reservados a los ricos. Ahora bien, el anuncio iba dirigido a personas que apreciaran esas cosas, de modo que también a ella le iba dirigido, pues sin duda las apreciaba; más de lo que nadie supiese; más de lo que ella hubiera confesado jamás. Pero era pobre. En el mundo entero no poseía más que noventa libras como bien propio, ahorradas año tras año, reservadas con cuidado libra a libra de su asignación para ropa. Había reunido esa suma por consejo

de su marido, como escudo y refugio para los días de lluvia. Su asignación para ropa, que le proporcionaba su padre, era de cien libras anuales, de modo que la ropa de la señora Wilkins era lo que su marido — siempre animándola a ahorrar— llamaba modesta y favorecedora, y lo que sus conocidas se decían unas a otras, cuando hablaban de ella, lo cual era raramente, pues resultaba muy insignificante, que era un espantajo.

El señor Wilkins, abogado de familia, fomentaba el ahorro, salvo en lo que respectaba a su propio sustento. Aquello no lo llamaba él ahorro, sino mala administración del hogar. Pero tenía grandes elogios para el ahorro que, como la polilla, se infiltraba en la ropa de la señora Wilkins y la estropeaba. «Nunca se sabe», decía, «cuándo llegará el día de lluvia, y puede que te alegres mucho de tener unos ahorros. Por cierto que los dos podríamos alegrarnos.»

Desde la ventana del club, mirando hacia Shaftesbury Avenue —su club era económico pero conveniente para Hampstead, donde vivía, y para Shoolbred's, donde hacía sus compras—, la señora Wilkins, tras permanecer allí un buen rato llena de tristeza, con el ojo de la mente fijo en el Mediterráneo de abril, en la glicinia y en las envidiables oportunidades de los ricos, mientras su ojo corporal contemplaba la lluvia verdaderamente horrible, ahumada y pertinaz, que caía sin cesar sobre los paraguas apresurados y los ómnibus que levantaban chorros de agua, se preguntó de pronto si acaso ese no era el día de lluvia que Mellersh —Mellersh era el señor Wilkins— tan a menudo la había animado a prever, y si escapar de semejante clima para refugiarse en el pequeño castillo medieval no sería precisamente lo que la Providencia había tenido siempre en mente que hiciera con sus ahorros. Parte de sus ahorros, claro está; quizás solo una pequeña parte. El castillo, por ser medieval, podría estar también en mal estado, y las reparaciones seguramente serían baratas. Unos cuantos desperfectos no le importarían en lo más mínimo, pues no se paga por los desperfectos que ya están ahí; al contrario —al reducir el precio que hay que abonar, en cierto modo son ellos los que pagan a uno. Pero qué tontería ponerse a pensarlo...

Se apartó de la ventana con el mismo gesto mezclado de irritación y resignación con el que había dejado The Times, cruzó la sala hacia la puerta con la intención de ir a por su impermeable y su paraguas, abrirse paso entre los atestados ómnibus y pasar por Shoolbred's de camino a casa para comprar lenguados para la cena de Mellersh —Mellersh era difícil con el

pescado y solo aceptaba lenguados, salvo el salmón — , cuando vio a la señora Arbuthnot, una mujer a la que conocía de vista por vivir también en Hampstead y pertenecer al club, sentada ante la mesa central de la sala donde se dejaban los periódicos y revistas, absorta, a su vez, en la primera página de The Times.

La señora Wilkins nunca había hablado aún con la señora Arbuthnot, que pertenecía a uno de los grupos de la iglesia y clasificaba, distribuía, dividía y registraba a los pobres; mientras que ella y Mellersh, cuando salían, frecuentaban las reuniones de pintores impresionistas, de los que en Hampstead había muchos. Mellersh tenía una hermana casada con uno de ellos que vivía en el páramo, y a causa de esta alianza la señora Wilkins se veía arrastrada a un círculo que le resultaba completamente ajeno, y había aprendido a temer los cuadros. Tenía que decir cosas sobre ellos, y no sabía qué decir. Solía murmurar «Maravilloso» y sentir que no era suficiente. Pero a nadie le importaba. Nadie escuchaba. Nadie prestaba atención a la señora Wilkins. Era de esas personas a quienes no se ve en las reuniones. Su ropa, infectada por el ahorro, la hacía casi invisible; su cara no llamaba la atención; su conversación era escasa; era tímida. Y si la ropa, la cara y la conversación de una son todas ellas insignificantes, pensaba la señora Wilkins, que reconocía sus limitaciones, ¿qué queda de una en una reunión?

Además, siempre iba con Wilkins, aquel hombre apuesto y afeitado que con solo presentarse en una reunión le daba cierta distinción. Wilkins era muy respetable. Se sabía que sus socios principales lo tenían en alta estima. El círculo de su hermana lo admiraba. Emitía juicios sobre el arte y los artistas que sonaban suficientemente inteligentes. Era conciso; era prudente; nunca decía una palabra de más, ni tampoco nunca una de menos. Daba la impresión de guardar copias de todo lo que decía; y era tan evidentemente una persona de fiar que con frecuencia ocurría que quienes lo conocían en esas reuniones quedaban descontentos con sus propios abogados y, tras un periodo de inquietud, se desligaban de ellos y se pasaban a Wilkins.

Naturalmente, la señora Wilkins quedaba eclipsada. «Ella», decía la hermana de su marido, con algo de ese mismo talante judicial, ponderado y definitivo, «debería quedarse en casa.» Pero Wilkins no podía dejar a su esposa en casa. Era abogado de familias, y todos los abogados de familias tienen esposa y la exhiben. Entre semana la llevaba a reuniones y los domingos a la iglesia. Como era aún bastante joven — tenía treinta y nueve

años — y aspiraba a hacerse con clientas ricas de edad, de las cuales no poseía aún en su bufete un número suficiente, no podía permitirse faltar a la iglesia; y fue allí donde la señora Wilkins llegó a conocer de vista, aunque nunca de palabra, a la señora Arbuthnot.

La veía conducir a los niños de los pobres hacia los bancos. Llegaba al frente de la procesión procedente de la escuela dominical exactamente cinco minutos antes que el coro, y conseguía colocar ordenadamente a sus niños y niñas en sus asientos reservados, arrodillarlos en su oración previa y ponerlos de pie justo cuando, al son del órgano, la puerta de la sacristía se abría y el coro y el clero, henchidos de las letanías y mandamientos que estaban a punto de entonar y recitar, emergían. Tenía cara de tristeza, y sin embargo era evidentemente eficiente. La combinación solía hacer reflexionar a la señora Wilkins, pues Mellersh le había dicho en los días en que solo había conseguido pescadilla, que si una persona fuera eficiente no estaría deprimida, y que si una hace bien su trabajo se vuelve automáticamente alegre y diligente.

En la señora Arbuthnot no había nada alegre ni diligente, aunque sí mucho de automático en su trato con los niños de la escuela dominical; pero cuando la señora Wilkins, al apartarse de la ventana, la vio en el club, no estaba siendo automática en absoluto, sino mirando fijamente un fragmento de la primera página de *The Times*, sosteniendo el periódico perfectamente quieto, con los ojos inmóviles. Simplemente miraba; y su cara, como siempre, era la cara de una Madona paciente y desilusionada.

Obedeciendo a un impulso del que se sorprendía incluso mientras obedecía, la señora Wilkins, la tímida e irresoluta, en lugar de encaminarse hacia el guardarropa como tenía previsto y de allí a *Shoolbred's* en busca del pescado de Mellersh, se detuvo junto a la mesa y se sentó exactamente enfrente de la señora Arbuthnot, con quien no había cruzado una sola palabra en toda su vida.

Era una de esas largas y estrechas mesas de refectorio, de modo que quedaban muy cerca la una de la otra.

La señora Arbuthnot, sin embargo, no levantó la vista. Continuó mirando, con ojos que parecían soñar, un solo punto de *The Times*.

La señora Wilkins la observó un momento, tratando de armarse de valor para hablarle. Quería preguntarle si había visto el anuncio. No sabía por qué quería preguntárselo, pero quería. Qué torpeza no ser capaz de hablar con ella. Tenía una cara tan bondadosa. Tenía un aire tan desdichado. ¿Por qué no podían dos personas desdichadas reconfortarse mutuamente en su camino por este árido asunto que es la vida, con un poco de conversación —una conversación real, natural, sobre lo que sentían, lo que habrían querido, lo que aún intentaban esperar? Y no podía evitar pensar que la señora Arbuthnot también estaba leyendo ese mismo anuncio. Sus ojos estaban en el preciso fragmento del periódico. ¿Estaría ella también imaginando cómo sería aquello —el color, la fragancia, la luz, el suave chapoteo del mar entre las pequeñas rocas calientes? Color, fragancia, luz, mar; en lugar de Shaftesbury Avenue, y los ómnibus mojados, y la sección de pescadería de Shoolbred's, y el metro hacia Hampstead, y la cena, y mañana lo mismo y pasado lo mismo y siempre lo mismo...

De repente la señora Wilkins se encontró inclinada sobre la mesa.

—¿Está leyendo lo del castillo medieval y la glicinia? —se oyó preguntar.

Naturalmente la señora Arbuthnot se sorprendió; pero no estaba ni la mitad de sorprendida que la señora Wilkins de sí misma por haber preguntado.

La señora Arbuthnot no había reparado aún, que ella supiera, en la figura desaliñada, desgarrada, mal ensamblada que tenía enfrente, con su carita pecosa y sus grandes ojos grises que casi desaparecían bajo un sombrero de lluvia aplastado y empapado; y la miró un momento sin responder. Estaba leyendo lo del castillo medieval y la glicinia, o más bien lo había leído hacía diez minutos, y desde entonces se había perdido en sueños —de luz, de color, de fragancia, del suave chapoteo del mar entre las pequeñas rocas calientes...

—¿Por qué me pregunta eso? —dijo con su voz grave, pues el trato con los pobres y el trato de los pobres hacia ella la habían vuelto grave y paciente.

La señora Wilkins se ruborizó y pareció sumamente tímida y asustada.

—Oh, solo porque yo también lo vi, y pensé que quizás... pensé de alguna manera... —tartamudeó.

Ante esto, la señora Arbuthnot, cuya mente estaba habituada a clasificar a las personas en listas y categorías, consideró por costumbre, mientras miraba pensativa a la señora Wilkins, bajo qué epígrafe, en el caso de tener que clasificarla, podría inscribirla con mayor propiedad.

—Y la conozco de vista —prosiguió la señora Wilkins, que, como todos los tímidos, una vez que echaba a andar se lanzaba hacia adelante, asustándose a sí misma hacia más y más palabras por el mero sonido de lo que acababa de decir—. Todos los domingos... la veo todos los domingos en la iglesia...

—¿En la iglesia? —repitió la señora Arbuthnot.

—Y esto parece tan maravilloso... este anuncio sobre la glicinia... y...

La señora Wilkins, que debía de tener al menos treinta años, se interrumpió y se removió en el asiento con el movimiento de una colegiala torpe y cohibida.

—Parece tan maravilloso —prosiguió con una especie de arrebató—, y... es un día tan miserable...

Y entonces se quedó mirando a la señora Arbuthnot con los ojos de una perra encerrada.

«Esta pobre criatura», pensó la señora Arbuthnot, cuya vida entera se dedicaba a ayudar y aliviar, «necesita consejo.»

Se preparó, por tanto, para dárselo con paciencia.

—Si me ve en la iglesia —dijo, con amabilidad y atención—, supongo que usted también vive en Hampstead.

—Ah, sí —dijo la señora Wilkins. Y repitió, con la cabeza inclinada sobre su largo cuello delgado como si el recuerdo de Hampstead la doblegara—: Ah, sí.

—¿Dónde? —preguntó la señora Arbuthnot, que, cuando se necesitaba consejo, procedía naturalmente a reunir primero los hechos.

Pero la señora Wilkins, posando la mano con suavidad y cariño sobre la parte de *The Times* donde estaba el anuncio, como si las meras palabras impresas fuesen algo precioso, solo dijo:

—Quizás por eso todo esto parece tan maravilloso.

—No... creo que sería maravilloso de todos modos —dijo la señora Arbuthnot, olvidándose de los hechos y suspirando levemente.

—¿Lo estaba leyendo?

—Sí —dijo la señora Arbuthnot, con los ojos volviendo a soñar.

—¿No sería maravilloso? —murmuró la señora Wilkins.

—Maravilloso —dijo la señora Arbuthnot. Su cara, que se había iluminado, se apagó de nuevo adoptando una expresión de paciencia—. Muy maravilloso —dijo—. Pero no tiene ningún sentido perder el tiempo pensando en esas cosas.

—Oh, pero sí lo tiene —fue la rápida y sorprendente respuesta de la señora Wilkins; sorprendente porque era tan distinta del resto de ella —la chaqueta y la falda sin carácter, el sombrero arrugado, el mechón de pelo indeciso escapándose hacia fuera—. Y solo el contemplarlas ya merece la pena... menudo cambio de Hampstead... y a veces creo... realmente creo... que si una piensa con suficiente intensidad, las cosas acaban materializándose.

La señora Arbuthnot la observó con paciencia. ¿En qué categoría la pondría, si tuviese que hacerlo?

—Quizás —dijo, inclinándose un poco hacia adelante—, me diga usted su nombre. Si vamos a ser amigas —y sonrió su sonrisa grave—, como es pero que seamos, mejor es empezar por el principio.

—Oh, sí... qué amable de su parte. Soy la señora Wilkins —dijo la señora Wilkins—. No espero —añadió, ruborizándose, al ver que la señora Arbuthnot guardaba silencio— que eso le diga gran cosa. A veces... a mí misma tampoco me dice gran cosa. Pero —miró a su alrededor con un gesto de buscar apoyo— soy la señora Wilkins.

No le gustaba su nombre. Era un nombre mezquino y pequeño, con una especie de retorcimiento jocosos, según le parecía, en su final, como la curva hacia arriba del rabo de un carlino. Ahí estaba, sin embargo. No había nada que hacer con él. Wilkins era y Wilkins seguiría siendo; y aunque su marido la animaba a darlo en todas las ocasiones como señora Mellersh-Wilkins, ella solo lo hacía cuando él estaba al alcance del oído, pues consideraba que

Mellersh empeoraba a Wilkins, acentuándolo de la manera en que Chatsworth en los pilares de la entrada acentúa el chalet.

Cuando él sugirió por primera vez que añadiera Mellersh, ella puso objeciones por la razón anterior; y Mellersh, tras una pausa —Mellersh era demasiado prudente para hablar salvo después de una pausa, durante la cual presumiblemente tomaba mentalmente una copia cuidadosa de la observación que iba a hacer—, dijo, muy disgustado: «Pero yo no soy un chalet», y la miró como mira quien espera, quizás por centésima vez, no haber cometido la imprudencia de casarse con una tonta.

Él no era un chalet, desde luego, le aseguraba la señora Wilkins; nunca había supuesto tal cosa; jamás se le había pasado por la cabeza... solo estaba pensando...

Cuanto más explicaba, más se volvía la esperanza de Mellersh, ya familiar para él pues llevaba entonces dos años de marido, de no haberse casado por casualidad con una tonta; y tuvieron una prolongada disputa, si es que puede llamarse disputa lo que se conduce con digno silencio de un lado y sinceras disculpas del otro, sobre si la señora Wilkins había pretendido o no dar a entender que el señor Wilkins era un chalet.

«Creo», había pensado ella cuando todo terminó al fin —tardó bastante—, «que cualquiera reñiría por cualquier cosa cuando llevan sin separarse un solo día dos años enteros. Lo que los dos necesitamos es unas vacaciones.»

—Mi marido —siguió diciéndole la señora Wilkins a la señora Arbuthnot, intentando arrojar algo de luz sobre sí misma— es abogado. —Buscó algo ilustrativo que decir sobre Mellersh y encontró—: Es muy apuesto.

—Vaya —dijo la señora Arbuthnot con amabilidad—, eso debe de ser un gran placer para usted.

—¿Por qué? —preguntó la señora Wilkins.

—Porque —dijo la señora Arbuthnot, un tanto desconcertada, pues el trato constante con los pobres la tenía acostumbrada a que sus afirmaciones se aceptasen sin cuestionamiento—, porque la belleza... el buen parecer... es un don como cualquier otro, y si se utiliza bien...

Se fue apagando en silencio. Los grandes ojos grises de la señora Wilkins estaban fijos en ella, y de repente le pareció a la señora Arbuthnot que quizás se estaba cristalizando en un hábito de exposición, y de exposición a la manera de las niñeras, por tener un público que no podía sino estar de acuerdo, que tendría miedo de interrumpirla aunque quisiera, que no sabía, que estaba, en definitiva, a su merced.

Pero la señora Wilkins no la escuchaba; pues en ese preciso instante, por absurdo que pareciera, había cruzado por su mente una imagen, y en ella había dos figuras sentadas juntas bajo una glicinia colgante que se extendía por entre las ramas de un árbol que ella no reconocía, y eran ella misma y la señora Arbuthnot —las veía— las veía. Y detrás de ellas, brillantes bajo el sol, había viejos muros grises —el castillo medieval— lo veía— estaban allí...

Por eso miraba fijamente a la señora Arbuthnot y no oía una sola palabra de lo que decía. Y la señora Arbuthnot también miraba fijamente a la señora Wilkins, detenida por la expresión de su cara, que se había llenado de la emoción de lo que veía y temblaba y relucía bajo esa emoción como el agua a la luz del sol cuando la riza un golpe de viento. En ese momento, si hubiesen estado en una reunión, la señora Wilkins habría sido el centro de todas las miradas.

Se miraron; la señora Arbuthnot con sorpresa e interrogación; la señora Wilkins con los ojos de quien acaba de tener una revelación. Claro. Así era como podía hacerse. Ella sola no podría pagarlo, y tampoco podría, aunque lo pagase, ir allí completamente sola; pero ella y la señora Arbuthnot juntas...

Se inclinó sobre la mesa.

—¿Por qué no intentamos conseguirlo? —susurró.

La señora Arbuthnot abrió los ojos aún más.

—¿Conseguirlo? —repitió.

—Sí —dijo la señora Wilkins, todavía como si temiera que la oyeran—. No quedarnos aquí sentadas diciendo qué maravilla, y luego volver a casa a Hampstead sin haber movido un dedo... volver a casa como siempre y ver lo de la cena y el pescado, igual que llevamos haciendo años y años y seguiremos haciendo años y años. De hecho —dijo la señora Wilkins, enro-

jeciéndose hasta la raíz del cabello, pues el sonido de lo que estaba diciendo, de lo que salía a torrentes, la asustaba, y sin embargo no podía parar —, no le veo fin a esto. No tiene fin. De modo que habría que haber un descanso, habría que haber intervalos —en beneficio de todos. Mire, en realidad sería casi un acto de generosidad marcharse y ser feliz por un tiempo, porque volveríamos mucho más agradables. Verá, al cabo de un tiempo todo el mundo necesita unas vacaciones.

—Pero... ¿qué quiere decir con conseguirlo? —preguntó la señora Arbuthnot.

—Tomarlo —dijo la señora Wilkins.

—¿Tomarlo?

—Alquilarlo. Arrendarlo. Tenerlo.

—Pero... ¿quiere decir usted y yo?

—Sí. Entre las dos. A medias. Así solo costaría la mitad, y usted tiene un aspecto tan... tan exacto de querer esto tanto como yo... de necesitar descansar... de merecer que le pase algo bueno.

—Pero si no nos conocemos.

—¡Piense en lo bien que nos conoceríamos si nos fuéramos juntas un mes! Y yo tengo ahorros para el día de lluvia, y supongo que usted también, y este es el día de lluvia... ¡mírelo!

«Está desequilibrada», pensó la señora Arbuthnot; y, sin embargo, se sentía extrañamente conmovida.

—Imagínese marcharse todo un mes... lejos de todo... al paraíso...

«No debería decir esas cosas», pensó la señora Arbuthnot. «El párroco...» Y sin embargo se sentía extrañamente conmovida. Sería en verdad maravilloso tener un descanso, un cese.

El hábito, no obstante, la estabilizó de nuevo; y años de trato con los pobres la llevaron a decir, con la leve aunque compasiva superioridad del que explica:

—Pero entonces, ¿ve usted?, el paraíso no está en ningún otro lado. Está aquí y ahora. Así nos lo han dicho.

Se puso muy seria, como hacía cuando intentaba con paciencia ayudar e iluminar a los pobres.

—El paraíso está dentro de nosotros —dijo con su voz suave y baja—. Eso nos lo dicen en la más alta autoridad. Y conoce los versos sobre los puntos de contacto, ¿verdad?...

—Oh, sí, los conozco —interrumpió la señora Wilkins con impaciencia.

—Los puntos de contacto entre el cielo y el hogar —continuó la señora Arbuthnot, que tenía costumbre de terminar sus frases—. El cielo está en nuestro hogar.

—No está —dijo la señora Wilkins, con otra de sus sorprendentes réplicas.

La señora Arbuthnot quedó desconcertada. Luego dijo con suavidad:

—Oh, pero sí lo está. Está ahí si lo elegimos, si lo creamos.

—Lo elijo y lo creo, y no está —dijo la señora Wilkins.

Entonces la señora Arbuthnot guardó silencio, pues también ella tenía a veces dudas sobre los hogares. Se quedó mirando a la señora Wilkins con inquietud, sintiendo cada vez más la urgente necesidad de clasificarla. Si pudiera clasificar a la señora Wilkins, inscribirla bajo el epígrafe que le correspondía, sentía que ella misma recobrarla el equilibrio, que parecía estar inclinándose de un modo muy extraño hacia un solo lado. Porque ella tampoco había tenido vacaciones en años, y el anuncio al verlo la había puesto a soñar, y el entusiasmo de la señora Wilkins era contagioso, y tenía la sensación, mientras escuchaba aquella charla impetuosa y extraña y contemplaba su cara iluminada, de que la sacaban de un sueño.

Claramente la señora Wilkins estaba desequilibrada, pero la señora Arbuthnot había conocido a personas desequilibradas —de hecho las conocía constantemente— y no tenían ningún efecto sobre su propia estabilidad; mientras que esta le estaba haciendo sentir algo bastante inestable, bastante como si marcharse y alejarse, lejos de sus puntos de referencia —Dios, el Marido, el Hogar y el Deber—, y simplemente por una vez ser feliz, sería algo bueno y deseable. Lo cual, desde luego, no era así; lo cual, desde luego, definitivamente no era así. Ella también tenía sus ahorros, invertidos gradualmente en la Caja de Ahorros Postal, pero suponer que lle-

garía a olvidar su deber hasta el punto de retirarlos y gastárselos en sí misma era sin duda absurdo. ¿De verdad podría, lo haría alguna vez? ¿De verdad olvidaría a sus pobres, olvidaría la miseria y la enfermedad tan completamente? Sin duda un viaje a Italia sería extraordinariamente delicioso, pero había muchas cosas deliciosas que una desearía hacer, ¿y para qué se le daban a una las fuerzas sino para ayudarla a no hacerlas?

Firmes como los puntos cardinales en la señora Arbuthnot eran las cuatro grandes realidades de la vida: Dios, el Marido, el Hogar, el Deber. Años atrás, después de un periodo de mucho sufrimiento, se había dormido sobre esas realidades, con la cabeza apoyada en ellas como sobre una almohada; y sentía un profundo temor de que la despertaran de una condición tan simple y sin contratiempos. Por eso buscaba con ahínco un epígrafe bajo el que inscribir a la señora Wilkins, iluminando y estabilizando así su propio espíritu; y sentada allí, mirándola con inquietud tras su último comentario, sintiéndose cada vez más desequilibrada e infectada, decidió, pro tem, como decía el párroco en las reuniones, inscribirla bajo el epígrafe Nervios. Era posible que debiera entrar directamente en la categoría Histeria, que a menudo no era sino la antecámara de la Locura; pero la señora Arbuthnot había aprendido a no apresurar a las personas hacia sus categorías definitivas, pues en más de una ocasión había descubierto con consternación que se había equivocado; y qué difícil había resultado sacarlas de allí, y qué aplastante sentido de remordimiento la había embargado.

Sí. Nervios. Probablemente no tenía un trabajo regular para los demás, pensó la señora Arbuthnot; ningún trabajo que la sacara de sí misma. Evidentemente iba a la deriva —zarandeada por rachas de viento, por impulsos. Nervios era casi con certeza su categoría, o lo sería muy pronto si nadie la ayudaba. Pobrecilla, pensó la señora Arbuthnot, recuperando el equilibrio de la mano de su compasión, sin poder ver, por culpa de la mesa, el largo que eran las piernas de la señora Wilkins. Solo veía su carita ansiosa y tímida, sus hombros delgados y el aire de anhelo infantil en sus ojos ante algo que estaba segura la haría feliz. No; esas cosas no hacen feliz a la gente, esas cosas fugaces. La señora Arbuthnot había aprendido en su larga vida con Frederick —era su marido, con quien se casó a los veinte años y tenía ahora treinta y tres— dónde únicamente se encuentran las alegrías verdaderas. Se encuentran, había aprendido ya, solo en vivir para los demás, día a día, hora a hora; se encuentran únicamente —¿no había llevado allí

repetidamente sus decepciones y sus desalientos, y se había ido reconfortada? — a los pies de Dios.

Frederick había sido la clase de marido cuya esposa acude temprano a los pies de Dios. De él a ellos había sido un paso breve aunque doloroso. Le parecía breve en retrospectiva, pero había durado en realidad todo el primer año de matrimonio, y cada centímetro del camino había sido una lucha, y cada centímetro de él estaba manchado, le había parecido en aquel entonces, con la sangre de su corazón. Todo eso había pasado ya. Hacía mucho que había encontrado la paz. Y Frederick, de su novio apasionadamente amado, de su adorado marido joven, se había convertido en el segundo de la lista de sus deberes y resignaciones, solo por detrás de Dios. Ahí colgaba, el segundo en importancia, una cosa sin sangre sangrada en blanco por sus oraciones. Durante años solo había sido capaz de ser feliz olvidando la felicidad. Quería seguir así. Quería cerrar los ojos ante todo lo que le recordase cosas hermosas, que pudiera ponerla de nuevo a desear, a anhelar...

— Me gustaría mucho ser amigas — dijo con sinceridad —. ¿No vendría a verme alguna vez, o me dejaría ir a verla a usted? Siempre que sienta ganas de hablar. Le daré mi dirección — buscó en su bolso —, así no lo olvidará. — Y encontró una tarjeta y se la tendió.

La señora Wilkins ignoró la tarjeta.

— Es tan curioso — dijo la señora Wilkins, como si no la hubiera oído —, pero me veo a las dos... a usted y a mí... en el castillo medieval este abril.

La señora Arbuthnot volvió a caer en la inquietud.

— ¿De verdad? — dijo, haciendo un esfuerzo por mantener el equilibrio ante la mirada visionaria de los brillantes ojos grises —. ¿De verdad?

— ¿Nunca ve cosas en una especie de destello antes de que ocurran? — preguntó la señora Wilkins.

— Nunca — dijo la señora Arbuthnot.

Intentó sonreír; intentó sonreír la sonrisa comprensiva aunque sabia y tolerante con la que acostumbraba a escuchar las opiniones necesariamente parciales e incompletas de los pobres. No lo logró. La sonrisa se le torció.

— Claro — dijo en voz baja, casi como si temiese que el párroco y la Caja de Ahorros la escuchasen —, sería de lo más hermoso... de lo más

hermoso...

— Aunque fuera malo — dijo la señora Wilkins —, solo sería por un mes.

— Eso... — empezó la señora Arbuthnot, con toda la claridad que podía sobre la reprehensibilidad de semejante punto de vista; pero la señora Wilkins la interrumpió antes de que pudiera terminar.

— De todas formas — dijo la señora Wilkins, interrumpiéndola —, estoy segura de que es malo seguir siendo buena demasiado tiempo, hasta que una se vuelve desgraciada. Y puedo ver que usted ha sido buena durante años y años, porque tiene un aspecto tan infeliz — la señora Arbuthnot abrió la boca para protestar —, y yo... yo no he hecho más que cumplir obligaciones, cosas por los demás, desde que era una muchacha, y no creo que a nadie le importe lo más mínimo... ni lo más... mínimo... y yo ansío... oh, ansío... algo distinto... algo distinto...

¿Iba a llorar? La señora Arbuthnot se sintió profundamente incómoda y compasiva. Esperaba que no fuera a llorar. No allí. No en aquella sala poco acogedora, con extraños que entraban y salían.

Pero la señora Wilkins, después de tirar con agitación de un pañuelo que no quería salir del bolsillo, sí consiguió al final limitarse a sonarse la nariz de una manera aparentemente casual, y luego, parpadeando muy deprisa un par de veces, miró a la señora Arbuthnot con un aire tembloroso a medias humilde y a medias asustado, y sonrió.

— ¿Creerá usted — susurró, intentando dominar la boca, evidentemente avergonzadísima de sí misma — que en mi vida he hablado con nadie así? No entiendo, simplemente no entiendo, qué me ha pasado.

— Es el anuncio — dijo la señora Arbuthnot, asintiendo gravemente.

— Sí — dijo la señora Wilkins, secándose a hurtadillas los ojos —, y que las dos somos tan... — se sonó la nariz de nuevo, un poco —, tan desgraciadas.

## CAPÍTULO II

Naturalmente la señora Arbuthnot no era desgraciada —¿cómo iba a serlo, se preguntaba, si Dios cuidaba de ella?—; pero dejó que eso pasase sin refutarlo por el momento, convencida de que aquí había otra semejante necesitada de su ayuda; y no solo de botas y mantas y mejores condiciones sanitarias esta vez, sino de la ayuda más delicada de la comprensión, de encontrar las palabras exactas y adecuadas.

Las palabras exactas y adecuadas, según fue descubriendo tras probar varias sobre el vivir para los demás, y la oración, y la paz que se encuentra al ponerse a disposición incondicional de Dios —a todas estas palabras la señora Wilkins oponía otras palabras, incoherentes y sin embargo, de momento al menos, hasta que hubiese más tiempo para reflexionar, difíciles de refutar—, las palabras exactas y adecuadas fueron la sugerencia de que no había ningún mal en responder al anuncio. Sin compromiso alguno. Mera consulta. Y lo que perturbó a la señora Arbuthnot de esa sugerencia fue que no la hacía solo para consolar a la señora Wilkins; la hacía por su propio extraño anhelo del castillo medieval.

Eso era muy perturbador. Ahí estaba ella, acostumbrada a dirigir, a guiar, a aconsejar, a sostener —excepto a Frederick; a Frederick hacía mucho que había aprendido a dejárselo a Dios—, siendo guiada ella misma, siendo influida y desestabilizada, por un mero anuncio, por una mera desconocida incoherente. Era en verdad perturbador. No conseguía entender su súbito anhelo de lo que, en definitiva, era autoindulgencia, cuando en años no había entrado en su corazón ningún deseo semejante.

—No hay ningún mal en preguntar simplemente —dijo en voz baja, como si el párroco y la Caja de Ahorros y todos sus pobres pacientes y dependientes estuvieran escuchando y condenando.

—No es como si eso nos comprometiera a nada —dijo la señora Wilkins, también en voz baja, pero su voz temblaba.

Se levantaron simultáneamente —la señora Arbuthnot sintió una sorpresa al descubrir lo alta que era la señora Wilkins— y fueron hacia un escritorio, y la señora Arbuthnot escribió a Z, Apartado 1000, The Times, solicitando información. Pidió todos los detalles, pero el único que realmente querían era el del alquiler. Ambas sentían que debía ser la señora Arbuthnot quien escribiera la carta y se ocupara de la parte de los negocios. No solo estaba ella acostumbrada a organizar y ser práctica, sino que además era mayor y, desde luego, más tranquila; y la propia señora Arbuthnot no dudaba tampoco de ser más sabia. La señora Wilkins tampoco lo dudaba; la misma manera en que la señora Arbuthnot se partía el pelo sugería una gran calma que solo podía proceder de la sabiduría.

Pero si era más sabia, mayor y más tranquila, la nueva amiga de la señora Arbuthnot le parecía sin embargo la que impulsaba. Incoherente, y sin embargo impulsaba. Parecía tener, aparte de su necesidad de ayuda, un carácter perturbador de un tipo particular. Tenía una curiosa capacidad de contagio. Arrastraba a una. Y la manera en que su mente inestable saltaba a conclusiones —erróneas, por supuesto; valga como prueba la conclusión de que ella, la señora Arbuthnot, era desgraciada—, la manera en que saltaba a las conclusiones era desconcertante.

Sin embargo, fuera lo que fuera, y cualesquiera que fueran sus inestabilidades, la señora Arbuthnot se encontró compartiendo su emoción y su anhelo; y cuando la carta fue depositada en el buzón del vestíbulo y ya no había manera de recuperarla, ambas sintieron la misma sensación de culpa.

—Solo demuestra —dijo la señora Wilkins en un susurro, mientras se apartaban del buzón— lo inmaculadamente buenas que hemos sido en toda nuestra vida. La primera vez que hacemos algo que nuestros maridos no saben nos sentimos culpables.

—Me temo que no puedo decir que haya sido inmaculadamente buena —protestó con suavidad la señora Arbuthnot, un poco incómoda ante este nuevo ejemplo de conclusión acertada, pues no había dicho una sola palabra sobre su sensación de culpa.

—Oh, pero estoy segura de que sí... la veo siendo buena... y por eso no es usted feliz.

«No debería decir esas cosas», pensó la señora Arbuthnot. «Tengo que intentar ayudarla a no hacerlo.»

En voz alta dijo gravemente:

—No sé por qué insiste en que no soy feliz. Cuando me conozca mejor creo que descubrirá que sí lo soy. Y estoy segura de que en el fondo no piensa realmente que la bondad, si alguien llegase a alcanzarla, hace a uno desdichado.

—Sí lo pienso —dijo la señora Wilkins—. Nuestra clase de bondad sí. Hemos llegado a alcanzarla, y somos desdichadas. Hay clases de bondad miserables y clases de bondad felices —el tipo que tendremos en el castillo medieval, por ejemplo, es del feliz.

—Es decir, suponiendo que vayamos —dijo la señora Arbuthnot con prudencia. Sentía que había que sujetar a la señora Wilkins—. Al fin y al cabo solo hemos escrito a preguntar. Cualquiera puede hacer eso. Creo que es muy probable que encontremos las condiciones imposibles, e incluso si no lo fueran, probablemente mañana ya no quereremos ir.

—Las veo allí —fue la respuesta de la señora Wilkins.

Todo eso era muy desestabilizador. La señora Arbuthnot, mientras chapoteaba poco después por las calles mojadas de camino a una reunión donde debía hablar, se encontraba en un estado mental inusualmente turbado. Había procurado, esperaba, mostrarse muy tranquila ante la señora Wilkins, muy práctica y sobria, disimulando su propia emoción. Pero en realidad estaba extraordinariamente conmovida, y se sentía feliz, y se sentía culpable, y se sentía asustada, y tenía todos los sentimientos —aunque esto ella no lo sabía— de una mujer que acaba de regresar de una cita secreta con su amante. Y eso, en efecto, era lo que parecía cuando llegó tarde a su tribuna; ella, la de la frente despejada, tenía casi un aire furtivo cuando sus ojos cayeron sobre las rígidas caras de madera que la esperaban para oírla intentar persuadirlos de que contribuyesen al alivio de las urgentes necesidades de los pobres de Hampstead, cada uno convencido de que él mismo necesitaba contribuciones. Parecía como si estuviera ocultando algo reprehensible aunque delicioso. Ciertamente su habitual expresión clara de franqueza no estaba allí, y en su lugar había una especie de contento reprimido

y asustado que habría llevado a un público más mundano a la convicción instantánea de un reciente y probablemente apasionado enamoramiento.

Hermosura, hermosura, hermosura... las palabras seguían resonando en sus oídos mientras estaba en la tribuna hablando de cosas tristes a la escasamente concurrida reunión. Nunca había estado en Italia. ¿Era eso en lo que al final iban a gastarse sus ahorros? Aunque no podía aprobar la manera en que la señora Wilkins estaba introduciendo la idea de la predestinación en su futuro inmediato, como si ella no tuviera elección, como si luchar o incluso reflexionar fuera inútil, sin embargo la influía. Los ojos de la señora Wilkins habían sido ojos de vidente. Había personas así, lo sabía la señora Arbuthnot; y si la señora Wilkins la había visto realmente en el castillo medieval, parecía probable que luchar fuera una pérdida de tiempo. Y sin embargo gastarse los ahorros en autoindulgencia... El origen de esos ahorros había sido impuro, pero al menos había dado por sentado que su fin sería honroso. ¿Iba a desviarlos de su destino previsto, que era lo único que había parecido justificar que los conservase, y gastárselos en procurarse placer?

La señora Arbuthnot siguió hablando sin parar, tan ejercitada en esa clase de discurso que habría podido decirlo todo dormida, y al final de la reunión, con los ojos deslumbrados por sus visiones secretas, apenas advirtió que nadie estaba conmovido en ningún sentido, y mucho menos en el de las contribuciones.

Pero el párroco sí lo advirtió. El párroco estaba decepcionado. Habitualmente su buena amiga y colaboradora la señora Arbuthnot obtenía mejores resultados. Y, lo que era aún más insólito, observó que a ella ni siquiera parecía importarle.

—No me imagino —le dijo al despedirse, hablando con irritación, pues estaba irritado tanto con el público como con ella—, qué le pasa a esta gente. Nada parece conmoverles.

—Quizás necesitan unas vacaciones —sugirió la señora Arbuthnot; una respuesta insatisfactoria y extraña, pensó el párroco.

—¿En febrero? —le gritó sarcásticamente.

—Oh, no... hasta abril —dijo la señora Arbuthnot por encima del hombro.

«Muy raro», pensó el párroco. «Verdaderamente muy raro.» Y volvió a casa y acaso no estuvo del todo cristiano con su mujer.

Esa noche en sus oraciones la señora Arbuthnot pidió orientación. Sentía que en realidad debería pedir, directamente y sin rodeos, que el castillo medieval hubiera sido ya alquilado por algún otro y que así el asunto quedara zanjado; pero le faltó valor. ¿Y si esa oración se viera respondida? No; no podía pedirlo; no podía arriesgarse. Y al fin y al cabo —casi se lo señalaba a Dios—, si gastaba sus ahorros presentes en unas vacaciones, podría muy pronto acumular otros nuevos. Frederick le insistía en darle dinero; y solo significaría que mientras reunía un segundo huevo de reserva, sus aportaciones a las obras benéficas de la parroquia serían por un tiempo menores. Y entonces podría ser el siguiente huevo de reserva cuya impureza original quedase purificada por el uso al que finalmente se destinase.

Pues la señora Arbuthnot, que no tenía dinero propio, estaba obligada a vivir de los productos de las actividades de Frederick, y hasta sus ahorros eran el fruto, madurado a destiempo, de un pecado antiguo. La manera en que Frederick se ganaba la vida era uno de los motivos permanentes de angustia en su existencia. Escribía memorias inmensamente populares, con regularidad, cada año, sobre las amantes de los reyes. En la historia había numerosos reyes que habían tenido amantes, y aún más numerosas amantes que habían tenido reyes; de modo que había podido publicar un volumen de memorias durante cada año de su vida conyugal, y aun así quedaban grandes pilas de esas señoras esperando turno. La señora Arbuthnot estaba indefensa. Lo quisiera o no, estaba obligada a vivir de los beneficios. Una vez le regaló un horrible sofá, tras el éxito de sus memorias sobre la du Barry, con cojines hinchados y regazo blando y acogedor, y le parecía una cosa lamentable que allí, en su propio hogar, campease esa reencarnación de una vieja pecadora francesa.

Sencillamente buena, convencida de que la moralidad es la base de la felicidad, el hecho de que ella y Frederick obtuviesen el sustento de la culpa, por muy purificada que hubiera quedado por el paso de los siglos, era una de las razones secretas de su tristeza. Cuanto más olvidada de sí misma había estado la dama celebrada en las memorias, más se leía el libro sobre ella y más generoso se mostraba él con su esposa; y todo lo que él le daba se gastaba, previa pequeña adición a sus ahorros —pues tenía la esperanza y la convicción de que algún día la gente dejaría de querer leer sobre mal-

dades, y entonces Frederick necesitaría ser sostenido — , en ayudar a los pobres. La parroquia prosperaba gracias, por tomar unos pocos al azar, al mal comportamiento de las señoras du Barry, de Montespan, de Pompadour, de Ninon de l'Enclos, y aun de la sabia Maintenon. Los pobres eran el filtro a través del cual pasaba el dinero, para salir, según esperaba la señora Arbuthnot, purificado. No podía hacer más. En tiempos pasados había intentado pensar la situación hasta sus últimas consecuencias, descubrir el curso de acción exacto y adecuado que debía tomar, pero lo había encontrado tan difícil como a Frederick, y lo había dejado, como había dejado a Frederick, en manos de Dios. Nada de ese dinero se gastaba en su casa ni en su ropa; estas permanecían, salvo por el gran sofá blando, austeras. Eran los pobres quienes se beneficiaban. Sus propias botas estaban sólidas de pecados. Pero qué difícil había sido todo. La señora Arbuthnot, buscando orientación, había rezado sobre ello hasta el agotamiento. ¿Debería acaso negarse a tocar el dinero, evitarlo como hubiera evitado los pecados que eran su origen? ¿Pero entonces qué pasaría con las botas de la parroquia? Le preguntó al párroco qué pensaba él, y aunque mediante mucho lenguaje delicado, evasivo y cauteloso, acabó finalmente por quedar claro que él estaba a favor de las botas.

Al menos había persuadido a Frederick, cuando comenzó su terrible y exitosa carrera — solo la comenzó después de su matrimonio; cuando ella se casó con él era un funcionario irreprochable adscrito a la biblioteca del Museo Británico — , para que publicase las memorias bajo otro nombre, de modo que ella no quedara señalada públicamente. Hampstead leía los libros con deleite, y no tenía la menor idea de que su autor vivía en su seno. Frederick era casi desconocido incluso de vista en Hampstead. Nunca asistía a ninguna de sus reuniones. Fuera lo que fuera lo que hacía por recreación, lo hacía en Londres, pero nunca hablaba de lo que hacía ni de a quién veía; habría podido ser perfectamente un solitario a juzgar por las personas que mencionaba a su esposa, que eran ninguna. Solo el párroco sabía de dónde venía el dinero para la parroquia, y consideraba, le había dicho a la señora Arbuthnot, que era cuestión de honor no mencionarlo.

Y al menos su casita no estaba frecuentada por las damas de vida disoluta, pues Frederick hacía su trabajo lejos de casa. Tenía dos habitaciones cerca del Museo Británico, que era el escenario de sus exhumaciones, y allá iba todas las mañanas, y regresaba mucho después de que su esposa se hu-

biera dormido. A veces no regresaba en toda la noche. A veces no lo veía en varios días seguidos. Entonces aparecía de repente en el desayuno, habiendo entrado la noche anterior con su llave, muy jovial y de buen humor y generoso y contento de que ella le permitiese darle algo —un hombre bien alimentado, satisfecho del mundo; un hombre alegre, pleno de sangre, complacido consigo mismo. Y ella era siempre gentil, y vigilaba que el café estuviera como a él le gustaba.

Parecía muy feliz. La vida, pensaba ella a menudo, por mucho que se la tabulara, seguía siendo un misterio. Había siempre personas a quienes era imposible clasificar. Frederick era una de ellas. No parecía guardar el menor parecido con el Frederick original. No parecía tener la más mínima necesidad de ninguna de las cosas que antes decía que eran tan importantes y tan hermosas —el amor, el hogar, la comunión completa de pensamientos, la inmersión completa en los intereses del otro. Después de aquellos primeros intentos dolorosos de mantenerle a la altura de la que habían partido juntos tan espléndidamente, intentos en los que ella misma salió terriblemente herida y el Frederick que creía haber conocido quedó irreconocible, lo colgó finalmente junto a su cama como principal objeto de sus oraciones y lo dejó, salvo por estas, enteramente en manos de Dios. Había amado a Frederick demasiado profundamente para poder ahora hacer algo más que rezar por él. Él no tenía idea de que nunca salía de casa sin que la bendición de ella le acompañara también, flotando como un pequeño eco de amor consumado en torno a aquella cabeza antaño querida. No se atrevía a pensar en él tal como había sido, tal como le había parecido ser en aquellos primeros días maravillosos de su amor, de su matrimonio. Su hijo había muerto; no tenía nada, a nadie propio en quien derramarse. Los pobres se convirtieron en sus hijos, y Dios en el objeto de su amor. Qué más podía desearse en una vida así, se preguntaba a veces; pero su cara, y particularmente sus ojos, seguían siendo tristes.

«Quizás cuando seamos viejos... quizás cuando los dos seamos ya bastante viejos...», pensaba con melancolía.

## CAPÍTULO III

El propietario del castillo medieval era un inglés, un tal señor Briggs, que se encontraba en Londres en ese momento y escribió que el castillo tenía camas para ocho personas, sin contar el servicio, tres salones, almenas, mazmorras y luz eléctrica. El alquiler era de sesenta libras por el mes, los salarios del servicio eran aparte, y quería referencias —quería garantías de que se abonaría la segunda mitad del alquiler, pagándose la primera mitad por adelantado, y quería garantías de respetabilidad de parte de un abogado, un médico o un clergyman. Era muy cortés en su carta, explicando que su deseo de referencias era lo habitual y que debía considerarse mera formalidad.

La señora Arbuthnot y la señora Wilkins no habían pensado en referencias, y no habían imaginado que el alquiler pudiera ser tan elevado. En su mente habían flotado cifras como tres guineas a la semana; o menos, dada la pequeñez y vetustez del lugar.

Sesenta libras por un solo mes.

Los dejó sin habla.

Ante los ojos de la señora Arbuthnot surgieron botas: infinitas perspectivas, todas las botas sólidas que sesenta libras comprarían; y además del alquiler estarían los salarios del servicio, la comida y los viajes de ida y vuelta. En cuanto a las referencias, estas parecían de verdad un obstáculo insalvable; obtenerlas sin hacer su plan más público de lo que habían pretendido parecía realmente imposible.

Las dos —incluso la señora Arbuthnot, seducida por una vez a alejarse de la perfecta sinceridad ante la comprensión de que una explicación incompleta ahorraría muchas molestias y críticas—, las dos habían pensado que sería buena idea dar a entender, cada una en su círculo, siendo afortunadamente sus círculos distintos, que cada una iba a quedarse en casa de una amiga que tenía una casa en Italia. Sería verdad hasta cierto punto —la

señora Wilkins afirmaba que sería completamente verdad, pero la señora Arbuthnot pensaba que no del todo —, y era la única manera, decía la señora Wilkins, de tener a Mellersh al menos aproximadamente tranquilo. Que gastara algo de su dinero solo para llegar a Italia le causaría indignación; lo que diría si supiera que estaba alquilando parte de un castillo medieval por su propia cuenta era algo que la señora Wilkins prefería no imaginar. Le llevaría días decirlo todo; y eso que era dinero absolutamente suyo, sin que un penique hubiera sido nunca de él.

—Pero supongo —dijo— que tu marido es igual. Supongo que todos los maridos son iguales a la larga.

La señora Arbuthnot no dijo nada, porque su razón para no querer que Frederick supiera era exactamente la contraria —Frederick estaría encantado de que fuera, no le importaría lo más mínimo; de hecho, recibiría tal manifestación de autoindulgencia y mundanidad con una diversión que dolería, y la animaría a pasarlo bien y a no volver a casa con prisa con un distanciamiento aplastante. Mucho mejor, pensó, ser echada en falta por Mellersh que ser despachada por Frederick. Que la echen de menos, que la necesiten, fuera cual fuera el motivo, era, pensó, mejor que la completa soledad de no ser echada de menos ni necesitada en absoluto.

Por ello no dijo nada y dejó a la señora Wilkins sacar sus conclusiones sin corregirla. Pero las dos, durante un día entero, sintieron que lo único que cabía era renunciar al castillo medieval; y fue al llegar a esa amarga decisión cuando comprendieron realmente lo agudo que había sido su anhelo por él.

Entonces la señora Arbuthnot, cuya mente estaba entrenada en encontrar salidas a las dificultades, encontró una salida al problema de las referencias; y simultáneamente la señora Wilkins tuvo una visión que le reveló el modo de reducir el alquiler.

El plan de la señora Arbuthnot era sencillo y resultó completamente eficaz. Llevó en persona la totalidad del alquiler al propietario, sacándolo de su Caja de Ahorros —de nuevo tenía un aspecto furtivo y culpable, como si el empleado debiera de saber que el dinero se quería para fines de autoindulgencia—, y se presentó con los seis billetes de diez libras en el bolso en la dirección cerca del Brompton Oratory donde vivía el propietario, y se los entregó, renunciando a su derecho de pagar solo la mitad. Y cuando él la vio

a ella, y la raya de su pelo y sus ojos oscuros y suaves y su ropa sobria, y oyó su voz grave, le dijo que no se molestara en escribir pidiendo aquellas referencias.

—Estará bien —dijo, garabateando un recibo—. ¿No se sienta? Mal día, ¿verdad? El viejo castillo tiene mucho sol, lo que sea que le falte de otras cosas. ¿Va su marido?

La señora Arbuthnot, no habituada a nada que no fuera la sinceridad, puso cara de apuro ante esta pregunta y empezó a murmurar de manera inarticulada, y el propietario concluyó al instante que era viuda —de guerra, claro, pues las demás viudas eran viejas—, y que había sido un tonto en no haberlo adivinado.

—Oh, lo siento —dijo, enrojeciendo hasta el pelo rubio—. No quería... ejem, ejem, ejem...

Repasó el recibo que había escrito.

—Sí, creo que esto está bien —dijo, levantándose y entregándoselo—. Ahora —añadió, tomando los seis billetes que ella le tendía y sonriendo, pues la señora Arbuthnot era agradable de ver—, yo soy más rico y usted es más feliz. Yo tengo dinero y usted tiene San Salvatore. Me pregunto cuál de las dos cosas es mejor.

—Creo que usted lo sabe —dijo la señora Arbuthnot con su dulce sonrisa.

Él se rió y le abrió la puerta. Lástima que la entrevista hubiera terminado. Le habría gustado invitarla a almorzar. Le hacía pensar en su madre, en su niñera, en todo lo amable y reconfortante, además de tener el atractivo de no ser su madre ni su niñera.

—Espero que le guste el viejo lugar —dijo, reteniéndole la mano un momento en la puerta. La mera sensación de su mano, incluso a través del guante, era tranquilizadora; era la clase de mano, pensó, que a los niños les gustaría agarrar en la oscuridad—. En abril, sabe usted, es un puro mar de flores. Y luego está el mar. Debe vestir de blanco. Encajará usted perfectamente. Hay varios retratos suyos allí.

—¿Retratos?

—Madonas, sabe usted. Hay una en la escalera que se le parece a usted de verdad.

La señora Arbuthnot sonrió, dijo adiós y le dio las gracias. Sin el menor esfuerzo y de inmediato lo había colocado en su categoría adecuada: era artista y de temperamento efervescente.

Le dio la mano y se fue, y él habría preferido que no lo hubiera hecho. Después de que ella se marchara pensó que quizás hubiera debido pedir aquellas referencias, aunque solo fuera para que ella no lo creyera tan poco profesional, pero con la misma facilidad con que se habría insistido en pedir referencias a una santa con nimbo se la habría pedido a aquella seria y dulce señora.

Rose Arbuthnot.

Su carta, solicitando la cita, estaba sobre la mesa.

Un nombre bonito.

Esa dificultad, pues, quedó superada. Pero aún quedaba la otra, el efecto verdaderamente aniquilador del gasto sobre los huevos de reserva, y en especial sobre el de la señora Wilkins, que era en tamaño, comparado con el de la señora Arbuthnot, como el huevo del chorlito frente al del pato; y esta dificultad a su vez fue superada por la visión que se le concedió a la señora Wilkins, que le reveló los pasos que debían darse para superarla. Una vez conseguido San Salvatore —el nombre hermoso y religioso las fascinaba—, ellas a su vez pondrían un anuncio en la columna de anuncios de The Times buscando a otras dos señoras, con deseos similares a los suyos, para unirse a ellas y compartir los gastos.

De inmediato la presión sobre los huevos de reserva quedaría reducida de la mitad a la cuarta parte. La señora Wilkins estaba dispuesta a lanzar su huevo entero a la aventura, pero comprendía que si le costaba aunque fuera seis peniques más de sus noventa libras su situación sería terrible. Imaginad ir a Mellersh y decirle: «Debo dinero.» Sería bastante horrible decirle algún día: «No tengo ahorros», pero al menos en ese caso se vería respaldada por el conocimiento de que los ahorros habían sido suyos. Por ello, aunque estaba dispuesta a lanzar su último penique a la aventura, no estaba dispuesta a lanzar a ella un solo céntimo que no fuera demostrable y ostensiblemente suyo; y sentía que si su parte del alquiler se reducía a solo quince libras,

tendría un margen seguro para los demás gastos. Además, podrían economizar mucho en comida —recoger aceitunas de sus propios olivos y comérselas, por ejemplo, y quizás pescar.

Naturalmente, como se señalaron mutuamente, podían reducir el alquiler a una suma casi insignificante aumentando el número de las que compartieran; podían tener seis señoras más en lugar de dos si querían, dado que había ocho camas. Pero suponiendo que las ocho camas estuviesen distribuidas en parejas en cuatro habitaciones, no sería del todo lo que querían encontrarse encerradas por las noches con una desconocida. Además, pensaban que quizás tener tantas no fuera del todo tan tranquilo. Al fin y al cabo iban a San Salvatore en busca de paz, descanso y alegría, y seis señoras más, sobre todo si se metían en el dormitorio de una, podrían interferir un poco con eso.

Sin embargo, parecía que en Inglaterra en ese momento solo había dos señoras con algún deseo de unirse a ellas, pues solo recibieron dos respuestas a su anuncio.

— Bueno, solo queremos dos — dijo la señora Wilkins, recuperándose rápidamente, pues había imaginado una gran avalancha.

— Creo que haber podido elegir habría sido bueno — dijo la señora Arbuthnot.

—Quieres decir porque así no habríamos tenido por qué aceptar a lady Caroline Dester.

— No he dicho eso — protestó suavemente la señora Arbuthnot.

— No tenemos por qué aceptarla — dijo la señora Wilkins—. Solo una persona más nos ayudaría bastante con el alquiler. No estamos obligadas a tener dos.

—¿Pero por qué no deberíamos aceptarla? Parece realmente lo que buscamos.

— Sí... lo parece por su carta — dijo la señora Wilkins con dudas.

Sentía que tendría una timidez tremenda delante de lady Caroline. Por increíble que pueda parecer, dada la facilidad con que se meten en todas partes, la señora Wilkins nunca había tratado con ningún miembro de la aristocracia.

Entrevistaron a lady Caroline, y entrevistaron a la otra solicitante, una señora Fisher.

Lady Caroline vino al club de Shaftesbury Avenue, y parecía estar completamente dominada por un único y gran anhelo, el de alejarse de todos los que había conocido en su vida. Cuando vio el club, y a la señora Arbuthnot, y a la señora Wilkins, supo que aquí era exactamente lo que buscaba. Estaría en Italia —un lugar que adoraba—; no estaría en hoteles —lugares que detestaba—; no estaría de visita en casa de amigos —personas que le desagradaban—; y estaría en compañía de extrañas que nunca mencionarían a ninguna persona que ella conociera, por la sencilla razón de que no las conocían, no podían conocerlas ni las conocerían. Hizo unas cuantas preguntas sobre la cuarta mujer y quedó satisfecha con las respuestas. La señora Fisher, de Prince of Wales Terrace. Viuda. Ella tampoco conocería a ninguna de sus amistades. Lady Caroline ni siquiera sabía dónde estaba Prince of Wales Terrace.

—Está en Londres —dijo la señora Arbuthnot.

—¿Ah, sí? —dijo lady Caroline.

Todo aquello parecía de lo más tranquilizador.

La señora Fisher no pudo venir al club porque, explicaba en su carta, no podía andar sin bastón; así que la señora Arbuthnot y la señora Wilkins fueron a visitarla.

—Pero si no puede venir al club, ¿cómo puede ir a Italia? —se preguntó la señora Wilkins en voz alta.

—Eso lo sabremos por sus propios labios —dijo la señora Arbuthnot.

Por los propios labios de la señora Fisher oyeron únicamente, en respuesta a una discreta indagación, que sentarse en trenes no era andar; y eso ya lo sabían. Exceptuando el bastón, sin embargo, parecía una cuarta parte muy deseable —tranquila, culta, mayor. Era mucho más vieja que ellas o que lady Caroline —lady Caroline les había informado de que tenía veintiocho años—, pero no tan vieja que hubiera dejado de tener la mente activa. Era muy respetable, y llevaba aún un luto riguroso aunque su marido había muerto, según les dijo, hacía once años. Su casa estaba llena de fotografías dedicadas de ilustres difuntos victorianos, todos los cuales decía haber conocido de pequeña. Su padre había sido un crítico eminente, y en su casa

había visto prácticamente a todo el que era alguien en letras y arte. Carlyle la había mirado con el ceño fruncido; Matthew Arnold la había tenido sobre sus rodillas; Tennyson había sonoramente bromeado con ella sobre la longitud de su trenza. Les enseñó animadamente las fotografías, colgadas por todas las paredes, señalando las dedicatorias con el bastón, y no dio ninguna información sobre su propio marido ni preguntó nada sobre los maridos de sus visitantes; lo cual fue de lo más reconfortante. De hecho, parecía pensar que ellas también eran viudas, pues al preguntar quién sería la cuarta señora y que se le dijera que era lady Caroline Dester, preguntó: «¿También es viuda?» Y al explicarle que no, porque aún no se había casado, observó con abstracta amabilidad: «Ya llegará su momento.»

Pero la abstracción misma de la señora Fisher —y parecía absorta principalmente en las personas interesantes que había conocido y en sus fotografías conmemorativas, y bastante buena parte de la entrevista fue ocupada por reminiscencias anecdóticas de Carlyle, Meredith, Matthew Arnold, Tennyson y una multitud de otros—, su abstracción misma era una recomendación. Solo pedía, dijo, que se le permitiera sentarse tranquila al sol y recordar. Era lo único que la señora Arbuthnot y la señora Wilkins pedían de sus compañeras de casa. Su idea de la compañera perfecta era que se sentase tranquila al sol y recordara, poniéndose suficientemente en pie los sábados por la noche para pagar su parte. Además, la señora Fisher era muy aficionada, dijo, a las flores, y una vez, cuando pasaba un fin de semana con su padre en Box Hill...

—¿Quién vivía en Box Hill? —interrumpió la señora Wilkins, que colgaba de las reminiscencias de la señora Fisher, entusiasmadísima ante encontrar a alguien que había tratado de verdad a los realmente y verdaderamente y sin duda grandes —que los había visto realmente, oído hablar, tocado.

La señora Fisher la miró por encima de las gafas con cierta sorpresa. La señora Wilkins, en su ansiedad por arrancar rápidamente el corazón de las reminiscencias de la señora Fisher, asustada de que en cualquier momento la señora Arbuthnot se la llevaría y no habría oído ni la mitad, ya había interrumpido varias veces con preguntas que a la señora Fisher le parecían ignorantes.

—Meredith, por supuesto —dijo la señora Fisher con cierta brusquedad—. Recuerdo un fin de semana en particular... Mi padre me llevaba a

menudo, pero siempre recuerdo ese fin de semana en particular...

—¿Conoció a Keats? —interrumpió con ansia la señora Wilkins.

La señora Fisher, tras una pausa, dijo con seca reserva que no había tenido trato ni con Keats ni con Shakespeare.

—Oh, desde luego... qué ridiculez la mía —exclamó la señora Wilkins, poniéndose colorada hasta las orejas—. Es que... —balbució— ... es que los inmortales siguen pareciendo vivos, ¿verdad?, como si estuviesen aquí, como si fueran a entrar en la sala al cabo de un momento... y una olvida que están muertos. De hecho una sabe perfectamente que no están muertos... ni mucho menos tan muertos como lo estamos usted y yo ahora mismo —le aseguró a la señora Fisher, que la observaba por encima de sus gafas.

—Creo que vi a Keats el otro día —prosiguió la señora Wilkins con incoherencia, empujada por la mirada de la señora Fisher por encima de sus gafas—. En Hampstead... cruzando la calle delante de aquella casa... ya sabe... la casa donde vivía...

La señora Arbuthnot dijo que tenían que irse.

La señora Fisher no hizo nada por impedirlo.

—Creo que lo vi de verdad —insistió la señora Wilkins, apelando para que la creyeran primero a una y luego a la otra mientras oleadas de color le cruzaban el rostro, y totalmente incapaz de parar a causa de las gafas de la señora Fisher y de los ojos fijos que la miraban por encima de ellas—. Creo que lo vi... llevaba un...

Incluso la señora Arbuthnot la miró entonces, y con su voz más suave dijo que llegarían tarde a almorzar.

Fue en ese momento cuando la señora Fisher pidió referencias. No tenía ningún deseo de encontrarse encerrada durante cuatro semanas con alguien que veía cosas. Era verdad que había tres salones, además del jardín y las almenas en San Salvatore, de modo que habría oportunidades de retirarse de la señora Wilkins; pero sería desagradable para la señora Fisher, por ejemplo, si la señora Wilkins anunciase de repente que estaba viendo al señor Fisher. El señor Fisher estaba muerto; que siguiese estándolo. No tenía ningún deseo de que le dijeran que andaba por el jardín. La única referencia

que realmente quería, pues era demasiado mayor y estaba demasiado firmemente asentada en su lugar en el mundo para que le importaran las asociaciones cuestionables, era una respecto a la salud de la señora Wilkins. ¿Estaba su salud del todo bien? ¿Era una mujer ordinaria, corriente y sensata? La señora Fisher sentía que si se le daba aunque fuera una dirección podría enterarse de lo que necesitaba. Así que pidió referencias, y sus visitantes parecieron tan desconcertadas —la señora Wilkins, en efecto, quedó al instante serena— que añadió: «Es lo habitual.»

La señora Wilkins fue la primera en recobrar el habla.

—Pero —dijo— ¿no somos nosotras quienes deberíamos pedírselas a usted?

Y esto también le pareció a la señora Arbuthnot la actitud correcta. ¿Acaso no eran ellas quienes estaban invitando a la señora Fisher a unirse a su grupo, y no la señora Fisher quien las invitaba a ellas a unirse al suyo?

Como respuesta, la señora Fisher, apoyada en su bastón, fue al escritorio y con letra firme escribió tres nombres y se los ofreció a la señora Wilkins, y los nombres eran tan respetables, más, eran tan monumentales, eran casi tan augustos, que con solo leerlos bastaba. El presidente de la Real Academia, el arzobispo de Canterbury y el gobernador del Banco de Inglaterra —¿quién se atrevería a molestar a tales personajes en sus meditaciones con consultas sobre si una amiga suya era lo que debía ser?

—Me han conocido desde pequeña —dijo la señora Fisher—; todo el mundo parecía haberla conocido de pequeña.

—No creo que las referencias sean algo agradable entre mujeres... entre mujeres decentes y corrientes —estalló la señora Wilkins, envalentonada por sentirse, como le parecía, acorralada; pues sabía muy bien que la única referencia que podía dar sin meterse en problemas era Shoolbred's, y tenía poca confianza en esa, pues estaría enteramente basada en el pescado de Mellersh—. No somos gentes de negocios. No tenemos por qué desconfiar las unas de las otras...

Y la señora Arbuthnot dijo, con una dignidad que era, con todo, dulce:

—Me temo que las referencias introducen en nuestro plan de vacaciones un ambiente que no es exactamente el que buscamos, y no creo que

vayamos a hacer uso de las suyas ni a darle las nuestras. De modo que supongo que no querrá usted unirse a nosotras.

Y le tendió la mano en señal de despedida.

Entonces la señora Fisher, cuya mirada se desvió hacia la señora Arbuthnot, que inspiraba confianza y simpatía incluso en los revisores del metro, sintió que sería una idiotez dejar escapar la oportunidad de estar en Italia en las condiciones particulares ofrecidas, y que entre ella y esta mujer de frente serena conseguirían sin duda doblegar a la otra cuando tuviera sus ataques. Así que dijo, tomando la mano ofrecida de la señora Arbuthnot:

—Muy bien. Renuncio a las referencias.

Renunció a las referencias.

Las dos, mientras caminaban hacia la estación de Kensington High Street, no podían evitar pensar que esa manera de expresarlo era altanera. Incluso la señora Arbuthnot, pródiga en disculpar las flaquezas ajenas, pensó que la señora Fisher podría haber empleado otras palabras; y la señora Wilkins, cuando llegó a la estación, y el calor de la caminata y el forcejeo por las aceras atestadas con los paraguas ajenos le habían calentado la sangre, llegó incluso a sugerir renunciar a la señora Fisher.

—Si hay que renunciar a algo, que seamos nosotras las que renunciemos —dijo con vehemencia.

Pero la señora Arbuthnot, como de costumbre, se aferró a la señora Wilkins; y poco después, habiéndose enfriado en el tren, la señora Wilkins anunció que en San Salvatore la señora Fisher encontraría su nivel. «La veo encontrando su nivel allí», dijo, con los ojos muy brillantes.

Con lo que la señora Arbuthnot, sentada con sus tranquilas manos cruzadas, se puso a pensar cómo podría ayudar mejor a la señora Wilkins a no ver tanto; o al menos, si tenía que ver, a ver en silencio.

## CAPÍTULO IV

Se había acordado que la señora Arbuthnot y la señora Wilkins, viajando juntas, llegarían a San Salvatore la tarde del 31 de marzo —el propietario, que les indicó cómo llegar, entendió perfectamente su poca disposición a comenzar allí el primero de abril—, y que lady Caroline y la señora Fisher, aún sin conocerse y por tanto sin obligación de aburrirse mutuamente durante el viaje, pues solo hacia el final irían descubriendo por un proceso de tamizado quiénes eran, llegarían la mañana del 2 de abril. De este modo todo quedaría preparado convenientemente para las dos que parecían, a pesar de la igualdad en la distribución de gastos, tener sin embargo algo de huéspedes.

Hubo incidentes desagradables a finales de marzo, cuando la señora Wilkins, con el corazón en un puño y la cara mezcla de culpa, terror y determinación, le dijo a su marido que había sido invitada a Italia, y él se negó a creerlo. Naturalmente se negó a creerlo. Nunca nadie había invitado a su mujer a Italia. No había precedente. Exigió pruebas. La única prueba era la señora Arbuthnot, y la señora Wilkins la había presentado; pero ¡con qué súplicas, qué apasionada persuasión! La señora Arbuthnot no había imaginado que tendría que hacer frente al señor Wilkins y decirle cosas que no eran del todo la verdad, y eso le hizo ver lo que llevaba ya cierto tiempo sospechando, que se estaba alejando cada vez más de Dios.

Y en efecto, todo marzo estuvo lleno de momentos desagradables y ansiosos. Fue un mes inquieto. La conciencia de la señora Arbuthnot, hecha hipersensible por años de mimo, no podía reconciliar lo que estaba haciendo con su propio elevado criterio de lo que era correcto. No le daba tregua. La acosaba en sus oraciones. Puntuaba sus súplicas de orientación divina con preguntas desconcertantes como: «¿No eres acaso una hipócrita? ¿Lo dices de verdad? ¿No estarías francamente decepcionada si esa oración fuera respondida?»

El prolongado tiempo lluvioso y frío estaba también del lado de su conciencia, produciendo entre los pobres mucho más enfermedades de lo habitual. Tenían bronquitis; tenían fiebres; no había fin a la miseria. Y aquí estaba ella, marchándose, gastando dinero precioso en marcharse, sencilla y únicamente para ser feliz. Una sola mujer siendo feliz, y esas multitudes lamentables...

Era incapaz de mirar al párroco a los ojos. Él no sabía, nadie sabía, lo que iba a hacer, y desde el principio fue incapaz de mirar a nadie a los ojos. Se excusó de pronunciar discursos pidiendo dinero. ¿Cómo podía ponerse en pie a pedir dinero a la gente cuando ella misma estaba gastando tanto en su propio placer egoísta? Tampoco le ayudaba ni la calmaba el hecho de que, habiendo dicho realmente a Frederick, en su deseo de compensar lo que estaba derrochando, que agradecería que le diese un poco de dinero, él le extendió de inmediato un cheque de cien libras. No hizo ninguna pregunta. Ella se ruborizó. Él la miró un momento y apartó la vista. Fue un alivio para Frederick que ella aceptara algo de dinero. Lo dio todo de inmediato a la organización con la que trabajaba, y se encontró más enredada en dudas que nunca.

La señora Wilkins, por el contrario, no tenía dudas. Estaba completamente segura de que tomarse unas vacaciones era lo más adecuado, y era del todo correcto y hermoso gastar los ahorros reunidos con tanto esfuerzo en ser feliz.

—Piensa en lo mucho más agradables que seremos cuando regresemos —le dijo a la señora Arbuthnot, animando a aquella señora pálida.

No, la señora Wilkins no tenía dudas, pero sí miedos; y marzo fue para ella también un mes angustioso, con el inconsciente señor Wilkins volviendo diariamente a cenar y comiendo su pescado en el silencio de una seguridad imaginaria.

Además, las cosas ocurren tan a destiempo. Es verdaderamente asombroso, lo a destiempo que ocurren. La señora Wilkins, que durante todo ese mes tuvo especial cuidado de dar a Mellersh solo la comida que le gustaba, comprándola y velando por su cocción con un celo más que habitual, lo consiguió tan bien que Mellersh estaba contento; decididamente contento; tan contento que empezó a pensar que quizás, después de todo, se había casado con la mujer adecuada en lugar de, como había sospechado con fre-

cuencia, con la equivocada. El resultado fue que el tercer domingo del mes —la señora Wilkins había decidido que el cuarto domingo, siendo el mes un mes de cinco y tocando el quinto de ellos salir a ella y a la señora Arbuthnot, le diría a Mellersh lo de su invitación—, el tercer domingo, pues, después de un almuerzo muy bien cocinado en el que el Yorkshire pudding se había deshecho en la boca y el pastel de albaricoque había sido tan perfecto que se lo comió entero, Mellersh, fumando su puro junto al fuego brillante mientras unos golpes de granizo azotaban la ventana, dijo: «Estoy pensando en llevarte a Italia por Semana Santa.» Y se detuvo a esperar su éxtasis atónito y agradecido.

No vino. El silencio en la sala, salvo el granizo golpeando las ventanas y el alegre rugido del fuego, era total. La señora Wilkins no podía hablar. Estaba anonadada. El domingo siguiente era el día en que pensaba comunicarle su noticia, y todavía no había preparado la forma de las palabras con que lo haría.

El señor Wilkins, que no había salido de Inglaterra desde antes de la guerra y estaba viendo con asco creciente, semana tras semana de viento y lluvia, la particular y persistente miseria del tiempo, había concebido lentamente el deseo de marcharse de Inglaterra en Semana Santa. Le iba bien en los negocios. Podía permitirse un viaje. Suiza era inútil en abril. Había algo familiar en pasar la Semana Santa en Italia. A Italia iría; y como levantaría comentarios si no llevaba a su esposa, tendría que llevarla —además, resultaría útil; una segunda persona siempre es útil en un país cuyo idioma no habla uno, para sujetar cosas, para esperar con el equipaje.

Había esperado una explosión de gratitud y emoción. La ausencia de ella era increíble. No podía, concluyó, haberle oído. Probablemente estaba absorta en alguna tonta ensoñación. Era lamentable lo infantil que seguía siendo.

Volvió la cabeza —sus butacas estaban frente al fuego— y la miró. Miraba fijamente el fuego, y sin duda era el fuego lo que ponía tan roja su cara.

—Estoy pensando —repitió, alzando su voz clara y cultivada y hablando con acritud, pues la desatención en semejante momento era deplorable—, en llevarte a Italia por Semana Santa. ¿No me has oído?

Sí que le había oído, y había estado reflexionando sobre la extraordinaria coincidencia —realmente de lo más extraordinaria—, iba a decírselo, que justo ella... que una amiga la había invitado... Semana Santa también... ¿Semana Santa era en abril, verdad?... su amiga tenía una... tenía una casa allí.

La señora Wilkins, en efecto, empujada por el terror, la culpa y la sorpresa, había sido más incoherente que de costumbre, si cabe.

Fue una tarde espantosa. Mellersh, profundamente indignado, además de ver cómo su obsequio previsto le volvía en la cara como una bendición que viene a posarse, la interrogó con la mayor severidad. Exigió que rechazara la invitación. Exigió que, puesto que la había aceptado tan escandalosamente sin consultarle, escribiese cancelando la aceptación. Al encontrarse ante una roca inesperada y chocante de obstinación en ella, pasó entonces a negarse a creer que la hubieran invitado a Italia en absoluto. Se negó a creer en esta señora Arbuthnot, de quien hasta ese momento nunca había oído hablar; y solo cuando la gentil criatura fue traída —con tanta dificultad, con tal deseo por su parte de abandonar todo el asunto antes que decirle al señor Wilkins menos que la verdad— y refrendó en persona las declaraciones de su esposa pudo él darles crédito. No pudo sino creer a la señora Arbuthnot. Ella producía en él el efecto preciso que en los revisores del metro. Apenas necesitaba decir nada. Pero eso no hacía ninguna diferencia para la conciencia de ella, que sabía y no la dejaba olvidar que le había dado una impresión incompleta. «¿Ves», le preguntaba su conciencia, «alguna diferencia real entre una impresión incompleta y una mentira completa? Dios no ve ninguna.»

El resto de marzo fue un sueño confuso y malo. Tanto la señora Arbuthnot como la señora Wilkins quedaron destrozadas; por mucho que se esforzaran en no hacerlo, ambas se sentían extraordinariamente culpables; y cuando el día 30 por la mañana por fin consiguieron salir, no había ninguna exaltación en la partida, ninguna sensación de vacaciones en absoluto.

—Hemos sido demasiado buenas... demasiado buenas —seguía murmurando la señora Wilkins mientras paseaban arriba y abajo por el andén de Victoria, habiendo llegado allí una hora antes de lo necesario—, y por eso nos sentimos como si estuviéramos haciendo algo malo. Estamos intimidadas... ya no somos seres humanos de verdad. Los seres humanos de ver-

dad nunca son tan buenos como hemos sido nosotras. Oh —apretó sus manos delgadas—, pensar que deberíamos estar tan felices ahora, aquí mismo en la estación, partiendo de verdad, y no lo estamos, y nos lo están estropeando solo porque nosotras les hemos estropeado a ellos. Pero qué hemos hecho... qué hemos hecho, me gustaría saber —inquirió indignada a la señora Arbuthnot—, salvo querer por una vez marcharnos solas y tener un poco de descanso de ellos.

La señora Arbuthnot, paseando pacientemente, no preguntó a quién se refería con «ellos», porque lo sabía. La señora Wilkins se refería a sus maridos, persistiendo en su suposición de que Frederick estaba tan indignado como Mellersh por la partida de su esposa, mientras que Frederick ni siquiera sabía que su mujer se había ido.

La señora Arbuthnot, que guardaba siempre silencio sobre él, no había dicho nada de esto a la señora Wilkins. Frederick llegaba demasiado hondo en su corazón para poder hablar de él. Estaba inmerso en un periodo de trabajo intenso terminando otro de esos espantosos libros, y había estado fuera prácticamente sin cesar las últimas semanas, y estaba fuera cuando ella partió. ¿Para qué avisarle de antemano? Segura como estaba de manera tan miserable de que no tendría ninguna objeción a nada de lo que ella hiciera, simplemente le dejó una nota sobre la mesa del vestíbulo, lista para cuando llegase, si llegaba. Decía que se marchaba de vacaciones un mes pues necesitaba descanso y hacía tanto tiempo que no tenía ninguno, y que Gladys, la eficiente doncella de comedor, tenía instrucciones de atender a sus comodidades. No decía adónde iba; no había razón para hacerlo; no le interesaría, no le importaría.

El día era miserable, ventoso y lluvioso; la travesía fue espantosa, y estuvieron muy mareadas. Pero después de haber estado muy mareadas, con solo llegar a Calais y no estarlo ya se era feliz, y fue allí donde el esplendor real de lo que estaban haciendo comenzó por primera vez a calentar sus espíritus entumecidos. Se apoderó primero de la señora Wilkins, y se extendió desde ella como una llama color de rosa sobre su pálida compañera. Mellersh en Calais, donde se restauraron con lenguados por el deseo de la señora Wilkins de comer un lenguado que Mellersh no estuviera tomando —Mellersh en Calais había comenzado ya a menguar y parecer menos importante. Ninguno de los mozos franceses le conocía; ni un solo funcionario de Calais importaba lo más mínimo Mellersh. En París no había tiempo de

pensar en él porque el tren llevaba retraso y apenas cogieron el tren de Turín en la Gare de Lyon; y para la tarde del día siguiente, cuando entraron en Italia, Inglaterra, Frederick, Mellersh, el párroco, los pobres, Hampstead, el club, Shoolbred's, todo el mundo y todo lo demás, toda la dolorosa y árida pesadez, se habían desvanecido hasta la vaguedad de un sueño.

## CAPÍTULO V

Estaba nublado en Italia, lo que las sorprendió. Habían esperado un sol brillante. Pero no importaba: era Italia, y hasta las nubes tenían aspecto opulento. Ninguna de las dos había estado allí antes. Las dos se pegaban a las ventanillas con caras arrobadas. Las horas volaron mientras fue de día, y después vino la emoción de acercarse, de estar ya muy cerca, de llegar. En Génova había empezado a llover — ¡Génova! Imaginad estar de verdad en Génova, ver su nombre escrito en la estación igual que cualquier otro nombre —; en Nervi llovía a cántaros, y cuando al fin, hacia medianoche, pues el tren volvía a llevar retraso, llegaron a Mezzago, la lluvia caía en lo que parecían cortinas sólidas. Pero era Italia. Nada de lo que hiciera podía ser malo. Hasta la lluvia era diferente — lluvia derecha, que cae como debe sobre el paraguas de una; no esa cosa violentamente ventosa inglesa que se mete en todas partes. Y siempre acababa cesando; y cuando lo hacía, ya se vería que la tierra estaría sembrada de rosas.

El señor Briggs, propietario de San Salvatore, había dicho: «Se apean en Mezzago y luego van en coche.» Pero había olvidado lo que sabía sobradamente, que los trenes en Italia llegan a veces tarde, y había imaginado a sus inquilinas llegando a Mezzago a las ocho de la noche y encontrando una fila de tartanas para elegir.

El tren llevaba cuatro horas de retraso, y cuando la señora Arbuthnot y la señora Wilkins bajaron a duras penas por los peldaños altos como escaleras de sus vagones al diluvio negro, barriendo sus faldas sobre grandes charcos de hollín y agua porque las manos les iban llenas de maletas, de no haber sido por la vigilancia de Domenico, el jardinero de San Salvatore, no habrían encontrado nada en lo que ir. Las tartanas ordinarias hacía tiempo que se habían ido a casa. Domenico, previendo esto, había enviado la tartana de su tía, conducida por el hijo de ella, su primo; y la tía de Domenico con su tartana vivían en Castagneto, el pueblo acurrucado a los pies de San Salvatore, de modo que por muy tarde que llegara el tren, la tartana no se atrevería a volver a casa sin traer lo que habían mandado a buscar.

El primo de Domenico se llamaba Beppo, y pronto emergió de la oscuridad donde la señora Arbuthnot y la señora Wilkins se hallaban paradas sin saber qué hacer después de que el tren se hubiera ido, pues no veían ningún mozo y pensaban, a juzgar por la sensación que tenían bajo los pies, que estaban de pie no tanto en un andén como en el centro de la vía.

Beppo, que las había estado buscando, emergió de la oscuridad con una especie de abalanzamiento y les habló en italiano de manera vociferante. Beppo era un joven muy respetable, pero no lo parecía, y menos aún de noche; y llevaba un sombrero empapado encasquetado sobre un ojo. No les gustó la forma en que se apoderó de sus maletas. No podía ser, pensaron, un mozo. Sin embargo, al cabo del rato discernieron de entre su torrente de palabras las palabras San Salvatore, y desde ese momento no dejaron de repetírselas, pues era el único italiano que sabían, mientras corrían tras él, sin querer perder de vista sus maletas, tropezando entre raíles y charcos hasta llegar a donde estaba en la calle una pequeña y alta tartana.

La capota estaba subida y el caballo adoptaba una actitud meditabunda. Subieron, y en el momento en que estaban dentro —la señora Wilkins, en realidad, no podía decirse que estuviera del todo dentro— el caballo despertó sobresaltado de sus cavilaciones y sin más emprendió el camino a casa a buen paso; sin Beppo; sin las maletas.

Beppo salió corriendo tras él, llenando la noche con sus gritos, y cogió las riendas colgantes justo a tiempo. Explicó con orgullo, y con la claridad que él consideraba perfecta, que el caballo siempre hacía eso, siendo un animal noble lleno de pienso y sangre, cuidado por él, Beppo, como si fuera su

propio hijo, y que las señoras no debían alarmarse —había notado que se aferraban la una a la otra—; pero aunque hablaba alto y con claridad y no escatimaba palabras, ellas no hicieron más que mirarlo sin entender.

Siguió hablando, sin embargo, mientras apilaba las maletas a su alrededor, seguro de que tarde o temprano tendrían que entenderle, sobre todo teniendo en cuenta que se cuidaba de hablar muy alto e ilustrar todo lo que decía con los gestos explicativos más sencillos; pero las dos continuaron limitándose a mirarlo. Las dos tenían, observó con simpatía, caras blancas, caras de cansancio, y las dos tenían ojos grandes, ojos de cansancio. Eran señoras hermosas, pensó, y sus ojos, mirándolo por encima de las maletas, siguiendo todos sus movimientos —no había baúles, solo un gran número de maletas— eran como los ojos de la Madre de Dios. Lo único que decían las señoras, y lo repetían a intervalos regulares, llegando incluso a darle suaves golpecitos en el pescante para llamar su atención sobre ello, era: «¿San Salvatore?»

Y cada vez él respondía con vehemencia y aliento: «Sì, sì... San Salvatore.»

—No sabemos, claro está, si nos lleva allí —dijo al fin la señora Arbuthnot en voz baja, después de lo que les parecía un rato largo de marcha, habiendo salido ya de los adoquines del pueblo sumido en el sueño y tomando un camino sinuoso con lo que se adivinaba como un murete bajo a la izquierda, más allá del cual había una gran negrura vacía y el sonido del mar. A su derecha había algo cercano y empinado y alto y negro —rocas, se susurraron; grandes rocas.

—No... no sabemos —convino la señora Wilkins, con un ligero escalofrío que le bajaba por la espalda.

Se sentían muy incómodas. Era tan tarde. Estaba tan oscuro. El camino era tan solitario. Suponiendo que se soltara una rueda. Suponiendo que se encontraran fascistas, o lo contrario de fascistas. Qué lamentaban ahora no haber dormido en Génova y haber seguido la mañana siguiente con luz del día.

—Pero eso habría sido el primero de abril —dijo la señora Wilkins en voz baja.

—Y ya lo es —dijo la señora Arbuthnot en un susurro.

— Así es — murmuró la señora Wilkins.

Callaron.

Beppo se volvió en el pescante — costumbre ya observada e inquietante, pues desde luego debería de tener los ojos en el caballo— y de nuevo se dirigió a ellas con lo que estaba convencido era total claridad — ningún dialecto, y los gestos explicativos más claros posibles.

¡Ojalá sus madres les hubiesen enseñado italiano de pequeñas! Si ahora pudieran haberle dicho: «Haga el favor de darse la vuelta y vigilar el caballo.» Ni siquiera sabían cómo se decía caballo en italiano. Era vergonzoso ser tan ignorantes.

Con la angustia, pues el camino rodeaba grandes rocas salientes, y a su izquierda solo estaba el murete bajo para protegerlas del mar si algo ocurría, se pusieron también ellas a gesticular, agitando las manos hacia Beppo, señalando hacia adelante. Lo único que querían era que se diera la vuelta y mirara al caballo. Él creyó que querían que fuera más rápido; y siguieron diez minutos terroríficos durante los cuales, según creía él, las estaba complaciendo. Estaba orgulloso de su caballo, y podía correr muy rápido. Se levantó en el pescante, el látigo chasqueó, el caballo se precipitó hacia adelante, las rocas se echaron encima de ellas, la pequeña tartana se balanceó, las maletas dieron tumbos, la señora Arbuthnot y la señora Wilkins se aferraron. Así continuaron, bamboleándose, dando tumbos, traqueteando, agarrándose, hasta que cerca de Castagneto había un repecho en el camino, y al llegar al pie del repecho el caballo, que conocía el camino palmo a palmo, se paró en seco tirando todo lo que había en la tartana en un montón, y luego siguió hacia arriba al paso más lento.

Beppo se retorció en el pescante para recibir su admiración, riendo de orgullo por su caballo.

No hubo risa correspondiente de las hermosas señoras. Sus ojos, fijos en él, parecían más grandes que nunca, y sus caras contra el negro de la noche parecían lechosas.

Pero aquí al menos, una vez que subieron el repecho, había casas. Las rocas terminaron, y había casas; el murete terminó, y había casas; el mar se retiró, y su sonido cesó, y la soledad del camino se acabó. Ninguna luz en ningún sitio, claro está, nadie para verlas pasar; y sin embargo Beppo, cuan-

do comenzaron las casas, después de mirar por encima del hombro y gritar «¡Castagneto!» a las señoras, volvió a ponerse en pie y volvió a hacer que su caballo se lanzara hacia adelante.

—Llegaremos en un momento —se dijo a sí misma la señora Arbuthnot, agarrándose.

—Pararemos pronto —se dijo a sí misma la señora Wilkins, agarrándose. No decían nada en voz alta, pues nada se habría oído por encima del chasquido del látigo y el estrépito de las ruedas y los ruidosos gritos de ánimo que Beppo hacía a su caballo.

Con ansiedad escudriñaban con los ojos para ver algo que indicara el comienzo de San Salvatore.

Habían supuesto y esperado que después de una cantidad razonable de pueblo, un arco medieval surgiría ante ellas, y a través de él entrarían por el jardín y se detendrían ante una puerta abierta y acogedora, con luz saliendo de ella y con los criados que según el anuncio permanecían allí.

En cambio, la tartana se detuvo de pronto.

Mirando fuera pudieron ver que seguían en la calle del pueblo, con casas pequeñas y oscuras a cada lado; y Beppo, tirando las riendas por encima del lomo del caballo como si esta vez estuviera completamente seguro de que no iría más lejos, bajó del pescante. En ese mismo momento, surgiendo como de la nada, un hombre y varios muchachos casi crecidos aparecieron a cada lado de la tartana y empezaron a sacar las maletas.

—No, no... San Salvatore, San Salvatore —exclamó la señora Wilkins, intentando aferrarse a las que podía.

—Sì, sì... San Salvatore —gritaron todos tirando.

—No puede ser San Salvatore —dijo la señora Wilkins, volviéndose a la señora Arbuthnot, que estaba sentada perfectamente quieta viendo cómo le quitaban sus maletas con la misma paciencia que aplicaba a males menores. Sabía que no podría hacer nada si aquellos hombres eran hombres perversos decididos a quedarse con sus maletas.

—La verdad es que no lo parece —admitió, y no pudo evitar un momento de asombro ante las vías del Señor. ¿Había sido traída de verdad aquí, ella y la pobre señora Wilkins, después de tanto esfuerzo por organizarlo,

tanta dificultad y angustia, a través de tan tortuosos caminos de engaño y falsedad, solamente para que...?

Frenó sus pensamientos, y le dijo suavemente a la señora Wilkins, mientras los mozos harapientos desaparecían con las maletas en la noche y el hombre del farol ayudaba a Beppo a quitarles la manta de encima, que las dos estaban en manos de Dios; y por primera vez al oír esto la señora Wilkins tuvo miedo.

No había más remedio que bajar. Inútil intentar seguir sentadas en la tartana repitiendo San Salvatore. Cada vez que lo decían, y sus voces cada vez eran más débiles, Beppo y el otro hombre se limitaban a hacer eco con una serie de gritos fuertes. ¡Ojalá hubieran aprendido italiano de pequeñas! ¡Ojalá hubieran podido decir: «Queremos que nos lleven a la puerta.» Pero ni siquiera sabían cómo se decía puerta en italiano. Tal ignorancia no era solo vergonzosa, sino que resultaba, como veían ahora, definitivamente peligrosa. Inútil lamentarlo en ese momento. Inútil retrasar lo que fuera a ocurrirles intentando seguir sentadas en la tartana. Así que bajaron.

Los dos hombres les abrieron los paraguas y se los entregaron. De esto recibieron un débil aliento, pues no podían creer que si aquellos hombres fueran malvados se detuvieran a abrir paraguas. El hombre del farol les hizo entonces señas de que le siguieran, hablando alta y rápidamente, y Beppo, notaron, se quedaba atrás. ¿Deberían pagarle? No, pensaban, si iban a ser robadas y quizás asesinadas. Seguramente en esas circunstancias no se paga. Además, él en definitiva no las había llevado a San Salvatore. A donde habían llegado era evidentemente a algún otro sitio. Tampoco mostró el menor deseo de que le pagaran; las dejó marchar a la noche sin ningún clamor. Eso, no podían evitar pensarlo, era mal indicio. No pedía nada porque pronto iba a recibir tanto.

Llegaron a unos escalones. El camino terminaba bruscamente en una iglesia y unos escalones que bajaban. El hombre sostuvo el farol bajo para que pudieran ver los escalones.

—¿San Salvatore? —dijo la señora Wilkins una vez más, muy en voz baja, antes de comprometerse a bajar los escalones. Era inútil mencionarlo ya, claro está, pero no podía bajar escalones en completo silencio. Ningún castillo medieval, estaba segura, se construía nunca al pie de una escalera.

Sin embargo, de nuevo llegó el eco resonante: «Sì, sì... San Salvatore.»

Bajaron con cuidado, recogiendo las faldas como si aún fueran a necesitarlas en otra ocasión y no hubieran terminado para siempre con las faldas.

Los escalones terminaban en un camino de pendiente pronunciada con losas de piedra planas en el centro. Resbalaron bastante sobre esas losas mojadas, y el hombre del farol, hablando alta y rápidamente, las sujetó. Su manera de sujetarlas era cortés.

—Quizás —dijo la señora Wilkins en voz baja a la señora Arbuthnot—, al fin y al cabo está bien.

—Estamos en manos de Dios —repitió la señora Arbuthnot; y de nuevo la señora Wilkins tuvo miedo.

Llegaron al final del camino en pendiente, y la luz del farol parpadeó sobre un espacio abierto con casas por tres lados. El mar era el cuarto lado, retirándose y avanzando perezosamente sobre los guijarros.

—San Salvatore —dijo el hombre, señalando con el farol una masa negra que rodeaba el agua como un brazo echado en torno a ella.

Aguzaron los ojos. Vieron la masa negra, y encima de ella una luz.

—¿San Salvatore? —repitieron las dos incrédulamente, pues ¿dónde estaban las maletas, y por qué las habían obligado a bajar de la tartana?

—Sì, sì... San Salvatore.

Fueron a lo largo de lo que parecía un muelle, justo al borde del agua. No había ni siquiera un murete aquí —nada que impidiera al hombre del farol tirarlas al agua si quisiera. No quiso tirarlas, sin embargo. Quizás al fin y al cabo todo estaba bien, volvió a sugerirle la señora Wilkins a la señora Arbuthnot al observar esto; la que esta vez también comenzaba a pensar que podría estarlo, y no volvió a decir nada sobre las manos de Dios.

El parpadeo del farol bailaba a lo largo del muelle, reflejado en el pavimento mojado. A la izquierda, en la oscuridad y evidentemente al final de un espigón, había una luz roja. Llegaron a un arco con una pesada verja de hierro. El hombre del farol empujó la verja para abrirla. Esta vez subían escalones en lugar de bajarlos, y en lo alto había un caminito que ascendía

entre flores. No podían ver las flores, pero el lugar entero estaba evidentemente lleno de ellas.

Fue aquí cuando a la señora Wilkins se le ocurrió que quizás la razón por la que la tartana no las había llevado directamente a la puerta era que no había camino, solo un sendero. Eso también explicaría la desaparición de las maletas. Empezó a sentir la certeza de que encontrarían sus maletas esperándolas cuando llegaran arriba. San Salvatore estaba, al parecer, en lo alto de una colina, como debe estar un castillo medieval. En un recodo del camino vieron sobre ellas, ya mucho más cerca y brillando más intensamente, la luz que habían visto desde el muelle. Se lo dijo a la señora Arbuthnot, quien convino en que era muy probable que así fuera.

Una vez más, pero esta vez con tono de verdadera esperanza, la señora Wilkins dijo, señalando hacia arriba el contorno negro contra el cielo solo un poco menos negro:

—¿San Salvatore?

Y una vez más, pero esta vez con ánimo y aliento, llegó la respuesta:

—Sì, sì... San Salvatore.

Cruzaron un pequeño puente sobre lo que parecía una hondonada, y luego vino un tramo llano con hierba alta a los lados y más flores. Sintieron la hierba rozarles mojada las medias, y las flores invisibles estaban por todas partes. Luego otra vez hacia arriba, entre árboles, por un camino en zigzag con el olor de las flores que no veían a lo largo de todo el trayecto. La lluvia caliente hacía brotar toda la fragancia. Cada vez más arriba subían en aquella oscuridad perfumada, y la luz roja del espigón quedaba cada vez más abajo.

El camino rodeó hacia el otro lado de lo que parecía una pequeña península; el espigón y la luz roja desaparecieron; al otro lado del vacío, a su izquierda, había luces lejanas.

—Mezzago —dijo el hombre, señalando con el farol las luces.

—Sì, sì —respondieron ellas, pues ya habían aprendido el «sì, sì». Con lo que el hombre las felicitó con una gran afluencia de palabras corteses, de las cuales no entendieron ninguna, por su magnífico italiano; pues este era Domenico, el vigilante y capacitado jardinero de San Salvatore, el pilar y

sostén del establecimiento, el ingenioso, el dotado, el elocuente, el cortés, el inteligente Domenico. Solo que ellas no lo sabían todavía; y él en la oscuridad, e incluso a veces con luz, tenía, con sus facciones morenas y afiladas y sus movimientos rápidos de pantera, un aspecto muy parecido al de alguien perverso.

Pasaron a lo largo de otro tramo llano del camino, con una forma negra como una pared alta alzándose sobre ellas a su derecha, y luego el camino subió de nuevo bajo emparrados, y zarcillos colgantes de cosas fragantes las rozaron y les sacudieron gotas de lluvia encima, y el resplandor del farol parpadeó sobre azucenas, y luego llegaron a un tramo de peldaños antiguos gastados por los siglos, y luego otra verja de hierro, y luego estaban dentro, aunque seguían subiendo por un tramo de piedra en espiral con muros viejos a cada lado como muros de mazmorras, y con una bóveda sobre sus cabezas.

Al final había una puerta de hierro forjado, y a través de ella brillaba un torrente de luz eléctrica.

—Ecco —dijo Domenico, subiendo ágilmente los últimos peldaños y empujando la puerta para abrirla.

Y allí estaban, llegadas; y era San Salvatore; y sus maletas las esperaban; y no las habían asesinado.

Se miraron las caras blancas y los ojos parpadeantes con mucha solemnidad.

Era un momento grandioso, maravilloso. Allí estaban, en su castillo medieval al fin. Sus pies pisaban sus piedras.

La señora Wilkins rodeó con el brazo el cuello de la señora Arbuthnot y la besó.

—Lo primero que ocurrirá en esta casa —dijo con suavidad, con solemnidad— será un beso.

—Querida Lotty —dijo la señora Arbuthnot.

—Querida Rose —dijo la señora Wilkins, con los ojos rebosando de alegría.

Domenico estaba encantado. Le gustaba ver besarse a las hermosas señoras. Les hizo el más elogioso discurso de bienvenida, y ellas permanecieron entrelazadas, sosteniéndose mutuamente, pues estaban muy cansadas, parpadeando con una sonrisa hacia él, sin entender una sola palabra.

## CAPÍTULO VI

Cuando la señora Wilkins se despertó a la mañana siguiente, se quedó unos minutos tumbada en la cama antes de levantarse y abrir los postigos. ¿Qué vería desde su ventana? ¿Un mundo resplandeciente, o un mundo de lluvia? Pero sería hermoso; lo que fuera que fuese sería hermoso.

Estaba en una habitación pequeña de paredes blancas desnudas, suelo de piedra y escaso mobiliario antiguo. Las camas —había dos— eran de hierro, esmaltado en negro y pintado con ramilletes de flores vistosas. Permanecía tumbada aplazando el gran momento de ir a la ventana como se aplaza el abrir una carta preciosa, saboreándola de antemano. No tenía idea de qué hora era; había olvidado darle cuerda al reloj desde que, siglos atrás, se fue a dormir por última vez en Hampstead. No se oía ningún ruido en la casa, de modo que supuso que era muy temprano; y sin embargo sentía que había dormido mucho tiempo —tan completamente descansada, tan perfectamente contenta. Permanecía tumbada con los brazos entrelazados bajo la nuca, pensando en lo feliz que era, los labios curvados hacia arriba en una sonrisa de deleite. Sola en la cama: adorable condición. No había estado una sola vez en una cama sin Mellersh en cinco años enteros; y la fresca espaciosa de ella, la libertad de movimientos, el sentido de temeridad, de audacia, al tirar de las mantas si a una le apetecía, o al arreglar las almo-

hadas para estar más cómoda. Era como el descubrimiento de una alegría enteramente nueva.

La señora Wilkins tenía ganas de levantarse y abrir los postigos, pero donde estaba era de verdad tan delicioso. Dio un suspiro de satisfacción, y siguió tumbada mirando a su alrededor, tomando nota de todo lo que había en su habitación, su pequeña habitación, suya, completamente suya para ordenarla a su gusto durante ese mes bendito, su habitación comprada con sus propios ahorros, fruto de sus cuidadosas privaciones, cuya puerta podía echar el cerrojo si quería, y nadie tenía derecho a entrar. Era una habitación tan extraña, tan diferente de todas las que había conocido, y tan dulce. Era como una celda. Excepto por las dos camas, sugería una austeridad feliz. «Y el nombre de la cámara», pensó, citando y sonriendo a su alrededor, «era Paz.»

Bien, aquello era delicioso, estar tumbada pensando en lo feliz que era; pero al otro lado de esos postigos era todavía más delicioso. Se levantó de un salto, se puso las zapatillas, pues en el suelo de piedra no había más que una pequeña alfombrilla, corrió a la ventana y abrió los postigos de golpe.

— ¡Oh! — exclamó la señora Wilkins.

Todo el esplendor del abril italiano yacía reunido a sus pies. El sol entraba a raudales. El mar dormía en él, apenas moviéndose. Al otro lado de la bahía las hermosas montañas, exquisitamente variadas en sus colores, dormían también en la luz; y bajo su ventana, al pie del prado salpicado de flores del que surgía el muro del castillo, había un gran ciprés que cortaba los delicados azules y violetas y rosas de las montañas y el mar como una gran espada negra.

Se quedó mirando. Tanta belleza; y ella allí para verla. Tanta belleza; y ella viva para sentirla. La cara le quedó bañada en luz. Olores deliciosos ascendieron hasta la ventana y la acariciaron. Una brisa leve le levantó suavemente el cabello. A lo lejos, en la bahía, un grupo de barcas de pesca casi inmóviles planeaban como una bandada de pájaros blancos sobre el mar tranquilo. Qué hermoso, qué hermoso. No haber muerto antes de esto... haber tenido el permiso de ver esto, de respirarlo, de sentirlo... Se quedó mirando, con los labios entreabiertos. ¿Feliz? Palabra pobre, vulgar, de todos los días. Pero ¿qué podía decirse, cómo podía describirse? Era como si apenas cupiera en sí misma, como si fuera demasiado pequeña para con-

tener tanta alegría, como si la lavaran por dentro con luz. Y qué asombroso sentir esa dicha pura, pues ahí estaba ella sin hacer ni estar a punto de hacer una sola cosa generosa, sin estar a punto de hacer nada que no quisiera hacer. Según todo el mundo que había conocido debería sentir, cuando menos, algún remordimiento. No sentía ninguno. Algo fallaba en algún lugar. Qué curioso que en casa hubiera sido tan buena, tan terriblemente buena, y no hubiera sentido más que tormento. Remordimientos de toda clase habían sido allí su ración; dolores, heridas, desalientos, y ella siendo inquebrantablemente generosa todo el tiempo. Ahora se había quitado toda su bondad y la había dejado atrás como un montón de ropa empapada de lluvia, y solo sentía alegría. Estaba desnuda de bondad, y se regocijaba en esa desnudez. Estaba despojada, y exultaba. Y allá, en la brumosa penumbra de Hampstead, Mellersh estaba furioso.

Intentó imaginarse a Mellersh, intentó verlo desayunando y pensando cosas amargas sobre ella; pero he aquí que el propio Mellersh empezó a centellear, se volvió color de rosa, se volvió violeta delicado, se volvió un azul encantador, se volvió informe, se volvió iridiscente. El propio Mellersh, después de temblar un momento, se disolvió en luz.

«Vaya», pensó la señora Wilkins, mirando, por así decirlo, tras él. Qué extraordinario no poder imaginarse a Mellersh; y eso que ella, que había creído conocer de memoria cada rasgo, cada expresión de su cara. Sencillamente no podía verle tal como era. Solo podía verle convertido en belleza, fundido en armonía con todo lo demás. Las palabras familiares de la Oración de Acción de Gracias General le vinieron al pensamiento con toda naturalidad, y se encontró bendiciendo a Dios por su creación, su preservación y todas las bendiciones de esta vida, pero sobre todo por su amor inestimable; en voz alta; en un arrebató de reconocimiento. Mientras Mellersh, en ese preciso momento, tirando furioso de sus botas antes de salir a las calles mojadas, pensaba en efecto cosas amargas sobre ella.

Empezó a vestirse, escogiendo ropa blanca limpia en honor del día veraniego, desempaquetando sus maletas, ordenando su adorable habitación pequeña. Se movía con pasos rápidos y decididos, el cuerpo largo y delgado bien erguido, la carita pequeña, tan arrugada en casa por el esfuerzo y el miedo, lisa. Todo lo que había sido y hecho antes de esa mañana, todo lo que había sentido y por lo que se había preocupado, había desaparecido. Cada una de sus preocupaciones se comportó como la imagen de Mellersh y

se disolvió en color y luz. Y reparó en cosas en las que no había reparado en años — al peinarse delante del espejo lo vio y pensó: «Vaya, qué cosa tan bonita.» Durante años había olvidado que tenía tal cosa como cabello, trenzándose por las noches y destrenzándose por las mañanas con la misma prisa e indiferencia con que se ataba y desataba los zapatos. Ahora lo vio de repente, y se lo enrolló en los dedos delante del espejo, y le alegró que fuera tan bonito. Mellersh tampoco podría haberlo visto, pues nunca había dicho una sola palabra sobre él. Bueno, cuando volviera a casa le llamaría la atención sobre él. «Mellersh», le diría, «mira mi pelo. ¿No te alegras de tener una mujer con un pelo como miel rizada?»

Se rió. Nunca le había dicho nada parecido a Mellersh, y la idea la divertía. ¿Pero por qué no lo había hecho? Ah, sí — solía tenerle miedo. Qué curioso tenerle miedo a alguien; y especialmente al propio marido, a quien una ve en sus momentos más simplificados, como dormido, con la nariz sin respirar bien.

Cuando estuvo lista, abrió la puerta para cruzar al cuarto de Rose, que la noche anterior una doncella adormilada había instalado en una celda de enfrente, y ver si estaba despierta. Le daría los buenos días, y luego bajaría corriendo a estar con ese ciprés hasta que el desayuno estuviese listo, y después del desayuno no se asomaría ni a mirar por una ventana hasta que hubiera ayudado a Rose a dejarlo todo listo para lady Caroline y la señora Fisher. Había mucho que hacer ese día, instalarse, arreglar las habitaciones; no debía dejar a Rose sola. Lo dejarían todo tan bonito para las que iban a llegar, tendrían lista para ellas una visión tan encantadora de celditas llenas de flores. Recordó que había querido que lady Caroline no viniera; ¡imagínate querer cerrarle la puerta del cielo a alguien porque pensaba que le tendría timidez! Y como si importara que fuera así, y como si ella fuera a ser tan autoconsciente como para ser tímida. Además, qué motivo tan absurdo. No podía acusarse de generosidad por eso. Y recordó que también había querido no tener a la señora Fisher, porque había parecido altiva. Qué gracioso de su parte. Tan gracioso preocuparse por cosas tan pequeñas, dándoles importancia.

Los dormitorios y dos de los salones de San Salvatore estaban en el piso de arriba, y daban a un espacioso vestíbulo con una gran ventana de cristal en el extremo norte. San Salvatore era rico en pequeños jardines en distintas partes y a distintos niveles. El jardín al que daba esa ventana estaba constru-

ido en la parte más alta de los muros, y solo podía alcanzarse a través del correspondiente vestíbulo espacioso del piso de abajo. Cuando la señora Wilkins salió de su habitación, esa ventana estaba abierta de par en par, y al otro lado, en el sol, había un árbol de Judas en plena floración. No se veía a nadie, no se oían voces ni pasos. Tinas de calas estaban dispuestas aquí y allá sobre el suelo de piedra, y sobre una mesa ardía un enorme ramo de capuchinas encendidas. Espacioso, lleno de flores, silencioso, con la amplia ventana al fondo que se abría al jardín, y el árbol de Judas absurdamente hermoso bajo el sol, le pareció a la señora Wilkins, detenida en su camino hacia la señora Arbuthnot, demasiado bueno para ser verdad. ¿Iba de verdad a vivir en esto durante un mes entero? Hasta ahora había tenido que coger la belleza que podía al paso, arrebatando pequeños trozos cuando los encontraba —un trozo de margaritas en un buen día en un campo de Hampstead, un destello de puesta de sol entre dos chimeneas. Nunca había estado en lugares definitiva y completamente hermosos. Nunca había estado siquiera en una casa venerable; y tal cosa como una profusión de flores en sus habitaciones estaba fuera de su alcance. A veces en primavera había comprado seis tulipanes en Shoolbred's, incapaz de resistirlos, consciente de que Mellersh, si supiera lo que habían costado, lo consideraría imperdonable; pero pronto se morían, y luego no había más. En cuanto al árbol de Judas, no tenía la menor idea de qué era, y lo contemplaba allí contra el cielo con la expresión arrobada de quien contempla una visión celestial.

La señora Arbuthnot, al salir de su habitación, la encontró así, de pie en medio del vestíbulo mirando fijamente.

«¿Qué es lo que se imagina ver ahora?», pensó la señora Arbuthnot.

—Estamos en manos de Dios —dijo la señora Wilkins, volviéndose hacia ella y hablando con absoluta convicción.

—¡Oh! —dijo la señora Arbuthnot rápidamente, borrándosele la cara, que venía cubierta de sonrisas al salir de su habitación—. Pero ¿qué ha pasado?

Pues la señora Arbuthnot se había despertado con una sensación tan deliciosa de seguridad, de alivio, y no quería descubrir que después de todo no había escapado de la necesidad de refugio. Ni siquiera había soñado con Frederick. Por primera vez en años se había librado del sueño nocturno de que él estaba con ella, de que estaban corazón contra corazón, y de su miserable despertar. Había dormido como un bebé, y se había levantado con

confianza; había comprobado que lo único que deseaba decir en su oración matutina era Gracias. Era desconcertante que le dijeran que después de todo estaba en manos de Dios.

—Espero que no haya pasado nada —dijo con ansiedad.

La señora Wilkins la miró un momento y se rió.

—Qué gracioso —dijo, besándola.

—¿Qué es gracioso? —preguntó la señora Arbuthnot, aclarándose la cara porque la señora Wilkins se reía.

—Nosotras. Esto. Todo. Es tan maravilloso. Es tan gracioso y tan adorable que estemos en todo esto. Supongo que cuando lleguemos al final al cielo —el del que tanto hablan— no lo encontraremos ni pizca más hermoso.

La señora Arbuthnot volvió a relajarse en una sonriente seguridad.

—¿Verdad que es divino? —dijo.

—¿Has sido alguna vez, alguna vez en tu vida, tan feliz? —preguntó la señora Wilkins, cogiéndola del brazo.

—No —dijo la señora Arbuthnot. Ni lo había sido; nunca; ni siquiera en los primeros días de amor con Frederick. Porque siempre el dolor había estado cerca en aquella otra felicidad, listo para torturarla con dudas, para torturarla incluso con el exceso mismo de su amor; mientras que esta era la felicidad sencilla de la armonía completa con el entorno, la felicidad que no pide nada, que simplemente acepta, simplemente respira, simplemente es.

—Vamos a ver ese árbol de cerca —dijo la señora Wilkins—. No creo que pueda ser solo un árbol.

Y del brazo recorrieron el vestíbulo, y sus maridos no las habrían reconocido de tan jóvenes y ávidas que estaban sus caras, y juntas se asomaron a la ventana abierta, y cuando sus ojos, hartos del maravilloso árbol rosado, vagaron más lejos entre las bellezas del jardín, vieron sentada en el bajo muro del borde oriental, mirando hacia la bahía, con los pies entre los lirios, a lady Caroline.

Se quedaron asombradas. En su asombro no dijeron nada, sino que permanecieron completamente quietas, del brazo, mirando hacia abajo.

Ella también llevaba un vestido blanco, y la cabeza descubierta. Aquel día en Londres, cuando el sombrero le llegaba a la nariz y las pieles le subían hasta las orejas, no habían tenido idea de que fuera tan guapa. Solo habían pensado que era distinta de las otras mujeres del club, y así lo habían pensado también las otras mujeres, y así también todas las camareras, mirándola de reojo y volviendo a mirarla al pasar por el rincón donde estaba sentada hablando; pero no habían tenido idea de que fuera tan guapa. Era extraordinariamente guapa. Todo en ella era muy de lo que era. El pelo rubio era muy rubio, los hermosos ojos grises eran muy hermosos y grises, las pestañas oscuras eran muy oscuras, la piel blanca era muy blanca, la boca roja era muy roja. Era exageradamente delgada —la más mera hebra de muchacha, aunque no sin pequeñas curvas bajo el fino vestido donde las pequeñas curvas debían estar. Miraba al otro lado de la bahía, y destacaba nítidamente contra el fondo de azul vacío. Estaba de lleno en el sol. Sus pies colgaban entre las hojas y flores de los lirios como si no importara que se doblaran o aplastaran.

—Debería tener dolor de cabeza —susurró al fin la señora Arbuthnot—, sentada ahí al sol de ese modo.

—Debería llevar sombrero —susurró la señora Wilkins.

—Está pisando lirios.

—Pero son tan suyos como nuestros.

—Solo una cuarta parte.

Lady Caroline volvió la cabeza. Les echó una mirada de sorpresa al ver las más jóvenes de lo que habían parecido aquel día en el club, y mucho menos poco atractivas. De hecho eran casi bastante atractivas, si cualquiera puede ser casi bastante atractiva con la ropa equivocada. Sus ojos, deslizándose veloces sobre ellas, tomaron nota de cada centímetro de cada una en el medio segundo que precedió a su sonrisa y al movimiento de mano con que les saludó y les dijo buenos días. No había nada, vio al instante, que esperar de sus ropas en materia de interés. No pensó esto conscientemente, pues estaba teniendo una violenta reacción contra la ropa hermosa y la esclavitud que impone, siendo su experiencia que en cuanto una la tenía se apoderaba de una y no le daba paz hasta que había estado en todos lados y la habían visto todos. No era una quien llevaba la ropa a las fiestas; era la ropa quien

la llevaba a una. Era un completo error pensar que una mujer, una mujer verdaderamente bien vestida, gastaba la ropa; era la ropa la que gastaba a la mujer —arrastrándola a todas horas del día y de la noche. No era de extrañar que los hombres se mantuvieran jóvenes más tiempo. Unos pantalones nuevos no podían emocionarlos. No podía suponer que ni siquiera los pantalones más nuevos se comportaran así, tomando el mando por su cuenta. Sus imágenes eran desordenadas, pero pensaba como quería, usaba las imágenes que le apetecían. Al bajar del muro y acercarse a la ventana, le pareció algo tranquilizador saber que iba a pasar un mes entero con personas en vestidos confeccionados como recordaba vagamente que se hacían los vestidos cinco veranos atrás.

—Llegué ayer por la mañana —dijo, mirándolas hacia arriba y sonriendo. Era realmente encantadora. Lo tenía todo, hasta un hoyuelo.

—Es una lástima —dijo la señora Arbuthnot, sonriéndole a su vez—, porque íbamos a elegir la habitación más bonita para usted.

—Oh, pero eso ya lo he hecho yo —dijo lady Caroline—. Al menos, creo que es la más bonita. Da hacia dos lados —adoro una habitación que da hacia dos lados, ¿ustedes no? Hacia el mar al oeste, y hacia este árbol de Judas al norte.

—Y pensábamos adornársela de flores —dijo la señora Wilkins.

—Oh, eso lo hizo Domenico. Le dije que lo hiciera en cuanto llegué. Es el jardinero. Es maravilloso.

—Es bueno, desde luego —dijo la señora Arbuthnot un poco dubitativamente—, ser independiente, y saber exactamente lo que una quiere.

—Sí, ahorra molestias —convino lady Caroline.

—Pero no debería ser una tan independiente —dijo la señora Wilkins— como para no dejar oportunidad a los demás de ejercer con una sus benevolencias.

Lady Caroline, que había estado mirando a la señora Arbuthnot, se volvió hacia la señora Wilkins. Aquel día en aquel extraño club solo había tenido de la señora Wilkins una impresión borrosa, pues era la otra quien hacía toda la conversación, y su impresión había sido de alguien tan tímida, tan torpe que lo mejor era no hacerle caso. Ni siquiera había podido decir adiós

como Dios manda, haciéndolo en agonía, poniéndose colorada, poniéndose sudorosa. De modo que ahora la miró con cierta sorpresa; y quedó aún más sorprendida cuando la señora Wilkins añadió, mirándola con la más evidente y sincera admiración, hablando en efecto con una convicción que se negaba a permanecer sin expresar:

—No me había dado cuenta de que fuera usted tan guapa.

La miró fijamente. No solía decírselo así, de golpe y tan enseguida. Acostumbrada como estaba —imposible no estarlo después de veintiocho años sólidos—, le sorprendió que se lo dijera con tanta brusquedad, y una mujer.

—Es muy amable de su parte pensarlo —dijo.

—Pero si es usted preciosa —dijo la señora Wilkins—. Completamente, completamente preciosa.

—Espero —dijo la señora Arbuthnot agradablemente— que saque todo el partido posible de ello.

Entonces lady Caroline miró fijamente a la señora Arbuthnot.

—Oh, sí —dijo—. Le saco todo el partido. Llevo haciéndolo desde que tengo memoria.

—Porque —dijo la señora Arbuthnot, sonriendo y levantando el índice en señal de advertencia—, no durará.

Entonces lady Caroline empezó a temer que esas dos fueran originales. Si lo eran, se aburriría. Nada la aburría tanto como las personas que se empeñaban en ser originales, que venían a agarrarla del brazo y la hacían esperar mientras eran originales. Y la que la admiraba —si se dedicaba a seguirla para mirarla sería molesto. Lo que quería de esas vacaciones era escapar por completo de todo lo que había tenido antes; quería el descanso del contraste completo. Ser admirada, ser seguida, no era un contraste, era una repetición; y en cuanto a los originales, encontrarse encerrada con dos en lo alto de una colina escarpada en un castillo medieval construido expresamente para impedir los fáciles entrar y salir, no sería, temía, especialmente reparador. Quizás debería mostrarse un poco menos alentadora. Esas criaturas habían parecido tan tímidas, incluso la morena —no recordaba sus nombres—, ese día en el club, que había creído completamente seguro

mostrarse muy amigable. Aquí habían salido de su caparazón; ya; de hecho, al instante. No había el menor indicio de timidez en ninguna de las dos aquí. Si habían salido del caparazón tan de inmediato, al primer contacto, a menos que las frenara pronto empezarían a presionarla, y adiós entonces a su sueño de treinta días tranquilos y silenciosos, tumbada sin que la molestaran al sol, alisándose las plumas de nuevo, sin que le hablaran, sin que la atendieran, sin que la agarraran y la acapararan, sino simplemente recuperándose de la fatiga, la profunda y melancólica fatiga, del demasiado.

Además estaba la señora Fisher. A ella también había que frenarla. Lady Caroline había llegado dos días antes de lo acordado por dos razones: primero, porque deseaba llegar antes que los demás para escoger la habitación o habitaciones que prefería; y segundo, porque juzgaba probable que de lo contrario tendría que viajar con la señora Fisher. No quería viajar con la señora Fisher. No quería llegar con la señora Fisher. No encontraba la menor razón por la que tuviera que tener, ni por un solo momento, nada que ver con la señora Fisher.

Pero por desgracia la señora Fisher también estaba llena del deseo de llegar la primera a San Salvatore y escoger la habitación o habitaciones que prefería, y a pesar de todo habían viajado juntas. Desde Calais empezaron a sospecharlo; en París lo temían; en Módane lo sabían; en Mezzago lo disimulaban, tomando dos tartanas separadas hasta Castagneto, el morro de una casi tocando la trasera de la otra durante todo el trayecto. Pero cuando el camino terminó de repente en la iglesia y los escalones, ya no hubo más evasión posible; y enfrentadas a ese final abrupto y difícil del viaje no quedó más remedio que unirse.

Por culpa del bastón de la señora Fisher, lady Caroline tuvo que encargarse de todo. Las intenciones de la señora Fisher, explicó desde su tartana cuando la situación le quedó clara, eran activas, pero el bastón les impedía llevarse a cabo. Los dos cocheros le dijeron a lady Caroline que tendrían que traer unos chicos para subir el equipaje al castillo, y ella fue a buscarlos mientras la señora Fisher esperaba en la tartana a causa del bastón. La señora Fisher podía hablar italiano, pero solo, explicó, el italiano de Dante, que Matthew Arnold leía con ella cuando era niña, y pensaba que podría estar por encima de la comprensión de los chicos. Por consiguiente lady Caroline, que hablaba italiano corriente muy bien, era evidentemente la indicada para ir a hacer las gestiones.

—Estoy en sus manos —dijo la señora Fisher, sentada con firmeza en su tartana—. Haga el favor de considerarme una simple anciana con bastón.

Y al poco rato, bajando los escalones y adoquines hasta la plaza, y a lo largo del muelle, y por el camino en zigzag, lady Caroline se encontró tan obligada a caminar despacio con la señora Fisher como si fuera su propia abuela.

—Es el bastón —observaba la señora Fisher con complacencia a intervalos.

Y cuando se sentaban a descansar en esos recodos del zigzag donde había bancos, y lady Caroline, a quien le habría gustado correr y llegar pronto a la cima, se veía forzada por humanidad elemental a quedarse con la señora Fisher a causa del bastón, la señora Fisher le contó que una vez había estado con Tennyson en un camino en zigzag.

—¿Verdad que su críquet es maravilloso? —dijo lady Caroline distraídamente.

—El Tennyson —dijo la señora Fisher, volviendo la cabeza y observándola un momento por encima de las gafas.

—¿No es así? —dijo lady Caroline.

—Estoy hablando —dijo la señora Fisher— de Alfred.

—Ah —dijo lady Caroline.

—Y era un camino también —continuó la señora Fisher con severidad—, curiosamente parecido a este. Sin eucalipto, claro, pero por lo demás curiosamente parecido. Y en uno de los recodos se volvió y me dijo —lo veo ahora volviéndose y diciéndome—

Sí, a la señora Fisher habría que frenarla. Y también a estas dos en la ventana. Debería empezar de inmediato. Había cometido un error al bajar del muro. Lo único que necesitaba haber hecho era agitar la mano y esperar a que bajaran y salieran al jardín donde ella estaba.

De modo que ignoró el comentario de la señora Arbuthnot y el índice levantado, y dijo con una frialdad marcada —al menos, intentó que sonara marcada— que supuso que irían a desayunar, y que ella ya había desayunado; pero era su sino que por muy fríamente que enviara sus palabras estas

salían sonando bastante cálidas y agradables. Era porque tenía una voz simpática y deliciosa, debida enteramente a cierta formación especial de la garganta y el paladar, que no tenía nada que ver con lo que sentía. Nadie en consecuencia llegaba a creer nunca que la estaban desairando. Era de lo más fastidioso. Y si miraba fijamente con frialdad de hielo no parecía nada fría, porque sus ojos, hermosos de por sí, tenían la belleza añadida de unas pestañas muy largas, suaves y oscuras. Ninguna mirada glacial podía salir de unos ojos así; se quedaba atrapada y perdida en las suaves pestañas, y las personas miradas solo creían que se les prestaba una atención lisonjera y exquisita. Y cuando a veces estaba de mal humor o definitivamente enfadada —y ¿quién no lo estaría a veces en semejante mundo?—, solo parecía tan patética que la gente se precipitaba a consolarla, si era posible por medio de besos. Era más que fastidioso, era enloquecedor. La naturaleza estaba decidida a que pareciera y sonara angélica. Nunca podía ser desagradable o grosera sin que se la malentendiera por completo.

—Desayuné en mi habitación —dijo, esforzándose al máximo por sonar brusca—. Quizás nos veamos más tarde.

E inclinó la cabeza y volvió adonde había estado sentada en el muro, con los lirios frescos y agradables alrededor de sus pies.

## CAPÍTULO VII

Sus ojos la siguieron con admiración. No habían tenido la menor idea de que las hubieran desairado. Era una decepción, desde luego, descubrir que se les había adelantado y que no iban a tener la felicidad de preparar la llegada de lady Caroline, de observar su cara cuando llegara y lo viera todo por primera vez; pero todavía quedaba la señora Fisher. Se concentrarían en

la señora Fisher, y observarían su cara en cambio; solo que, como todo el mundo, habrían preferido observar la de lady Caroline.

Quizás, pues, como lady Caroline había mencionado el desayuno, lo mejor era ir a tomarlo, pues había demasiado que hacer ese día para seguir contemplando el paisaje: hablar con el servicio, recorrer y examinar la casa, y por último preparar y adornar la habitación de la señora Fisher.

Saludaron alegremente con la mano a lady Caroline, que parecía absorta en lo que veía y no hizo caso, y al darse la vuelta encontraron que la doncella de la noche anterior había subido silenciosamente detrás de ellas con zapatillas de tela suela de esparto.

Era Francesca, la anciana doncella de comedor que llevaba con el propietario, había dicho él, muchos años, y cuya presencia hacía innecesarios los inventarios; y después de desearles buenos días y esperar que hubieran dormido bien, les dijo que el desayuno estaba listo en el comedor del piso de abajo y que si la seguían ella las conduciría.

No entendieron una sola palabra de las muy numerosas con que Francesca se las arregló para revestir esta sencilla información, pero la siguieron, pues al menos quedaba claro que debían seguirla, y bajando la escalera y a lo largo del amplio vestíbulo igual al de arriba salvo por las puertas de cristal del fondo en lugar de una ventana que daba al jardín, fueron conducidas al comedor; donde, sentada a la cabecera de la mesa tomando el desayuno, estaba la señora Fisher.

Esta vez exclamaron. Incluso la señora Arbuthnot exclamó, aunque su exclamación fue solo un «¡Oh!».

La señora Wilkins exclamó con mayor extensión.

—¡Pero si es como si le quitaran a una el pan de la boca! —exclamó la señora Wilkins.

—Cómo está usted —dijo la señora Fisher—. No puedo levantarme a causa del bastón. —Y extendió la mano por encima de la mesa.

Ellas avanzaron y se la estrecharon.

—No sabíamos que estuviera usted aquí —dijo la señora Arbuthnot.

—Sí —dijo la señora Fisher, reanudando el desayuno—. Sí. Estoy aquí.  
—Y con calma procedió a descabezar un huevo.

—Es una gran decepción —dijo la señora Wilkins—. Pensábamos darle una bienvenida tan especial.

Esta era la que, recordó la señora Fisher mirándola brevemente, cuando fue a Prince of Wales Terrace dijo que había visto a Keats. Con esta había que tener cuidado —frenarla desde el principio.

Por tanto ignoró a la señora Wilkins y dijo gravemente, con la cara inclinada en una impenetrable calma sobre el huevo:

—Sí. Llegué ayer con lady Caroline.

—Es verdaderamente terrible —dijo la señora Wilkins, exactamente como si no la hubieran ignorado—. Ya no hay nadie a quien preparárselo a nadie. Me siento frustrada. Me siento como si me quitaran el pan de la boca justo cuando iba a ser feliz tragándolo.

—¿Dónde se sienta usted? —preguntó la señora Fisher a la señora Arbuthnot —marcadamente a la señora Arbuthnot; la comparación con el pan le había parecido de lo más desagradable.

—Oh, gracias... —dijo la señora Arbuthnot, sentándose de pronto bastante de golpe a su lado.

Solo había dos sitios donde pudiera sentarse, los cubiertos puestos a uno y otro lado de la señora Fisher. Se sentó, pues, en uno, y la señora Wilkins se sentó enfrente en el otro.

La señora Fisher estaba en la cabecera de la mesa. A su alrededor estaba agrupado el café y el té. Claro que las cuatro compartían San Salvatore por igual, pero fueron ella y Lotty, reflexionó suavemente la señora Arbuthnot, quienes lo habían encontrado, quienes habían tenido el trabajo de conseguirlo, quienes habían decidido admitir a la señora Fisher en él. Sin ellas, no podía evitar pensarlo, la señora Fisher no habría estado allí. Moralmente la señora Fisher era una invitada. No había anfitriona en ese grupo, pero suponiendo que la hubiera habido no habría sido la señora Fisher, ni lady Caroline, sino ella misma o Lotty. La señora Arbuthnot no podía evitar sentirlo al sentarse, y la señora Fisher, con la mano que Ruskin le había estrechado suspendida sobre las tetera y cafetera que tenía delante, preguntó:

«¿Té o café?» No podía evitar sentirlo aún más claramente cuando la señora Fisher dio unos golpecitos en el pequeño gong que había sobre la mesa a su lado como si hubiera estado acostumbrada a ese gong y a esa mesa desde pequeña, y al aparecer Francesca le ordenó en la lengua de Dante que trajera más leche. Había en la señora Fisher, pensó la señora Arbuthnot, una extraña aire de estar en posesión; y si ella misma no hubiera sido tan feliz quizás le hubiera importado.

La señora Wilkins también lo advirtió, pero solo le hizo pensar a su cerebro divagante en cucúes. Seguramente habría empezado a hablar de cucúes de inmediato, de manera incoherente, irrefrenable y deplorable, si hubiera estado en el estado de nerviosismo y timidez en que se encontraba la última vez que vio a la señora Fisher. Pero la felicidad había acabado con la timidez —estaba muy serena; podía controlar su conversación; no tenía que escucharse horrorizada decir cosas que no tenía intención de decir cuando empezaba; estaba perfectamente a gusto y era completamente natural. La decepción de no poder preparar una bienvenida a la señora Fisher se había evaporado al instante, pues era imposible seguir decepcionada en el cielo. Tampoco le importaba que se comportara de anfitriona. ¿Qué más daba? En el cielo no le importaban a una las cosas. Ella y la señora Arbuthnot, por tanto, se sentaron con más buena voluntad de la que de otro modo habrían tenido, una a cada lado de la señora Fisher, y el sol, entrando a raudales por las dos ventanas que daban al este sobre la bahía, inundó la sala, y había una puerta abierta que daba al jardín, y el jardín estaba lleno de muchas cosas hermosas, especialmente fresas.

La delicada y deliciosa fragancia de las fresas entraba por la puerta y acariciaba las narices arrobadas de la señora Wilkins. Las fresas en Londres estaban completamente fuera de su alcance. De vez en cuando entraba en una floristería y preguntaba a cuánto estaban, solo para tener pretexto de levantar un ramo y olerlo, sabiendo perfectamente que costaban algo horrible como un chelín por unas tres flores. Aquí estaban en todas partes —brotando por cada rincón y alfombrando los arriates de rosas. Imaginad tener fresas que coger a brazadas si una quería, e inundando la sala un sol glorioso, y estar en vestido de verano, ¡y que fuera solo el primero de abril!

—Supongo que os dais cuenta, ¿verdad, de que hemos llegado al cielo?  
—dijo, radiante hacia la señora Fisher con toda la familiaridad de una

condiscípula.

«Son considerablemente más jóvenes de lo que había supuesto», pensó la señora Fisher, «y no están ni mucho menos tan poco agradecidas.» Y rumiando un momento, sin prestarle atención a la efusividad de la señora Wilkins, recordó su negativa instantánea y agitada aquel día en Prince of Wales Terrace a tener nada que ver con dar o pedir referencias.

Nada podía afectarle, desde luego; nada de lo que nadie hiciera. Estaba demasiado sólidamente asentada en la respetabilidad. A sus espaldas se erguían masivamente en una fila tremenda aquellos tres grandes nombres que había ofrecido, y no eran los únicos a los que podía recurrir para obtener apoyo y garantía. Aunque estas jóvenes —no tenía motivos para creer que la que estaba fuera en el jardín fuera realmente lady Caroline Dester, solo se lo habían dicho—, aunque estas jóvenes resultaran ser todas lo que Browning solía llamar —qué bien recordaba su divertida y deliciosa manera de decir las cosas— Correcaminos nocturnos, ¿qué podía importarle eso, en modo alguno? Que salieran a corretear por la noche si querían. No se tienen sesenta y cinco años en balde. En todo caso serían solo cuatro semanas, al cabo de las cuales no volvería a verlas. Y entretanto había muchos sitios donde podía sentarse tranquilamente lejos de ellas y recordar. Además estaba su propio saloncito, una habitación encantadora, todo muebles y cuadros color de miel, con ventanas hacia el mar en dirección a Génova, y una puerta que daba a las almenas. La casa tenía dos salones, y ella le había explicado a esa criatura bonita, lady Caroline —criatura bonita sin duda, lo que fuera que además de eso fuera; Tennyson habría disfrutado llevándola a pasear por los páramos— que parecía inclinada a apropiarse del de color de miel, que necesitaba ese pequeño refugio absolutamente para ella sola a causa del bastón.

«Nadie quiere ver a una vieja renqueando por todas partes», le había dicho. «Estaré muy contenta de pasar gran parte de mi tiempo sola aquí o sentada en estas convenientes almenas.»

Y tenía también un dormitorio muy bonito; daba hacia dos lados, a la bahía de cara al sol de la mañana —le gustaba el sol de la mañana— y al jardín. Solo había dos de estos dormitorios con vistas cruzadas en la casa, ella y lady Caroline lo habían descubierto, y eran con mucho los más aireados. Los dos tenían dos camas, y ella y lady Caroline habían hecho quitar

las camas extra enseguida y ponerlas en dos de los otros cuartos. De este modo había mucho más espacio y comodidad. Lady Caroline, en efecto, había convertido el suyo en una habitación-salón, con el sofá del salón grande y la mesa de escritorio y el sillón más cómodo; pero ella no había tenido necesidad de hacer eso porque tenía su propio saloncito, provisto de lo necesario. Lady Caroline había pensado al principio en tomar el salón grande enteramente para sí, pues el comedor del piso de abajo podía servir muy bien de sala de estar entre comidas para las otras dos, y era una habitación muy agradable con sillas cómodas; pero no le había gustado la forma del salón grande —era una sala redonda en la torre, con estrechas ventanas en aspilleras abiradas en los gruesos muros, y un techo abovedado con nervaduras dispuestas para parecer un paraguas abierto, y parecía algo oscuro. Sin duda lady Caroline había echado miradas codiciosas al cuarto color de miel, y de haber sido ella, la señora Fisher, menos firme, se habría instalado en él. Lo cual habría sido absurdo.

—Espero —dijo la señora Arbuthnot, sonriendo y haciendo un esfuerzo por dar a entender a la señora Fisher que, aunque no era exactamente una invitada, desde luego tampoco era en absoluto una anfitriona— que su habitación sea cómoda.

—Completamente —dijo la señora Fisher—. ¿Quiere más café?

—No, gracias. ¿Y usted?

—No, gracias. Había dos camas en mi dormitorio que lo llenaban innecesariamente, e hice quitar una. Ha quedado mucho más cómodo.

—¡Por eso tengo yo dos camas en mi cuarto! —exclamó la señora Wilkins, iluminada; la segunda cama en su pequeña celda le había parecido un objeto antinatural e inapropiado desde el momento en que la vio.

—No di ninguna instrucción —dijo la señora Fisher, dirigiéndose a la señora Arbuthnot—, simplemente le pedí a Francesca que la retirara.

—Yo también tengo dos en mi cuarto —dijo la señora Arbuthnot.

—La segunda debe de ser la de lady Caroline. Ella también hizo retirar la suya —dijo la señora Fisher—. Me parece absurdo tener en un cuarto más camas que ocupantes.

—Pero tampoco tenemos aquí a nuestros maridos —dijo la señora Wilkins—, y no veo qué utilidad tienen las camas extra en el cuarto si no se tienen maridos a quienes poner en ellas. ¿No podemos hacerlas quitar también?

—Las camas —dijo la señora Fisher con frialdad— no pueden ir retirándose de un cuarto tras otro. Tienen que estar en algún sitio.

Los comentarios de la señora Wilkins le parecían a la señora Fisher persistentemente desafortunados. Cada vez que abría la boca decía algo mejor dejado sin decir. La conversación suelta sobre los maridos nunca había sido alentada en el círculo de la señora Fisher. En los años ochenta, cuando principalmente florecía, los maridos se tomaban en serio, como los únicos obstáculos reales al pecado. Las camas también, cuando había que mencionarlas, se abordaban con cautela; y un pudor decoroso impedía que aparecieran en la misma frase que los maridos.

Se volvió hacia la señora Arbuthnot con más marcado énfasis que nunca.

—Permítame darle un poco más de café —dijo.

—No, gracias. Pero ¿quiere usted algo más?

—No, en absoluto. Nunca tomo más de dos tazas en el desayuno. ¿Quiere una naranja?

—No, gracias. ¿Y usted?

—No, no como fruta en el desayuno. Es una costumbre americana que ya soy demasiado vieja para adoptar. ¿Ha tomado usted todo lo que quería?

—Completamente. ¿Y usted?

La señora Fisher hizo una pausa antes de responder. ¿Era una costumbre, ese truco de responder a una pregunta sencilla con la misma pregunta? De ser así habría que cortarla, pues nadie podía vivir cuatro semanas con ninguna comodidad real junto a alguien con una costumbre.

Miró a la señora Arbuthnot, y la raya de su pelo y su frente apacible la tranquilizaron. No; era el azar, no la costumbre, lo que había producido esos ecos. Con la misma facilidad con que podía imaginar que una paloma tuviera costumbres molestas podía imaginarlo de la señora Arbuthnot. Considerándola, pensó en la esposa espléndida que habría sido para el po-

bre Carlyle. Mucho mejor que aquella horrible e inteligente Jane. Lo habría calmado.

—¿Nos vamos entonces? —sugirió.

—Permítame ayudarla a levantarse —dijo la señora Arbuthnot, toda solícita.

—Oh, gracias; puedo perfectamente. Solo a veces el bastón me impide...

La señora Fisher se levantó con toda facilidad; la señora Arbuthnot había planeado su ayuda para nada.

—Voy a comerme una de estas naranjas espléndidas —dijo la señora Wilkins, quedándose donde estaba y cogiendo una de un cuenco negro lleno de ellas—. Rose, cómo puedes resistirlas. Mira... coge esta. Toma esta preciosidad... —Y le tendió una grande.

—No, yo voy a ocuparme de mis obligaciones —dijo la señora Arbuthnot, encaminándose a la puerta—. Me perdonará por dejarla, ¿verdad? —añadió cortésmente a la señora Fisher.

La señora Fisher también se encaminó a la puerta; con toda facilidad; casi deprisa; el bastón no la entorpecía en absoluto. No tenía intención de quedarse con la señora Wilkins.

—¿A qué hora le gustaría almorzar? —le preguntó la señora Arbuthnot, intentando mantener su posición de, si no exactamente anfitriona, al menos no invitada, a flote.

—El almuerzo —dijo la señora Fisher— es a las doce y media.

—Pues lo tendrá a las doce y media —dijo la señora Arbuthnot—. Le diré a la cocinera. Será una gran lucha —continuó, sonriendo—, pero traigo un pequeño diccionario...

—La cocinera —dijo la señora Fisher— ya lo sabe.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Arbuthnot.

—Lady Caroline ya se lo ha dicho —dijo la señora Fisher.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Arbuthnot de nuevo.

—Sí. Lady Caroline habla el italiano que entienden las cocineras. Yo tengo impedido ir a la cocina a causa del bastón. Y aunque pudiera ir, me temo

que no me entenderían.

—Pero... —empezó la señora Arbuthnot.

—Pero qué maravilla —terminó la señora Wilkins desde la mesa, encantada con estas inesperadas simplificaciones en sus vidas y en las de Rose—. Pero si aquí no tenemos nada que hacer ninguna de las dos, salvo ser felices. No creerías —dijo, volviendo la cabeza y hablando directamente a la señora Fisher, con trozos de naranja en ambas manos—, lo terriblemente buenas que Rose y yo hemos sido durante años sin parar, y lo mucho que necesitamos ahora un descanso completo.

Y la señora Fisher, saliendo sin responderle de la habitación, se dijo a sí misma: «Hay que frenarla, hay que frenarla.»

## CAPÍTULO VIII

Cuando la señora Wilkins y la señora Arbuthnot, libres de obligaciones, salieron y bajaron los peldaños gastados de piedra y cruzaron la pérgola hasta el jardín bajo, la señora Wilkins le dijo a la señora Arbuthnot, que parecía pensativa:

—¿No ves que si alguien más se encarga de los pedidos, eso nos libera a nosotras?

La señora Arbuthnot dijo que sí lo veía, pero que de todos modos le parecía un poco tonto que les quitaran todo de las manos.

—A mí me encanta que me quiten las cosas de las manos —dijo la señora Wilkins.

—Pero fuimos nosotras quienes encontramos San Salvatore —dijo la señora Arbuthnot—, y es un poco tonto que la señora Fisher se comporte como si le perteneciera solo a ella.

—Lo que es un poco tonto —dijo la señora Wilkins con mucha serenidad— es importarle a una. No le veo el menor sentido a tener autoridad a costa de la propia libertad.

La señora Arbuthnot no respondió a esto por dos razones: primero, porque le sorprendía la calma notable y creciente de la hasta entonces incoherente y emocionada Lotty; y segundo, porque lo que tenía ante los ojos era tan hermoso.

Por todos los peldaños de piedra, en ambos lados, las vincapervincas estaban en plena flor, y ahora podía ver qué era lo que la noche anterior la había rozado húmedo y perfumado en la cara al pasar. Era glicinia. Glicinia y sol... recordó el anuncio. Aquí, en verdad, había de las dos en abundancia. La glicinia se enredaba sobre sí misma en su exceso de vida, su prodigalidad de flores; y donde terminaba la pérgola el sol ardía sobre geranios escarlatas, matas de ellos, y capuchinas en grandes montones, y caléndulas tan brillantes que parecían estar ardiendo, y bocas de dragón rojas y rosas, todas suponiéndose unas a otras en color vivo y encendido. El terreno detrás de esas cosas llameantes descendía en terrazas hacia el mar, cada terraza un pequeño huerto donde entre los olivos crecían vides en emparrados, e higueras, y melocotoneros, y cerezos. Los cerezos y melocotoneros estaban en flor —adorables aguaceros de blanco y rosa oscuro entre la delicadeza temblorosa de los olivos; las hojas de higuera eran ya suficientemente grandes para oler a higos, los brotes de la vid apenas empezaban a asomar. Y bajo esos árboles había grupos de lirios azules y morados, y matas de lavanda, y cactus grises y punzantes, y la hierba estaba llena de dientes de león y margaritas, y al fondo del todo estaba el mar. El color parecía lanzado sin orden ni concierto por todas partes; toda clase de colores, amontonados en pilas, corriendo en ríos —las vincapervincas parecían exactamente estar siendo vertidas a cada lado de los peldaños—; y flores que en Inglaterra solo crecen en arriates, flores orgullosas que allá se mantienen en sus límites, como los grandes lirios azules y la lavanda, estaban siendo apretujadas por cositas pequeñas y brillantes como los dientes de león y las margaritas y las campanillas blancas de la cebolla silvestre, y solo parecían mejor y más exuberantes por ello.

Se quedaron mirando esa muchedumbre de cosas hermosas, ese revoltijo feliz, en silencio. No, no importaba lo que hiciera la señora Fisher; no aquí; no entre tanta belleza. La inquietud de la señora Arbuthnot se disolvió. En el calor y la luz de lo que contemplaba, de lo que para ella era una manifestación, un aspecto de Dios completamente nuevo, ¿cómo podía estar inquieta? Si solo Frederick estuviera con ella, viéndolo también, viéndolo como lo habría visto cuando eran recién enamorados, en los días en que él veía lo que ella veía y amaba lo que ella amaba...

Suspiró.

—No se suspira en el cielo —dijo la señora Wilkins—. Allí no se hace eso.

—Estaba pensando en lo que a una le apetece compartir esto con quienes quiere —dijo la señora Arbuthnot.

—No se anhela en el cielo —dijo la señora Wilkins—. Se supone que una está completamente completa. Y es el cielo, ¿verdad, Rose? Mira cómo se ha dejado entrar aquí a todo el mundo —los dientes de león y los lirios, lo vulgar y lo superior, yo y la señora Fisher—, todas bienvenidas, todas mezcladas de cualquier manera, y todas tan visiblemente felices y disfrutando.

—La señora Fisher no parece feliz —al menos no visiblemente —dijo la señora Arbuthnot, sonriendo.

—Pronto empezará, ya lo verás.

La señora Arbuthnot dijo que no creía que después de cierta edad la gente empezara nada.

La señora Wilkins dijo que estaba segura de que nadie, por viejo y duro que fuera, podía resistir los efectos de una belleza perfecta. Antes de muchos días, quizás horas, verían a la señora Fisher estallar en toda clase de efusividades.

—Estoy completamente segura —dijo la señora Wilkins— de que hemos llegado al cielo, y en cuanto la señora Fisher se dé cuenta de que está aquí, tiene que ser diferente. Ya lo verás. Dejará de estar osificada, y se pondrá toda blanda y capaz de estirarse, y llegaremos a... vaya, no me sorprendería que llegáramos a encariñarnos bastante con ella.

La idea de que la señora Fisher estallara en algo, ella que parecía tan particularmente bien abotonada, hizo reír a la señora Arbuthnot. Perdonó la manera descuidada de la señora Wilkins de hablar del cielo, porque en semejante lugar, en semejante mañana, el perdón estaba en el propio aire. Además, qué excusa había.

Y lady Caroline, sentada donde las habían dejado antes del desayuno en el muro, se asomó a mirar cuando oyó las risas, y las vio de pie en el camino de abajo, y pensó en la suerte que era que se rieran allá abajo y no hubieran subido a hacerlo alrededor de ella. Detestaba los chistes en todo momento, pero por las mañanas los detestaba; especialmente de cerca; especialmente llenándole los oídos. Esperaba que las originales estuvieran de camino a dar un paseo, y no de vuelta de uno. Cada vez se reían más. ¿Qué podían posiblemente encontrar de qué reírse?

Miró hacia abajo las coronillas de sus cabezas con cara muy seria, pues la perspectiva de pasar un mes con gente que se ríe era grave, y ellas, como si sintieran sus ojos, se volvieron de repente y miraron hacia arriba.

La espantosa jovialidad de esas mujeres...

Se retrajo de sus sonrisas y saludos, pero no podía retraerse fuera del campo visual sin caer entre los lirios. No sonrió ni saludó en respuesta, y volviendo los ojos a las montañas más lejanas las estudió con atención hasta que las dos, cansadas de saludar, se alejaron por el camino y doblaron la esquina y desaparecieron.

Esta vez las dos sí advirtieron que se habían encontrado con, al menos, falta de respuesta.

—Si no estuviéramos en el cielo —dijo la señora Wilkins serenamente—, diría que nos han desairado, pero como allí nadie desaira a nadie es evidente que no puede ser.

—A lo mejor es desdichada —dijo la señora Arbuthnot.

—Sea lo que sea que es, se le pasará aquí —dijo la señora Wilkins con convicción.

—Tenemos que intentar ayudarla —dijo la señora Arbuthnot.

—Oh, pero en el cielo nadie ayuda a nadie. Con eso se ha terminado. No intentas ser o hacer nada. Simplemente eres.

Bien, la señora Arbuthnot no entraría en eso — no aquí, no hoy. El párroco, lo sabía, habría llamado a la cháchara de Lotty ligereza, cuando no irreverencia. Qué viejo le parecía desde aquí; un viejo, viejo párroco.

Dejaron el camino y treparon por las terrazas de los olivos, bajando y bajando, hasta que en el fondo el cálido y soñoliento mar mecía levemente entre las rocas. Allí crecía un pino junto al agua, y se sentaron bajo él, y a unos metros había una barca de pesca inmóvil y de tripa verde sobre el agua. Las ondas del mar hacían pequeños ruidos burbujeantes a sus pies. Entornaban los ojos para poder mirar hacia el resplandor de luz que estaba más allá de la sombra de su árbol. El caliente olor de las agujas de pino y de los cojines de tomillo silvestre que tapizaban los espacios entre las rocas, y a veces un olor de miel pura de un grupo de lirios cálidos al sol que había detrás de ellas, les soplaba en la cara. Muy pronto la señora Wilkins se quitó los zapatos y las medias y dejó colgar los pies en el agua. Después de mirarla un minuto, la señora Arbuthnot hizo lo mismo. Su felicidad fue entonces completa. Sus maridos no las habrían reconocido. Dejaron de hablar. Dejaron de mencionar el cielo. Eran simplemente copas de aceptación.

Mientras tanto, lady Caroline, en su muro, estaba considerando su situación. El jardín en lo alto del muro era un jardín delicioso, pero su situación lo hacía inseguro y expuesto a interrupciones. En cualquier momento las demás podrían venir a usarlo, pues tanto el vestíbulo como el comedor tenían puertas que daban directamente a él. Quizás, pensó lady Caroline, podría organizarlo para que fuera exclusivamente suyo. La señora Fisher tenía las almenas, llenas de flores y deliciosas, y una atalaya para ella sola, además de haberse apoderado de la única habitación realmente bonita de la casa. Había muchos sitios a donde podían ir las originales — ella misma había visto al menos otros dos jardines pequeños, mientras que la colina en la que se alzaba el castillo era en sí misma un jardín, con paseos y bancos. ¿Por qué no podía reservarse ese único rincón exclusivamente para ella? Le gustaba; le gustaba sobre todo lo demás. Tenía el árbol de Judas y un pino paraguas, tenía las fresias y los lirios, tenía un tamarisco empezando a sonrosarse, tenía el conveniente muro bajo para sentarse, tenía desde cada uno de sus tres lados las vistas más asombrosas — al este la bahía y las montañas, al norte el pueblo al otro lado del agua transparente y verde tranquila del pequeño puerto y las colinas salpicadas de casas blancas y naranjales, y al oeste el delgado hilo de tierra por el que San Salvatore se ataba al

continente, y luego el mar abierto y la línea de la costa más allá de Génova extendiéndose hacia la azul lejanía de Francia. Sí, diría que quería tener esto enteramente para ella. Qué evidentemente sensato si cada una tuviera su propio lugar especial donde sentarse por separado. Era esencial para su bienestar poder estar aparte, que la dejaran sola, que no le hablasen. Las demás también deberían preferirlo. ¿Por qué amontonarse? Bastante se hacía eso en Inglaterra, con los parientes y los amigos — ¡cuántos eran! — presionando continuamente. Habiendo conseguido escapar de ellos cuatro semanas, ¿por qué seguir haciéndolo, y con personas que no tenían el menor derecho sobre una?

Encendió un cigarrillo. Empezó a sentirse segura. Esas dos habían salido a dar un paseo. No había señales de la señora Fisher. Qué agradable era aquello.

Alguien salió por las puertas de cristal justo cuando ella respiraba hondo por primera vez con sensación de seguridad. ¿No sería la señora Fisher, queriendo sentarse con ella? La señora Fisher tenía sus almenas. Debería quedarse en ellas, habiéndoselas apropiado. Sería demasiado molesto si no quería, y además de tenerlas a ellas y su saloncito quería también instalarse en este jardín.

No; no era la señora Fisher, era la cocinera.

Frunció el ceño. ¿Iba a tener que seguir encargándose de la comida? Sin duda una u otra de esas dos mujeres saludadoras lo haría ya.

La cocinera, que había estado esperando con una angustia creciente en la cocina mirando cómo el reloj se acercaba a la hora del almuerzo sin que aún supiera de qué iba a consistir, había ido por fin a la señora Fisher, que le había hecho un gesto para que se fuera de inmediato. Luego había vagado por la casa buscando una señora, cualquier señora, que le dijera qué cocinar, sin encontrar ninguna; y al fin, guiada por Francesca, que siempre sabía dónde estaba todo el mundo, salió a buscar a lady Caroline.

Domenico había proporcionado a esa cocinera. Era Costanza, hermana de aquel primo suyo que tenía un restaurante en la plaza. Ayudaba a su hermano en la cocina cuando no tenía otro trabajo, y conocía toda clase de platos italianos gordos y misteriosos como los obreros de Castagneto que llenaban el restaurante al mediodía, y los habitantes de Mezzago cuando

venían los domingos, adoraban comer. Era una solterona sin carnes de cincuenta años, canosa, ágil, rica de palabra, y pensaba que lady Caroline era más hermosa que nadie que hubiera visto en su vida; y así lo pensaba Domenico; y así también el chico Giuseppe que ayudaba a Domenico y era, además, su sobrino; y así también la chica Angela que ayudaba a Francesca y era, además, la sobrina de Domenico; y así también la propia Francesca. Domenico y Francesca, los únicos que las habían visto, pensaban que las dos señoras que llegaron después eran muy hermosas, pero comparadas con la joven rubia que llegó primero eran como velas frente a la luz eléctrica que últimamente se había instalado, y como las tinas de zinc de los dormitorios frente al maravilloso baño nuevo que su señor había hecho poner en su última visita.

Lady Caroline frunció el ceño a la cocinera. El ceño, como de costumbre, se transformaba en el camino en lo que parecía una grave y hermosa concentración, y Costanza levantó las manos y puso a los santos por testigos en voz alta de que allí estaba la mismísima imagen de la Madre de Dios.

Lady Caroline le preguntó con irritación qué quería, y la cabeza de Costanza se inclinó de deleite ante la pura música de su voz. Dijo, después de esperar un momento por si la música iba a continuar, pues no quería perderse ni un compás, que quería órdenes; había ido a la mamá de la Signorina, pero en vano.

—No es mi madre —rechazó lady Caroline con enojo; y su enojo sonó como el quejido lamentoso de un melodioso huérfano.

Costanza vertió compasión. Ella también, explicó, no tenía madre...

Lady Caroline la interrumpió con la escueta información de que su madre estaba viva y en Londres.

Costanza alabó a Dios y a los santos de que la joven señorita no supiera aún lo que era quedarse sin madre. Pronto llegaban las desgracias; sin duda la joven señorita ya tendría marido.

—No —dijo lady Caroline con frialdad. Más que los chistes por la mañana detestaba la idea de los maridos. Y todo el mundo intentaba constantemente endosárselos — todos sus parientes, todos sus amigos, todos los periódicos de la tarde. Al fin y al cabo, solo podía casarse con uno; pero se

diría que todo el mundo hablaba como si pudiera casarse con una docena por lo menos.

Su suave y patético «No» hizo a Costanza, que estaba de pie cerca de ella, desbordarse de simpatía.

—Pobrecita —dijo Costanza, llegando incluso a darle un alentador golpecito en el hombro—, tenga esperanza. Todavía hay tiempo.

—Para el almuerzo —dijo lady Caroline con un frío que la asombraba, maravillándose mientras hablaba de que la estuvieran dando golpecitos, ella que tanto trabajo se había tomado en venir a un lugar remoto y escondido donde entre otras cosas igualmente opresivas los golpecitos tampoco existirían—, tomaremos...

Costanza se volvió práctica. La interrumpió con sugerencias, y sus sugerencias eran todas admirables y todas caras.

Lady Caroline no sabía que eran caras, y las aceptó enseguida. Sonaban muy bien. Había en ellas toda clase de hortalizas y frutas jóvenes, y mucha mantequilla y grandísimas cantidades de nata e increíbles números de huevos. Costanza dijo con entusiasmo al final, como tributo a esa aquiescencia, que de todos los señores y señoras para quienes había trabajado en trabajos temporales como este prefería a los señores y señoras ingleses. Los prefería con mucho —le inspiraban devoción. Porque sabían qué pedir; no escatimaban; se abstendían de exprimir la cara de los pobres.

De esto lady Caroline dedujo que había sido extravagante, y de inmediato suprimió la nata.

La cara de Costanza se ensombreció, pues tenía una prima que tenía una vaca, y la nata iba a venir de las dos.

—Y quizás sea mejor que no pidamos pollos —dijo lady Caroline.

La cara de Costanza se ensombreció aún más, pues su hermano en el restaurante tenía gallinas en el patio trasero, y muchas de ellas estaban ya listas para el matadero.

—Además no pidas fresas hasta que haya consultado con las otras señoras —dijo lady Caroline, recordando que era solo el primero de abril y que quizás la gente de Hampstead fuera pobre; de hecho debía de serlo, pues de

lo contrario ¿por qué vivir en Hampstead?—. No soy yo la señora de esta casa.

—¿Es la mayor? —preguntó Costanza, con la cara muy larga.

—No —dijo lady Caroline.

—¿Cuál de las otras dos señoras lo es?

—Ninguna —dijo lady Caroline.

Entonces las sonrisas de Costanza volvieron, pues la joven señorita le estaba tomando el pelo y haciendo bromas. Se lo dijo, a su manera italiana y amigable, y sintió un deleite genuino.

—Yo nunca hago bromas —dijo lady Caroline brevemente—. Será mejor que se vaya, o el almuerzo no estará listo para las doce y media.

Y esas palabras bruscas salieron sonando tan dulces que Costanza tuvo la sensación de que le estaban haciendo gentiles cumplidos, y se olvidó del disgusto por la nata y los pollos, y se fue llena de gratitud y sonrisas.

«Esto», pensó lady Caroline, «no puede ser. No he venido aquí a llevar la casa, y no lo haré.»

Llamó a Costanza. Costanza vino corriendo. El sonido de su nombre en esa voz la encantaba.

—He encargado el almuerzo de hoy —dijo lady Caroline, con la cara de ángel grave que era la suya cuando estaba molesta—, y también he encargado la cena, pero a partir de ahora acudirás a una de las otras señoras para los pedidos. Yo no doy más.

La idea de seguir dando órdenes era absurda. Nunca daba órdenes en casa. Nadie allí soñaba con pedirle que hiciera nada. Que esa actividad tan molesta le fuera impuesta aquí simplemente porque resultaba que podía hablar italiano era ridículo. Que dieran órdenes las originales si la señora Fisher se negaba. La señora Fisher, naturalmente, era la que la naturaleza tenía pensada para semejante propósito. Tenía exactamente el aire de una competente ama de llaves. Su ropa era ropa de ama de llaves, y también su manera de peinarse.

Habiendo pronunciado su ultimátum con una acrimonia que se volvió dulce en el camino, y habiéndolo acompañado de un imperioso gesto de de-

spedida que tenía la gracia y la caridad de una bendición, era molesto que Costanza solo se quedara quieta con la cabeza ladeada mirándola con evidente deleite.

— ¡Váyase! — exclamó lady Caroline en inglés, de repente exasperada.

Había una mosca en su habitación esa mañana que se había pegado exactamente como se estaba pegando Costanza; solo una, pero habría podido ser una miríada de tan molesta que era desde el amanecer. Estaba empeñada en posarse en su cara, y ella estaba empeñada en que no lo hiciera. Su persistencia era sobrenatural. La despertó y no la dejó volver a dormirse. Le dio un manotazo y la mosca la esquivó sin aspavientos ni esfuerzo, con una suavidad casi visible, y ella solo se había dado a sí misma. La mosca volvió al instante, y con un fuerte zumbido se posó en su mejilla. Le dio otro manotazo y se hizo daño, mientras la mosca se escabullía elegantemente. Perdió la paciencia, y se incorporó en la cama y esperó, en guardia para aplastar a la mosca y matarla. Siguió dándole manotazos al final con furia y con todas sus fuerzas, como si fuera un enemigo real empeñado deliberadamente en volverla loca; y la mosca esquivaba sus golpes con elegancia, sin enojarse siquiera, y volvía al siguiente instante. Conseguía en todo momento posarse en su cara, y le era completamente indiferente cuántas veces la espantaran. Por eso se había vestido y salido tan temprano. Ya le habían dicho a Francesca que pusiera una mosquitera sobre su cama, pues no iba a consentir que la molestasen de nuevo de ese modo. Las personas eran exactamente como las moscas. Ojalá hubiera también mosquiteras para mantenerlas alejadas. Las espantaba con palabras y ceños fruncidos, y como la mosca se escabullían entre sus golpes y quedaban sin tocar. Peor que la mosca: parecían no haberse dado cuenta siquiera de que ella había intentado golpearlas. La mosca al menos se iba por un momento. Con los seres humanos la única manera de librarse de ellos era irse ella misma. Era lo que, tan cansada, había hecho este abril; y habiendo llegado aquí, habiendo llegado a los detalles concretos de la vida en San Salvatore, resultaba que aquí tampoco la iban a dejar en paz.

Visto desde Londres, no había parecido haber detalles. San Salvatore desde allí había parecido un vacío, un delicioso vacío. Y, sin embargo, después de solo veinticuatro horas, iba descubriendo que no era ningún vacío, y que tenía que defenderse tan activamente como siempre. Ya la habían pegado

mucho. La señora Fisher se había pegado casi todo el día anterior, y esa mañana no había habido paz, ni diez minutos a solas sin interrupciones.

Costanza tuvo finalmente que irse porque tenía que cocinar; pero apenas se había ido cuando llegó Domenico. Llegó a regar y a atar. Era natural, siendo él el jardinero; pero regaba y ataba todo lo que estaba más cerca de ella; rondaba cada vez más cerca; regaba en exceso; ataba plantas tan rectas y firmes como flechas. Bien, al menos era un hombre y por tanto no tan molesto del todo, y su sonriente buenos días fue recibido con una sonrisa respondedora; ante lo cual Domenico olvidó su familia, su mujer, su madre, sus hijos ya mayores y todas sus obligaciones, y solo quería besar los pies de la joven señorita.

No podía hacer eso, desgraciadamente, pero podía hablar mientras trabajaba, y habló; a raudales; vertiendo toda clase de información, ilustrando lo que decía con gestos tan vivos que tuvo que dejar la regadera, retrasando así el fin del riego.

Lady Caroline lo aguantó un rato, pero al poco ya no pudo aguantarlo, y como él no se iba, y ella no podía decirle que se fuera al estar él ocupado en su propio trabajo, fue de nuevo ella quien tuvo que hacerlo.

Se bajó del muro y fue al otro lado del jardín, donde en un cobertizo de madera había unas cómodas sillas bajas de caña. Todo lo que quería era poner una de ellas de espaldas a Domenico y de cara al mar en dirección a Génova. Algo tan pequeño de desear. Se habría dicho que podría conseguirlo sin que la molestaran. Pero él, que seguía cada uno de sus movimientos, cuando la vio acercarse a las sillas se lanzó tras ella y cogió una y le preguntó dónde quería que la pusieran.

¿Nunca se libraría de que la atendieran, de que la acomodaran, de que le preguntaran dónde quería que pusieran las cosas, de tener que dar las gracias? Fue brusca con Domenico, quien concluyó al instante que el sol le había dado un dolor de cabeza, y corrió dentro a buscarle un parasol, un cojín y un reposapiés, y fue hábil, y fue maravilloso, y fue uno de esos caballeros que da la naturaleza.

Ella cerró los ojos con una pesada resignación. No podía ser grosera con Domenico. No podía levantarse y entrar en casa como habría hecho con cualquiera de las otras. Domenico era inteligente y muy competente. Había

descubierto de inmediato que era él quien de verdad llevaba la casa, quien de verdad lo hacía todo. Y sus modales eran definitivamente encantadores, y sin duda era una persona agradable. Era solo que tenía tantas ganas de que la dejaran sola. Si tan solo, solo pudiera quedarse completamente tranquila durante ese mes, sentía que quizás podría hacer algo consigo misma después de todo.

Mantuvo los ojos cerrados, porque así él pensaría que quería dormir y se iría.

El alma romántica italiana de Domenico se derritió dentro de él ante la visión, pues tener los ojos cerrados le favorecía de manera extraordinaria. Se quedó ensimismado, completamente quieto, y ella creyó que se había escabullido, de modo que volvió a abrirlos.

No; allí seguía, mirándola. Incluso él. No había manera de librarse de que la miraran.

—Me duele la cabeza —dijo, cerrándolos de nuevo.

—Es el sol —dijo Domenico—, y estar sentada en el muro sin sombrero.

—Quiero dormir.

—Sì, signorina —dijo él con simpatía; y se alejó en silencio.

Abrió los ojos con un suspiro de alivio. El suave cierre de las puertas de cristal le indicó que no solo se había ido del todo, sino que había cerrado la puerta para que no la molestaran. Ahora quizás estaría sola hasta la hora del almuerzo.

Era muy curioso, y nadie en el mundo podía estar más sorprendida que ella misma, pero quería pensar. Nunca antes había querido hacer eso. Todo lo demás que es posible hacer sin demasiada inconveniencia lo había querido hacer o lo había hecho en uno u otro momento de su vida, pero nunca antes había querido pensar. Había llegado a San Salvatore con la única intención de estar tumbada comatosa cuatro semanas al sol, en algún sitio donde no estuvieran sus padres ni sus amigos, meciéndose en el olvido, moviéndose solo para que la alimentaran, y no llevaba allí más que unas pocas horas cuando ese extraño deseo nuevo se apoderó de ella.

La noche anterior habían brillado estrellas maravillosas, y después de cenar había salido al jardín de arriba dejando a la señora Fisher sola con sus

nueces y su vino, y sentándose en el muro en el sitio donde los lirios apretaban sus cabezas de fantasma, había mirado hacia el abismo de la noche, y de repente le había parecido como si su vida hubiera sido un ruido sobre nada.

Se quedó intensamente sorprendida. Sabía que las estrellas y la oscuridad producen emociones insólitas porque las había visto producirse en otros, pero no antes en ella misma. Un ruido sobre nada. ¿Podría estar sintiéndose algo indispuesta? Se había preguntado. Desde hacía bastante tiempo era consciente de que su vida era un ruido, pero le había parecido un ruido sobre mucho; sobre tanto, en efecto, que sintió que tenía que alejarse un poco del alcance del oído o se quedaría completamente, y quizás permanentemente, ensordecida. Pero ¿y si era solo un ruido sobre nada?

No había tenido antes una pregunta así en la cabeza. Le había hecho sentirse sola. Quería estar sola, pero no solitaria. Era algo muy diferente; era algo que dolía y hería profundamente en el interior de una. Era lo que más se temía. Era lo que llevaba a ir a tantas fiestas; y últimamente incluso las fiestas habían parecido un par de veces que no eran una protección perfectamente segura. ¿Era posible que la soledad no tuviera nada que ver con las circunstancias, sino solo con la manera de afrontarlas? Quizás, había pensado, debería ir a acostarse. No podía estar muy bien.

Se fue a la cama; y por la mañana, después de escapar de la mosca y desayunar y volver a salir al jardín, el mismo sentimiento estaba allí de nuevo, y a plena luz del día. Una vez más tuvo esa sospecha realmente bastante desagradable de que su vida hasta ese momento no solo había sido ruidosa sino vacía. Bien, si era así, y si sus primeros veintiocho años — los mejores — se habían ido simplemente en ruido sin sentido, debería detenerse un momento y mirar a su alrededor; hacer una pausa, como decían las novelas más pesadas, y recapacitar. No tenía muchos grupos de veintiocho años. Uno más la vería pareciéndose mucho a la señora Fisher. Dos más... Apartó la vista.

Su madre se habría preocupado si lo hubiera sabido. Su madre la adoraba. Su padre también se habría preocupado, pues también la adoraba. Todo el mundo la adoraba. Y cuando, melodiosamente obstinada, había insistido en marcharse a enterrarse en Italia durante todo un mes con personas extrañas que había sacado de un anuncio, negándose incluso a llevar a su don-

cella, la única explicación que sus amigos podían imaginar era que la pobre Scrap —ese era su nombre entre ellos— había exagerado y estaba un poco alterada de los nervios.

Su madre había estado angustiada con su marcha. Era algo tan raro que hacer, una señal tan clara de decepción. Alentó la idea general del borde de una crisis nerviosa. Si hubiera podido ver a su adorada Scrap, más deliciosa de contemplar que la hija de ninguna otra madre había sido nunca, objeto de su mayor orgullo, fuente de sus más tiernas esperanzas, sentada mirando fijamente el Mediterráneo vacío de mediodía recapacitando sobre sus tres posibles grupos de veintiocho años, habría sido desdichada. Marcharse sola era malo; pensar era peor. Nada bueno podía salir del pensar de una mujer hermosa. Complicaciones podían salir de ello en abundancia, pero nada bueno. El pensar de las hermosas estaba destinado a resultar en vacilaciones, en renuencias, en infelicidad por todos lados. Y aquí, si hubiera podido verla, estaba su Scrap pensando con bastante intensidad. Y en tales cosas. Cosas tan viejas. Cosas que nadie empezaba a pensar hasta que tenía al menos cuarenta años.

## CAPÍTULO IX

Uno de los dos salones, el que la señora Fisher se había apropiado para uso propio, era una habitación de encanto y carácter. Lo repasó con satisfacción al entrar en él después del desayuno, y se alegró de que fuera suyo. Tenía el suelo de azulejos y las paredes del color de la miel pálida, y muebles incrustados del color del ámbar, y libros de estantes lustrosos, muchos en cubiertas de marfil o color de limón. Había una gran ventana que daba al mar en dirección a Génova, y una puerta de cristal por la que podía salir a

las almenas y caminar pasado el pintoresco y atractivo torreón, en sí mismo una habitación con sillas y una mesa de escritorio, hasta donde al otro lado del torreón las almenas terminaban en un banco de mármol, y se veía la bahía occidental y el cabo que rodeaba el comienzo del Golfo de la Spezia. Su vista hacia el sur, entre esas dos extensiones de mar, era otra colina, más alta que San Salvatore, la última de la pequeña península, con las torres apacibles de un castillo más pequeño y deshabitado en la cima, sobre el cual el sol poniente seguía brillando cuando todo lo demás estaba hundido en la sombra. Sí, estaba muy cómodamente instalada aquí; y recipientes — la señora Fisher no examinó su naturaleza con detenimiento, pero parecían pequeñas artesas de piedra, o quizás pequeños sarcófagos — bordeaban las almenas con flores.

Esas almenas, pensó considerándolas, habrían sido el sitio perfecto para pasearse con suavidad en los momentos en que menos necesitaba el bastón, o para sentarse en el banco de mármol, habiendo puesto primero un cojín, de no haber desgraciadamente una segunda puerta de cristal que daba a ellas, destruyendo su completa privacidad, arruinando su sensación de que el lugar era solo para ella. La segunda puerta pertenecía al salón redondo que tanto ella como lady Caroline habían rechazado por demasiado oscuro. Probablemente las mujeres de Hampstead se sentarían en ese salón, y temía que no se limitaran a sentarse en él, sino que saldrían por la puerta de cristal e invadirían sus almenas. Esto arruinaría las almenas. Las arruinaría en la medida en que a ella le concernía si llegaban a estar invadidas; o incluso si, sin estar exactamente invadidas, eran susceptibles de ser barridas con la mirada por personas dentro de la sala. Nadie puede estar perfectamente a gusto si la están observando y lo sabe. Lo que ella quería, lo que tenía todo el derecho de querer, era privacidad. No tenía ningún deseo de inmiscuirse en los demás; ¿por qué entonces debían inmiscuirse ellos en ella? Y siempre podría relajar su privacidad si, al conocerlos mejor, creía que valía la pena; aunque dudaba que ninguno de los tres se desarrollara de manera que lo hiciera parecer conveniente.

Apenas nada valía realmente la pena, reflexionó la señora Fisher plácidamente, excepto el pasado. Era asombroso, sencillamente asombroso, la superioridad del pasado sobre el presente. Esos amigos suyos en Londres, personas sólidas de su misma edad, conocían el mismo pasado que ella, podían hablar de él con ella, podían compararlo como ella hacía con el tintinajeante

presente, y al recordar a los grandes olvidaban por un momento a los jóvenes triviales y estériles que todavía, a pesar de la guerra, parecían llenar el mundo en tal número. No había salido de esos amigos, esos conversables y maduros amigos, para pasar su tiempo en Italia charlando con tres personas de otra generación y experiencia deficiente; había salido simplemente para evitar las traiciones de un abril londinense. Ellas sabían esto, pues se lo había dicho. Había sido claramente expresado y comprendido perfectamente. Por eso tenía el derecho de esperar que se quedaran dentro del salón redondo y no salieran interrumpidamente a sus almenas.

Pero ¿lo harían? La duda le estropeó la mañana. Solo hacia la hora del almuerzo divisó una manera de estar completamente segura, y llamando a Francesca le ordenó, en italiano lento y majestuoso, que cerrara los postigos de la puerta de cristal del salón redondo, y luego, entrando con ella en la habitación, que se había vuelto más oscura que nunca en consecuencia, pero también, observó la señora Fisher a Francesca, que se estaba poniendo voluble, que resultaría por esa misma oscuridad agradablemente fresca, y que al fin y al cabo tenía las numerosas ventanas en aspillera en los muros que dejaban entrar la luz, y que a ella no le importaba si no la dejaban entrar, dirigió la colocación de un mueble con objetos curiosos delante de la puerta por su cara interior.

Esto desalentaría la salida.

Luego llamó a Domenico e hizo que trasladara uno de los sarcófagos llenos de flores hasta delante de la puerta por su cara exterior.

Esto desalentaría la entrada.

—Nadie —dijo Domenico, vacilando— podrá usar la puerta.

—Nadie —dijo la señora Fisher con firmeza— querrá hacerlo.

Se retiró entonces a su saloncito, y desde una silla colocada de manera que pudiera mirar directamente hacia ellas, contempló sus almenas, que ahora le pertenecían completamente, con tranquilo placer.

Estar aquí, reflexionó plácidamente, era mucho más barato que estar en un hotel y, si podía mantener alejadas a las demás, inmensurablemente más agradable. Pagaba por sus habitaciones —habitaciones muy agradables, ahora que se había instalado— tres libras a la semana, que venía a ser unas ocho chelines al día, almenas, atalaya y todo. ¿Dónde más en el extranjero

podría vivir tan bien por tan poco, y bañarse tantas veces como quisiera, por ocho chelines al día? Claro que aún no sabía cuánto le costaría la comida, pero insistiría en la economía a ese respecto, aunque también insistiría en que fuera una economía combinada con excelencia. Las dos eran perfectamente compatibles si el administrador se tomaba el trabajo. Los salarios del servicio, había comprobado, eran despreciables gracias al tipo de cambio favorable, de modo que solo había la comida para causarle ansiedad. Si veía indicios de extravagancia, propondría que cada una entregara semanalmente a lady Caroline una cantidad razonable para cubrir las facturas, devolviéndose cualquier sobrante que no se hubiera gastado, y corriéndose por cuenta del administrador cualquier exceso.

La señora Fisher tenía posibles y la inclinación a las comodidades propias de su edad, pero le desgastaban los gastos. Era tan acomodada que, de haberlo querido, habría podido vivir en una parte opulenta de Londres e ir y venir en Rolls-Royce. No tenía tal deseo. Para tratar con una casa en un sitio opulento y un Rolls-Royce hacía falta más vitalidad de la que era compatible con el verdadero bienestar. A tales posesiones acompañaban las preocupaciones, preocupaciones de todo tipo, coronadas por las facturas. En la sombría sobriedad de Prince of Wales Terrace podía disfrutar oscuramente de una comodidad inexpensiva aunque real, sin que le cayeran encima criados rapaces ni recaudadores de caridad, y la parada de taxis estaba al final de la calle. Su gasto anual era pequeño. La casa era heredada. La muerte la había amueblado. Pisaba en el comedor la alfombra turca de sus padres; regulaba el día con el excelente reloj de mármol negro de la repisa que recordaba de la infancia; sus paredes estaban completamente cubiertas por las fotografías que sus ilustres amigos difuntos habían dedicado a ella o a su padre, con su propia letra en las partes inferiores de sus cuerpos, y las ventanas, veladas por las cortinas granates de toda su vida, estaban decoradas además con los mismos acuarios a los que debía sus primeras lecciones de ciencias marinas, y en los que seguían nadando lentamente los peces de colores de su juventud.

¿Eran los mismos peces? No lo sabía. Quizás, como las carpas, sobrevivían a todo el mundo. Quizás, por otro lado, detrás de la vegetación de aguas profundas que se les proporcionaba en el fondo, se habían ido retirando y reemplazando a lo largo de los años según pasaban. ¿Eran o no eran, se preguntaba a veces contemplándolos entre plato y plato de sus solitarias co-

midas, los mismos peces de colores que aquel día habían estado allí cuando Carlyle —lo recordaba tan bien— se había acercado furioso a ellos en medio de alguna discusión con su padre que se había caldeado, y golpeando el cristal con fuerza con el puño los puso en fuga, gritando mientras huían: «¡Ay, sordos diablos! ¡Ay, dichosos sordos diablos! ¡No podéis oír nada de la maldita, disparatada, decrepita, bostezante majadería que suelta vuestro amo, verdad que no?» O palabras en ese sentido.

Querido Carlyle, de alma grande. Qué brotes naturales tan auténticos; qué frescura real; qué grandiosidad verdadera. Rudo, si se quiere —sí, innegablemente a veces rudo, y sorprendente en un salón; pero magnífico. ¿Quién había ahora que ponerle al lado? ¿Quién había a quien nombrar en el mismo aliento? Su padre, que tenía como nadie olfato para estas cosas, decía: «Thomas es inmortal.» Y aquí estaba esta generación, esta generación de mezquindad, alzando su pequeña voz en dudas, o, lo que era peor aún, sin tomarse el trabajo de alzarla, sin siquiera —era increíble, pero así se le había comunicado— leerle. La señora Fisher tampoco le leía, pero eso era distinto. Le había leído; ciertamente le había leído. Claro que le había leído. Estaba aquel Teufelsdröck —recordaba perfectamente a un sastre llamado Teufelsdröck. Tan propio de Carlyle llamarle así. Sí, debía de haberle leído, aunque naturalmente los detalles se le escurrían.

Sonó el gong. Perdida en la reminiscencia la señora Fisher no había advertido el paso del tiempo, y se apresuró a su dormitorio a lavarse las manos y alisarse el pelo. No quería llegar tarde y dar mal ejemplo, y quizás encontrarse ocupado su sitio en la cabecera de la mesa. No podía fiarse de los modales de la generación más joven; especialmente no de los de aquella señora Wilkins.

Sin embargo fue la primera en llegar al comedor. Francesca con un delantal blanco estaba lista con un enorme plato de macarrones calientes, relucientes y humeantes; pero no había nadie para comerlos.

La señora Fisher se sentó con cara severa. Qué dejadez, qué dejadez.

—Sírname —dijo a Francesca, que mostraba tendencia a esperar a las demás.

Francesca la sirvió. De las cuatro señoras era la que menos le gustaba; de hecho no le gustaba nada. Era la única de las cuatro que todavía no había

sonreído. Verdad que era vieja, verdad que era poco agraciada, verdad que por eso mismo no tenía razón para sonreír; pero las señoras amables sonreían, tuvieran o no razón para ello. Sonreían no porque fueran felices sino porque deseaban hacer felices a los demás. Esta señora de las cuatro no podía ser entonces, decidió Francesca, amable; de modo que le sirvió los macarrones, incapaz de ocultar ninguno de sus sentimientos, con aire torvo.

Estaban muy bien cocidos, pero la señora Fisher nunca había tenido afición a los macarrones, especialmente a esa variedad larga en forma de gusano. Le resultaban difíciles de comer —resbaladizos, escurriéndosele del tenedor, haciéndola sentir, le parecía, poca digna cuando, habiendo creído meterlos en la boca, todavía quedaban extremos fuera. Además, al comerlos siempre le recordaban al señor Fisher. Durante su vida conyugal él había se había comportado en gran medida como los macarrones. Había resbalado, había escapado, la había hecho sentir indigna, y cuando por fin lo creía seguro, como ella pensaba, invariablemente quedaban trocitos de él que todavía, por así decirlo, colgaban fuera.

Francesca, desde el aparador, observaba la manera de la señora Fisher con los macarrones con sombría expresión, y su sombría expresión se acentuó cuando la vio acabar tomando el cuchillo para picarlos.

La señora Fisher de verdad no sabía cómo agarrar de otro modo aquella materia. Era consciente de que los cuchillos en ese contexto eran impropios, pero al final se perdía la paciencia. Los macarrones no aparecían nunca en su mesa de Londres. Aparte de su molestia ni siquiera le gustaban, y le diría a lady Caroline que no los volviera a pedir. Años de práctica, reflexionó la señora Fisher picándolos, años de residencia real en Italia, harían falta para aprender el truco exacto. Browning manejaba los macarrones de manera maravillosa. Recordaba haberle mirado un día cuando vino a almorzar con su padre, y se había encargado un plato de ellos como homenaje a su conexión con Italia. Fascinante, la manera en que entraban. Sin persecución por el plato, sin resbalones del tenedor, sin subsiguientes protuberancias de extremos sueltos —solo un picotazo, un giro, un empuje, un trago, y hete aquí que otro poeta había sido nutrido.

—¿Voy a buscar a la joven señorita? —preguntó Francesca, incapaz de seguir contemplando cómo se cortaban con cuchillo unos buenos macarrones.

La señora Fisher salió de sus reflexiones reminiscentes con dificultad.

—Sabe que el almuerzo es a las doce y media —dijo—. Todas lo saben.

—Puede que esté dormida —dijo Francesca—. Las otras señoras están más lejos, pero esta no está lejos.

—Entonces vuelva a tocar el gong —dijo la señora Fisher.

Vaya modales, pensó; vaya, vaya modales. No era un hotel, y había consideraciones que guardar. Tenía que reconocer que estaba sorprendida con la señora Arbuthnot, que no había tenido aspecto de ser impuntual. Lady Caroline también —había parecido amable y cortés, fuera lo que fuera aparte de eso. De la otra, desde luego, no esperaba nada.

Francesca cogió el gong, y salió al jardín avanzando y golpeándolo a medida que avanzaba, llegando bien cerca de lady Caroline, que seguía tumbada en su silla baja, esperó a que terminara, luego volvió la cabeza y en los tonos más dulces derramó lo que parecía música pero era en realidad improperios.

Francesca no reconoció el líquido fluir como improperios; ¿cómo iba a hacerlo, cuando salía sonando así? Y con la cara toda sonrisas, pues no podía por menos de sonreír cuando miraba a esta joven señorita, le dijo que los macarrones se estaban enfriando.

—Cuando no voy a comer es porque no deseo ir a comer —dijo la irritada Scrap—, y en el futuro no me molestará.

—¿Está enferma? —preguntó Francesca, solidaria aunque incapaz de dejar de sonreír. Nunca, nunca había visto un pelo tan hermoso. Como lino puro; como el pelo de los bebés del norte. Solo bendiciones podían posarse en una cabecita tan pequeña; sobre una cabecita tan pequeña el nimbo de los santos más sagrados podía colocarse con toda propiedad.

Scrap cerró los ojos y se negó a responder. Fue imprudente de su parte, pues su efecto fue convencer a Francesca, que se apresuró a comunicárselo llena de preocupación a la señora Fisher, de que se encontraba indispuesta. Y la señora Fisher, viéndose impedida, explicó, de salir ella misma donde lady Caroline a causa del bastón, envió a las otras dos, que habían entrado en ese momento acaloradas y jadeantes y llenas de disculpas, mientras ella misma pasaba al plato siguiente, que era una tortilla muy bien hecha, que

reventaba de manera de lo más agradable por sus dos extremos con guisantes tiernos.

—Sírvame —indicó a Francesca, que de nuevo mostraba tendencia a esperar a las demás.

—Oh, ¿por qué no me dejarán en paz?... oh, ¿por qué no me dejarán en paz? —se preguntó Scrap cuando oyó más crujidos de los guijarros que hacían las veces de hierba, y supo así que alguien más se acercaba.

Mantuvo los ojos fuertemente cerrados esta vez. ¿Por qué tendría que ir a almorzar si no le apetecía? No estaba en una casa particular; no estaba enredada en ninguna obligación hacia una anfitriona molesta. Para todos los efectos prácticos San Salvatore era un hotel, y debería poder comer o no comer exactamente como si realmente estuviera en un hotel.

Pero la desafortunada Scrap no podía simplemente estar quieta y cerrar los ojos sin suscitar en quien la contemplara ese deseo de acariciarla y mirarla con el que estaba demasiado familiarizada. Incluso la cocinera le había dado golpecitos. Y ahora una mano suave —qué bien las conocía y cuánto las temía— se posó en su frente.

—Me temo que no se encuentra bien —dijo una voz que no era la de la señora Fisher, y que por tanto debía de pertenecer a una de las originales.

—Me duele la cabeza —murmuró Scrap. Quizás era lo mejor decirlo; quizás era el camino más corto hacia la paz.

—Lo siento mucho —dijo la señora Arbuthnot con suavidad, pues era su mano la que era gentil.

«Y yo», se dijo Scrap, «que pensé que si venía aquí me libraría de las madres.»

—¿No cree que un poco de té le vendría bien? —preguntó la señora Arbuthnot con ternura.

¿Té? La idea le repugnaba a Scrap. Con este calor tomar té a mediodía...

—No —murmuró.

—Creo que lo que de verdad le vendría mejor —dijo otra voz— es que la dejen tranquila.

Qué sensato, pensó Scrap; y levantó las pestañas de un ojo lo suficiente para mirar a través de ellas y ver quién hablaba.

Era la original pecosa. La morena, pues, era la de la mano. La pecosa subió en su estima.

—Pero no puedo soportar pensar que tiene dolor de cabeza y que no se hace nada —dijo la señora Arbuthnot—. ¿Una taza de café negro cargado...?

Scrap no dijo nada más. Esperó, inmóvil y muda, a que la señora Arbuthnot retirara la mano. Al fin y al cabo, no podía quedarse allí todo el día, y cuando se fuera tendría que llevarse la mano consigo.

—Estoy convencida —dijo la pecosa— de que no quiere nada excepto quietud.

Y quizás la pecosa tiró de la de la mano por la manga, pues la presión en la frente de Scrap se aflojó, y después de un minuto de silencio durante el cual sin duda la estaban contemplando —siempre la estaban contemplando— los pasos empezaron a crujir los guijarros de nuevo, se fueron apagando, y desaparecieron.

—Lady Caroline tiene dolor de cabeza —dijo la señora Arbuthnot al entrar de nuevo en el comedor y sentarse en su sitio junto a la señora Fisher—. No consigo persuadirla de que tome ni un poco de té, ni café solo. ¿Sabe cómo se dice aspirina en italiano?

—El remedio adecuado para el dolor de cabeza —dijo la señora Fisher con firmeza— es el aceite de ricino.

—Pero es que no le duele la cabeza —dijo la señora Wilkins.

—Carlyle —dijo la señora Fisher, que había terminado la tortilla y tenía mientras esperaba el plato siguiente tiempo para hablar—, sufrió durante un tiempo terriblemente de dolores de cabeza, y como remedio tomaba habitualmente aceite de ricino. Lo tomaba, yo diría, casi en exceso, y lo llamaba, recuerdo, a su manera tan interesante, el aceite de la amargura. Mi padre decía que durante un tiempo coloreó toda su actitud hacia la vida, toda su filosofía. Pero fue porque tomaba demasiado. Lo que lady Caroline necesita es una sola dosis, y nada más. Es un error seguir tomando aceite de ricino.

—¿Sabe decirlo en italiano? —preguntó la señora Arbuthnot.

—Eso me temo que no. Sin embargo, ella lo sabría. Puede preguntárselo.

—Pero es que no tiene dolor de cabeza —repitió la señora Wilkins, que se estaba peleando con los macarrones—. Solo quiere que la dejen en paz.

Las dos la miraron. La palabra pala cruzó por la mente de la señora Fisher en relación con lo que hacía en ese momento la señora Wilkins.

—Entonces, ¿por qué lo dice? —preguntó la señora Arbuthnot.

—Porque todavía intenta ser educada. Pronto dejará de intentarlo, cuando el lugar la haya penetrado más —realmente lo será. Sin intentarlo. De manera natural.

—Lotty, ya ves —explicó la señora Arbuthnot sonriendo a la señora Fisher, que aguardaba con una paciencia pétrea su siguiente plato, retrasado porque la señora Wilkins insistía en seguir intentando comerse los macarrones, que debían de estar peor que nunca fríos—, Lotty tiene una teoría sobre este lugar...

Pero la señora Fisher no tenía ningún deseo de oír ninguna teoría de la señora Wilkins.

—Estoy segura de que no sé —interrumpió, mirando a la señora Wilkins con severidad— por qué debería suponer usted que lady Caroline no dice la verdad.

—No supongo —sé —dijo la señora Wilkins.

—¿Y cómo lo sabe? —preguntó la señora Fisher con frialdad, pues la señora Wilkins se estaba sirviendo más macarrones, ofreciéndoselos de manera impertinente e innecesaria una segunda vez Francesca.

—Cuando estaba fuera hace un momento la vi por dentro.

Bien, la señora Fisher no iba a decir nada a eso; no iba a tomarse el trabajo de responder a una idiotez de primer orden. En cambio dio un golpe seco en el pequeño gong de mesa que tenía al lado, aunque ahí estaba Francesca de pie junto al aparador, y dijo, pues ya no esperaba más su siguiente plato:

—Sírvame.

Y Francesca —tuvo que ser a propósito— le ofreció los macarrones de nuevo.

## CAPÍTULO X

No había manera de entrar al jardín de arriba de San Salvatore ni de salir de él excepto por las dos puertas de cristal, por desgracia una al lado de la otra, del comedor y del vestíbulo. Una persona en el jardín que quisiera escapar sin ser vista no podía, pues se encontraría con quien quería esquivar de camino. Era un jardín pequeño y oblongo, y el escondite era imposible. Los árboles que había —el árbol de Judas, el tamarisco, el pino paraguas— crecían junto a los bajos parapetos. Los rosales no ofrecían refugio real; con un paso a derecha o izquierda, la persona que deseaba intimidad quedaba al descubierto. Solo el rincón noroeste era un pequeño saliente de la gran muralla, una especie de excrecencia o lazo, sin duda usado en los viejos días de desconfianza para la vigilancia, donde era posible sentarse realmente sin ser visto, porque entre él y la casa había un espeso grupo de dafne.

Scrap, después de mirar a su alrededor para asegurarse de que nadie la miraba, se levantó y llevó la silla a ese lugar, escabulléndose con tanto cuidado de puntillas como los que se escabullen con propósito de pecar. Había otra excrecencia en los muros, exactamente igual, en el rincón noreste, pero esta, aunque la vista desde ella era casi más hermosa, pues desde ella se veía la bahía y las hermosas montañas detrás de Mezzago, estaba expuesta. No crecían arbustos cerca, ni tenía ninguna sombra. El lazo noroeste era pues donde se sentaría, y se acomodó en él, y hundiendo la cabeza en el cojín y apoyando los pies cómodamente en el parapeto, desde donde aparecían a los aldeanos de la plaza de abajo como dos palomas blancas, pensó que ahora sí estaría a salvo.

La señora Fisher la encontró allí, guiada por el olor del cigarrillo. La descuidada Scrap no había pensado en eso. La señora Fisher no fumaba, y por eso distinguía con mayor claridad el humo de los demás. El penetrante olor la alcanzó en el momento en que salió al jardín desde el comedor después del almuerzo para tomar el café. Le había ordenado a Francesca que pusiera el café en la sombra de la casa justo afuera de la puerta de cristal, y cuando

la señora Wilkins, viendo cómo llevaban una mesita, le recordó —con lo que la señora Fisher consideró una impertinencia e imprudencia bastante fuera de lugar— que lady Caroline quería estar sola, ella replicó —y con qué propiedad— que el jardín era para todas.

A él fue en consecuencia, y al instante se dio cuenta de que lady Caroline fumaba. Se dijo «estas jóvenes modernas» y procedió a encontrarla; su bastón, ahora que el almuerzo había terminado, dejando de ser el obstáculo para la acción que había sido antes de que su comida hubiera quedado asegurada, como una vez había dicho Browning —¿sería Browning? Sí, recordaba cuánto se había divertido— encordelada.

Nadie la divertía ahora, reflexionó la señora Fisher encaminándose directamente hacia el grupo de dafne; el mundo se había vuelto muy aburrido, y había perdido por completo el sentido del humor. Probablemente todavía tenían sus chistes, estas personas —de hecho sabía que sí, pues el Punch seguía existiendo; pero qué diferente seguía existiendo, y qué chistes. Thackeray, a su manera inimitable, habría hecho picadillo de esta generación. De cuánto necesitaba las propiedades tónicas de esa pluma astringente era, naturalmente, inconsciente. Ni siquiera lo tenía ya en estima —al menos así se le había informado. Bien, no podía darle ojos para ver y oídos para oír y corazón para entender, pero sí podía y le daría a él, representado y concentrado en la persona de lady Caroline, una buena dosis de medicina honesta.

—Me han dicho que no se encontraba bien —dijo, de pie en la estrecha entrada del lazo y mirando con la cara inflexible del que está decidido a hacer el bien a la inmóvil y aparentemente dormida Scrap.

La señora Fisher tenía una voz grave, muy parecida a la de un hombre, pues se había visto alcanzada por esa extraña masculinidad que a veces sorprende a una mujer en las últimas vueltas de su vida.

Scrap intentó fingir que dormía, pero de haber dormido el cigarrillo no habría estado entre sus dedos, sino en el suelo.

Lo olvidó. La señora Fisher no lo olvidó, y entrando en el lazo se sentó en un estrecho banco de piedra adosado al muro. Un rato podía sentarse en él; un rato, hasta que empezara a sentir el frío.

Contempló la figura ante ella. Sin duda una criatura bonita, y que habría tenido éxito en Farringford. Qué fácilmente se dejaban llevar por los exteriores incluso los hombres más grandes. Había visto con sus propios ojos a Tennyson dar la espalda a todo el mundo —darse la vuelta, positivamente, de espaldas a una multitud de personas eminentes reunidas para hacerle honor, y retirarse a la ventana con una joven a quien nadie había oído nombrar nunca, que había llegado allí por casualidad y cuyo único y único mérito —si es que es mérito lo que se confiere por el azar— era la belleza. ¡La belleza! Todo había pasado antes de que una pueda darse la vuelta. Una cuestión, podría casi decirse, de minutos. Bien, mientras duraba sí parecía capaz de hacer lo que quisiera con los hombres. Ni siquiera los maridos eran inmunes. Había habido episodios en la vida del señor Fisher...

—Me imagino que el viaje la ha trastornado —dijo con su voz grave—. Lo que necesita es una buena dosis de algún medicamento sencillo. Le preguntaré a Domenico si en el pueblo hay algo como aceite de ricino.

Scrap abrió los ojos y miró directamente a la señora Fisher.

—Ah —dijo la señora Fisher—, sabía que no estaba dormida. Si lo estuviera habría dejado caer el cigarrillo al suelo.

Scrap tiró el cigarrillo por encima del parapeto.

—Desperdicio —dijo la señora Fisher—. No me gusta que las mujeres fumen, pero el desperdicio me gusta todavía menos.

«¿Qué hace una con personas así?», se preguntó Scrap, con los ojos fijos en la señora Fisher en lo que a ella le parecía una mirada indignada pero que a la señora Fisher le parecía una docilidad realmente encantadora.

—Ahora me hará caso —dijo la señora Fisher, conmovida—, y no descuidará lo que muy bien puede convertirse en una enfermedad. Estamos en Italia, ya sabe, y hay que tener cuidado. Para empezar, debería meterse en la cama.

—Yo nunca me meto en la cama —replicó Scrap con brusquedad; y sonó tan conmovedor, tan desvalido, como aquella frase pronunciada años y años atrás por una actriz que hacía de Pequeño Jo en una versión dramatizada de La casa desolada —«Siempre me están haciendo mover», decía el Pequeño Jo en esta obra, instado a ello por un policía; y la señora Fisher, entonces de

joven, había apoyado la cabeza en el parapeto de terciopelo rojo de la primera fila del palco de butacas y llorado en voz alta.

Era maravillosa, la voz de Scrap. Le había dado en los diez años transcurridos desde su presentación en sociedad todos los triunfos que la inteligencia y el ingenio pueden lograr, porque hacía que lo que ella dijera pareciera memorable. Debería haber sido cantante, con esa formación de garganta; pero en toda clase de música Scrap era muda excepto en esa única música de la voz hablada; y qué fascinación, qué hechizo había en ella. Tal era la hermosura de su cara y la belleza de su colorido que no había un hombre en cuyos ojos, al verla, no saltara una llama de interés intensísimo; pero al oír su voz, la llama en los ojos de ese hombre era atrapada y fijada. Ocurría lo mismo con todos los hombres, cultos e incultos, viejos, jóvenes, ellos mismos deseables o indeseables, hombres de su mundo y cobradores de autobús, generales y soldados rasos —durante la guerra había tenido momentos de lo más perplejos—, obispos por igual que sacristanes —en torno a su confirmación habían tenido lugar sucesos alarmantes—, sanos e insanos, ricos y sin un cuarto, brillantes o idiotas; y no importaba en absoluto lo que fueran, ni cuánto y cuán seguros estuvieran casados: en los ojos de todos ellos, al verla, saltaba esa llama, y al oírla se quedaba allí.

Scrap había tenido bastante de esa mirada. Solo llevaba a dificultades. Al principio la había deleitado. Estaba emocionada, triunfante. Ser aparentemente incapaz de hacer o decir nada equivocado, ser aplaudida, escuchada, mimada, adorada en todas partes, y al volver a casa encontrar allí también nada más que la más indulgente y orgullosa ternura —vaya, qué extraordinariamente agradable. Y tan fácil además. Sin preparación necesaria para ese logro, sin trabajo duro, sin nada que aprender. No necesitaba tomarse molestias. Solo tenía que aparecer, y decir algo al poco rato.

Pero poco a poco las experiencias se acumularon sobre ella. Al fin y al cabo tenía que tomarse molestias, tenía que hacer esfuerzos, porque, descubrió con asombro y rabia, tenía que defenderse. Esa mirada, esa mirada que saltaba, significaba que iban a agarrarla. Algunos de los que la tenían eran más humildes que otros, sobre todo si eran jóvenes, pero todos, según su respectiva capacidad, la agarraban; y ella que había entrado en el mundo con tanto aplomo, con la cabeza erguida y la más completa confianza en cualquiera cuyo pelo fuera gris, empezó a desconfiar, y luego a sentir antipatía, y pronto a rehuir, y al poco a indignarse. A veces era como si no le

perteneciera a sí misma, como si no fuera en absoluto suya propia, sino que se la considerara una cosa universal, una especie de belleza-para-todo-servicio. En realidad los hombres... Y se encontró envuelta en querellas vagas, siendo de manera curiosa odiada. En realidad las mujeres... Y cuando llegó la guerra, y ella se lanzó a ella junto con todos los demás, acabó con ella. En realidad los generales...

La guerra acabó con Scrap. Mató al único hombre con quien se había sentido a salvo, con quien se habría casado, y la dejó definitivamente asqueada del amor. Desde entonces había estado llena de amargura. Se debatía tan furiosamente en el dulce pegamento de la vida como una avispa atrapada en la miel. Con la misma desesperación intentaba desatascar sus alas. No le daba ningún placer superar a otras mujeres; no quería sus fastidiosos hombres. ¿Qué podía una hacer con ellos cuando los tenía? Ninguno hablaría con ella de ninguna otra cosa que no fueran las cosas del amor, y qué insípido y agotador se volvía eso al cabo de un rato. Era como si a una persona sana con un hambre normal no se le diera absolutamente nada que comer excepto azúcar. Amor, amor... solo esa palabra le daban ganas de abofetear a alguien. «¿Por qué debería amarte? ¿Por qué?», se preguntaba asombrada a veces cuando alguien lo estaba intentando —alguien lo estaba siempre intentando— de proponerle matrimonio. Pero nunca recibía una respuesta real, solo más incoherencia.

Un cinismo profundo se apoderó de la infeliz Scrap. Sus adentros se volvieron canosos de desengaño, mientras su exterior gracioso y encantador seguía haciendo más hermoso el mundo. ¿Qué tenía el futuro para ella? No sería capaz, después de semejante preparación, de aprehenderlo. No servía para nada; había desperdiciado todo ese tiempo siendo hermosa. Pronto ya no sería hermosa, ¿y entonces qué? Scrap no sabía qué sería entonces; le aterrorizaba incluso preguntárselo. Cansada como estaba de ser conspicua, al menos estaba acostumbrada a eso, nunca había conocido otra cosa; y volverse inconspicua, desvanecerse, ponerse mustia y apagada, sería probablemente muy doloroso. Y una vez que empezara, ¡cuántos años y años de eso la esperaban! Imaginad, pensaba Scrap, tener la mayor parte de la propia vida en el extremo equivocado. Imaginad ser vieja dos o tres veces más tiempo del que se es joven. Estúpido, estúpido. Todo era estúpido. No había nada que quisiera hacer. Había miles de cosas que no quería hacer. Evitación, silencio, invisibilidad, si era posible inconsciencia —esas nega-

ciones eran todo lo que pedía por el momento; y aquí, incluso aquí, no le dejaban ni un minuto de paz, y esa mujer absurda tenía que venir fingiendo, simplemente porque quería ejercer poder y hacerla meterse en la cama y hacerla beber —cosa horrible— aceite de ricino, que pensaba que estaba enferma.

—Estoy segura —dijo la señora Fisher, que empezaba a sentir que el frío de la piedra le calaba y sabía que no podría sentarse mucho más tiempo—, de que hará lo razonable. Su madre desearía... ¿tiene usted madre?

Una leve extrañeza entró en los ojos de Scrap. ¿Tiene usted madre? Si alguien tenía madre en el mundo era Scrap. No se le había ocurrido que pudiera haber personas que nunca hubieran oído hablar de su madre. Era una de las marquesas mayores —habiendo, como nadie sabía mejor que Scrap, marquesas y marquesas— y había ocupado altos cargos en la corte. Su padre también había sido muy destacado en su época. Su época estaba un poco pasada ya, pobrecito, porque en la guerra había cometido algunos errores importantes, y además era ya mayor; pero allí estaba, una persona sobradamente conocida. Qué reparador, qué extraordinariamente reparador, haber encontrado a alguien que nunca había oído hablar de ninguna persona de su familia, o al menos que no la había relacionado aún con ellos.

Empezó a gustarle la señora Fisher. Quizás las originales tampoco sabían nada de ella. Cuando escribió a ellas por primera vez y firmó con su nombre, ese gran nombre de Dester que se retorció por la historia inglesa como un hilo sangriento, pues sus portadores mataban constantemente, había dado por sentado que sabrían quién era; y en la entrevista de Shaftesbury Avenue estaba segura de que sí lo sabían, porque no le habían pedido, como de lo contrario habrían hecho, referencias.

Scrap empezó a animarse. Si nadie en San Salvatore la había oído mencionar, si durante un mes entero podía quitarse el pellejo, alejarse por completo de todo lo relacionado con ella misma, que le permitieran de verdad olvidar lo que colgaba y pesaba y todo el ruido, pues entonces quizás podría hacer algo consigo misma después de todo. Quizás podría pensar de verdad; limpiar la mente de verdad; llegar a alguna conclusión de verdad.

—Lo que quiero hacer aquí —dijo, echándose hacia adelante en la silla y entrelazando las manos alrededor de las rodillas y mirando hacia arriba a la señora Fisher, cuyo asiento era más alto que el suyo, casi con animación,

tan contenta estaba de que la señora Fisher no supiera nada de ella—, es llegar a una conclusión. Eso es todo. No es mucho pedir, ¿verdad? Solo eso.

Miró a la señora Fisher, y pensó que casi cualquier conclusión serviría; lo importante era aferrarse a algo, coger algo con firmeza, dejar de derivar.

Los ojillos de la señora Fisher la repasaron.

—Yo diría —dijo— que lo que una joven como usted necesita es un marido e hijos.

—Bien, esa es una de las cosas que voy a considerar —dijo Scrap amablemente—. Pero no creo que sea una conclusión.

—Y entre tanto —dijo la señora Fisher, levantándose, pues el frío de la piedra le había calado ya por completo—, no me preocuparía la cabeza si yo fuera usted con consideraciones y conclusiones. Las cabezas de las mujeres no están hechas para pensar, se lo aseguro. Debería meterse en la cama y reponerse.

—Estoy bien —dijo Scrap.

—Entonces, ¿por qué mandó usted a decir que estaba enferma?

—No mandé a decir eso.

—Entonces me he tomado todo el trabajo de venir aquí para nada.

—¿Pero no prefiere venir y encontrarme bien a venir y encontrarme enferma? —preguntó Scrap, sonriendo.

Incluso la señora Fisher fue atrapada por la sonrisa.

—Bueno, es usted una criatura bonita —dijo en tono de perdón—. Una lástima que no naciera hace cincuenta años. A mis amigos les habría gustado mirarla.

—Me alegra mucho no haberlo hecho —dijo Scrap—. Me desagrada que me miren.

—Absurdo —dijo la señora Fisher, volviéndose a poner seria—. Para eso están hechas las mujeres jóvenes como usted. ¿Para qué si no, le pregunto? Y le aseguro que si mis amigos la hubieran mirado a usted, la habrían mirado personas muy importantes.

—Las personas muy importantes me desagradan —dijo Scrap, frunciendo el ceño. Había habido un incidente bastante reciente —príncipes realmente soberanos...

—Lo que a mí me desagrada —dijo la señora Fisher, ahora tan fría como la piedra de la que se había levantado— es la pose de la joven moderna. Me parece lamentable, positivamente lamentable, en su tontería.

Y con el bastón crujiendo los guijarros, se alejó.

—Eso está bien —se dijo Scrap, dejándose caer de nuevo en su cómoda postura con la cabeza en el cojín y los pies en el parapeto; si la gente se iba a ella no le importaba en absoluto por qué se iban.

—¿No crees que la adorada Scrap se está volviendo un poco, solo un poco, rara? —le había preguntado su madre a su padre un poco antes de esa última rareza de la huida a San Salvatore, llamativamente sorprendida por las cosas tan extrañas que decía Scrap y la forma en que había cogido la costumbre de escabullirse fuera de alcance siempre que podía y de evitar a todo el mundo excepto —qué señal de vejez— a hombres muy jóvenes, casi muchachos.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Rara? Bueno, que sea rara si quiere. Una mujer con su aspecto puede ser lo que demonios le dé la gana —fue la respuesta enceguecida.

—Eso la dejo hacer —dijo su madre humildemente; y en efecto, si no lo dejaba, ¿qué diferencia habría?

La señora Fisher lamentaba haberse molestado con lady Caroline. Fue por el vestíbulo hacia su saloncito particular, y el bastón mientras caminaba golpeaba el suelo de piedra con un vigor acorde con sus sentimientos. Pura tontería, esas poses. No tenía paciencia con ellas. Incapaces de ser o hacer nada por sí mismos, los jóvenes de la presente generación intentaban ganarse una reputación de inteligencia desacreditando todo lo que era evidentemente grande y evidentemente bueno, y alabando todo, por evidentemente malo que fuera, que fuera diferente. Monos, pensó la señora Fisher, soliviantada. Monos. Monos. Y en su saloncito encontró más monos, o lo que en su estado de ánimo presente le parecían más, pues allí estaba la señora Arbuthnot tomando café plácidamente, mientras en la mesa de escritorio, la mesa de escritorio que ya consideraba sagrada, usando su pluma, su propia

pluma traída para su uso desde Prince of Wales Terrace, estaba sentada la señora Wilkins escribiendo; en la mesa; en su sala; con su pluma.

—¿Verdad que es un lugar delicioso? —dijo la señora Arbuthnot cordialmente—. Acabamos de descubrirlo.

—Estoy escribiéndole a Mellersh —dijo la señora Wilkins, volviendo la cabeza también cordialmente —como si, pensó la señora Fisher, le importara lo más mínimo a quién le estaba escribiendo y en todo caso supiera quién era la persona que llamaba Mellersh—. Querrá saber —dijo la señora Wilkins, el optimismo inducido por el entorno, que había llegado sana y salva.

## CAPÍTULO XI

Los dulces olores que había por todas partes en San Salvatore bastaban por sí solos para producir concordia. Entraban en el saloncito desde las flores de las almenas y se encontraban con los de las flores dentro de la sala, y casi, pensó la señora Wilkins, podía verlos saludarse mutuamente con un beso santo. ¿Quién podía estar enfadado en medio de tanta gentileza? ¿Quién podía ser codicioso, egoísta, a la manera raspada y londinense de antes, en presencia de tanta abundante belleza?

Y sin embargo la señora Fisher parecía ser las tres cosas.

Había tanta belleza, tanto más de lo necesario para todas, que empeñarse en hacer un monopolio de ella parecía una actividad vana.

Y sin embargo la señora Fisher estaba intentando hacer un monopolio de ella, y había vallado una porción para uso exclusivo suyo.

Bueno, se le pasaría pronto; inevitablemente se le pasaría, estaba segura la señora Wilkins, después de un par de días en la extraordinaria atmósfera de paz de aquel lugar.

Mientras tanto era evidente que ni siquiera había empezado a pasársele. Estaba allí de pie mirándolas a ella y a Rose con una expresión que parecía de enfado. Enfado. Vaya. Estúpidos viejos sentimientos londinenses llenos de nervios, pensó la señora Wilkins, cuyos ojos veían la sala llena de besos, y a todo el mundo en ella siendo besado, la señora Fisher tan copiosamente como ella misma y Rose.

—No le gusta que estemos aquí —dijo la señora Wilkins, levantándose y, a su manera, yendo directamente al grano—. ¿Por qué?

—Habría creído —dijo la señora Fisher apoyándose en el bastón— que podría verse que es mi sala.

—Quiere decir por las fotografías —dijo la señora Wilkins.

La señora Arbuthnot, un poco colorada y sorprendida, se levantó también.

—Y el papel de carta —dijo la señora Fisher—. Papel de carta con mi dirección de Londres. Esa pluma...

Señaló. Seguía en la mano de la señora Wilkins.

—Es suya. Lo siento mucho —dijo la señora Wilkins, depositándola sobre la mesa. Y añadió sonriendo que acababa de escribir con ella cosas muy amables.

—Pero ¿por qué —preguntó la señora Arbuthnot, que se encontró incapaz de aceptar los arreglos de la señora Fisher sin al menos una suave resistencia—, por qué no deberíamos estar aquí? Es un salón.

—Hay otro —dijo la señora Fisher—. Usted y su amiga no pueden estar sentadas en dos salas a la vez, y si yo no tengo ningún deseo de molestarlas en la suya, no alcanzo a ver por qué habrían de desear molestarme ustedes en la mía.

—Pero ¿por qué...? —empezó la señora Arbuthnot de nuevo.

—Es completamente natural —la interrumpió la señora Wilkins, pues Rose estaba poniendo cara obstinada; y volviéndose hacia la señora Fisher

dijo que aunque compartir las cosas con las amigas era agradable, comprendía que la señora Fisher, todavía impregnada de la actitud ante la vida de Prince of Wales Terrace, no quisiera hacerlo aún, pero que se libraría de eso al cabo de un rato y se sentiría del todo distinta—. Pronto querrá que compartamos —dijo la señora Wilkins tranquilizadamente—. Puede que llegue incluso tan lejos como pedirme que use su pluma si supiera que no tengo ninguna.

La señora Fisher estuvo a punto de perder el control con este discurso. Tener a una joven destartada de Hampstead dándole palmaditas en la espalda, por así decirlo, con la segura convicción de que muy pronto mejoraría, la removió más profundamente que nada la había removido desde su primer descubrimiento de que el señor Fisher no era lo que parecía. A la señora Wilkins había que frenarla sin falta. Pero ¿cómo? Tenía una curiosa impermeabilidad. En ese momento, por ejemplo, sonreía tan agradablemente y con una cara tan despejada como si no estuviera diciendo nada en lo más mínimo impertinente. ¿Se daría cuenta de que la estaban frenando? Si no se daba cuenta, si era demasiado correosa para sentirlo, ¿entonces qué? Nada, salvo evitarla; salvo, precisamente, tener su propio saloncito particular.

—Soy una mujer mayor —dijo la señora Fisher—, y necesito una sala para mí sola. No puedo andar de un lado a otro a causa del bastón. Como no puedo andar tengo que sentarme. ¿Por qué no he de sentarme tranquila y sin que me molesten, como les dije en Londres que pensaba hacer? Si la gente ha de estar entrando y saliendo todo el día, charlando y dejando las puertas abiertas, habrán roto el acuerdo, que era que yo iba a estar tranquila.

—Pero nosotras no tenemos el menor deseo... —empezó la señora Arbuthnot, que fue de nuevo cortada por la señora Wilkins.

—Nos alegra muchísimo —dijo la señora Wilkins— que tenga esta sala si eso la hace feliz. Es que no lo sabíamos, nada más. No hubiéramos entrado si lo hubiéramos sabido —al menos, no hasta que nos invitara. Supongo —terminó mirando hacia abajo alegremente a la señora Fisher— que pronto lo hará.

Y cogiendo su carta tomó la mano de la señora Arbuthnot y la fue conduciendo hacia la puerta.

La señora Arbuthnot no quería irse. Ella, la más apacible de las mujeres, estaba llena de un curioso e indudablemente anticristiano deseo de quedarse y luchar. No de manera real, desde luego, ni siquiera con palabras definitivamente agresivas. No; solo quería razonar con la señora Fisher, y razonar con paciencia. Pero sí sentía que había que decir algo, y que no debería consentir que la riñeran y expulsaran como a una colegiala sorprendida en mal comportamiento por la Autoridad.

La señora Wilkins, sin embargo, la llevó con firmeza hacia la puerta y por ella, y una vez más Rose se quedó maravillada de Lotty, de su equilibrio, de su temperamento dulce y ecuánime —ella, que en Inglaterra había sido tan dada a los arrebatos. Desde el momento en que entraron en Italia era Lotty quien parecía la mayor. Era sin duda muy feliz; dichosa, de hecho. ¿La protegía la felicidad tan completamente? ¿La hacía tan intocable, tan sabia? Rose era feliz también, pero no ni de lejos tan feliz. Era evidente que no, pues no solo quería luchar con la señora Fisher sino que quería algo más, algo más que aquel lugar tan hermoso, algo que lo completara; quería a Frederick. Por primera vez en su vida estaba rodeada de belleza perfecta, y su único pensamiento era mostrársela a él, compartirla con él. Quería a Frederick. Anhelaba a Frederick. Ay, si por fin, por fin Frederick...

—Pobrecilla —dijo la señora Wilkins, cerrando suavemente la puerta sobre la señora Fisher y su triunfo—. Imagínate en un día como este.

—Es una viejita muy grosera —dijo la señora Arbuthnot.

—Se le pasará. Lo siento, habernos ido a sentar precisamente en su sala.

—Es con mucho la más bonita —dijo la señora Arbuthnot—. Y no es suya.

—Oh, pero hay muchos otros sitios, y es una pobrecilla. Que se quede con la sala. ¿Qué más da?

Y la señora Wilkins dijo que iba a bajar al pueblo a averiguar dónde estaba la oficina de correos y echar su carta a Mellersh, y preguntó si Rose iría también.

—He estado pensando en Mellersh —dijo la señora Wilkins mientras caminaban, una detrás de la otra, por el estrecho camino en zigzag que la noche anterior habían subido bajo la lluvia.

Iba delante. La señora Arbuthnot la seguía, con toda naturalidad ahora. En Inglaterra había sido al revés —Lotty, tímida, vacilante, salvo cuando estallaba de manera tan torpe, poniéndose detrás de la tranquila y razonable Rose siempre que podía.

—He estado pensando en Mellersh —repitió la señora Wilkins por encima del hombro, ya que Rose parecía no haberla oído.

—¿Ah, sí? —dijo Rose, con un leve disgusto en la voz, pues sus experiencias con Mellersh no habían sido de las que hacen placentero recordarlo. Había engañado a Mellersh; por eso no le tenía simpatía. No era consciente de que esa era la razón de su antipatía, y pensaba que era que no parecía haber mucha, si alguna, gracia de Dios en él. Y sin embargo qué injusto sentir eso, se reprendió a sí misma, y qué presuntuoso. Sin duda el marido de Lotty estaba mucho, mucho más cerca de Dios que ella misma llegaría probablemente a estar nunca. Con todo, no le tenía simpatía.

—He sido una perra mezquina —dijo la señora Wilkins.

—¿Una qué? —preguntó la señora Arbuthnot, que no podía creer lo que había oído.

—Todo esto de marcharse y dejarlo en ese lugar tan lúgubre mientras yo retozo en el cielo. Él había planeado llevarme a Italia en Semana Santa. ¿Te lo dije?

—No —dijo la señora Arbuthnot; y de hecho había desalentado las conversaciones sobre los maridos. Cada vez que Lotty había empezado a soltar cosas había cambiado rápidamente de tema. Un marido llevaba a otro, en la conversación tanto como en la vida, sentía, y no podía, no quería, hablar de Frederick. Más allá del hecho escueto de que existía, no había sido mencionado. Mellersh había tenido que serlo, a causa de sus obstrucciones, pero lo había mantenido cuidadosamente dentro de los límites de la necesidad.

—Pues sí —dijo la señora Wilkins—. Nunca en su vida había hecho tal cosa, y yo estaba horrorizada. Imagínate —justo cuando yo había planeado venir sola.

Se detuvo en el camino y miró a Rose.

—Sí —dijo Rose, intentando pensar en algún otro tema.

— Ya ves por qué digo que he sido una perra mezquina. Él había planeado unas vacaciones en Italia conmigo, y yo había planeado unas vacaciones en Italia dejándolo en casa. Creo — continuó, con los ojos fijos en la cara de Rose — que Mellersh tiene razón para estar tanto enfadado como herido.

La señora Arbuthnot quedó asombrada. La extraordinaria rapidez con que, hora a hora, ante sus propios ojos, Lotty se iba volviendo más generosa la desconcertaba. Se estaba convirtiendo en algo sorprendentemente parecido a una santa. Ahí estaba ahora siendo afectuosa con Mellersh — Mellersh, que esa misma mañana, mientras colgaban los pies en el mar, había parecido una mera iridiscencia, una cosa de gasa, le había dicho Lotty. Eso era solo esa mañana; y para cuando habían almorzado Lotty había evolucionado hasta el punto de tenerlo de nuevo lo bastante sólido como para escribirle, y escribirle a extensión. Y ahora, unos minutos después, anunciaba que él tenía razón para estar enfadado y herido, y que ella misma había sido — el lenguaje era inusual, pero sí expresaba un arrepentimiento real — una perra mezquina.

Rose la miraba boquiabierta. Si seguía así, pronto podría esperarse un nimbo alrededor de su cabeza; lo había ya, si una no supiera que era el sol entre los troncos de los árboles dando en su pelo arenoso.

Un gran deseo de amar y ser amiga, de amar a todo el mundo, de ser amiga de todo el mundo, parecía estar invadiendo a Lotty — un deseo de pura bondad. La propia experiencia de Rose era que la bondad, el estado de ser buena, solo se alcanzaba con dificultad y dolor. Se tardaba mucho en llegar a ella; de hecho nunca se llegaba, o si por un instante fugaz se llegaba, era solo por un instante fugaz. Hacía falta una perseverancia desesperada para avanzar por su camino, y todo el trayecto estaba salpicado de dudas. Lotty simplemente volaba. Ciertamente, pensó Rose, no se había deshecho de su impetuosidad. Solo había tomado otra dirección. Ahora se estaba convirtiendo en santa de manera impetuosa. ¿Podía de verdad alcanzarse la bondad tan violentamente? ¿No habría una reacción igualmente violenta?

— Yo no — dijo Rose con cautela, mirando hacia abajo los ojos brillantes de Lotty — el camino era empinado, de modo que Lotty estaba bastante más abajo — no me precipitaría a estar tan segura de eso.

— Pero es que estoy segura, y se lo he escrito y dicho.

Rose se quedó boquiabierta.

—¿Pero si solo esta mañana...? —empezó.

—Todo está aquí —la interrumpió Lotty, dando golpecitos al sobre y con cara de satisfacción.

—¿Qué..., todo?

—¿Te refieres a lo del anuncio y mis ahorros gastados? Oh, eso no todavía. Pero se lo contaré todo cuando venga.

—¿Cuando venga? —repitió Rose.

—Le he invitado a venir a quedarse con nosotras.

Rose solo pudo seguir mirándola boquiabierta.

—Era lo mínimo que podía hacer. Y además... —Lotty agitó la mano—. Mira esto. Es una vergüenza no compartirlo. Fui una perra mezquina al irme y dejarlo, pero ninguna perra de las que he oído hablar ha sido nunca tan mezquina como lo sería yo si no intentara convencer a Mellersh de que venga a disfrutar de esto también. Es lo más elemental que tenga algo de diversión con mi huevo de reserva. Al fin y al cabo, me ha dado casa y comida durante años. No hay que ser rúcana.

—Pero... ¿crees que vendrá?

—Oh, eso espero —dijo Lotty con la mayor seriedad; y añadió—: Pobrecillo.

Ante eso Rose sintió que le apetecería sentarse. ¿Mellersh un pobrecillo? ¿El mismo Mellersh que unas horas antes era mera iridiscencia? Había un banco en el recodo del camino, y Rose fue hasta él y se sentó. Quería recobrar el aliento, ganar tiempo. Si tenía tiempo quizás pudiera alcanzar a la desbocada Lotty, y quizás detenerla antes de que se comprometiera a algo de lo que probablemente luego se arrepentiría. ¿Mellersh en San Salvatore? ¿Mellersh, de quien Lotty tan recientemente se había tomado tantas molestias en escapar?

—Lo veo aquí —dijo Lotty, como en respuesta a sus pensamientos.

Rose la miró con verdadera preocupación: pues cada vez que Lotty decía con esa voz convencida «lo veo», lo que veía se hacía realidad. Había que

suponer entonces que el señor Wilkins también acabaría haciéndose realidad muy pronto.

—Ojalá —dijo Rose con ansiedad— te entendiera.

—No lo intentes —dijo Lotty, sonriendo.

—Pero tengo que hacerlo, porque te quiero.

—Querida Rose —dijo Lotty, inclinándose rápidamente y besándola.

—Eres tan rápida —dijo Rose—. No puedo seguir tus evoluciones. No puedo mantener el contacto. Era lo que pasaba con Frede...

Se interrumpió y puso cara de susto.

—La idea entera de que viniéramos aquí —continuó, como Lotty no parecía haber notado nada— era escapar, ¿verdad? Bien, hemos escapado. Y ahora, después de solo un día de esto, quieres escribirle a las mismas personas...

Se detuvo.

—A las mismas personas de quienes estábamos escapando —terminó Lotty—. Es completamente cierto. Parece una idiotez ilógica. Pero soy tan feliz, me encuentro tan bien, me siento tan tremendamente sana. Este lugar... pues que me inunda de amor.

Y miró hacia abajo a Rose con una especie de sorpresa radiante.

Rose guardó silencio un momento. Luego dijo:

—¿Y crees que tendrá el mismo efecto en el señor Wilkins?

Lotty se rió.

—No lo sé —dijo—. Pero aunque no lo tenga, hay amor suficiente alrededor para inundar a cincuenta señores Wilkins, como tú le llamas. Lo importante es tener mucho amor alrededor. No veo —continuó—, al menos no lo veo aquí, aunque sí lo veía en casa, que importe quién ama con tal de que alguien lo haga. Era una bestia rúcana en casa, y solía medir y contar. Tenía una extraña obsesión con la justicia. Como si la justicia importara. Como si la justicia pudiera distinguirse realmente de la venganza. Solo el amor vale para algo. En casa no quería a Mellersh a menos que él me quisiera a mí, exactamente la misma cantidad, absoluta equidad. ¿Se te

ocurre algo igual? Y como él no lo hacía, yo tampoco lo hacía, ¡y la aridez de esa casa! La aridez...

Rose no dijo nada. Estaba desconcertada por Lotty. Uno de los curiosos efectos de San Salvatore en su amiga, en rápido desarrollo, era su repentino libre uso de palabras contundentes. No las había empleado en Hampstead. Bestia y perra eran más contundentes de lo que Hampstead solía tolerar. También en palabras Lotty había salido de la cadena.

Pero cómo deseaba, oh cómo deseaba Rose, que ella también pudiera escribirle a su marido y decirle «Ven». El matrimonio de los Wilkins, por muy pomposo que pudiera ser Mellersh, y a Rose le había parecido pomposo, se encontraba en una base más sana, más natural que el suyo. Lotty podía escribirle a Mellersh y recibiría respuesta. Ella no podía escribirle a Frederick, pues sabía demasiado bien que él no respondería. Al menos, podría responder —un garabato precipitado, mostrando lo mucho que le aburría hacerlo, con gracias superficiales por su carta. Pero eso sería peor que ninguna respuesta; pues su letra, su nombre en un sobre escrito por él, le atravesaba el corazón. Con demasiada viveza le traía las cartas de sus comienzos juntos, las cartas de él tan desoladas de separación, tan dolorosas de amor y anhelo. Ver llegar aparentemente una de esas mismas cartas, abrirla y encontrar:

Querida Rose: Gracias por tu carta. Me alegra que lo estés pasando bien. No te apresures a volver. Dime si necesitas dinero. Aquí todo va de maravilla.— Frederick.

—no, eso no podía soportarse.

—Creo que hoy no bajaré al pueblo contigo —dijo, mirando a Lotty con los ojos que de repente se habían puesto opacos—. Creo que quiero pensar.

—Muy bien —dijo Lotty, echando a andar al instante con paso vivo por el camino—. Pero no pienses demasiado —llamó por encima del hombro—. Escríbele en seguida e invítale.

—¿Invitar a quién? —preguntó Rose, sobresaltada.

—A tu marido.

## CAPÍTULO XII

En la cena, que fue la primera vez que las cuatro se sentaron juntas a la mesa del comedor, apareció Scrap.

Apareció con toda puntualidad, y con uno de esos envolventes o batas de té que a veces se describen como deslumbrantes. Este de verdad era deslumbrante. Deslumbró sin duda a la señora Wilkins, que no podía apartar los ojos de la encantadora figura de enfrente. Era una prenda de color rosa concha, y se ceñía a la adorable Scrap como si también ella la amara.

—¡Qué vestido tan bonito! —exclamó la señora Wilkins con entusiasmo.

—¿Este trapo viejo? —dijo Scrap, mirándolo hacia abajo como para ver cuál se había puesto—. Lo tengo desde hace cien años. —Y se concentró en la sopa.

—Debe de tener mucho frío con él —dijo la señora Fisher de labios apretados, pues el envolvente enseñaba mucho de Scrap —la totalidad de sus brazos, por ejemplo, y allí donde la cubría era tan fino que se la seguía viendo.

—¿Yo? —dijo Scrap, levantando la vista un momento—. Oh, no.

Y continuó con la sopa.

—No debe coger un enfriamiento —dijo la señora Arbuthnot, que consideraba que semejante hermosura había que conservarla intacta a toda costa—. Aquí hay mucha diferencia cuando se pone el sol.

—Tengo bastante calor —dijo Scrap, comiendo la sopa con diligencia.

—Parece como si no llevara nada debajo —dijo la señora Fisher.

—No llevo. O casi nada —dijo Scrap, terminando la sopa.

—Qué poco prudente —dijo la señora Fisher—, y qué sumamente impropio.

Ante lo cual Scrap la miró fijamente.

La señora Fisher había llegado a cenar sintiéndose amigable hacia lady Caroline. Ella al menos no había irrumpido en su sala, ni se había sentado en su mesa, ni había escrito con su pluma. Sí sabía, había supuesto la señora Fisher, cómo comportarse. Ahora resultaba que no sabía, pues ¿era esto comportarse?, venir vestida —no, desvestida— así a una comida. Semejante comportamiento no era solo sumamente impropio sino también sumamente desconsiderado, pues la frívola criatura cogería sin duda un enfriamiento e infectaría a toda la compañía. La señora Fisher tenía una gran aversión a los enfriamientos ajenos. Eran siempre el fruto de la insensatez, y luego se le pegaban a ella, que no había hecho nada en absoluto para merecerlos.

«Cabeza de chorlito», pensó la señora Fisher, contemplando severamente a lady Caroline. «Ni una idea en la cabeza salvo la vanidad.»

—Pero aquí no hay hombres —dijo la señora Wilkins—, así que ¿cómo puede ser impropio? ¿Ha observado —inquirió a la señora Fisher, que hizo el esfuerzo de fingir que no la oía— lo difícil que es ser impropia sin hombres?

La señora Fisher no le respondió ni la miró; pero Scrap sí la miró, e hizo con la boca lo que en cualquier otra boca habría sido una leve sonrisa burlesca. Vista desde fuera, al otro lado del cuenco de capuchinas, era la más hermosa de las breves y hoyueladas sonrisas.

Tenía una cara muy viva esa, pensó Scrap, observando a la señora Wilkins con un amanecer de interés. Era algo así como un campo de trigo barrido por luces y sombras. Tanto ella como la morena, advirtió Scrap, se habían cambiado de ropa, pero solo para ponerse jerséis de seda. El mismo esfuerzo habría bastado para vestirse bien, reflexionó Scrap. Naturalmente, con esos jerséis parecían de lo más insignificante. Lo que llevara la señora Fisher daba igual; de hecho, lo único que le quedaba a ella, a falta de plumas y armiño, era lo que llevaba. Pero estas otras eran aún bastante jóvenes, y bastante atractivas. Tenían de verdad cara, claramente. Qué diferente sería su vida si sacaran el máximo partido de sí mismas en vez del mínimo. Y sin embargo —Scrap de repente se aburrió, y apartó sus pensamientos y comió pan distraídamente—. ¿Y qué más daba? Si sacabas el mejor

partido de ti misma, lo único que conseguías era juntar a tu alrededor a personas que acababan queriendo agarrarte.

—He tenido el día más maravilloso —empezó la señora Wilkins, con los ojos brillantes.

Scrap bajó los suyos. «Oh», pensó, «va a desbordarse.»

«Como si a alguien le interesara su día», pensó la señora Fisher, bajando los suyos también.

De hecho, cada vez que hablaba la señora Wilkins, la señora Fisher deliberadamente bajaba los ojos. Así marcaría su desaprobación. Además, parecía ser lo único prudente que podía hacer con los ojos, pues nunca se podía saber qué diría a continuación la ingobernable criatura. Lo que acababa de decir, por ejemplo, sobre los hombres —dirigido además a ella—, ¿qué podía querer decir? Mejor no conjeturarlo, pensó la señora Fisher; y sus ojos, aunque bajos, vieron a lady Caroline alargar la mano hacia la jarra de Chianti y llenar de nuevo su copa.

De nuevo. Ya lo había hecho una vez, y el pescado acababa de salir de la sala. La señora Fisher podía ver que la otra miembro respetable del grupo, la señora Arbuthnot, también lo estaba notando. La señora Arbuthnot era, esperaba y creía, respetable y bien intencionada. Verdad que también ella había irrumpido en su saloncito, pero sin duda la habría arrastrado la otra, y la señora Fisher tenía poco o nada contra la señora Arbuthnot, y observaba con aprobación que solo bebía agua. Así debía ser. La pecosa también, para ser justos con ella; y muy bien a su edad. Ella misma bebía vino, pero con qué moderación: una comida, una copa. Y tenía sesenta y cinco años, y podría apropiadamente, e incluso beneficiosamente, haber tenido al menos dos.

—Eso —dijo a lady Caroline, cortando de lleno lo que la señora Wilkins les estaba contando sobre su maravilloso día e indicando la copa de vino— no le sienta nada bien.

Lady Caroline, sin embargo, no podía haberla oído, pues siguió sorbiendo, con el codo sobre la mesa, y escuchando lo que decía la señora Wilkins.

¿Y qué decía? ¿Que había invitado a alguien a venir a quedarse? ¿A un hombre?

La señora Fisher no podía creer lo que oían sus oídos. Y sin embargo evidentemente era un hombre, pues hablaba de la persona como él.

De repente, y por primera vez —pero entonces esto era de la mayor importancia—, la señora Fisher se dirigió a la señora Wilkins directamente. Tenía sesenta y cinco años, y le importaba muy poco con qué clase de mujeres se encontrara casualmente durante un mes, pero si las mujeres iban a mezclarse con hombres era otra proposición por completo. No iba a dejarse utilizar de tapadera. No había venido allí para sancionar con su presencia lo que en sus tiempos se llamaba comportamiento ligero. No se había dicho nada en la entrevista de Londres sobre hombres; de haber sido así habría declinado venir, naturalmente.

—¿Cómo se llama? —preguntó la señora Fisher, interponiéndose bruscamente.

La señora Wilkins se volvió hacia ella con ligera sorpresa.

—Wilkins —dijo.

—¿Wilkins?

—Sí.

—¿El apellido de usted?

—Y el suyo.

—¿Un pariente?

—No de sangre.

—¿Un allegado?

—Un marido.

La señora Fisher volvió a bajar los ojos. No podía hablar con la señora Wilkins. Había algo en las cosas que decía... «Un marido.» Sugiriendo uno de muchos. Siempre ese giro impropio en todo. ¿Por qué no podía decir «Mi marido»? Además, la señora Fisher había tomado, sin saber ella misma por qué, a las dos jóvenes de Hampstead por viudas. De guerra. Había habido una ausencia de mención de maridos en la entrevista que no sería, consideró, natural si tales personas existían después de todo. Y si un marido no era un pariente, ¿quién lo era? «No de sangre.» Qué manera de hablar.

Un marido era el primero de todos los parientes. Qué bien recordaba que Ruskin —no, no era Ruskin, era la Biblia que decía que el hombre abandonaría a su padre y a su madre y se uniría a su mujer, demostrando así que ella se convertía por el matrimonio en una relación aún más que de sangre. Y si el padre y la madre del marido nada habían de ser para él comparados con su mujer, cuánto menos que nada debía ser para la esposa su padre y su madre comparados con su marido. Ella misma no había podido dejar a su padre y a su madre para unirse al señor Fisher porque ya no vivían cuando ella se casó, pero sin duda los habría dejado si hubieran estado allí para dejar. No de sangre, vaya. Tonterías.

La cena era muy buena. Suculencia sucedía a succulencia. Costanza había decidido hacer lo que le diera la gana en materia de nata y huevos la primera semana, y ver qué pasaba al final de ella cuando hubiera que pagar las facturas. Su experiencia con los ingleses era que eran tranquilos con las facturas. Les daban timidez las palabras. Se lo creían todo fácilmente. Además, ¿quién era la señora de la casa? Ante la ausencia de una señora definida, se le ocurrió a Costanza que bien podía ser ella la señora. De modo que hizo lo que le dio la gana con la cena, y estaba muy buena.

Las cuatro, sin embargo, estaban tan ocupadas con su propia conversación que la comieron sin advertir lo buena que era. Incluso la señora Fisher, ella que en tales asuntos era de talante viril, no lo advirtió. La excelente cocina entera era para ella como si no existiera; lo que demuestra cuánto debía de estar removida.

Estaba removida. Era esa señora Wilkins. Era suficiente para remover a cualquiera. Y sin duda era alentada por lady Caroline, que a su vez estaba sin duda bajo la influencia del Chianti.

La señora Fisher se alegraba mucho de que no hubiera hombres presentes, pues sin duda habrían hecho el ridículo por lady Caroline. Era precisamente el tipo de joven que los desequilibraba; especialmente, reconocía la señora Fisher, en ese momento. Quizás era el Chianti intensificando momentáneamente su personalidad, pero era innegablemente muy atractiva; y pocas cosas le disgustaban más a la señora Fisher que tener que contemplar cómo hombres sensatos e inteligentes, que el momento anterior hablaban seria e interesadamente de cosas reales, se volvían simplemente ridículos y zalameros —los había visto realmente zalameros— en cuanto entraba una

pizca de belleza cabeza de chorlito. Incluso el señor Gladstone, ese grande y sabio estadista cuya mano había reposado una vez de manera solemne e imborrable sobre su cabeza, habría, sentía ella, al percibir a lady Caroline dejado de hablar sensatamente y embarcado horriblemente en galanteos.

— Ven — dijo la señora Wilkins — un truco estúpido ese con que empezaba la mayoría de sus frases; la señora Fisher cada vez deseaba decir: «Perdone, yo no veo, oigo» — , pero ¿para qué tomarse el trabajo? — : ven — dijo la señora Wilkins, inclinándose hacia lady Caroline — , que arreglamos, ¿verdad?, en Londres que si alguna de nosotras quería podríamos cada una invitar a un huésped. De modo que ahora lo estoy haciendo.

— Yo no recuerdo eso — dijo la señora Fisher, con los ojos en el plato.

— Oh, sí, lo hicimos — ¿verdad, Rose?

— Sí, lo recuerdo — dijo lady Caroline — . Solo que me parecía tan increíble que alguien pudiera querer hacerlo. La idea era alejarse de los propios amigos.

— Y de los propios maridos.

Aquel inapropiado plural de nuevo. Pero completamente inapropiado en todos los sentidos, pensó la señora Fisher. Qué implicaciones. La señora Arbuthnot evidentemente también lo pensaba, pues se había puesto colorada.

— Y del cariño de familia — dijo lady Caroline — o ¿era el Chianti el que hablaba? Sin duda era el Chianti.

— Y de la falta de cariño de familia — dijo la señora Wilkins — qué luz arrojaba eso sobre su vida doméstica y su carácter real.

— Eso no estaría tan mal — dijo lady Caroline — . Con eso me quedaría. Te daría espacio.

— Oh, no, no... es espantoso — exclamó la señora Wilkins — . Es como no tener ropa y saber que nunca la habrá y que vas a seguir enfriándote hasta que al final te mueres de eso: así era, vivir con alguien que no te quería.

Estas confidencias, pensó la señora Fisher... y ninguna disculpa posible para la señora Wilkins, que las hacía enteramente con agua pura. La señora

Arbuthnot, a juzgar por su cara, compartía totalmente la desaprobación de la señora Fisher; se removía en su asiento.

—¿Pero acaso no te quería? —preguntó lady Caroline —tan desvergonzadamente falto de reserva como la propia señora Wilkins.

—¿Mellersh? No mostraba indicios.

—Delicioso —murmuró lady Caroline.

—Realmente... —dijo la señora Fisher.

—A mí no me pareció nada delicioso. Era desgraciada. Y ahora, desde que estoy aquí, simplemente me quedo mirándome siendo desgraciada. Así de desgraciada. Y por culpa de Mellersh.

—Quieres decir que no lo merecía.

—Realmente... —dijo la señora Fisher.

—No, no quiero decir eso. Quiero decir que de repente me he curado.

Lady Caroline, girando lentamente el tallo de la copa entre los dedos, examinó la cara iluminada de enfrente.

—Y ahora que estoy curada me doy cuenta de que no puedo quedarme aquí recreándome en ello yo sola. No puedo ser feliz excluyéndole. Tengo que compartir. Entiendo exactamente lo que debió de sentir la Dama Bienaventurada.

—¿Qué era la Dama Bienaventurada? —preguntó Scrap.

—Realmente... —dijo la señora Fisher; y con tanto énfasis esta vez que lady Caroline se volvió hacia ella.

—¿Debería saberlo? —preguntó—. No sé historia natural. Suena a un pájaro.

—Es un poema —dijo la señora Fisher con una escarcha extraordinaria.

—Ah —dijo Scrap.

—Te lo prestaré —dijo la señora Wilkins, a cuya cara asomó la risa ondeante.

—No —dijo Scrap.

— Y su autor — dijo la señora Fisher con hielo —, aunque quizás no exactamente lo que uno habría deseado que fuera, estaba con frecuencia en la mesa de mi padre.

— Qué aburrimiento para usted — dijo Scrap —. Es lo que siempre hace mamá: invitar a autores. Odio a los autores. No me importarían tanto si no escribieran libros. Cuéntame más de Mellersh — dijo, volviéndose a la señora Wilkins.

— Realmente... — dijo la señora Fisher.

— Todas esas camas vacías — dijo la señora Wilkins.

— ¿Qué camas vacías? — preguntó Scrap.

— Las de esta casa. Está claro que en cada una debería haber alguien feliz dentro. Ocho camas, y solo cuatro personas. Es terrible, terrible ser tan egoísta y quedarse con todo para una sola. Quiero que Rose invite a su marido también. Usted y la señora Fisher no tienen maridos, pero ¿por qué no darle a alguna amiga un tiempo glorioso?

Rose se mordió el labio. Se puso colorada, se puso pálida. Ojalá Lotty se callara, pensó. Estaba muy bien haberse convertido de repente en una santa y querer querer a todo el mundo, pero ¿tenía que ser tan falta de tacto? Rose sentía que todos sus pobres lugares doloridos estaban siendo pisoteados. Ojalá Lotty se callara...

Y la señora Fisher, con una frialdad todavía mayor que la con que había acogido la ignorancia de lady Caroline sobre la Dama Bienaventurada, dijo:

— Solo hay un dormitorio sin ocupar en esta casa.

— ¿Solo uno? — repitió la señora Wilkins, sorprendida —. ¿Quiénes están entonces en todos los demás?

— Nosotras — dijo la señora Fisher.

— Pero no estamos en todos los dormitorios. Debe de haber al menos seis. Eso deja dos libres, y el propietario nos dijo que había ocho camas — ¿verdad, Rose?

— Hay seis dormitorios — dijo la señora Fisher; pues tanto ella como lady Caroline habían inspeccionado minuciosamente la casa al llegar, con el fin de ver qué parte de ella les resultaría más cómoda, y las dos sabían que

había seis dormitorios, dos de los cuales eran muy pequeños, y en uno de esos pequeños dormía Francesca en compañía de una silla y una cómoda, y el otro, igualmente provisto, estaba vacío.

La señora Wilkins y la señora Arbuthnot apenas habían mirado la casa, habiendo pasado la mayor parte del tiempo fuera contemplando el paisaje, y en la agitada distracción mental de cuando empezaron a negociar San Salvatore se les había metido en la cabeza que las ocho camas de que hablaba el propietario equivalían a ocho dormitorios; lo cual no era así. Había en efecto ocho camas, pero cuatro de ellas estaban en los cuartos de la señora Wilkins y la señora Arbuthnot.

—Hay seis dormitorios —repitió la señora Fisher—. Nosotras tenemos cuatro, Francesca tiene el quinto, y el sexto está vacío.

—De modo —dijo Scrap— que por muy generosas que nos sintiéramos y por mucho que quisiéramos serlo, no podemos. ¿No es una suerte?

—¿Entonces solo hay sitio para uno? —dijo la señora Wilkins, mirando alrededor las tres caras.

—Sí, y ya le tienes tú —dijo Scrap.

La señora Wilkins quedó desconcertada. La cuestión de las camas era inesperada. Al invitar a Mellersh había pensado en ponerle en uno de los cuatro cuartos de invitados que imaginaba que había. Cuando había habitaciones de sobra y servicio suficiente no había razón para que durmieran, como en su pequeña casa de Hampstead con solo dos criadas, en la misma habitación. El amor, incluso el amor universal, el tipo de amor con que se sentía inundada, no debería ponerse a prueba. Hacían falta mucha paciencia y generosidad para el éxito del sueño matrimonial. Placidez; una fe constante; esas también hacían falta. Estaba segura de que querría mucho más a Mellersh, y de que a él no le molestaría ella casi tanto, si no estuvieran encerrados juntos por la noche, si por la mañana pudieran encontrarse con el alegre afecto de amigos entre quienes no hay sombra de diferencias sobre la ventana o las disposiciones para el aseo, ni de pequeños resentimientos sofocados absurdos por algo que a uno de los dos le ha parecido injusto. Su felicidad, sentía, y su capacidad de ser amiga de todo el mundo, era el resultado de su nueva y repentina libertad y su paz. ¿Habría esa sensación de libertad, esa paz, después de una noche encerrada con Mellersh? ¿Podría por

la mañana estar llena hacia él, como lo estaba en ese momento, de nada más que amor y benevolencia? Al fin y al cabo, llevaba poco tiempo en el cielo. ¿Y si no llevaba el tiempo suficiente para haberse asentado en la placidez? Y solo esa mañana, qué alegría extraordinaria había sido encontrarse sola al despertar, y poder arrastrar la ropa de cama de cualquier manera que le apeteciera.

Francesca tuvo que darle un codazo. Estaba tan absorta que no reparó en el pudín.

«Si», pensó la señora Wilkins, sirviéndose distraídamente, «comparto mi cuarto con Mellersh, me arriesgo a perder todo lo que ahora siento por él. Si por otro lado le pongo en el único cuarto libre, impido que la señora Fisher y lady Caroline le den un regalo a alguien. Verdad que de momento no parece que quieran hacerlo, pero en cualquier momento en este lugar puede apoderarse de una u otra el deseo de hacer feliz a alguien, y entonces no podría porque estaría Mellersh.»

—Qué problema —dijo en voz alta, con el ceño fruncido.

—¿Qué problema? —preguntó Scrap.

—Dónde poner a Mellersh.

Scrap la miró fijamente.

—¿No le basta con un cuarto? —preguntó.

—Oh, sí, perfectamente. Pero entonces no quedará ningún cuarto libre —ningún cuarto para alguien a quien quizás quieras invitar.

—Yo no querré —dijo Scrap.

—O usted —dijo la señora Wilkins a la señora Fisher—. Rose, desde luego, no cuenta. Estoy segura de que a ella le gustaría compartir su cuarto con su marido. Lo lleva escrito en la cara.

—Realmente... —dijo la señora Fisher.

—¿Realmente qué? —preguntó la señora Wilkins, volviéndose hacia ella con esperanza, pues pensaba que la palabra esta vez era el preliminar de una sugerencia útil.

No lo era. Se quedaba sola. Era, como antes, mera escarcha.

Desafiada, sin embargo, la señora Fisher la unió a una frase. «¿Realmente debo entender», preguntó, «que propone usted reservar el único cuarto libre para el uso exclusivo de su propia familia?»

—No es mi propia familia —dijo la señora Wilkins—. Es mi marido. Ven...

—No veo nada —la señora Fisher no pudo esta vez abstenerse de interrumpir, pues qué truco tan insoportable—. A lo sumo oigo, y eso de mala gana.

Pero la señora Wilkins, tan impermeable a la reprimenda como la señora Fisher había temido, repitió enseguida el fastidioso fórmula y se lanzó en un largo e indecoroso discurso sobre el mejor sitio donde dormir para la persona a quien llamaba Mellersh.

Mellersh —la señora Fisher, recordando los Tomases, Juanes, Alfredos y Robertos de su época, nombres sencillos que con todo se habían vuelto gloriosos, pensaba que era pura afectación llamarse Mellersh— era, al parecer, el marido de la señora Wilkins, y por tanto su lugar estaba claramente indicado. ¿A qué venía tanto hablar? Ella misma, como si hubiera previsto su llegada, había hecho poner una segunda cama en el cuarto de la señora Wilkins. Había ciertas cosas en la vida que nunca se hablaban sino que simplemente se hacían. La mayoría de las cosas relacionadas con los maridos no se hablaban; y tener ocupada toda una cena con una discusión sobre dónde debería dormir uno de ellos era un atentado a las conveniencias. Cómo y dónde dormían los maridos solo debería saberlo su esposa. A veces no lo sabía ella misma, y entonces el matrimonio tenía momentos menos felices; pero tampoco se hablaba de esos momentos; se seguían preservando las conveniencias. Al menos así era en su época. Tener que escuchar si el señor Wilkins debería o no debería dormir con la señora Wilkins, y las razones por las que debería y las razones por las que no debería, era tanto falta de interés como indecoroso.

Podría haber conseguido imponer la decencia y cambiar la conversación si no hubiera sido por lady Caroline. Lady Caroline alentó a la señora Wilkins, y se lanzó a la discusión con tanta desinhibición como la propia señora Wilkins. Sin duda en esta ocasión la impulsaba el Chianti, pero la razón que fuera, ahí estaba. Y, de manera característica, lady Caroline estaba completamente a favor de que al señor Wilkins se le diera el cuarto libre.

Lo daba por supuesto. Cualquier otro arreglo era imposible, dijo; la palabra que usó fue «Bárbaro». ¿Nunca había leído su Biblia, se sintió tentada la señora Fisher de preguntar — y serán los dos una sola carne? Entonces también, claramente, un cuarto. Pero la señora Fisher no preguntó. No le parecía apropiado ni siquiera aludir a tales textos a alguien sin casar.

Sin embargo, había una manera de forzar al señor Wilkins a su lugar apropiado y salvar la situación: podía decir que ella misma se proponía invitar a una amiga. Era su derecho. Todas lo habían dicho así. Aparte de la decencia, era monstruoso que la señora Wilkins quisiera monopolizar el único cuarto libre cuando en su propio cuarto tenía todo lo necesario para su marido. Quizás realmente invitaría a alguien — no invitar, sino sugerir que viniera. Estaba Kate Lumley, por ejemplo. Kate podía perfectamente permitirse venir y pagar su parte; y era de su propia época y sabía, y había sabido, a la mayoría de las personas que ella misma sabía y había sabido. Kate, claro está, siempre había estado en la periferia; se la invitaba solo a las fiestas grandes, no a las pequeñas, y todavía seguía estando solo en la periferia. Había personas que nunca salían de la periferia, y Kate era una de ellas. Sin embargo, tales personas solían ser con quien más agradablemente se convivía de manera permanente, en el sentido de que permanecían agradecidas.

Sí; podría considerar realmente a Kate. La pobrecilla nunca se había casado, pero no todo el mundo podía esperar casarse, y estaba bastante bien de dinero — no demasiado bien, sino lo suficientemente bien para pagar sus propios gastos si venía y con todo ser agradecida. Sí; Kate era la solución. Si venía, de un solo golpe, veía la señora Fisher, quedarían regularizados los Wilkins y se evitaría que la señora Wilkins tuviera más cuartos de los que le correspondían. Además, la señora Fisher se salvaría a sí misma del aislamiento; el aislamiento espiritual. Deseaba el aislamiento físico entre comidas, pero le disgustaba ese aislamiento que es del espíritu. Ese aislamiento, temía, sería ciertamente el suyo con estas tres jóvenes de mentalidad tan ajena. Incluso la señora Arbuthnot era, por su amistad con la señora Wilkins, necesariamente de mentalidad ajena. En Kate tendría un apoyo. Kate, sin invadir su saloncito, pues Kate era manejable, estaría allí en las comidas para apoyarla.

La señora Fisher no dijo nada en ese momento; pero más tarde en el salón, cuando estaban reunidas alrededor de la chimenea de leña — había descubierto que no había chimenea en su propio saloncito, y por tanto se

vería obligada, mientras las tardes siguieran frescas, a pasar las noches en la otra sala—, más tarde, mientras Francesca distribuía el café y lady Caroline envenenaba el aire con el humo, la señora Wilkins, con cara de alivio y satisfacción, dijo: «Bueno, si nadie quiere realmente ese cuarto, y de todas formas no lo usaría, me alegrará mucho que Mellersh lo tenga.»

—Claro que tiene que tenerlo —dijo lady Caroline.

Entonces habló la señora Fisher.

—Tengo una amiga —dijo con su voz grave; y de repente cayó el silencio sobre las demás.

—Kate Lumley —dijo la señora Fisher.

Nadie habló.

—Quizás —continuó la señora Fisher, dirigiéndose a lady Caroline—, ¿la conoce usted?

No, lady Caroline no conocía a Kate Lumley; y la señora Fisher, sin preguntar a las demás si la conocían, pues estaba segura de que no conocían a nadie, continuó: «Deseo invitarla a que se una a mí», dijo la señora Fisher.

Silencio completo.

Entonces Scrap dijo, volviéndose hacia la señora Wilkins: «Con eso queda resuelta la cuestión de Mellersh.»

—Resuelve la cuestión del señor Wilkins —dijo la señora Fisher—, aunque me resulta imposible entender que hubiera habido nunca cuestión, de la única manera que es correcta.

—Me temo que entonces está atrapada —dijo lady Caroline, de nuevo a la señora Wilkins—. A menos —añadió— que él no pueda venir.

Pero la señora Wilkins, con el ceño inquieto —pues ¿y si después de todo no estaba todavía del todo estable en el cielo?—, solo pudo decir, un poco con intranquilidad:

—Lo veo aquí.

## CAPÍTULO XIII

Los días sin incidentes — solo en apariencia sin incidentes — se deslizaban en oleadas de sol, y los criados, observando a las cuatro señoras, llegaban a la conclusión de que en ellas había muy poca vida.

Para los criados San Salvatore parecía dormido. Nadie venía a tomar el té, ni las señoras iban a ningún sitio a tomarlo. Otros inquilinos en otras primaveras habían sido mucho más activos. Había habido animación y empresa; se había usado la barca; se habían hecho excursiones; se había pedido la tartana de Beppo; gente de Mezzago venía a pasar el día; la casa resonaba de voces; incluso se había bebido champán a veces. La vida era variada, la vida era interesante. Pero ¿esto? ¿Qué era esto? A los criados ni siquiera les regañaban. Los dejaban completamente a su aire. Bostezaban.

Desconcertante era también la completa ausencia de caballeros. ¿Cómo podían los caballeros mantenerse alejados de tanta belleza? Pues, sumadas, e incluso después de restar a la mayor, las tres señoras más jóvenes producían un total formidable de lo que los caballeros solían buscar.

También desconcertaba a los criados el evidente deseo de cada señora de pasar largas horas separada de las otras. El resultado era una quietud mortal en la casa, salvo a la hora de las comidas. Bien podría haber estado tan vacía como lo había estado todo el invierno, a juzgar por los sonidos de vida que había. La señora mayor estaba sola en su sala; la señora de ojos oscuros vagaba sola, rezagada, les contaba Domenico, que a veces se la cruzaba en sus tareas, incomprensiblemente entre las rocas; la señora rubia muy hermosa yacía en su silla baja en el jardín de arriba, sola; la señora rubia menos, aunque también hermosa, subía a los cerros y se quedaba en ellos durante horas, sola; y todos los días el sol rodeaba lentamente la casa, y desaparecía al atardecer en el mar, y no había pasado absolutamente nada.

Los criados bostezaban.

Y sin embargo las cuatro visitantes, mientras sus cuerpos se sentaban —ese era el caso de la señora Fisher— o yacían —el de lady Caroline— o vagaban —el de la señora Arbuthnot— o iban en soledad a los cerros —el de la señora Wilkins—, no eran en realidad nada torpes. Sus mentes estaban inusualmente activas. Incluso de noche sus mentes estaban activas, y los sueños que tenían eran cosas claras, finas y veloces, completamente distintas de los pesados sueños de casa. Había en el ambiente de San Salvatore algo que producía actividad mental en todos menos en los nativos. Estos, como siempre, cualquiera que fuera la belleza que les rodeaba, cualquiera que fuera lo que hicieran las pródicas estaciones, permanecían inmunes a pensamientos distintos de los que tenían por costumbre. Toda su vida habían visto, año tras año, el asombroso espectáculo recurrente del abril en los jardines, y la costumbre lo había vuelto invisible para ellos. Eran tan ciegos a él, tan ajenos a él, como el perro de Domenico dormido al sol.

Las visitantes no podían ser ciegas a ello —era demasiado llamativo después del Londres de un marzo particularmente lluvioso y sombrío. De repente ser trasladada a aquel lugar donde el aire estaba tan quieto que contenía el aliento, donde la luz era tan dorada que hasta las cosas más ordinarias quedaban transfiguradas —ser trasladada a esa delicada tibieza, esa fragancia acariciadora, y tener el viejo castillo gris como escenario, y, en la distancia, las serenas y claras colinas de los fondos de Perugino—, era un contraste asombroso. Incluso lady Caroline, acostumbrada toda su vida a la belleza, que había ido a todos los sitios y visto todo, sentía la sorpresa de ello. Era, ese año, una primavera particularmente maravillosa, y de todos los meses en San Salvatore el de abril, si el tiempo era bueno, era el mejor. Mayo quemaba y marchitaba; marzo era inquieto y podía ser duro y frío en su luminosidad; pero abril venía con la suavidad de una bendición, y si era un abril de buen tiempo era tan hermoso que era imposible no sentirse diferente, no sentirse conmovida.

La señora Wilkins, ya lo hemos visto, respondió a él al instante. Se lanzó, por así decirlo, de cabeza y sin vacilación a la gloria, despojándose de todas sus vestiduras, con un grito de arrebató.

La señora Arbuthnot estaba conmovida, pero de manera diferente. Tenía extrañas sensaciones —que se describirán en su momento.

La señora Fisher, siendo mayor, era de una textura más compacta e impermeable y ofrecía más resistencia; pero también ella tenía extrañas sensaciones, igualmente en su momento a describir.

Lady Caroline, ya bien conocedora de casas y climas hermosos, a quien no podían llegar del todo con la misma sorpresa, reaccionó sin embargo casi tan de prisa como la señora Wilkins. El lugar tuvo en ella también una influencia casi instantánea, y de una parte de esa influencia era consciente: la había hecho, a partir de esa misma primera noche, querer pensar, y actuaba en ella de manera curiosamente parecida a una conciencia. Lo que esa conciencia parecía señalarle con una insistencia que la sobresaltaba —lady Caroline dudaba en aceptar la palabra, pero seguía presentándose en su cabeza— era que era chabacana.

Chabacana. Ella. Imagínate.

Tendría que pensarlo.

La mañana siguiente a la primera cena juntas, se despertó lamentando haber sido tan conversadora con la señora Wilkins la noche anterior. ¿Por qué lo habría sido, se preguntaba. Ahora, naturalmente, la señora Wilkins querría agarrar, querría ser inseparable; y la perspectiva de un agarramiento y una inseparabilidad que durara cuatro semanas hacía desfalecer el espíritu de Scrap. Sin duda la animada señora Wilkins estaría al acecho en el jardín de arriba esperando tenderle una emboscada cuando saliera, y la saludaría con la jovialidad matutina. Cuánto odiaba que la saludasen con jovialidad matutina —o de hecho que la saludasen en absoluto. No debería haber animado a la señora Wilkins la noche anterior. Fatal era animar. Era bastante malo no animar, pues el mero hecho de estar sentada sin decir nada solía involucrarla; pero animar activamente era suicida. ¿Qué diantre le había impulsado a hacerlo? Ahora tendría que desperdiciar todo el precioso tiempo, el precioso y amado tiempo para pensar y reajustarse, en sacudirse a la señora Wilkins de encima.

Con gran cautela y de puntillas, equilibrándose con cuidado para que los guijarros no crujieran, se escabulló en cuanto se vistió hacia su rincón; pero el jardín estaba vacío. No hacía falta sacudirse nada. Ni la señora Wilkins ni nadie más se veía por allí. Lo tenía completamente para sí. Salvo por Domenico, que al poco rato vino y rondó regando sus plantas, de nuevo especialmente todas las plantas que estaban más cerca de ella, nadie salió en

absoluto; y cuando, al cabo de un buen rato de seguir pensamientos que parecían escapársele justo cuando los había atrapado, y de quedarse dormida exhausta en los intervalos de esa persecución, se sintió con hambre y miró el reloj y vio que eran más de las tres, se dio cuenta de que nadie se había molestado siquiera en llamarla a comer. De modo que, no pudo por menos de observar Scrap, si alguien había sido sacudido de encima era ella misma.

Bueno, pero qué delicioso, y qué completamente nuevo. Ahora sí podría pensar de verdad, sin interrupciones. Delicioso que se hubieran olvidado de ella.

Con todo, tenía hambre; y la señora Wilkins, después de aquella efusividad excesiva la noche anterior, podría al menos haberle dicho que el almuerzo estaba listo. Y había sido de verdad excesivamente efusiva —tan amable con los arreglos del sueño de Mellersh, queriendo que tuviera el cuarto libre y todo eso. No solía interesarse por los arreglos; de hecho nunca lo hacía; de modo que Scrap consideraba que podía decirse que casi se había tomado la molestia de ser agradable con ella. Y, en cambio, la señora Wilkins ni se molestaba en saber si comía o no.

Por fortuna, aunque tenía hambre, no le importaba saltarse una comida. La vida estaba llena de comidas. Ocupaban una enorme proporción del tiempo de una; y la señora Fisher era, temía, una de esas personas que en las comidas se entretenían. Ya había cenado dos veces con la señora Fisher, y cada vez había resultado difícil desalojarla al final: se quedaba allí cascando lentamente innumerables nueces y bebiendo despacio una copa de vino que parecía que nunca iba a terminar. Probablemente sería buena costumbre saltarse el almuerzo, y como era perfectamente fácil hacerse traer el té fuera, y como desayunaba en su cuarto, solo una vez al día tendría que sentarse a la mesa del comedor y aguantar las nueces.

Scrap hundió la cabeza cómodamente en los cojines, y con los pies cruzados en el parapeto bajo se abandonó a más reflexiones. Se decía, como se lo había dicho a intervalos durante toda la mañana: Ahora voy a pensar. Pero no habiendo pensado nunca nada a fondo en su vida, era difícil. Extraordinario lo poco que la atención de una se quedaba fija; extraordinario lo de lado que se escurría la mente. Tratando de empezar con un repaso de su pasado como preliminar a la consideración de su futuro, y buscan-

do en él para empezar alguna justificación de esa angustiosa palabra chabacana, lo que supo a continuación es que no estaba pensando en eso para nada, sino que se había deslizado de alguna manera hacia el señor Wilkins.

Pues bien, el señor Wilkins era bastante fácil de pensar, aunque no agradable. Contemplaba su llegada con aprensión. Pues no solo sería un profundo e inesperado fastidio tener a un hombre añadido a la compañía, y un hombre, además, del tipo que estaba segura debía de ser el señor Wilkins, sino que temía —y su temor era resultado de una experiencia aburrida y uniforme— que pudiera querer rondarla.

Esta posibilidad evidentemente no se le había ocurrido aún a la señora Wilkins, y no era algo a lo que pudiera muy bien llamar su atención; no sin ser demasiado fatua para poder seguir viviendo. Intentó esperar que el señor Wilkins fuera una excepción maravillosa a la espantosa regla. Si lo era, estaría tan obligada con él que creía que podría gustarle bastante de verdad.

Pero tenía sus aprensiones. Suponed que rondara tanto que la expulsara de su adorado jardín de arriba; suponed que la luz de la cara dispartada y centelleante de la señora Wilkins quedara apagada. Scrap sentía que le desagradaría especialmente que eso le pasara a la cara de la señora Wilkins, y sin embargo nunca en su vida había conocido a una sola esposa, ni una, que hubiera podido entender que ella no quería en absoluto a sus maridos. A menudo había conocido esposas que tampoco querían a los suyos, pero eso no las hacía menos indignadas si pensaban que otra los quería, ni menos seguras, cuando los veían rondando a Scrap, de que era ella quien intentaba llevárselos. ¡Intentar llevárselos! La sola idea, el mero recuerdo de esas situaciones, la llenaba de un aburrimiento tan extremo que al instante la mandaba de nuevo a dormir.

Cuando se despertó siguió con el señor Wilkins.

Ahora bien, si, pensaba Scrap, el señor Wilkins no era una excepción y se comportaba de la manera habitual, ¿entendería la señora Wilkins, o simplemente le estropearía las vacaciones? Parecía perspicaz, pero ¿sería perspicaz con respecto a precisamente esto? Parecía entender y ver el interior de una, pero ¿entendería y vería el interior de una cuando se tratara del señor Wilkins?

La experimentada Scrap estaba llena de dudas. Movi6 los pies en el parapeto; enderez6 un coj6n de golpe. Quiz6s deber6a intentar explicarle a la se6ora Wilkins, durante los d6as que a6n quedaban antes de la llegada —explicarle de manera general, bastante vaga y hablando en t6rminos generales—, su actitud hacia tales cosas. Podr6a tambi6n exponerle su peculiar aversi6n a los maridos ajenos, y su profundo deseo de que la dejaran en paz, al menos ese mes.

Pero Scrap ten6a sus dudas tambi6n sobre esto. Semejante charla supondr6a cierta familiaridad, supondr6a embarcarse en una amistad con la se6ora Wilkins; y si, despu6s de haberse embarcado en ella y de haber enfrentado el peligro que conten6a de demasiada se6ora Wilkins, el se6or Wilkins resultaba ser astuto —y la gente pod6a volverse muy astuta cuando se hab6a empe6ado en algo— y se las arreglaba a pesar de todo para colarse en el jard6n de arriba, la se6ora Wilkins podr6a f6cilmente creer que la hab6an enga6ado, y que ella, Scrap, era falsa. ¡Falsa! Y sobre el se6or Wilkins. Las esposas eran realmente pat6ticas.

A las cuatro y media oy6 el ruido de platillos al otro lado de los arbustos de dafne. ¿Le estaban mandando el t6?

No; los ruidos no se acercaban, se detuvieron cerca de la casa. El t6 iba a servirse en el jard6n, en su jard6n. Scrap consider6 que al menos podr6an haberle preguntado si le importaba que la molestaran. Todas sab6an que ella se sentaba all6.

Quiz6s alguien le traer6a el suyo a su rinc6n.

No; nadie tra6a nada.

Bien, ten6a demasiada hambre para no ir a tomarlo con las dem6s ese d6a, pero le dar6a a Francesca instrucciones estrictas para el futuro.

Se levant6, y camin6 con esa gracia lenta que era otra de sus escandalosamente numerosas cualidades atractivas hacia los sonidos del t6. Era consciente no solo de tener mucha hambre sino de tener ganas de hablar de nuevo con la se6ora Wilkins. La se6ora Wilkins no hab6a agarrado, la hab6a dejado completamente libre todo el d6a a pesar del acercamiento de la noche anterior. Era una original, desde luego, y se pon6a un jersey de seda para cenar, pero no hab6a agarrado. Eso era mucho. Scrap se dirigi6a hacia la mesa

del té bastante con ganas de la señora Wilkins; y cuando la tuvo a la vista solo vio a la señora Fisher y a la señora Arbuthnot.

La señora Fisher estaba sirviendo el té, y la señora Arbuthnot le ofrecía a la señora Fisher macarrones. Cada vez que la señora Fisher le ofrecía a la señora Arbuthnot algo —la taza, o la leche, o el azúcar—, la señora Arbuthnot le ofrecía macarrones —se los presionaba con una insistencia curiosa, casi con obstinación. ¿Era un juego? Se preguntó Scrap, sentándose y apoderándose de un macarrón.

—¿Dónde está la señora Wilkins? —preguntó Scrap.

No lo sabían. Al menos, la señora Arbuthnot, a la pregunta de Scrap, no lo sabía; la cara de la señora Fisher, ante el nombre, se volvió elaboradamente indiferente.

Al parecer a la señora Wilkins no se la había visto desde el desayuno. La señora Arbuthnot creía que probablemente había ido de picnic. Scrap la echó de menos. Comió los enormes macarrones, los mejores y más grandes con que se había tropezado nunca, en silencio. El té sin la señora Wilkins era aburrido; y la señora Arbuthnot tenía ese sabor fatal a maternidad, a querer mimarla a una, ponerla muy cómoda, animarla a comer —animarla a ella, que ya comía tan francamente, tan incluso exageradamente—, que parecía haber perseguido los pasos de Scrap a lo largo de toda su vida. ¿No podía la gente dejarla en paz? Era perfectamente capaz de comer lo que quería sin que la animasen. Intentó apagar el celo de la señora Arbuthnot siendo seca con ella. Inútil. La sequedad no era aparente. Se quedaba, como todos los sentimientos negativos de Scrap, cubierta por el impenetrable velo de su hermosura.

La señora Fisher estaba sentada monumentalmente, sin prestar atención a ninguna de las dos. Había tenido un día curioso, y estaba un poco preocupada. Había estado completamente sola, pues ninguna de las tres había venido a almorzar, y ninguna se había molestado en avisarle de que no venían; y la señora Arbuthnot, que fue llegando casualmente al té, se había comportado de manera extraña hasta que lady Caroline se unió a ellas y le distrajo la atención.

La señora Fisher estaba dispuesta a no disgustarle la señora Arbuthnot, cuyo pelo bien partido y expresión dulce le parecían muy decorosos y fe-

meninos, pero ciertamente tenía costumbres difíciles de querer. Su costumbre de repetir al instante cualquier ofrecimiento que se le hiciera de comida o bebida, de devolverle a una el ofrecimiento, por así decirlo, no era exactamente lo que una esperaba de ella. «¿Quiere usted un poco más de té?» era sin duda una pregunta a la que la respuesta era simplemente sí o no; pero la señora Arbuthnot persistía en el truco que había exhibido el día anterior en el desayuno, de añadir a su sí o no las palabras «¿Y usted?». Lo había vuelto a hacer esa mañana en el desayuno y ahí lo estaba haciendo en el té —las dos comidas en que la señora Fisher presidía y servía. ¿Por qué lo hacía? La señora Fisher no lo entendía.

Pero eso no era lo que la preocupaba; eso era solo de paso. Lo que la preocupaba era que no había podido ese día asentarse en nada, y no había hecho más que vagar inquietamente entre su saloncito y sus almenas y volver. Había sido un día perdido, y cuánto le disgustaba el desperdicio. Había intentado leer, y había intentado escribirle a Kate Lumley; pero nada —unas pocas palabras leídas, unas pocas líneas escritas, y vuelta a levantarse para salir a las almenas y mirar fijamente el mar.

No importaba que la carta a Kate Lumley no se escribiera. Había tiempo de sobra para eso. Que las demás supusieran que su llegada estaba definitivamente acordada. Mejor así. De ese modo se mantendría al señor Wilkins fuera del cuarto libre y en su sitio. Kate podía esperar. Podía mantenerse en reserva. Kate en reserva era tan eficaz como Kate en la realidad, y había puntos a favor de Kate en reserva que podían faltar en Kate en la realidad. Por ejemplo, si la señora Fisher iba a estar inquieta, prefería que Kate no estuviera allí para verlo. Había algo falto de dignidad en la inquietud, en ir y venir trotando. Pero sí importaba que no pudiera leer una sola frase de los escritos de ninguno de sus grandes amigos difuntos; no, ni siquiera de los de Browning, que había estado tan en Italia, ni de los de Ruskin, cuyas Piedras de Venecia había traído para releerlas casi en el lugar mismo; ni siquiera una frase de un libro realmente interesante como el que había encontrado en su saloncito sobre la vida doméstica del Káiser alemán, pobre-cillo —escrito en los noventa, cuando todavía no había empezado a ser más pecado contra que pecador, que era, estaba firmemente convencida, lo que le pasaba ahora—, sin tener que dejarlo y salir a mirar el mar.

La lectura era muy importante; el ejercicio y desarrollo apropiado de la propia mente era un deber primordial. ¿Cómo iba a leer una si estaba con-

stantemente yendo y viniendo? Qué curioso, esa inquietud. ¿Iba a ponerse enferma? No, se sentía bien; de hecho, insólitamente bien, e iba y venía bastante de prisa —trotaba, de hecho— y sin el bastón. Muy raro no poder quedarse quieta, pensaba, frunciendo el ceño por encima de unos jacintos morados hacia el Golfo de la Spezia reluciendo más allá de un cabo; muy raro que ella, que caminaba tan despacio, con tal dependencia del bastón, de repente trotara.

Le resultaría interesante hablar con alguien de ello, sentía. No con Kate —a una desconocida. Kate solo la miraría y le sugeriría una taza de té. Kate siempre sugería tazas de té. Además, Kate tenía la cara plana. Esa señora Wilkins, ahora —por molesta que fuera, por suelta de lengua, impertinente, objectable que fuera, probablemente entendería, y quizás sabría qué la estaba haciendo ser así. Pero no podía decirle nada a la señora Wilkins. Era la última persona a quien admitiría sensaciones. La dignidad sola lo prohibía. ¿Confiar en la señora Wilkins? Jamás.

Y la señora Arbuthnot, mientras maternizaba con melancolía a la obstruc-tiva Scrap durante el té, sentía también que había tenido un día curioso. Como el de la señora Fisher, había sido activo, pero al contrario que el de la señora Fisher, solo activo en la mente. Su cuerpo había estado completa-mente quieto; su mente no había estado quieta en absoluto, sino excesiva-mente activa. Durante años se había cuidado de no tener tiempo para pen-sar. Su vida reglamentada en la parroquia había impedido que los recuerdos y los deseos irrumpieran en ella. Ese día habían entrado en tropel. Volvió al té sintiéndose abatida, y que se sintiera abatida en semejante lugar con todo a su alrededor para hacerla alegrarse solo la abatía más. ¿Pero cómo podía alegrarse sola? ¿Cómo podía alguien alegrarse, disfrutar y apreciar, apreciar de verdad, sola? Excepto Lotty. Lotty parecía poder hacerlo. Se había ido cuesta abajo en cuanto acabó el desayuno, sola y con evidentes muestras de regocijo, pues no había sugerido que Rose fuera también, y iba cantando al alejarse.

Rose había pasado el día sola, sentada con las manos enlazadas alrededor de las rodillas, mirando fijamente al frente. Lo que miraba eran las espadas grises de los agaves, y, en sus largos tallos, los lirios pálidos que crecían en el lugar apartado que había encontrado; y más allá de ellos, entre las hojas grises y las flores azules, veía el mar. El lugar que había encontrado era un rincón escondido donde las piedras soleadas estaban acolchadas de tomillo,

y era improbable que viniera nadie. Estaba fuera de la vista y el sonido de la casa; estaba alejado de cualquier camino; estaba cerca del extremo del promontorio. Se quedó tan quieta que al poco rato lagartijas salían disparadas sobre sus pies, y unos pajarillos parecidos a pinzones, asustados al principio, volvieron y revoloteaban entre los arbustos de alrededor como si ella no hubiera estado allí. Qué hermoso. Y de qué servía sin nadie allí, sin nadie al que le gustara estar con una, que le perteneciera a una, a quien una pudiera decir «Mira». ¿Y no diría una «Mira, querido»? Sí, uno diría querido y la palabra dulce, con solo decírsela a alguien que le quería a una, haría feliz a una.

Se quedó completamente quieta, mirando al frente. Qué raro que en este lugar no le apeteciera rezar. Ella que había rezado tan constantemente en casa no parecía poder hacerlo aquí en absoluto. La primera mañana no había hecho más que lanzar hacia el cielo un breve darte gracias al levantarse de la cama, y había ido derecho a la ventana a ver qué aspecto tenía todo —lanzado el darte gracias con tanta despreocupación como una pelota, sin pensar más en ello. Esa mañana, acordándose y avergonzada, se había arrodillado con determinación; pero quizás la determinación no era buena para las oraciones, pues no había sido capaz de pensar en nada que decir. Y en cuanto a sus oraciones de la hora de acostarse, en ninguna de las dos noches había dicho ni una sola. Las había olvidado. Había estado tan absorta en otros pensamientos que las había olvidado; y en la cama, estaba dormida y corriendo entre sueños brillantes, finos y veloces antes de haber tenido tiempo de estirarse siquiera.

¿Qué le había pasado? ¿Por qué había soltado el ancla de la oración? Y también le costaba recordar a sus pobres, recordar siquiera que existían tales cosas como los pobres. Las vacaciones, desde luego, eran buenas, y todo el mundo las reconocía como buenas, pero ¿deberían borrar tan completamente, hacer tal destrozo de las realidades? Quizás era saludable olvidar a sus pobres; con más avidez volvería a ellos. Pero no podía ser saludable olvidar las oraciones, y menos aún podía ser saludable no importarle.

A Rose no le importaba. Sabía que no le importaba. Y, aún peor, sabía que no le importaba que no le importara. En aquel lugar era indiferente a las dos cosas que habían llenado su vida y la habían hecho parecer feliz durante años. Bueno, si al menos pudiera alegrarse en sus maravillosos nuevos en-

tornos, tener eso al menos que oponer a la indiferencia, al soltar —pero no podía. No tenía trabajo; no rezaba; se había quedado vacía.

Lotty le había estropeado el día ese día, como le había estropeado el del día anterior —Lotty, con su invitación a su marido, con su sugerencia de que ella también invitara al suyo. Habiendo lanzado a Frederick en su mente el día anterior, Lotty la había dejado; durante toda la tarde la había dejado sola con sus pensamientos. Desde entonces habían sido todos de Frederick. Donde en Hampstead venía a ella solo en sueños, aquí dejaba sus sueños libres y estaba con ella durante el día. Y de nuevo esa mañana, mientras luchaba por no pensar en él, Lotty le había preguntado, justo antes de desaparecer cantando por el camino, si había escrito ya para invitarle, y de nuevo la habían lanzado a Frederick y no conseguía sacárselo de encima.

¿Cómo podía invitarle? Llevaba tanto tiempo ya su alejamiento, tantos años; casi no sabría qué palabras usar; y además, él no vendría. ¿Por qué habría de venir? No le importaba estar con ella. ¿De qué podrían hablar? Entre ellos estaba la barrera de su trabajo y la religión de ella. Ella no podía —¿cómo podía, creyendo como creía en la pureza, en la responsabilidad por el efecto que tienen en los demás las propias acciones?— soportar el trabajo de él, vivir de él; y él, lo sabía, al principio había resentido y luego se había limitado a aburrir de su religión. La había dejado escurrirse; la había abandonado; ya no le importaba; aceptaba su religión con indiferencia, como un hecho establecido. Ambas cosas —la mente de Rose, volviéndose más lúcida bajo la clara luz del abril en San Salvatore, vio de repente la verdad— lo aburrían a él.

Naturalmente cuando lo vio, cuando esa mañana la iluminó por primera vez, no le gustó; le gustó tan poco que por un espacio toda la belleza de Italia se borró. ¿Qué hacer? No podía dejar de creer en el bien y de no gustarle el mal, y tenía que ser mal vivir enteramente de los beneficios de adulterios, por muertos y distinguidos que estuvieran. Además, si lo hacía, si sacrificaba todo su pasado, su educación, su trabajo de los últimos diez años, ¿le aburriría menos? Rose sentía hasta sus raíces mismas que si ya has aburrido a alguien a fondo es casi imposible desaburrírsele. El que aburre una vez aburre siempre —ciertamente, pensó, a la persona que originalmente aburriste.

Entonces, pensó, mirando al mar con ojos que se habían puesto velados, mejor aferrarse a la religión. Era mejor — apenas reparó en lo reprehensible de su pensamiento — que nada. Pero ay, quería aferrarse a algo tangible, querer a algo vivo, algo que pudiera estrechar contra el pecho, que pudiera ver y tocar y hacer cosas por. Si su hijo no hubiera muerto... los bebés no se aburren de una, les lleva bastante tiempo crecer y descubrirte. Y quizás el hijo de una nunca te descubría; quizás siempre eras para él, por muy viejo y barbudo que se hiciera, alguien especial, alguien diferente de todos los demás, y si por ninguna otra razón, precioso porque nunca podrías repetirse.

Sentada con los ojos velados mirando al mar sentía un anhelo extraordinario de estrechar algo completamente suyo contra el pecho. Rose era delgada, y tan reservada de figura como de carácter, y sin embargo tenía una curiosa sensación de — ¿cómo describirla? — pecho. Había algo en San Salvatore que le hacía sentirse todo pecho. Quería recoger en el pecho, consolar y proteger, acariciando la querida cabeza que debería reposar en él con los más suaves mimos y susurros de amor. Frederick, el hijo de Frederick — ven a mí, acurrúcate en mí, porque eres desdichado, porque te han herido... Te necesitarán entonces, si les han herido; se dejarán querer entonces, si son desdichados.

Bien, el hijo había muerto, nunca llegaría ya; pero quizás Frederick — algún día — cuando fuera viejo y estuviera cansado...

Tales eran las reflexiones y emociones de la señora Arbuthnot ese primer día sola en San Salvatore. Volvió al té abatida como no lo había estado en años. San Salvatore le había quitado su cuidadosamente construida apariencia de felicidad, y no le había dado nada a cambio. Sí — le había dado anhelos a cambio, ese dolor y esa añoranza, esa sensación tan curiosa de pecho; pero eso era peor que nada. Y ella que había aprendido el equilibrio, que nunca en casa se irritaba sino que siempre podía ser amable, no podía, ni en su abatimiento, esa tarde aguantar la manera de la señora Fisher de comportarse como anfitriona en el té.

Habría parecido que semejante pequeñez no la tocaría, pero sí la tocó. ¿Estaba cambiando su carácter? ¿Iba no solo a ser devuelta a anhelos largo tiempo sofocados por Frederick, sino también a convertirse en alguien que quería luchar por cosas pequeñas? Después del té, cuando tanto la señora Fisher como lady Caroline habían desaparecido de nuevo — era bastante ev-

idente que nadie la quería — , estaba más abatida que nunca, abrumada por la discrepancia entre el esplendor que la rodeaba, la cálida y exuberante belleza y suficiencia de la naturaleza, y el vacío absoluto de su corazón.

Entonces llegó Lotty, de vuelta para cenar, increíblemente más pecosa, exudando el sol que había estado recogiendo todo el día, hablando, riendo, siendo torpe, siendo poco prudente, siendo sin reserva; y lady Caroline, tan callada en el té, despertó a la animación, y la señora Fisher era menos notoria, y Rose empezaba a revivir un poco, pues el ánimo de Lotty era contagioso mientras describía las delicias de su día, un día que fácilmente para cualquier otra persona podría no haber tenido nada más que una caminata muy larga y muy calurosa y bocadillos, cuando de repente dijo, cogiendo los ojos de Rose: «¿Se fue la carta?»

Rose se ruborizó. Esta falta de tacto...

—¿Qué carta? —preguntó Scrap, interesada. Los dos codos estaban sobre la mesa y el mentón apoyado en las manos, pues se había llegado al momento de las nueces, y no quedaba más remedio que esperar en la postura más cómoda posible a que la señora Fisher terminara de cascar.

—La que invita a su marido —dijo Lotty.

La señora Fisher levantó la vista. ¿Otro marido? ¿No iba a acabar esto nunca? Tampoco esta, pues, era viuda; pero su marido era sin duda un hombre decente y respetable, dedicado a una actividad decente y respetable. Tenía pocas esperanzas en el señor Wilkins; tan pocas que se había abstenido de preguntar a qué se dedicaba.

—¿Se fue? —insistió Lotty, ante el silencio de Rose.

—No —dijo Rose.

—Ah, bueno, mañana entonces —dijo Lotty.

Rose quería decir No de nuevo a esto. Lotty lo habría hecho en su lugar, y además habría expuesto todas sus razones. Pero no podía darse la vuelta del revés así e invitar a todo el mundo a venir a mirar. ¿Cómo era que Lotty, que veía tantas cosas, no veía pegado en su corazón, y viéndolo callaba, el lugar dolorido que era Frederick?

—¿Quién es su marido? —preguntó la señora Fisher, ajustando con cuidado otra nuez entre el cascanueces.

—¿Quién iba a ser —dijo Rose rápidamente, aguijoneada al instante por la señora Fisher hacia la irritación—, si no el señor Arbuthnot?

—Quiero decir, naturalmente, a qué se dedica el señor Arbuthnot.

Y Rose, poniéndose de un doloroso rojo ante esto, dijo después de una brevísima pausa: «A ser mi marido.»

Naturalmente la señora Fisher se indignó. No habría podido creerlo de esta, con su pelo tan decente y su voz suave, que también ella fuera a ser impertinente.

## CAPÍTULO XIV

Esa primera semana la glicinia empezó a marchitarse, y las flores del árbol de Judas y de los melocotoneros se cayeron y alfombraron el suelo de color de rosa. Luego desaparecieron todas las fresias, y los lirios escasearon. Y entonces, mientras estos se retiraban, salieron las rosas banksia dobles, y las grandes rosas veraniegas florecieron de repente con esplendidez en las paredes y los enramados. Fortune's Yellow era una de ellas; una rosa muy hermosa. Al poco tiempo el tamarisco y las dafnes estaban en lo mejor de su floración, y los lirios en su altura máxima. Para el final de la semana las higueras daban sombra, el ciruelo había florecido entre los olivos, las modestas weigelas aparecieron con sus frescas ropas rosas, y sobre las rocas se extendían masas de flores de hojas gruesas y en forma de estrella, unas de un morado vivo y otras de un claro limón pálido.

Para el final de la semana también llegó el señor Wilkins; tal como su esposa había previsto que haría, así lo hizo. Y había signos casi de impacien-

cia en la aceptación de su sugerencia, pues no había esperado a escribir una carta en respuesta a la de ella, sino que había telegrafiado.

Eso era sin duda impaciencia. Demostraba, pensó Scrap, un deseo definido de reunirse; y observando la cara feliz de su esposa, y consciente de su deseo de que Mellersh disfrutara las vacaciones, se dijo que sería un necio sumamente inusual si desperdiciara el tiempo molestando a cualquier otra persona. «Si no es amable con ella», pensó Scrap, «le llevaremos a las almenas y le tiraremos por encima.» Pues para el final de la semana ella y la señora Wilkins se habían convertido en Caroline y Lotty, y eran amigas.

La señora Wilkins siempre había sido amiga, pero Scrap había luchado por no serlo. Había intentado ser cauta, ¡pero qué difícil era la cautela con la señora Wilkins! Libre ella misma de todo vestigio de ella, era tan enteramente sin reservas, tan completamente expansiva, que pronto Scrap, casi antes de darse cuenta de lo que hacía, estaba siendo también sin reservas. Y nadie podía ser más sin reservas que Scrap, una vez que se soltaba.

La única dificultad con Lotty era que casi siempre estaba en algún otro sitio. No podías cogerla; no podías clavarla para que viniera a hablar. Los temores de Scrap de que fuera a agarrar parecían grotescos en retrospectiva. Por qué, si en ella no había ningún agarrar. En la cena y después de la cena eran los únicos momentos en que de verdad se la veía. Todo el día era invisible, y volvía a última hora de la tarde con un aspecto de lo más lamentable, el pelo lleno de trocitos de musgo y las pecas peores que nunca. Quizás estaba aprovechando su tiempo antes de que llegara Mellersh para hacer todo lo que quería hacer, y pensaba dedicarse después a ir con él a todas partes, arreglada y con su mejor ropa.

Scrap la observaba, interesada a pesar de sí misma, porque le parecía extraordinario estar tan feliz con tan poco. San Salvatore era hermoso, y el tiempo era divino; pero el paisaje y el tiempo nunca habían sido suficiente para Scrap, ¿y cómo podían serlo para alguien que tendría que abandonarlos muy pronto y volver a la vida en Hampstead? También estaba la inminencia de Mellersh, del Mellersh del que Lotty había huido hacía tan poco. Estaba muy bien sentir que debía compartir, y hacer un beau geste y hacerlo, pero los beaux gestes que Scrap había conocido no habían hecho feliz a nadie. A nadie le gustaba de verdad ser el objeto de uno, y siempre suponía un esfuerzo por parte de quien lo hacía. Con todo, había que admitir que en Lotty

no había esfuerzo; era bastante claro que todo lo que hacía y decía era sin esfuerzo, y que era sencilla y completamente feliz.

Y así era la señora Wilkins; pues sus dudas sobre si había tenido tiempo de volverse lo suficientemente estable en la serenidad para seguir siendo serena en compañía de Mellersh cuando la tuviera de manera ininterrumpida las veinticuatro horas del día habían desaparecido para el mediados de semana, y sentía que nada podría ya sacudirla. Estaba lista para cualquier cosa. Estaba firmemente injertada, enraizada, construida en el cielo. Dijera o hiciera Mellersh lo que dijera o hiciera, no se movería ni un centímetro fuera del cielo, no se despertaría ni un instante para salir de él y estar de mal humor. Al contrario, iba a subirle a su lado, y allí se sentarían cómodamente juntos, bañados en luz, y reirían de lo mucho que le había tenido miedo en Hampstead, y de lo embustera que ese miedo la había hecho. Pero él no necesitaría mucho subir. Entraría de lo más naturalmente después de un par de días, irresistiblemente arrastrado por las brisas perfumadas de ese aire divino; y allí estaría sentado ataviado en estrellas, pensó la señora Wilkins, en cuya mente, entre mucho otro escombros, flotaban de vez en cuando brillantes fragmentos de poesía. Se rió un poco para sus adentros ante la imagen de Mellersh, ese respetable abogado de familias de sombrero de copa y levita negra, ataviado en estrellas, pero se rió con afecto, casi con orgullo maternal de lo espléndido que tendría un aspecto con semejante ropa. «Pobrecillo», murmuró para sí con afecto. Y añadió: «Lo que necesita es una buena ventilación.»

Esto era durante la primera mitad de la semana. Hacia el comienzo de la segunda mitad, al final de la cual llegó el señor Wilkins, dejó de incluso asegurarse a sí misma que era inmovible, que la atmósfera la había permeado más allá de todo cambio; ya no lo pensaba ni lo notaba; lo daba por sentado. Si cabe decirlo, y ella lo decía sin duda, no solo para sí misma sino también a lady Caroline, había encontrado sus piernas celestiales.

Contrariamente a la idea de lo decoroso que tenía la señora Fisher —pero naturalmente contrariamente; ¿qué otra cosa podría esperarse de la señora Wilkins?—, no fue a recibir a su marido a Mezzago, sino que simplemente bajó al punto donde la tartana de Beppo lo dejaría a él y al equipaje en la calle de Castagneto. A la señora Fisher le disgustaba la llegada del señor Wilkins, y estaba segura de que cualquiera que hubiera podido casarse con la señora Wilkins debía de ser al menos de disposición poco juiciosa; pero a

un marido, fuera cual fuera su disposición, había que recibirle como es debido. Al señor Fisher siempre se le había recibido como es debido. Ni una sola vez en su vida de casado había ido sin ser recibido a una estación, ni tampoco había dejado de que le despidieran. Esas observancias, esas cortesías, fortalecían los lazos del matrimonio, y hacían al marido sentir que podía confiar en que su esposa siempre estaría allí. Siempre estar allí era el secreto esencial para una esposa. Qué habría sido del señor Fisher si ella hubiera descuidado actuar según ese principio, prefería no pensarlo. Las suficientes cosas le pasaban tal como estaba; pues cualquiera que fuera el cuidado de una en tapar, la vida conyugal parecía con todo contener rendijas.

Pero la señora Wilkins no se tomaba ninguna molestia. Simplemente bajó la colina cantando —la señora Fisher podía oírla— y recogió a su marido en la calle con la misma desenvoltura con que se recoge un alfiler. Las otras tres, todavía en la cama, pues faltaba bastante para la hora de levantarse, la oyeron al pasar bajo sus ventanas por el camino en zigzag para ir a recibir al señor Wilkins, que venía en el tren de la mañana, y Scrap sonrió, y Rose suspiró, y la señora Fisher tocó el timbre y pidió a Francesca que le subiera el desayuno a su cuarto. Las tres desayunaron ese día en sus cuartos, movidas por un instinto común de ponerse a cubierto.

Scrap desayunaba siempre en la cama, pero también ella tenía el instinto de cubrirse, y durante el desayuno trazó planes para pasar el día entero donde estaba. Quizás, aunque, no sería tan necesario ese día como el siguiente. Ese día, calculaba Scrap, Mellersh estaría entretenido. Querría darse un baño, y darse un baño en San Salvatore era un asunto complicado, una aventura de verdad si era caliente en el cuarto de baño, y llevaba mucho tiempo. Requería la presencia de todo el personal —Domenico y el chico Giuseppe convenciendo a la estufa de patente de que ardiera, conteniéndola cuando ardía demasiado, usando el fuelle cuando amenazaba con apagarse, volviéndola a encender cuando se apagaba; Francesca vigilando con ansiedad el grifo regulando su chorrito, pues si se abría demasiado el agua al instante se enfriaba, y si no se abría suficiente la estufa estallaba por dentro y misteriosamente inundaba la casa; y Costanza y Angela corriendo de arriba abajo trayendo cubos de agua caliente de la cocina para suplir lo que daba el grifo.

Ese baño había sido instalado hacía poco, y era a la vez el orgullo y el terror del servicio. Era muy de patente. Nadie lo entendía del todo. Había largas instrucciones impresas sobre su correcto uso colgadas en la pared, en las que la palabra pericoloso se repetía. Cuando la señora Fisher, procediendo a su llegada al cuarto de baño, vio esa palabra, volvió a su cuarto y pidió que le trajeran una bañera de esponja; y cuando las otras se enteraron de lo que suponía usar el cuarto de baño, y de lo poco que les gustaba a los criados dejarlas solas con la estufa, y de cómo Francesca positivamente se negaba a hacerlo y se quedaba de espaldas vigilando el grifo, y de cómo los criados restantes esperaban con ansiedad fuera de la puerta hasta que el bañista salía sano y salvo, ellas también prefirieron que les trajeran bañeras de esponja a sus cuartos.

El señor Wilkins, sin embargo, era un hombre, y sin duda querría un baño grande. Tomarlo, calculaba Scrap, lo tendría ocupado bastante tiempo. Luego desharía el equipaje, y luego, después de la noche en el tren, probablemente dormiría hasta la tarde. Quedaría pues entretenido durante todo ese día, sin soltarse sobre ellas hasta la cena.

Por tanto Scrap llegó a la conclusión de que estaría bastante segura en el jardín ese día, y se levantó como de costumbre después del desayuno, y se vistió como de costumbre demorándose, escuchando con el oído levemente ladeado los sonidos de la llegada del señor Wilkins, del equipaje siendo llevado al cuarto de Lotty al otro lado del rellano, de su voz cultivada al preguntar a Lotty, primero: «¿Le doy algo a este hombre?», e inmediatamente después: «¿Puedo tomar un baño caliente?» —de la voz de Lotty asegurándole alegremente que no hacía falta dar nada al hombre porque era el jardinero, y que sí, podía tomar un baño caliente; y poco después el rellano se llenó con los ruidos familiares de leña siendo traída, de agua siendo traída, de pies corriendo, de lenguas vociferando —en suma, con la preparación del baño.

Scrap terminó de vestirse, y luego se entretuvo en la ventana, esperando a oír que el señor Wilkins entraba al cuarto de baño. Cuando estuviera dentro sin remedio, saldría afuera y se acomodaría en su jardín y reanudaría sus indagaciones sobre el probable significado de su vida. Estaba avanzando con sus indagaciones. Se dormía mucho menos frecuentemente, y empezaba a inclinarse a convenir en que chabacana era la palabra aplicable a su pasado. Además temía que su futuro tuviera un aspecto oscuro.

Ahí —podía oír de nuevo la voz cultivada del señor Wilkins. La puerta de Lotty se había abierto, y él salía preguntando el camino al cuarto de baño.

—Donde vea el gentío —respondió la voz de Lotty, todavía alegre, se alegró de notar Scrap.

Sus pasos fueron por el rellano, y los pasos de Lotty parecieron bajar la escalera, y luego pareció haber una breve disputa en la puerta del cuarto de baño —difícilmente una disputa propiamente dicha, más bien un coro de vociferaciones de un lado y una determinación silenciosa, juzgó Scrap, de bañarse uno solo del otro.

El señor Wilkins no sabía italiano, y la expresión pericoloso le dejó exactamente como le encontró —o le habría dejado si la hubiera visto, pero naturalmente no prestó atención al texto impreso en la pared. Cerró la puerta firmemente sobre los criados, resistiendo a Domenico, que intentó hasta el final colarse, y se encerró con llave como todo hombre debe hacer para su baño, considerando juiciosamente, mientras hacía sus sencillos preparativos para meterse, el singular nivel de comportamiento de estos extranjeros que, tanto hombres como mujeres, aparentemente deseaban quedarse con él mientras se bañaba. En Finlandia, había oído, las nativas no solo estaban presentes en tales ocasiones sino que lavaban positivamente al viajero. No había oído, sin embargo, que esto fuera cierto también en Italia, que de alguna manera parecía mucho más cercana a la civilización —quizás porque se iba allí, y no se iba a Finlandia.

Examinando imparcialmente esta reflexión, y sopesando con cuidado los méritos respectivos de Italia y Finlandia para la civilización, el señor Wilkins se metió en la bañera y cerró el grifo. Naturalmente cerró el grifo. Era lo que se hacía. Pero en las instrucciones, impresas en letras rojas, había un párrafo que decía que el grifo no debía cerrarse mientras hubiera aún fuego en la estufa. Había que dejarlo abierto —no muy abierto, pero abierto — hasta que el fuego se apagara del todo; de lo contrario, y aquí aparecía de nuevo la palabra pericoloso, la estufa explotaría.

El señor Wilkins se metió en la bañera, cerró el grifo, y la estufa explotó, exactamente como decían las instrucciones impresas que haría. Explotó, por fortuna, solo por dentro, pero explotó con un ruido tremendo, y el señor

Wilkins saltó de la bañera y corrió a la puerta, y solo el instinto fruto de años de adiestramiento le hizo agarrar una toalla al correr.

Scrap, a mitad del rellano de camino hacia fuera, oyó la explosión.

«Santo cielo», pensó, acordándose de las instrucciones, «ahí va el señor Wilkins.»

Y corrió hacia la cabecera de la escalera para llamar al servicio, y mientras corría, salió corriendo el señor Wilkins aferrándose a la toalla, y chocaron.

—¡Maldito baño! —exclamó el señor Wilkins, quizás por la única vez en su vida olvidándose de sí mismo; pero estaba alterado.

Vaya una presentación. El señor Wilkins, imperfectamente cubierto por la toalla, los hombros al descubierto por un extremo y las piernas por el otro, y lady Caroline Dester, para cuyo encuentro había tragado toda su rabia con su esposa y venido a Italia.

Pues Lotty en su carta le había dicho quiénes estaban en San Salvatore además de ella y la señora Arbuthnot, y el señor Wilkins al instante había advertido que era una oportunidad que quizás no volviera a presentarse. Lotty se había limitado a decir: «Hay otras dos mujeres aquí, la señora Fisher y lady Caroline Dester», pero eso bastaba. Sabía todo sobre los Droitwich, su fortuna, sus conexiones, su lugar en la historia, y el poder que tenían, en el caso de que decidieran ejercerlo, de hacer feliz a otro abogado más añadiéndole a los que ya empleaban. Algunas personas empleaban a un abogado para una parte de sus asuntos y a otro para otra. Los asuntos de los Droitwich debían tener muchas ramas. También había oído —pues consideraba parte de su negocio oír, y habiendo oído recordar— hablar de la belleza de su única hija. Aunque los propios Droitwich no necesitaran sus servicios, quizás los necesitara su hija. La belleza llevaba a situaciones extrañas; un consejo nunca podía estar de más. Y aunque ninguno de ellos, ni los padres ni la hija ni ninguno de sus brillantes hijos, le necesitara en su capacidad profesional, era evidentemente una conocida sumamente valiosa. Abría perspectivas. Rebosaba de posibilidades. Podía seguir viviendo en Hampstead durante años, y no cruzarse de nuevo con otra oportunidad semejante.

En cuanto le llegó la carta de su esposa telegrafió y empaquetó. Esto era un negocio. No era de los que perdían el tiempo cuando se trataba de un negocio; ni de los que ponían en peligro una oportunidad descuidando ser amable. Encontró a su esposa con toda la amabilidad, consciente de que la amabilidad en tales circunstancias era sabiduría. Además, de hecho se sentía amable —muy. Por una vez, Lotty le estaba ayudando de verdad. La besó afectuosamente al bajar de la tartana de Beppo, y le dijo que debía de haberse levantado muy temprano; no se quejó de lo empinado del camino de subida; le contó su viaje agradablemente, y cuando se lo pidieron admiró las vistas obedientemente. Todo estaba perfectamente trazado en su mente, lo que iba a hacer ese primer día —afeitarse, bañarse, ponerse ropa limpia, dormir un rato, y luego llegaría el almuerzo y la presentación a lady Caroline.

En el tren había seleccionado las palabras de su saludo, repitiéndolas con cuidado —alguna ligera expresión de su gratificación al conocer a alguien de quien él, junto con el mundo entero, había oído hablar —pero expresada, claro está, con delicadeza, con mucha delicadeza; alguna ligera referencia a sus distinguidos padres y al papel que su familia había desempeñado en la historia de Inglaterra —hecha, claro está, con el tacto adecuado; una frase o dos sobre su hermano mayor lord Winchcombe, que había ganado su Cruz Victoria en la última guerra en circunstancias que solo podían hacer —podría o no podría añadir esto— que el corazón de todo inglés latiera más alto que nunca de orgullo, y los primeros pasos hacia lo que bien podría ser el punto de inflexión de su carrera habrían sido dados.

Y aquí estaba él... no, era demasiado terrible, ¿qué podía ser más terrible? Solo una toalla encima, con el agua escurriéndosele por las piernas, y esa exclamación. Supo al instante que la señorita era lady Caroline —en el momento en que le salió la exclamación lo supo. Raramente usaba el señor Wilkins esa palabra, y nunca, nunca en presencia de una señora o un cliente. En cuanto a la toalla —¿por qué había venido? ¿Por qué no se había quedado en Hampstead? Sería imposible superar esto.

Pero el señor Wilkins no contaba con Scrap. Ella, en efecto, frunció la cara ante el primer destello de él ante su atónita vista en un enorme esfuerzo por no reírse, y habiendo tragado la risa y recompuesto la cara, dijo con tanta compostura como si él hubiera tenido toda la ropa puesta:

—Cómo está usted.

Qué tacto tan perfecto. El señor Wilkins podría haberla adorado. Ese exquisito ignorar. Sangre azul, desde luego, manifestándose.

Desbordante de gratitud le tomó la mano tendida y dijo «Cómo está usted», a su vez, y el mero hecho de repetir las palabras ordinarias parecía devolver mágicamente la situación a la normalidad. De hecho, estaba tan aliviado, y era tan natural estrechar la mano, saludar convencionalmente, que olvidó que solo llevaba una toalla, y su manera profesional volvió a él. Olvidó qué aspecto tenía, pero no olvidó que esta era lady Caroline Dester, la señorita a la que había venido hasta Italia a ver, y no olvidó que era en su cara, su hermosa e importante cara, donde había lanzado su terrible exclamación. Tenía que pedirle perdón de inmediato. Decir tal palabra a una señora —a cualquier señora, pero de todas las señoras precisamente a esta...

—Me temo que he empleado un lenguaje imperdonable —empezó el señor Wilkins con gran seriedad, con la misma seriedad y solemnidad que si hubiera llevado la ropa puesta.

—Me ha parecido de lo más apropiado —dijo Scrap, que estaba habituada a los tacos.

El señor Wilkins se sintió increíblemente aliviado y tranquilizado por esta respuesta. Sin ofensa tomada, pues. Sangre azul de nuevo. Solo la sangre azul podía permitirse una actitud tan liberal, tan comprensiva.

—¿Es usted lady Caroline Dester, verdad, con quien estoy hablando? —preguntó, con la voz sonando aún más cuidadosamente cultivada de lo habitual, pues tenía que contener de que se le colara demasiado placer, demasiado alivio, demasiada alegría del perdonado y absuelto.

—Sí —dijo Scrap; y por más que quiso no pudo evitar sonreír. No pudo evitarlo. No había tenido intención de sonreírle al señor Wilkins, no nunca; pero de verdad que estaba —y luego su voz encima del resto de él, ajena a la toalla y a sus piernas, y hablando igual que una iglesia.

—Permítame presentarme —dijo el señor Wilkins, con la ceremonia del salón—. Me llamo Mellersh-Wilkins.

E instintivamente extendió la mano por segunda vez al decir las palabras.

— Ya lo suponía — dijo Scrap, estrechándosela por segunda vez y siendo por segunda vez incapaz de no sonreír.

Estaba a punto de proceder al primero de los galantes tributos que había preparado en el tren, ajeno, no pudiendo verse, a que estaba sin ropa, cuando llegaron corriendo los criados por la escalera y, simultáneamente, la señora Fisher apareció en el umbral de su saloncito. Todo esto había ocurrido muy de prisa, y los criados allá en la cocina, y la señora Fisher paseando por sus almenas, no habían tenido tiempo de aparecer antes del segundo apretón de manos al oír el ruido.

Los criados al oír el temido ruido supieron al instante lo que había pasado, y se precipitaron directamente al cuarto de baño a intentar atajar la inundación, sin hacer caso de la figura del rellano en la toalla; pero la señora Fisher no sabía qué podía ser el ruido, y saliendo de su cuarto a averiguarlo se quedó plantada en el umbral.

Era suficiente para plantar a cualquiera. Lady Caroline estrechando la mano de lo que evidentemente, si hubiera tenido ropa, sería el marido de la señora Wilkins, y los dos conversando como si...

Entonces Scrap se dio cuenta de la señora Fisher. Se volvió hacia ella enseguida.

— Permítame — dijo con gracia — presentarle al señor Mellersh-Wilkins. Acaba de llegar. Esta — añadió, volviéndose al señor Wilkins — es la señora Fisher.

Y el señor Wilkins, que si no era otra cosa era cortés, reaccionó al instante a la fórmula convencional. Primero se inclinó ante la señora mayor en el umbral, luego cruzó hacia ella, dejando sus pies mojados huellas de paso según avanzaba, y habiéndola alcanzado le tendió cortésmente la mano.

— Es un placer — dijo el señor Wilkins con su voz cuidadosamente modulada — conocer a una amiga de mi esposa.

Scrap se escurrió hacia el jardín.

## CAPÍTULO XV

El extraño efecto de ese incidente fue que cuando se encontraron aquella tarde en la cena tanto la señora Fisher como lady Caroline tenían hacia el señor Wilkins un singular sentimiento de entendimiento secreto. Él no podía ser para ellas lo que cualquier otro hombre. No podía ser para ellas lo que habría sido si le hubieran conocido vestido. Había una sensación de hielo roto; se sentían a la vez íntimas e indulgentes; casi se sentían hacia él como las enfermeras — como sienten quienes han asistido a pacientes o a niños pequeños en su baño. Estaban al tanto de las piernas del señor Wilkins.

Lo que la señora Fisher le dijo esa mañana en el primer momento de su conmoción nunca se sabrá, pero lo que el señor Wilkins le respondió, cuando lo que ella decía le recordó su estado, fue tan generoso en su disculpa, tan correcto en su confusión, que ella acabó sintiéndose bastante compasiva hacia él y completamente aplacada. Al fin y al cabo había sido un accidente, y de los accidentes nadie tiene la culpa. Y cuando le vio de nuevo en la cena, vestido, pulido, impecable de ropa blanca y sedoso de peinado, sintió esa singular sensación de entendimiento secreto con él y, añadida a ella, una especie de casi personal orgullo por su aspecto, ahora que estaba vestido, que pronto se extendió de alguna manera sutil hasta convertirse en un casi personal orgullo por todo lo que decía.

No había la menor duda en la mente de la señora Fisher de que un hombre era infinitamente preferible como compañía a una mujer. La presencia y la conversación del señor Wilkins elevaron de golpe el nivel de la mesa de aquella cena, que hasta entonces había sido el de una zahúrda — sí, una zahúrda — al de una reunión social civilizada. Hablaba como hablan los hombres, de temas interesantes, y aunque muy cortés con lady Caroline, no mostraba ninguna tendencia a disolverse en zalamerías e idioteces cada vez que se dirigía a ella. Era, en efecto, exactamente igual de cortés con la propia señora Fisher; y cuando por primera vez en aquella mesa se introdujo la política, él la escuchó con la debida seriedad cuando ella mostró de-

seos de hablar, y trató sus opiniones con la atención que merecían. Parecía pensar de Lloyd George más o menos como ella, y en materia de literatura era igualmente sólido. De hecho había una conversación real, y le gustaban las nueces. Cómo había podido casarse con la señora Wilkins era un misterio.

Lotty, por su parte, miraba con ojos redondos. Había esperado que Mellersh tardara al menos dos días en llegar a esta etapa, pero el hechizo de San Salvatore había actuado al instante. No era solo que fuera agradable en la cena, pues siempre le había visto agradable en las cenas con otras personas, sino que había sido agradable todo el día en privado —tan agradable que le había hecho un cumplido sobre su aspecto mientras ella se cepillaba el pelo, y le había dado un beso. ¡Un beso! Y no era ni de buenos días ni de buenas noches.

Pues bien, siendo así, aplazaría contarle la verdad sobre su huevo de reserva, y sobre que Rose no era su anfitriona después de todo, hasta el día siguiente. Lástima estropear las cosas. Había pensado soltárselo todo en cuanto hubiera descansado, pero era una lástima turbar un estado de ánimo tan hermoso como el de Mellersh en ese primer día. Que se asentara más en el cielo también él. Una vez bien asentado no le importaría nada.

Su cara centelleaba de deleite ante el efecto instantáneo de San Salvatore. Incluso la catástrofe del baño, de la que le habían informado cuando volvió del jardín, no le había sacudido. Naturalmente lo único que había necesitado era unas vacaciones. Qué bruta había sido con él cuando él mismo quería llevarla a Italia. Pero esta disposición, tal como había resultado, era muchísimo mejor, aunque no por ningún mérito suyo. Hablaba y reía alegremente, sin un átomo de miedo a él, e incluso cuando dijo, llamada la atención por su impecabilidad, que estaba tan limpio que podría uno comerse la cena sobre él, y Scrap se rió, Mellersh se rió también. En casa se habría molestado por eso, suponiendo que en casa hubiera tenido ella el valor de decirlo.

Fue una velada lograda. Scrap, siempre que miraba al señor Wilkins, le veía con la toalla, chorreando agua, y se sentía indulgente. La señora Fisher estaba encantada con él. Rose era una anfitriona digna a los ojos del señor Wilkins, tranquila y digna, y admiró la forma en que cedía su derecho a presidir en la cabecera de la mesa —como galante deferencia, naturalmente, a la edad de la señora Fisher. La señora Arbuthnot era, opinó el señor

Wilkins, por naturaleza reservada. Era la más reservada de las tres señoras. La había encontrado antes de la cena a solas un momento en el salón, y había expresado en términos apropiados su sentido de su amabilidad al desear que se uniera a su grupo, y ella había sido reservada. ¿Sería tímida? Probablemente. Se había ruborizado y murmurado como en señal de desacuerdo, y luego habían llegado los demás. En la cena era la que menos hablaba. Naturalmente, con el tiempo llegaría a conocerla mejor durante los próximos días, y sería un placer, estaba seguro.

Mientras tanto lady Caroline era todo y más de todo lo que el señor Wilkins había imaginado, y había acogido sus discursos, hábilmente intercalados entre los platos, con gracia; la señora Fisher era exactamente la anciana señora que había estado esperando encontrarse toda su vida profesional; y Lotty no solo había mejorado enormemente sino que evidentemente estaba, usando el francés que el señor Wilkins consideraba necesario, *au mieux* con lady Caroline. Le había atormentado mucho durante el día el pensamiento de cómo había estado conversando con lady Caroline olvidado de no estar vestido, y al fin le había escrito una nota disculpándose profundamente, implorándole que pasara por alto su asombroso, su incomprensible olvido, a lo que ella había respondido a lápiz al dorso del sobre: «No se preocupe.» Y él había obedecido sus órdenes, y lo había desterrado de su mente. El resultado era que ahora se hallaba muy contento. Antes de dormirse esa noche pellizcó la oreja a su esposa. Ella quedó asombrada. Esas ternezas...

Y es más, la mañana no trajo ninguna recaída en el señor Wilkins, y se mantuvo en ese alto nivel durante todo el día, a pesar de ser el primer día de la segunda semana y, por tanto, el día de pago.

El ser día de pago precipitó la confesión de Lotty, que cuando llegó al momento había tenido tendencia a aplazar un poco más. No tenía miedo, se atrevía con cualquier cosa, pero Mellersh estaba de tan admirable humor — ¿para qué arriesgarse a nublárselo ahora? Cuando, sin embargo, poco después del desayuno Costanza apareció con un montón de papelitos muy sucios cubiertos de sumas a lápiz, y habiendo llamado a la puerta de la señora Fisher y haber sido enviada de vuelta, y a la puerta de lady Caroline y haber sido enviada de vuelta, y a la puerta de Rose y no haber obtenido respuesta porque Rose había salido, interceptó a Lotty, que le estaba enseñando a Mellersh la casa, y señaló los papelitos y habló muy rápido y fuerte, y se

encogió de hombros mucho, y siguió señalando los papelitos, Lotty recordó que una semana había pasado sin que nadie le hubiera pagado nada a nadie, y que había llegado el momento de saldar cuentas.

—¿Quiere algo esta buena señora? —preguntó el señor Wilkins con suavidad.

—Dinero —dijo Lotty.

—¿Dinero?

—Son las cuentas del servicio doméstico.

—Bueno, tú no tienes nada que ver con eso —dijo el señor Wilkins serenamente.

—Oh, sí tengo...

Y la confesión se precipitó.

Fue admirable la manera en que Mellersh lo tomó. Cualquiera habría imaginado que su única idea sobre el huevo de reserva siempre había sido que se derrochara precisamente en esto. No la interrogó, como habría hecho en casa; aceptó todo tal como fue brotando, sobre sus mentiras y todo, y cuando ella terminó y dijo: «Creo que tienes todo el derecho a estar enfadado, pero espero que no lo estés y que me perdones», él simplemente preguntó: «¿Qué puede ser más beneficioso que unas vacaciones así?»

Ante lo cual ella le pasó el brazo por el suyo y lo apretó fuerte y dijo: «¡Oh, Mellersh, de verdad eres demasiado bueno!» —la cara encarnada de orgullo hacia él.

Que asimilara el ambiente tan de prisa, que se convirtiera al instante en nada más que bondad, mostraba sin duda el verdadero parentesco que tenía con las cosas buenas y hermosas. Perteneecía con toda naturalidad a aquel lugar de paz celestial. Era —extraordinario cuánto le había juzgado mal— por naturaleza un hijo de la luz. Imagínate que no le importaran las terribles mentiras en que había incurrido antes de salir de casa; imagínate que pasara también por alto esas sin comentario. Maravilloso. Y sin embargo no maravilloso, ¿pues no estaba en el cielo? En el cielo a nadie le importaban esas cosas ya hechas, uno ni siquiera se tomaba la molestia de perdonar y olvidar, uno era demasiado feliz. Apretó fuerte su brazo en gratitud y apreciación; y aunque él no retiró el suyo, tampoco respondió a su presión. El

señor Wilkins era de hábitos fríos, y raramente tenía ningún deseo real de presionar.

Mientras tanto, Costanza, al ver que había perdido el oído de los Wilkins, había vuelto a la señora Fisher, quien al menos entendía el italiano, además de ser claramente, a los ojos del servicio, la señalada por la edad y la apariencia para pagar las facturas; y a ella, mientras la señora Fisher daba los últimos toques a su tocado, pues se estaba preparando, por medio de ponerse un sombrero, un velo, una boa de plumas y guantes, para su primer paseo por el jardín bajo —positivamente el primero desde su llegada—, le explicó que a menos que le dieran dinero para pagar las facturas de la semana pasada los comercios de Castagneto se negarían a fiar la comida de la semana actual. Ni siquiera a fiar darían, afirmó Costanza, que había gastado muchísimo y estaba ansiosa de pagar a todos sus parientes lo que les debía y también de descubrir cómo lo tomaban sus señoras, para las comidas de ese día. Pronto sería la hora del colazione, y ¿cómo iba a haber colazione sin carne, sin pescado, sin huevos, sin...

La señora Fisher le quitó las facturas de la mano y miró el total; y quedó tan asombrada por su cuantía, tan horrorizada por la extravagancia que atestiguaba, que se sentó en su mesa de escritorio a examinar el asunto a fondo.

Costanza pasó una muy mala media hora. No había supuesto que los ingleses fueran capaces de tanto tacañismo. Y luego la Vecchia, como la llamaban en la cocina, sabía tanto italiano, y con una tenacidad que llenó a Costanza de vergüenza ajena, pues semejante conducta era lo último que cabía esperar de los nobles ingleses, fue repasando punto por punto, exigiendo y persistiendo hasta que las obtuvo, explicaciones.

No había explicaciones, salvo que Costanza había tenido una semana gloriosa de hacer exactamente lo que le dio la gana, de espléndida e ilimitada licencia, y que este era el resultado.

Costanza, sin explicaciones que dar, lloró. Era una miseria pensar que de ahora en adelante tendría que cocinar bajo vigilancia, bajo sospecha; y ¿qué dirían sus parientes cuando vieran que los pedidos que recibían quedaban reducidos? Dirían que no tenía influencia; la despreciarían.

Costanza lloró, pero la señora Fisher no se conmovió. En un italiano lento y espléndido, con la resonancia de las canciones del Infierno, le infor-

mó de que no pagaría facturas hasta la semana siguiente, y que mientras tanto la comida había de ser exactamente igual de buena que siempre, y a una cuarta parte del precio.

Costanza levantó las manos.

La semana siguiente, continuó la señora Fisher imperturbable, si compraba que había sido así lo pagaría todo. De lo contrario — hizo una pausa; pues qué haría de lo contrario no lo sabía ella misma. Pero hizo la pausa y puso cara impenetrable, majestuosa y amenazante, y Costanza fue doblegada.

Entonces la señora Fisher, despidiéndola con un gesto, fue en busca de lady Caroline para quejarse. Había tenido la impresión de que era lady Caroline quien encargaba las comidas y por tanto la responsable de los precios, pero ahora resultaba que a la cocinera se le había dejado hacer exactamente lo que le daba la gana desde que llegaron, lo cual era naturalmente simplemente vergonzoso.

Scrap no estaba en su dormitorio, pero la habitación, al abrir la señora Fisher la puerta, pues la sospechaba de estar en ella y solo fingir no oír los golpes, seguía siendo como una flor por su presencia.

— Perfume — olfateó la señora Fisher, volviendo a cerrarla; y deseó que Carlyle hubiera podido tener cinco minutos de conversación franca con esta joven. Y sin embargo — quizás incluso él —

Bajó la escalera para ir al jardín en su busca, y en el vestíbulo se encontró con el señor Wilkins. Llevaba el sombrero puesto y estaba encendiendo un puro.

Por muy indulgente que se sintiera la señora Fisher hacia el señor Wilkins, y peculiar e incluso místicamente emparentada con él tras el encuentro de la mañana anterior, no podía sin embargo aprobar un puro en la casa. Al aire libre lo toleraba, pero no era necesario, siendo el aire libre un sitio tan grande, entregarse al hábito dentro. Incluso el señor Fisher, que había sido, ella diría, un hombre en principio tenaz en sus hábitos, se había desprendido de este bastante pronto después del matrimonio.

Sin embargo, el señor Wilkins, arrebatándose el sombrero al verla, tiró el puro al instante. Lo tiró al agua que presumiblemente contenía una gran tinaja de calas, y la señora Fisher, consciente del valor que los hombres

conceden a sus puros recién encendidos, no pudo sino quedar impresionada por esta inmediata y magnífica enmienda.

Pero el puro no llegó al agua. Quedó atrapado entre las calas, y siguió ardiendo solo entre ellas, una cosa de aspecto extraño y depravado.

—¿Adónde vas, donce...? —empezó el señor Wilkins, avanzando hacia la señora Fisher; pero se cortó justo a tiempo.

¿Le impulsaban los ánimos matutinos a dirigirse a la señora Fisher con las palabras de una canción infantil? Ni siquiera era consciente de sabérsela. De lo más extraño. ¿Qué podría haber puesto eso, en tal momento, en su cabeza tan serena? Sentía un gran respeto por la señora Fisher, y por nada del mundo la hubiera insultado dirigiéndose a ella como a una doncella, bonita o de otro tipo. Quería estar bien con ella. Era una mujer de talento y, sospechaba, de posibles. En el desayuno habían estado de lo más agradables juntos, y le había llamado la atención su aparente intimidad con personajes conocidos. Victorianos, naturalmente; pero era reparador hablar de ellos después de la tensión de las fiestas georgianas de su cuñado en Hampstead Heath. Los dos se llevaban de maravilla, sentía. Ella ya mostraba todos los síntomas de querer convertirse en clienta pronto. Por nada del mundo la ofendería. Se puso ligeramente frío ante lo cerca que había estado de un desastre.

Sin embargo, ella no lo había notado.

—Va usted a salir —dijo con mucha cortesía, dispuesto en caso de que confirmara su suposición a acompañarla.

—Quiero encontrar a lady Caroline —dijo la señora Fisher, encaminándose hacia la puerta de cristal que daba al jardín de arriba.

—Una búsqueda agradable —observó el señor Wilkins—. ¿Puedo ayudarle en ella? Permítame —añadió, abriéndole la puerta.

—Suele estar en aquel rincón detrás de los arbustos —dijo la señora Fisher—. Y no sé si la búsqueda es tan agradable. Ha dejado que las facturas se acumulen de la manera más terrible, y necesita una buena reprimenda.

—¿Lady Caroline? —dijo el señor Wilkins, incapaz de seguir tal actitud—. ¿Qué tiene que ver lady Caroline, si se me permite preguntar, con las

facturas de aquí?

—Se le dejó la administración de la casa, y como todas compartimos por igual, habría debido ser un asunto de honor para ella...

—¿Pero lady Caroline haciendo las labores de la casa para el grupo? ¿Un grupo que incluye a mi esposa? Querida señora, me deja sin palabras. ¿No sabe usted que es la hija de los Droitwich?

—Ah, así que eso es quien es —dijo la señora Fisher, crujiendo con paso firme los guijarros hacia el rincón oculto—. Bien, eso lo explica. El desbarajuste que cometió ese hombre Droitwich en su departamento durante la guerra fue un escándalo nacional. Llegó a ser malversación de fondos públicos.

—Pero es imposible, se lo aseguro, esperar de la hija de los Droitwich... —empezó el señor Wilkins con seriedad.

—Los Droitwich —le interrumpió la señora Fisher— no vienen al caso. Las obligaciones contraídas deben cumplirse. No tengo intención de que se derrochen mis fondos por consideración a ningún Droitwich.

Una anciana testaruda. Quizás no tan fácil de tratar como había esperado. Pero qué rica. Solo la conciencia de una gran riqueza la haría chasquear los dedos de esa manera ante los Droitwich. Lotty, al ser interrogada, había sido vaga sobre su situación económica, y había descrito su casa como un mausoleo con peces de colores dando vueltas; pero ahora estaba seguro de que era más que muy acomodada. Bien, deseaba no haberse unido a ella en ese momento, pues no tenía ningún deseo de presenciar el espectáculo de una reprimenda a lady Caroline Dester.

De nuevo, sin embargo, contaba sin Scrap. Cualquier cosa que sintiera cuando levantó la vista y vio al señor Wilkins descubriendo su rincón en la mismísima primera mañana, en su cara no apareció sino angelicalidad. Bajó los pies del parapeto al sentarse la señora Fisher en él, y escuchando gravemente sus observaciones iniciales sobre no tener dinero que tirar con gastos domésticos descuidados e incontrolados, interrumpió su discurso sacando uno de los cojines de detrás de su cabeza y ofreciéndoselo.

—Siéntese en esto —dijo Scrap, tendiéndolo—. Estará más cómoda.

El señor Wilkins se lanzó a relevárselo.

—Oh, gracias —dijo la señora Fisher, interrumpida.

Era difícil retomar el hilo. El señor Wilkins introdujo solícitamente el cojín entre la señora Fisher levemente erguida y la piedra del parapeto, y de nuevo tuvo que decir «Gracias». Había quedado interrumpida. Además, lady Caroline no dijo nada en su defensa; solo la miraba y escuchaba con cara de ángel atento.

Le parecía al señor Wilkins que debía de ser difícil regañar a una Dester que ponía esa cara y con tal exquisitez no decía nada. La señora Fisher, se alegraba de ver, fue encontrando poco a poco que era difícil ella misma, pues su severidad se fue aflojando, y acabó diciendo torpemente: «Tendría que haberme dicho que no lo hacía.»

—No sabía que usted creía que sí lo hacía —dijo la voz encantadora.

—Me gustaría saber ahora —dijo la señora Fisher—, qué se propone hacer durante el resto del tiempo aquí.

—Nada —dijo Scrap, sonriendo.

—¿Nada? ¿Quiere decir...?

—Si se me permite, señoras —interpuso el señor Wilkins en su manera profesional más suave—, hacer una sugerencia —ambas le miraron y, recordándole como le vieron por primera vez, se sintieron indulgentes—, les aconsejaría no estropear unas vacaciones tan deliciosas con preocupaciones domésticas.

—Exactamente —dijo la señora Fisher—. Es lo que pienso evitar.

—Muy sensato —dijo el señor Wilkins—. ¿Por qué no, entonces —continuó—, permitir a la cocinera —excelente cocinera, por cierto— una cantidad por cabeza y día —aquí el señor Wilkins recurría al latín que consideraba necesario— y decirle que con esa suma debe encargarse de abastecer a la mesa, y no solo abastecer sino abastecer tan bien como siempre? Se podría calcular fácilmente. Las tarifas de un hotel moderado, por ejemplo, servirían de base, reducidas a la mitad, o quizás incluso a la cuarta parte.

—¿Y esta semana que acaba de pasar? —preguntó la señora Fisher—. Las terribles facturas de esta primera semana. ¿Qué pasa con ellas?

—Serán mi regalo a San Salvatore —dijo Scrap, a quien no le gustaba la idea de que el huevo de reserva de Lotty se redujera tanto más de lo que ella esperaba.

Se hizo un silencio. El terreno quedó cortado bajo los pies de la señora Fisher.

—Naturalmente si le apetece a usted tirar el dinero... —dijo al fin, desaprobadora pero inmensamente aliviada, mientras el señor Wilkins estaba arrobado en la contemplación de las preciosas cualidades de la sangre azul. Esta disposición, por ejemplo, a no molestarse por el dinero, esta generosidad —era no solo lo que uno admiraba en los demás, admiraba en los demás quizás más que ninguna otra cosa, sino que era extraordinariamente útil para las clases profesionales. Cuando se encontraba, debía fomentarse con calidez en la acogida. La señora Fisher no era cálida. Aceptaba —de lo que deducía que en ella la riqueza iba acompañada de tacañería—, pero aceptaba de mala gana. Los regalos eran regalos, y no se les miraba de esa manera a la boca, sentía; y si lady Caroline encontraba su placer en obsequiar a su esposa y a la señora Fisher con toda su comida durante una semana, su papel era aceptarlo con gracia. No habría que desalentar los regalos.

En nombre de su esposa, pues, el señor Wilkins expresó lo que ella habría querido expresar, y señalando a lady Caroline —con un toque de ligereza, pues así debían aceptarse los regalos para no avergonzar al donante— que en ese caso había sido la anfitriona de su esposa desde su llegada, se volvió casi alegremente hacia la señora Fisher y señaló que ella y su esposa debían ahora conjuntamente escribir a lady Caroline la carta de agradecimiento de costumbre por la hospitalidad.

—Un Collins —dijo el señor Wilkins, que conocía lo que era necesario en literatura—. Prefiero el nombre Collins para tal carta al de Pensión o al de Pan y mantequilla. Llamémosla un Collins.

Scrap sonrió y le tendió su pitillera. La señora Fisher no pudo evitar ablandarse. Iba a encontrarse una salida al despilfarro, gracias al señor Wilkins, y ella odiaba el despilfarro tanto como tener que pagarlo; también se encontraba una salida a las labores domésticas. Por un momento había pensado que si todo el mundo intentaba obligarla a administrar la casa durante sus breves vacaciones por su propia indiferencia (lady Caroline), o incapacidad de hablar italiano (las otras dos), tendría que mandar buscar a

Kate Lumley después de todo. Kate podía hacerlo. Kate y ella habían aprendido italiano juntas. Solo se le permitiría venir con la condición de que lo hiciera.

Pero esto era mucho mejor, esta manera del señor Wilkins. De verdad un hombre muy superior. No había nada como un hombre inteligente, no demasiado joven, para una compañía provechosa y placentera. Y cuando se levantó, resuelto el asunto por el que había venido, y dijo que ahora pensaba dar un pequeño paseo antes del almuerzo, el señor Wilkins no se quedó con lady Caroline, como la mayor parte de los hombres que ella había conocido habrían querido, temía—, sino que pidió que se le permitiera ir a pasear con ella; de modo que evidentemente prefería la conversación a las caras. Un hombre sensato y de buena compañía. Un hombre inteligente y bien leído. Un hombre de mundo. Un hombre. Se alegró muchísimo de no haberle escrito a Kate el otro día. ¿Qué quería ella con Kate? Había encontrado un compañero mejor.

Pero el señor Wilkins no fue con la señora Fisher por su conversación, sino porque, cuando ella se levantó y él se levantó porque ella se levantó, pensando solo en hacerle una reverencia de despedida al salir del rincón, lady Caroline había vuelto a poner los pies en el parapeto y, acomodando la cabeza de lado entre los cojines, había cerrado los ojos.

La hija de los Droitwich deseaba dormir.

No era asunto de él, quedándose, impedirselo.

## CAPÍTULO XVI

Y así empezó la segunda semana, y todo era armonía. La llegada del señor Wilkins, en lugar de, como habían temido tres de la compañía y la cuarta solo había estado protegida de temer por su ardiente fe en el efecto que San Salvatore tendría sobre él, perturbar la armonía que había, la aumentó. Encajó. Estaba decidido a agradar, y agradaba. Era sumamente amable con su esposa —no solo en público, a lo que ella estaba acostumbrada, sino en privado, cuando desde luego no lo habría sido si no hubiera querido serlo. Quería. Estaba tan agradecido a ella, tan complacido con ella, por haberle dado a conocer a lady Caroline, que de verdad se sentía encariñado con ella. También orgulloso; pues debía de haber, reflexionó, mucho más en ella de lo que había supuesto, para que lady Caroline se hubiera vuelto tan íntima y tan afectuosa con ella. Y cuanto más la trataba como si fuera de verdad muy agradable, más Lotty se expandía y de verdad se volvía muy agradable, y cuanto más él, afectado a su vez, de verdad se volvía muy agradable también; de modo que daban vueltas y vueltas, no en un círculo vicioso sino en uno sumamente virtuoso.

Positivamente, para lo que era de él, Mellersh la mimaba. Nunca había mucho mimo en Mellersh, pues era por naturaleza un hombre frío; y sin embargo tal era el influjo sobre él de, como suponía Lotty, San Salvatore, que en esa segunda semana a veces le pellizaba los dos oros, uno tras otro, en vez de solo uno; y Lotty, maravillándose ante tal afectividad en rápido desarrollo, se preguntaba qué haría, si continuaba a ese ritmo, en la tercera semana, cuando se hubiera agotado su provisión de orejas.

Se portó de manera especialmente agradable con el lavabo, y con genuino deseo de no ocupar demasiado espacio en el pequeño dormitorio. Respondiendo con rapidez, Lotty tenía aún más deseo de no estorbarle; y la habitación se convirtió en escenario de muchos un afectuoso combate de génerosité, cada uno de los cuales les dejaba más contentos el uno con el otro que nunca. No volvió a darse un baño en el cuarto de baño, aunque estaba arreglado y listo para él, sino que se levantaba y bajaba todas las mañanas al mar, y a pesar de que las noches frescas enfriaban el agua pronto, se daba su chapuzón como debe un hombre, y subía a desayunar frotándose las manos y sintiéndose, según le decía a la señora Fisher, listo para todo.

Quedando así la fe de Lotty en la influencia irresistible del atmósfera celestial de San Salvatore evidentemente justificada, y siendo el señor

Wilkins, a quien Rose conocía como alarmante y Scrap se había imaginado como glacialmente antipático, tan evidentemente un hombre cambiado, tanto Rose como Scrap empezaron a pensar que quizás después de todo había algo en lo que Lotty insistía, y que San Salvatore actuaba de manera purificadora sobre el carácter.

Tanto más inclinadas estaban a pensarlo cuanto que ellas también notaban algo trabajando dentro de sí mismas: las dos se sentían más despejadas, en esa segunda semana —Scrap en sus pensamientos, muchos de los cuales eran ahora pensamientos bastante agradables, verdaderos pensamientos amables sobre sus padres y parientes, con un destello en ellos de reconocimiento de los extraordinarios beneficios que había recibido de manos de —¿qué? ¿El destino? ¿La Providencia? —de algo en cualquier caso, y de cómo, habiéndolos recibido, los había desaprovechado no siendo feliz; y Rose en su pecho, que aunque seguía añorando, añoraba con algún propósito, pues estaba llegando a la conclusión de que añorar inactivamente no servía de nada, y que debía, o por algún medio poner fin a su añoranza, o darle al menos una oportunidad —remota, pero oportunidad— de ser acallada escribiendo a Frederick y pidiéndole que viniera.

Si el señor Wilkins podía cambiar, pensó Rose, ¿por qué no Frederick? Qué maravilloso sería, qué demasiado maravilloso, si el lugar actuara en él también y fuera capaz de hacer que aunque fuera en pequeña medida se entendieran, aunque fuera en pequeña medida fueran amigos. Rose, tanto habían avanzado el aflojamiento y la desintegración de su carácter, empezaba a pensar que su obstinada rigidez en cuanto a sus libros y su austera absorción en las buenas obras habían sido una tontería y quizás incluso un error. Era su marido, y ella le había asustado y alejado. Había asustado al amor y alejado al amor, el amor precioso, y eso no podía ser bueno. ¿No tenía razón Lotty cuando decía el otro día que nada, absolutamente nada, importaba salvo el amor? Nada parecía ciertamente de mucha utilidad a menos que estuviera edificado sobre el amor. Pero una vez que el amor ha sido asustado y alejado, ¿puede volver alguna vez? Sí, podría en aquella belleza, podría en la atmósfera de felicidad que Lotty y San Salvatore parecían extender en conjunto a su alrededor como una infección divina.

Sin embargo, primero tenía que conseguir que él fuera, y desde luego no podía conseguirlo si no le escribía diciéndole dónde estaba.

Escribiría. Tenía que escribir; pues si lo hacía había al menos una posibilidad de que viniera, y si no lo hacía no había manifiestamente ninguna. Y entonces, ya aquí en esta hermosura, con todo tan suave y amable y dulce alrededor, sería más fácil decirle, intentar explicarle, pedirle algo diferente, al menos un intento de algo diferente en su vida futura en lugar de la frialdad de la separación, el frío —oh, el frío— de nada en absoluto salvo la gran ventolera de la fe, la gran aridez de las obras. Por qué, una sola persona en el mundo, una sola persona perteneciéndole a una, de una absolutamente propia, con quien hablar, a quien cuidar, a quien querer, en quien interesarse, valía más que todos los discursos desde tribunas y los cumplidos de presidentes de actos en el mundo. También valía más —Rose no podía evitarlo, el pensamiento se le ocurría— que todas las oraciones.

Estos pensamientos no eran pensamientos de cabeza, como los de Scrap, que estaba completamente libre de añoranzas, sino pensamientos de pecho. Se alojaban en el pecho; era en el pecho donde Rose sufría, y se sentía tan terriblemente sola. Y cuando le faltaba el valor, como ocurría la mayoría de los días, y parecía imposible escribirle a Frederick, miraba al señor Wilkins y se reanimaba.

Ahí estaba, un hombre cambiado. Ahí estaba, entrando en aquella habitación pequeña e incómoda todas las noches, la habitación cuyas proximidades habían sido la única aprensión de Lotty, y saliendo de ella por la mañana, y Lotty saliendo también de ella, los dos igual de despejados y agradables el uno con el otro que cuando entraban. Y ¿no había él, tan crítico en casa, le había contado Lotty, ante el menor contratiempo, emergido de la catástrofe del baño tan intacto de espíritu como Sadrac, Mesac y Abednego lo estuvieron de cuerpo cuando emergieron del fuego? Milagros estaban ocurriendo en aquel lugar. Si podían ocurrirle al señor Wilkins, ¿por qué no a Frederick?

Se levantó de prisa. Sí, escribiría. Iría a escribirle ahora mismo.

Pero ¿y si...?

Se detuvo. Y si no respondía. Y si ni siquiera respondía.

Y se sentó de nuevo a pensar un poco más.

En estas vacilaciones pasó Rose la mayor parte de la segunda semana.

Luego estaba la señora Fisher. Su inquietud aumentó esa segunda semana. Aumentó hasta tal punto que bien podría no haber tenido su saloncito particular, pues ya no podía estar sentada. Ni diez minutos seguidos podía estar sentada la señora Fisher. Y añadida a la inquietud, según los días de la segunda semana avanzaban, tenía una extraña sensación que la preocupaba, de savia que ascendía. Conocía el sentimiento, pues a veces lo había tenido en la infancia en las primaveras especialmente veloces, cuando las lilas y las siringas parecían precipitarse a la flor en una sola noche, pero era extraño volver a tenerlo después de más de cincuenta años. Le habría gustado comentar la sensación con alguien, pero le daba vergüenza. Era una sensación tan absurda a su edad. Y sin embargo con más y más frecuencia, y cada día más, la señora Fisher tenía el ridículo sentimiento de que muy pronto iba a brotar.

Con severidad intentó fruncir el ceño a esa indigna sensación. Brotar, vaya. Había oído hablar de bastones secos, simples trozos de madera muerta, que de repente echaban hojas nuevas, pero solo en las leyendas. Ella no estaba en ninguna leyenda. Sabía perfectamente lo que se le debía a sí misma. La dignidad exigía que no tuviera nada que ver con hojas nuevas a su edad; y sin embargo ahí estaba —la sensación de que en cualquier momento podría echar al verde por todas partes.

La señora Fisher estaba perturbada. Había muchas cosas que le disgustaban más que cualquier otra, y una de ellas era cuando los mayores imaginaban que se sentían jóvenes y actuaban en consecuencia. Por supuesto solo se lo imaginaban, solo se estaban engañando a sí mismos; pero cuán deplorables eran los resultados. Ella misma había envejecido como la gente debería envejecer —con constancia y firmeza. Sin interrupciones, sin tardíos resplandores y retornos espasmódicos. Si ahora, después de todos estos años, iba a ser engañada para entrar en alguna clase de inoportuno estallido, qué humillante.

De hecho estaba agradecida, esa segunda semana, de que Kate Lumley no estuviera allí. Sería de lo más desagradable, en caso de que ocurriera algo diferente en su comportamiento, tener a Kate mirando. Kate la había conocido toda la vida. Sentía que podía dejarse llevar —aquí la señora Fisher frunció el ceño al libro en el que vanamente intentaba concentrarse, pues ¿de dónde venía esa expresión?— mucho menos dolorosamente ante desconocidas que ante una vieja amiga. Las viejas amigas, reflexionó la

señora Fisher, que esperaba estar leyendo, comparan a una constantemente con lo que una era antes. Siempre lo hacen si una se desarrolla. Se sorprenden del desarrollo. Vuelven atrás; esperan inmovilidad después de, digamos, los cincuenta, hasta el fin de los días de una.

Eso, pensó la señora Fisher, con los ojos bajando línea por línea por la página sin que una sola palabra penetrara en su conciencia, es una tontería de las amigas. Es condenar a una a una muerte prematura. Una debería continuar (con dignidad, desde luego) desarrollándose, por mayor que sea. Ella no tenía nada contra el desarrollo, contra la maduración ulterior, porque mientras una estuviera viva no estaba muerta —evidentemente, decidió la señora Fisher— y el desarrollo, el cambio, la maduración, eran la vida. Lo que le disgustaría sería desmadurar, retroceder a algo verde. Le disgustaría intensamente; y esto es lo que sentía que estaba al borde de hacer.

Naturalmente la preocupaba mucho, y solo en el movimiento constante podía encontrar distracción. Cada vez más inquieta e incapaz ya de confiarse a sus almenas, vagaba con mayor frecuencia, y también sin rumbo, entrando y saliendo del jardín de arriba, para la creciente sorpresa de Scrap, especialmente cuando comprobó que todo lo que hacía la señora Fisher era mirar el paisaje unos minutos, arrancar algunas hojas muertas de los rosales, y volver a irse.

En la conversación del señor Wilkins encontraba alivio temporal, pero aunque él se unía a ella siempre que podía no estaba siempre allí, pues distribuía sus atenciones con prudencia entre las tres señoras, y cuando estaba en otro lado tenía que enfrentarse y manejar sus pensamientos lo mejor que podía sola. Quizás era el exceso de luz y color en San Salvatore lo que hacía que todo otro lugar pareciera oscuro y negro; y Prince of Wales Terrace sí parecía un punto muy oscuro y negro al que tener que volver — una calle oscura y estrecha, y su casa oscura y estrecha como la calle, sin nada realmente vivo o joven en ella. Los peces de colores difícilmente podían llamarse vivos, o a lo sumo no más que medio vivos, y ciertamente no eran jóvenes, y a excepción de ellos solo estaban las criadas, y estas eran cosas polvorientas y viejas.

Cosas polvorientas y viejas. La señora Fisher hizo una pausa en sus pensamientos, detenida por la extraña expresión. ¿De dónde había venido? ¿Cómo era posible que viniera en absoluto? Podría haber sido de las de la

señora Wilkins, en su ligereza, su casi argot. Quizás era una de las suyas, y la había oído decirlo y la había recogido inconscientemente de ella.

Si era así, esto era a la vez serio y repugnante. Que esa criatura insensata penetrara en la propia mente de la señora Fisher y estableciera allí su personalidad, la personalidad que era todavía, a pesar de la armonía que aparentemente existía entre ella y su inteligente marido, tan ajena a la propia de la señora Fisher, tan alejada de lo que ella entendía y le gustaba, e infectarla con sus frases indeseables, era de lo más perturbador. Nunca en su vida antes le había venido a la señora Fisher tal frase a la cabeza. Nunca en su vida antes había pensado en sus criadas, ni en nadie más, como en cosas polvorientas y viejas. Sus criadas no eran cosas polvorientas y viejas; eran mujeres muy respetables y ordenadas, a quienes se les permitía usar el cuarto de baño todos los sábados por la noche. Mayores, sin duda, pero también lo era ella, también lo era su casa, también lo eran sus muebles, también lo eran sus peces de colores. Todos eran mayores, como correspondía, juntos. Pero había una gran diferencia entre ser mayor y ser una cosa polvorienta y vieja.

Qué verdad era lo que decía Ruskin, que las malas comunicaciones corrompen las buenas maneras. Aunque ¿lo decía Ruskin? Pensándolo bien no estaba segura, pero era exactamente el tipo de cosa que él habría dicho si lo hubiera dicho, y en cualquier caso era verdad. El mero hecho de oír las malas comunicaciones de la señora Wilkins en las comidas —no escuchaba, evitaba escuchar, pero era evidente que había escuchado—, esas comunicaciones que, al ser tan frecuentemente a la vez vulgares, indecorosas y profanas, y siempre, lo sentía, reídas por lady Caroline, debían clasificarse como malas, estaba estropeando sus propios modales mentales. Pronto podría no solo pensar sino decir. Qué terrible sería eso. Si esa fuera la forma que iba a tomar su estallido, la forma del lenguaje impropio, la señora Fisher temía que difícilmente podría soportarlo con ningún grado de compostura.

En esta etapa la señora Fisher deseaba más que nunca ser capaz de hablar con alguien de sus extraños sentimientos, alguien que entendiera. Sin embargo, no había nadie que fuera a entender excepto la propia señora Wilkins. Ella sí. Lo sabría al instante, estaba segura la señora Fisher, lo que estaba sintiendo. Pero esto era imposible. Sería tan abyecto como pedirle al mismísimo microbio que la infectaba protección contra su enfermedad.

Siguió, en consecuencia, soportando sus sensaciones en silencio, y fue impulsada por ellas a esa frecuente aparición sin rumbo en el jardín de arriba que pronto llamó la atención incluso de Scrap.

Scrap lo había notado, y vagamente se había preguntado al respecto, mucho antes de que el señor Wilkins le preguntara una mañana mientras le colocaba los cojines —había establecido como privilegio suyo el asistir diariamente a lady Caroline en su silla— si había algo que le pasara a la señora Fisher.

En ese momento la señora Fisher estaba de pie junto al parapeto oriental, protegiéndose los ojos con la mano y examinando con atención las lejanas casas blancas de Mezzago. Las podían ver entre las ramas de las dafnes.

—No lo sé —dijo Scrap.

—Me parece —dijo el señor Wilkins— que es una señora a quien sería improbable que le preocupara algo.

—Eso me imagino —dijo Scrap, sonriendo.

—Si le preocupa algo, y su inquietud parece sugerirlo, me alegraría enormemente poder ayudarla con un consejo.

—Estoy segura de que sería usted muy amable.

—Naturalmente tiene su propio asesor legal, pero él no está aquí. Yo sí. Y un abogado presente —dijo el señor Wilkins, que se esforzaba por dar un tono ligero a su conversación cuando hablaba con lady Caroline, consciente de que con las jóvenes hay que ser ligero—, vale por dos en —no seamos vulgares y completemos el refrán, digamos Londres.

—Debería preguntárselo.

—¿Preguntarle si necesita ayuda? ¿Me lo aconsejaría? ¿No sería un poco... un poco delicado tocar tal cuestión, la de si una señora tiene o no algo en la mente?

—Quizás se lo cuente si va a hablar con ella. Creo que debe de ser solitario ser la señora Fisher.

—Es usted toda reflexión y consideración —declaró el señor Wilkins, deseando por primera vez en su vida ser extranjero para poder respetosamente

besarle la mano al retirarse obedientemente a aliviar la soledad de la señora Fisher.

Era admirable la variedad de salidas del rincón que Scrap le procuraba al señor Wilkins. Cada mañana encontraba una diferente, que le mandaba satisfecho después de colocarle los cojines. Le permitía colocar los cojines porque al instante había descubierto, en los mismos primeros cinco minutos del mismísimo primer atardecer, que sus temores de que se aferrara a ella y la mirara con espantosa admiración eran infundados. El señor Wilkins no admiraba así. No solo, sentía ella por instinto, estaba en él, sino que aunque lo hubiera estado no se habría atrevido a hacerlo en su caso. Era todo deferencia. Podía dirigir sus movimientos respecto a ella con el levantamiento de una pestaña. Su única preocupación era obedecer. Se había preparado para quererle si era tan amable de no admirarla, y le quería. No olvidaba su conmovedora indefensión la primera mañana en la toalla, y la divertía, y era amable con Lotty. Es verdad que le quería más cuando no estaba, pero entonces generalmente quería a todo el mundo más cuando no estaba.

Ciertamente parecía ser uno de esos hombres, raros en su experiencia, que nunca miraban a una mujer desde el ángulo predatorio. La comodidad de esto, la simplificación que aportaba a las relaciones del grupo, era inmensa. Desde este punto de vista el señor Wilkins era simplemente ideal; era único y valioso. Siempre que pensaba en él, y quizás estaba inclinada a detenerse en los aspectos de él que eran un poco aburridos, se acordaba de eso y murmuraba: «Pero qué tesoro.»

De hecho el único propósito del señor Wilkins durante su estancia en San Salvatore era ser un tesoro. A toda costa las tres señoras que no eran su esposa debían tenerle simpatía y confiar en él. Luego, cuando surgiera algún problema en sus vidas —y ¿en qué vida no surgía antes o después algún problema?—, recordarían lo fiable que era y lo comprensivo, y recurrirían a él para pedir consejo. Las señoras con algo en la mente eran exactamente lo que quería. Lady Caroline, juzgaba, no tenía nada en la suya en ese momento, pero tanta belleza —pues no podía dejar de ver lo que era evidente— debía de haber tenido sus dificultades en el pasado y tendría más antes de terminar. En el pasado no había estado a mano; en el futuro esperaba estarlo. Y entretanto el comportamiento de la señora Fisher, la siguiente en importancia de las señoras desde el punto de vista profesional, mostraba una prome-

sa definida. Era casi seguro que la señora Fisher tenía algo en la mente. La había observado con atención, y era casi seguro.

Con la tercera, con la señora Arbuthnot, había hecho hasta ahora menos avance, pues era tan reservada y tranquila. Pero ¿no podría esa misma reserva, esa tendencia a evitar a los demás y pasar el tiempo sola, indicar que ella también estaba preocupada? Si era así, él era su hombre. La cultivaría. La seguiría y se sentaría con ella, y la animaría a contarle sobre sí misma. Arbuthnot, según Lotty entendía, era funcionario del Museo Británico — nada especialmente importante por el momento, pero el señor Wilkins consideraba parte de su negocio conocer toda clase de personas. Además, estaban los ascensos. Arbuthnot, ascendido, podría llegar a valer mucho la pena.

En cuanto a Lotty, era encantadora. De verdad tenía todas las cualidades que él le había atribuido durante su noviazgo, y habían estado, al parecer, simplemente en suspenso desde entonces. Sus primeras impresiones de ella estaban siendo ahora refrendadas por el afecto e incluso la admiración que lady Caroline le mostraba. Lady Caroline Dester era la última persona, estaba seguro, capaz de equivocarse en tal materia. Su conocimiento del mundo, su trato constante con solo lo mejor, debía hacerla completamente infalible. Lotty era evidentemente, pues, aquello que antes del matrimonio había creído que era —era valiosa. Ciertamente había sido muy valiosa al presentarle a lady Caroline y a la señora Fisher. Un hombre en su profesión podía recibir una ayuda inmensa de una esposa inteligente y atractiva. ¿Por qué no había sido atractiva antes? ¿Por qué esta floración repentina?

El señor Wilkins empezó también a creer que había algo peculiar, como Lotty le había informado casi de inmediato, en la atmósfera de San Salvatore. Promovía la expansión. Sacaba a la superficie cualidades latentes. Y sintiéndose cada vez más complacido, incluso encantado, por su esposa, y muy satisfecho del progreso que estaba haciendo con las otras dos, y esperanzado en el progreso que aún había que hacer con la reservada tercera, el señor Wilkins no recordaba haber tenido nunca unas vacaciones tan agradables. Lo único que quizás podría mejorarse era la manera que tenían de llamarle señor Wilkins. Nadie decía señor Mellersh-Wilkins. Y sin embargo él se había presentado a lady Caroline — se encogía un poco al recordar las circunstancias — como Mellersh-Wilkins.

Con todo, era poca cosa, no suficiente para preocuparse. Sería una tontería en tal lugar y tal compañía preocuparse por nada. Ni siquiera se estaba preocupando de lo que le estaban costando las vacaciones, y había decidido pagar no solo sus propios gastos sino también los de su esposa, y sorprenderla al final presentándole su huevo de reserva tan intacto como cuando salió; y el solo hecho de saber que le estaba preparando una feliz sorpresa le hacía sentirse más afectuoso que nunca hacia ella.

En suma, el señor Wilkins, que había empezado siendo consciente y según un plan en su mejor comportamiento, se mantuvo en él inconscientemente, y sin ningún esfuerzo en absoluto.

Y mientras tanto los hermosos días dorados caían suavemente de la segunda semana uno a uno, iguales en belleza a los de la primera, y el olor de los campos de habas en flor en la ladera detrás del pueblo llegaba hasta San Salvatore siempre que se movía el aire. En el jardín esa segunda semana el narciso de ojos de poeta desapareció de la hierba larga al borde del camino en zigzag, y los gladiolos silvestres, esbeltos y color de rosa, vinieron en su lugar, clavellinas blancas florecieron en los arriates llenando todo el lugar con su olor ahumado y dulce, y un arbusto que nadie había notado reventó en gloria y fragancia, y era un arbusto de lila morada. Semejante mezcla de primavera y verano no era de creer excepto para quienes vivían en aquellos jardines. Todo parecía estar abierto a la vez —todas las flores comprimidas en un mes que en Inglaterra se distribuyen mezquinamente a lo largo de seis. Incluso primavera encontró un día la señora Wilkins en un rincón fresco colina arriba; y cuando las bajó a los geranios y al heliotropo de San Salvatore parecían muy tímidas.

## CAPÍTULO XVII

El primer día de la tercera semana Rose le escribió a Frederick.

Por si volvía a vacilar y no echaba la carta al correo, se la dio a Domenico para que la echara; pues si no escribía ahora ya no quedaría tiempo. La mitad del mes en San Salvatore había pasado. Aunque Frederick saliera en cuanto recibiera la carta, que naturalmente no podría hacer, con el equipaje y el pasaporte, además de no tener prisa por venir, no llegaría en menos de cinco días.

Una vez hecho, Rose deseó no haberlo hecho. No vendría. No se molestaría en responder. Y si respondía, solo sería dando alguna razón que no era la verdadera, sobre estar demasiado ocupado para poder alejarse; y todo lo que se habría conseguido escribiéndole sería estar más infeliz que antes.

Las cosas que hacía una cuando no tenía nada que hacer. Esta resurrección de Frederick, o más bien este intento de resucitarle, ¿qué era sino el resultado de no tener nada absolutamente en que ocuparse? Ojalá no hubiera salido nunca de vacaciones. ¿Qué quería ella con vacaciones? El trabajo era su salvación; el trabajo era lo único que la protegía, que la mantenía estable y con los valores justos. En casa en Hampstead, absorta y ocupada, se había ingeniado para superar a Frederick, pensando en él últimamente solo con la suave melancolía con que se piensa en alguien a quien una vez se quiso pero que hace ya mucho tiempo que murió; y ahora ese lugar, la ociosidad en ese lugar tan suave, la había devuelto al lamentable estado del que tan cuidadosamente había salido años atrás. Por qué, si Frederick viniera solo le aburriría. ¿No había visto de manera fulminante bastante poco después de llegar a San Salvatore que era eso precisamente lo que le alejaba de ella? ¿Y por qué habría de suponer que ahora, después de tan larga separación, sería capaz de no aburrirle, capaz de hacer algo más que estar delante de él como una idiota sin palabras, con todos los dedos de su espíritu convertidos en pulgares? Además, qué posición tan desesperada,

tener que casi rogar: Por favor espera un poco —por favor no seas impaciente —creo que quizás pronto no seré tan aburrida.

Mil veces al día Rose deseó haber dejado a Frederick tranquilo. Lotty, que todas las noches le preguntaba si había enviado ya su carta, exclamó de deleite cuando la respuesta fue por fin sí, y la abrazó. «¡Ahora seremos completamente felices!», exclamó la entusiasta Lotty.

Pero nada parecía menos seguro a Rose, y su expresión fue siendo cada vez más la expresión de alguien que tiene algo en la mente.

El señor Wilkins, queriendo averiguar de qué se trataba, paseaba al sol con su sombrero de Panamá, y empezó a encontrársela por casualidad.

—No sabía —dijo el señor Wilkins la primera vez, cortésmente alzando el sombrero—, que a usted también le gustaba este lugar concreto. —Y se sentó a su lado.

Por la tarde ella eligió otro lugar; y no había pasado en él media hora cuando el señor Wilkins, balanceando ligeramente el bastón, apareció por el recodo.

—Estamos destinados a encontrarnos en nuestros paseos —dijo el señor Wilkins agradablemente. Y se sentó a su lado.

El señor Wilkins era muy amable, y ella había, veía, juzgado mal su carácter en Hampstead, y este era el hombre real, maduro como la fruta por el sol benéfico de San Salvatore; pero Rose sí quería estar sola. Con todo, le agradecía que le demostrara que aunque pudiera aburrir a Frederick no aburría a todo el mundo; si lo hubiera hecho, él no habría estado hablando con ella en cada ocasión hasta la hora de entrar. Verdad que él la aburría a ella, pero eso no era ni de lejos tan terrible como si ella le aburriera a él. Entonces sí que le habría herido el amor propio. Pues ahora que Rose no podía rezar se veía asediada por toda clase de debilidades: vanidad, susceptibilidad, irritabilidad, combatividad —extraños demonios desconocidos que venían en tropel y se apoderaban del corazón barrido y vacío. Nunca en su vida había sido vanidosa, ni irritable, ni combativa. ¿Sería que San Salvatore era capaz de efectos contrarios, y que el mismo sol que maduraba al señor Wilkins la volvía a ella ácida?

La mañana siguiente, para estar segura de estar sola, bajó, mientras el señor Wilkins seguía lingüísticamente agradable con la señora Fisher du-

rante el desayuno, a las rocas junto al borde del agua donde ella y Lotty habían estado sentadas el primer día. Frederick habría recibido ya su carta. Hoy, si era como el señor Wilkins, podría recibir un telegrama de él.

Intentó acallar la absurda esperanza burlándose de ella. Y sin embargo — si el señor Wilkins había telegrafiado, ¿por qué no Frederick? El hechizo de San Salvatore acechaba incluso, parecía, en el papel de carta. Lotty no había soñado con recibir un telegrama, y cuando llegó a la hora del almuerzo allí estaba. Sería demasiado maravilloso si cuando subiera a la hora del almuerzo encontrara uno allí para ella también...

Rose apretó fuerte las manos alrededor de las rodillas. Cuánto anhelaba apasionadamente volver a ser importante para alguien — no importante en tribunas, no importante como un activo en una organización, sino privadamente importante, solo para otra persona, completamente en privado, sin que nadie más lo supiera ni notara. No parecía mucho pedir en un mundo tan lleno de personas, tener solo a una de ellas, solo una de entre los millones, para una misma. Alguien que necesitara a una, que pensara en una, que tuviera ganas de venir a una — oh, oh, qué terriblemente quería una ser preciosa.

Toda la mañana se quedó bajo el pino junto al mar. Nadie se acercó a ella. Las grandes horas pasaban despacio; parecían enormes. Pero no subiría antes del almuerzo, daría tiempo al telegrama a llegar...

Ese día Scrap, animada por las persuasiones de Lotty y pensando también que quizás llevaba bastante tiempo sentada, se había levantado de su silla y cojines y se había ido con Lotty y bocadillos a los cerros hasta la tarde. El señor Wilkins, que deseaba ir con ellas, se quedó por consejo de lady Caroline con la señora Fisher para animar su soledad, y aunque dejó de animarla hacia las once para ir a buscar a la señora Arbuthnot, con el fin de animarla también a ella por un rato, dividiéndose así imparcialmente entre estas señoras solitarias, volvió pronto enjugándose la frente y continuó con la señora Fisher donde lo había dejado, pues esta vez la señora Arbuthnot se había ocultado con éxito. Había también un telegrama para ella, notó al entrar. Lástima que no supiera dónde estaba.

—¿Deberíamos abrirlo? —le dijo a la señora Fisher.

—No —dijo la señora Fisher.

—Puede requerir una respuesta.

—No apruebo inmiscuirse en la correspondencia ajena.

—¿Inmiscuirse? Querida señora...

El señor Wilkins quedó consternado. Tal palabra. Inmiscuirse. Tenía el mayor aprecio posible por la señora Fisher, pero sí la encontraba a veces un poco difícil. Le caía bien, estaba seguro, y estaba en camino, sentía, de convertirse en clienta; pero temía que sería una clienta obstinada y reservada. Ciertamente era reservada, pues aunque llevaba toda una semana siendo hábil y comprensivo, aún no le había dado ningún indicio de lo que tan evidentemente la preocupaba.

—Pobrecilla —dijo Lotty, al preguntarle él si quizás podía arrojar luz sobre los problemas de la señora Fisher—. No tiene amor.

—¿Amor? —El señor Wilkins solo pudo repetir, genuinamente escandalizado—. Pero sin duda, querida mía, a su edad...

—Ningún amor —dijo Lotty.

Esa misma mañana le había preguntado a su esposa, pues ahora buscaba y respetaba su opinión, si podía decirle qué le pasaba a la señora Arbuthnot, pues ella también, aunque él había hecho cuanto pudo por deshellarla hasta llevarla a las confidencias, había permanecido persistentemente reservada.

—Echa de menos a su marido —dijo Lotty.

—Ah —dijo el señor Wilkins, con una nueva luz arrojada sobre la tímida y modesta melancolía de la señora Arbuthnot—. Muy natural.

Y Lotty dijo, sonriéndole: «Una lo echa de menos.»

Y el señor Wilkins dijo, sonriéndole: «¿De veras?»

Y Lotty dijo, sonriéndole: «Naturalmente.»

Y el señor Wilkins, muy complacido con ella, aunque era todavía bastante temprano, cuando los mimos son lentos, le pellizco la oreja.

Poco antes de las doce y media Rose subió despacio por la pérgola y entre las camelias alineadas a cada lado de los viejos peldaños de piedra. Los ríos de vincapervincas que los bajaban cuando ella llegó habían desaparecido, y ahora había esos arbustos, increíblemente acamelados. Rosas, blancas,

rojas, rayadas —las fue tocando y oliendo una a una, para no llegar demasiado rápido a su decepción. Mientras no hubiera visto ella misma, visto la mesa del vestíbulo completamente vacía salvo su cuenco de flores, todavía podía esperar, todavía podía tener la alegría de imaginar el telegrama en ella esperándola. Pero las camelias no tienen olor, como le recordó el señor Wilkins, que estaba en la puerta pendiente de su llegada y conocía lo que era necesario en horticultura.

Ella se sobresaltó ante su voz y levantó los ojos.

—Ha llegado un telegrama para usted —dijo el señor Wilkins.

Ella le miró fijamente, con la boca abierta.

—La busqué por todas partes pero no la encontré...

Naturalmente. Lo sabía. Había estado segura de ello todo el tiempo. Brillante y ardiente, la Juventud relampagueó en ese instante de nuevo sobre Rose. Subió volando los peldaños, tan roja como la camelia que acababa de tocar, y estaba en el vestíbulo abriendo el telegrama de un tirón antes de que el señor Wilkins terminara su frase. Por qué, si las cosas podían pasar así —por qué, no había límite a —por qué, ella y Frederick —iban a ser —de nuevo —por fin—

—Espero que no sean malas noticias —dijo el señor Wilkins, que la había seguido; pues cuando leyó el telegrama se quedó mirándolo y su cara se fue poniendo despacio blanca. Curioso verle cómo la cara se le fue poniendo despacio blanca.

Ella se volvió y le miró como intentando reconocerle.

—Oh, no. Al contrario...

Consiguió sonreír.

—Voy a tener una visita —dijo, tendiendo el telegrama; y cuando él lo tomó se alejó hacia el comedor, murmurando algo sobre que el almuerzo estaba listo.

El señor Wilkins leyó el telegrama. Había sido enviado esa mañana desde Mezzago, y decía:

Paso por aquí de camino a Roma. ¿Puedo presentar mis respetos esta tarde?

Thomas Briggs.

¿Por qué podría semejante telegrama hacer palidecer a la interesante señora? Pues su palidez al leerlo había sido tan llamativa que le había convencido de que estaba recibiendo un golpe.

—¿Quién es Thomas Briggs? —preguntó, siguiéndola al comedor.

Ella le miró vagamente.

—¿Quién es...? —repitió, reuniendo sus pensamientos.

—Thomas Briggs.

—Oh. Sí. Es el propietario. Esta es su casa. Es muy agradable. Viene esta tarde.

Thomas Briggs estaba en ese preciso momento llegando. Iba traqueteando por el camino entre Mezzago y Castagneto en una tartana, esperando sinceramente que la señora de ojos oscuros comprendiera que lo único que quería era verla, y no en absoluto ver si su casa seguía en pie. Sentía que un propietario de delicadeza no se inmiscuía en sus inquilinos. Pero —había pensado tanto en ella desde aquel día. Rose Arbuthnot. Un nombre tan bonito. Y una criatura tan encantadora —dulce, láctea, maternal en el mejor sentido; el mejor sentido siendo que no era su madre y no podría haberlo sido aunque lo hubiera intentado, pues los padres eran las únicas cosas imposibles de tener más jóvenes que uno. Además, pasaba tan cerca. Parecía absurdo no asomarse a ver simplemente si estaba cómoda. Anhelaba verla en su casa. Anhelaba verla como el fondo de ella, verla sentada en sus sillas, bebiendo de sus tazas, usando todas sus cosas. ¿Había puesto el gran cojín de brocado carmesí del salón detrás de su cabecita oscura? Su pelo y la blancura de su piel quedarían preciosos sobre él. ¿Había visto el retrato de ella misma en la escalera? Se preguntaba si le gustaba. Se lo explicaría. Si no pintaba, y no había dicho nada que lo sugiriera, quizás no notaría lo exactamente que el moldeado de las cejas y la leve concavidad de la mejilla...

Le dijo a la tartana que esperara en Castagneto, y cruzó la plaza, saludado por los niños y los perros, que todos le conocían y surgieron súbitamente de la nada, y subiendo rápidamente el camino en zigzag, pues era un joven activo de no mucho más de treinta años, tiró de la cadena antigua que hacía sonar la campana, y esperó decorosamente en el lado correcto de la puerta abierta a que le dejaran entrar.

A su vista Francesca levantó todo lo que podía levantarse en ella —cejas, párpados y manos—, y le aseguró voluminosamente que todo estaba en perfecto orden y que cumplía con su deber.

—Naturalmente, naturalmente —dijo Briggs, cortándola—. Nadie lo duda.

Y le pidió que llevara su tarjeta a su señora.

—¿A cuál señora? —preguntó Francesca.

—¿A cuál señora?

—Hay cuatro —dijo Francesca, oliendo una irregularidad de los inquilinos, pues su señor parecía sorprendido; y se sintió complacida, pues la vida era aburrida y las irregularidades al menos la animaban un poco.

—¿Cuatro? —repitió sorprendido—. Bueno, llévesela a todas —dijo, recobrándose, pues notó su expresión.

Se estaba tomando el café en el jardín de arriba a la sombra del pino paraguas. Solo la señora Fisher y el señor Wilkins lo tomaban, pues la señora Arbuthnot, después de no comer nada y estar completamente silenciosa durante el almuerzo, había desaparecido inmediatamente después.

Mientras Francesca se iba al jardín con su tarjeta, el señor de la casa se quedó examinando el cuadro de aquella Madona de la escalera, obra de un primitivo italiano, nombre desconocido, recogido por él en Orvieto, que se parecía tanto a su inquilina. El parecido era de verdad llamativo. Claro que el día de Londres su inquilina llevaba sombrero, pero estaba bastante seguro de que el pelo le nacía exactamente así en la frente. La expresión de los ojos, grave y dulce, era idéntica. Se alegraba de pensar que siempre tendría su retrato.

Levantó la vista al oír pasos, y allí estaba ella, bajando la escalera exactamente como se la había imaginado en aquel lugar, de blanco.

Ella se sorprendió de verle tan pronto. Había supuesto que vendría hacia la hora del té, y hasta entonces había pensado sentarse en algún sitio al aire libre donde estar sola.

Él la observó bajar la escalera con el más intenso y ansioso interés. En un momento estaría al nivel de su retrato.

—Es de verdad extraordinario —dijo Briggs.

—Cómo está usted —dijo Rose, concentrada solo en una acogida decente.

No le acogía con gusto. Estaba aquí, sentía ella con el telegrama amargo en el corazón, en lugar de Frederick, haciendo lo que había anhelado que hiciera Frederick, ocupando su lugar.

—Quédese quieta un momento...

Ella obedeció automáticamente.

—Sí —bastante asombroso. ¿Le importaría quitarse el sombrero?

Rose, sorprendida, se lo quitó obedientemente.

—Sí —lo suponía—, solo quería asegurarme. Y mire —¿no se ha fijado...?

Empezó a hacer rápidos y extraños pases con la mano sobre la cara del cuadro, midiendo, mirando del cuadro a ella.

La sorpresa de Rose se convirtió en diversión, y no pudo evitar sonreír.

—¿Ha venido a compararme con mi original? —preguntó.

—¿Verdad que es extraordinariamente parecido...?

—No sabía que tuviera yo un aspecto tan solemne.

—No lo tiene. Ahora no. Hace un momento sí, igual de solemne. Oh, sí —cómo está usted —terminó de repente, notando su mano tendida. Y se rió y la estrechó, poniéndose colorado —una costumbre suya— hasta las raíces del pelo rubio.

Volvió Francesca.

—La señora Fisher —dijo— estará encantada de recibirle.

—¿Quién es la señora Fisher? —le preguntó a Rose.

—Una de las cuatro que compartimos su casa.

—¿Entonces son cuatro?

—Sí. Mi amiga y yo descubrimos que no podíamos permitirnosla nosotras solas.

—Oh, vamos... —empezó Briggs confundido, pues le habría gustado que Rose Arbuthnot —bonito nombre— no tuviera que permitirse nada, sino quedarse en San Salvatore todo el tiempo que quisiera como su invitada.

—La señora Fisher está tomando el café en el jardín de arriba —dijo Rose—. La llevaré a ella y se la presentaré.

—No quiero ir. Lleva usted el sombrero puesto, con lo que iba a dar un paseo. ¿No puedo venir también? Me gustaría muchísimo que me lo enseñara usted.

—Pero la señora Fisher la está esperando.

—¿No esperará?

—Sí —dijo Rose, con la sonrisa que tanto le había atraído el primer día—. Creo que esperará perfectamente bien hasta la hora del té.

—¿Habla usted italiano?

—No —dijo Rose—. ¿Por qué?

Con eso se volvió a Francesca, y le dijo a toda velocidad, pues en italiano era ágil, que fuera de vuelta a la señora del jardín de arriba y le dijera que había encontrado a su vieja amiga la señora Arbuthnot, y que iba a pasear con ella y se presentaría a ella más tarde.

—¿Me invita usted al té? —le preguntó a Rose, cuando Francesca se hubo ido.

—Naturalmente. Es su casa.

—No lo es. Es la suya.

—Hasta el lunes que viene —sonrió ella.

—Venga a enseñarme todas las vistas —dijo él con entusiasmo; y era evidente, incluso para la autodesconfiada Rose, que ella no aburría al señor Briggs.

## CAPÍTULO XVIII

Tuvieron un paseo muy agradable, con mucho sentarse en rincones cálidos y perfumados de tomillo, y si algo podría haber ayudado a Rose a recuperarse de la amarga decepción de la mañana habría sido la compañía y la conversación del señor Briggs. La ayudó de verdad a recuperarse, y ocurrió el mismo proceso que el que Lotty había experimentado con su marido, y cuanto más encantadora le parecía Rose a Briggs más encantadora se volvía.

Briggs era un hombre incapaz de disimular, que nunca perdía el tiempo si podía evitarlo. No habían llegado al extremo del promontorio donde está el faro —Briggs le pidió que le enseñara el faro, porque el camino hacia él, lo sabía, era suficientemente ancho para que dos caminaran lado a lado y bastante llano— antes de haberle contado la impresión que le había causado en Londres.

Dado que incluso las mujeres más religiosas y sobrias gustan de saber que han causado impresión, particularmente la clase que no tiene nada que ver con el carácter ni los méritos, Rose estaba complacida. Complacida, sonrió. Sonriendo era más atractiva que nunca. El color le volvió a las mejillas, y el brillo a los ojos. Se oía a sí misma diciendo cosas que de verdad sonaban bastante interesantes e incluso divertidas. Si Frederick estuviera escuchando ahora, pensó, quizás vería que después de todo no podía ser tan irremediabilmente aburrida; pues ahí había un hombre, de buen ver, joven, y seguramente inteligente —lo parecía, y esperaba que lo fuera, pues entonces el cumplido sería aún mayor—, que evidentemente estaba bastante satisfecho de pasar la tarde simplemente hablando con ella.

Y el señor Briggs parecía de verdad muy interesado. Quería enterarse de todo lo que había estado haciendo desde el momento de llegar. Le preguntó si había visto esto, aquello y lo otro de la casa, qué le gustaba más, qué habitación tenía, si estaba cómoda, si Francesca se portaba bien, si

Domenico la cuidaba, y si no disfrutaba del salón amarillo —el que recibía todo el sol y tenía vistas hacia Génova.

A Rose le daba vergüenza lo poco que había reparado en la casa, y lo pocas de las cosas de que él hablaba como curiosas o hermosas en ella que había visto siquiera. Sumergida en pensamientos de Frederick, parecía haber vivido en San Salvatore a ciegas, y más de la mitad del tiempo había pasado, y ¿de qué había servido? Bien podría haber estado sentada añorando en Hampstead Heath. No, no podría; a través de todos sus añoros había sido consciente de estar al menos en el mismo corazón de la belleza; y de hecho era esta belleza, este anhelo de compartirla, lo que la había puesto primero a añorar.

El señor Briggs, sin embargo, estaba demasiado vivo para que ella pudiera dedicar en ese momento ninguna atención a Frederick, y alabó al servicio en respuesta a sus preguntas, y alabó el salón amarillo sin decirle que solo había estado en él una vez y entonces fue ignominiosamente expulsada, y le dijo que sabía casi nada sobre arte y curiosidades, pero que quizás si alguien se lo explicara sabría más, y le dijo que había pasado todos los días desde su llegada al aire libre, porque al aire libre había algo tan maravilloso y diferente de todo lo que había visto.

Briggs caminaba a su lado por sus caminos que eran tan felizmente por el momento sus caminos de ella, y sentía todos los inocentes resplandores de la vida de familia. Era huérfano e hijo único, y tenía un cálido temperamento doméstico. Habría adorado a una hermana y mimado a una madre, y empezaba en ese tiempo a pensar en casarse; pues aunque había sido muy feliz con sus varias novias, cada una de las cuales, contrariamente a la experiencia habitual, acababa convirtiéndose en su devota amiga, era aficionado a los niños y pensaba que quizás ya tenía la edad de sentar la cabeza si no quería ser demasiado viejo para cuando su hijo mayor tuviera veinte años. San Salvatore le había parecido últimamente un poco solitario. Le parecía que retumbaba cuando paseaba por él. Se había sentido solo allí; tan solo que ese año había preferido saltarse una primavera y alquilarlo. Necesitaba una esposa. Necesitaba ese toque final de calor y belleza, pues nunca pensaba en su esposa excepto en términos de calor y belleza —naturalmente sería hermosa y amable. Le divertía lo mucho que ya estaba enamorado de esa vaga esposa.

A tal ritmo estaba haciéndose amigo de la señora de nombre dulce mientras caminaban por el camino hacia el faro, que estaba seguro de que pronto le estaría contando todo sobre sí mismo y sus actividades pasadas y sus esperanzas futuras; y el pensamiento de una confianza que se desarrollaba tan de prisa le hizo reírse.

—¿Por qué se ríe? —preguntó ella, mirándole y sonriendo.

—Es tan parecido a llegar a casa —dijo él.

—Pero venir aquí sí es llegar a casa para usted.

—Quiero decir de verdad parecido a llegar a casa. A la propia... familia. Nunca tuve familia. Soy huérfano.

—¿Ah, sí? —dijo Rose con la simpatía apropiada—. Espero que no lleve mucho tiempo siéndolo. No —quiero decir espero que lleve mucho tiempo siéndolo. No —no sé lo que quiero decir, excepto que lo siento.

Se rió de nuevo.

—Oh, ya me he acostumbrado. No tengo a nadie. Ni hermanas ni hermanos.

—Entonces es usted hijo único —observó ella con inteligencia.

—Sí. Y hay algo en usted que es exactamente mi idea de... de una familia.

Ella estaba divertida.

—Tan... hogareña —dijo él, mirándola y buscando la palabra.

—No lo pensaría si viera mi casa en Hampstead —dijo ella, presentándosele a la mente una visión de esa austera y de asientos duros vivienda, sin nada blando en ella salvo el sofá de Barry esquivado y descuidado. No es de extrañar, pensó por un momento con la cabeza despejada, que Frederick lo evitara. No había nada hogareño en su familia.

—No creo que ningún lugar en que usted viviera pudiera ser otra cosa que exactamente como usted —dijo él.

—¿No va usted a pretender que San Salvatore se parece a mí?

—Sí que lo pretendo. ¿Admite al menos que es hermoso?

Dijo varias cosas parecidas. Ella disfrutó el paseo. No recordaba ningún paseo tan agradable desde los días de su noviazgo.

Volvió para el té trayendo al señor Briggs, y con un aspecto completamente diferente, notó el señor Wilkins, del que había tenido hasta entonces. Problemas aquí, problemas aquí, pensó el señor Wilkins, frotándose mentalmente las manos profesionales. Podía verse siendo llamado pronto a asesorar. De un lado estaba Arbuthnot, del otro lado aquí estaba Briggs. Problemas cociéndose, problemas tarde o temprano. ¿Pero por qué había actuado el telegrama de Briggs sobre la señora como un golpe? Si se había puesto pálida por exceso de alegría, los problemas estaban más cerca de lo que había supuesto. Ya no estaba pálida; se parecía más a su nombre de lo que la había visto hasta entonces. Bueno, él era el hombre indicado para los problemas. Lamentaba naturalmente que la gente los tuviera, pero una vez en ellos, él era su hombre.

Y el señor Wilkins, fortalecido por estos pensamientos, siendo su carrera muy preciosa para él, procedió a contribuir a hacer los honores al señor Briggs, tanto en su calidad de copartícipe en la propiedad temporal de San Salvatore como de probable ayuda para salir de dificultades, con gran hospitalidad, y le señaló los diferentes aspectos del lugar, y le llevó al parapeto y le enseñó Mezzago al otro lado de la bahía.

La señora Fisher también fue amable. Esta era la casa de ese joven. Era un hombre de posibles. Le gustaban los posibles, y le gustaban los hombres de posibles. Además parecía un mérito peculiar ser un hombre de posibles tan joven. Herencia, naturalmente; y la herencia era más respetable que la adquisición. Sí indicaba padres; y en una época en que la mayor parte de la gente parecía no tenerlos ni quererlos, también eso le gustaba.

En consecuencia fue una merienda agradable, con todos amables y complacidos. Briggs pensó que la señora Fisher era una querida anciana, y lo demostró; y de nuevo funcionó la magia, y se convirtió en una querida anciana. Desarrolló benignidad con él, y una clase de benignidad que era casi juguetona —incluyendo positivamente antes de que terminara el té, en alguna observación que le hizo, las palabras «mi querido chico».

Extrañas palabras en boca de la señora Fisher. Es dudoso que en su vida las hubiera usado antes. Rose quedó asombrada. Qué agradables eran las personas de verdad. ¿Cuándo dejaría de equivocarse sobre ellas? No había

sospechado este lado de la señora Fisher, y empezó a preguntarse si esos otros lados suyos que eran los únicos que conocía no habían sido quizás después de todo el efecto de su propio comportamiento militante e irritante. Probablemente lo eran. Qué horrible había sido entonces. Se sintió muy arrepentida cuando vio a la señora Fisher floreciendo bajo sus ojos en auténtica amabilidad en el momento en que llegaba alguien que la trataba con encanto, y casi se hundió en el suelo de vergüenza cuando la señora Fisher se rió de repente, y se dio cuenta por el sobresalto que le dio que el sonido era completamente nuevo. Ni una sola vez antes lo había oído ella ni nadie allí. Qué acusación la de todas ellas. Pues las demás se habían reído, unas más y otras menos, en uno u otro momento desde su llegada, y solo la señora Fisher no. Claramente, puesto que podía disfrutar como estaba disfrutando ahora, antes no había disfrutado. A nadie le había importado si lo hacía o no, salvo quizás a Lotty. Sí; a Lotty le había importado, y había querido que fuera feliz; pero Lotty parecía producir un mal efecto en la señora Fisher, mientras que en cuanto a Rose ella misma nunca había estado con ella cinco minutos sin querer, de verdad querer, provocarla y oponérsele.

Qué horrible había sido. Se había comportado imperdonablemente. Su arrepentimiento se mostraba en una solicitud tímida y deferente hacia la señora Fisher que hacía pensar al observador Briggs que era todavía más angelical, y deseó por un momento ser él mismo una anciana para que Rose Arbuthnot se comportara con él así. Evidentemente no había fin, pensó, a las cosas que podía hacer con dulzura. Ni siquiera le importaría tomar medicina, medicina de verdad repugnante, si fuera Rose Arbuthnot inclinándose sobre él con la dosis.

Ella sintió sus brillantes ojos azules, más brillantes por el bronceado, fijos en ella con un destello en ellos, y sonriendo le preguntó en qué estaba pensando.

Pero eso no podía decírselo así, dijo; y añadió: «Algún día.»

«Problemas, problemas», pensó el señor Wilkins ante esto, frotándose de nuevo mentalmente las manos. «Bueno, soy su hombre.»

—Estoy segura —dijo la señora Fisher benignamente—, de que no tiene usted pensamientos que no podamos escuchar.

—Estoy seguro —dijo Briggs—, de que en una semana le estaría contando todos mis secretos.

—Estaría contándoselos a alguien muy de fiar, entonces —dijo la señora Fisher con benevolencia —justo tal hijo habría querido tener—. Y a cambio —continuó—, supongo que yo le contaría los míos.

—Ah, no —dijo el señor Wilkins, adaptándose a ese tono de ligera broma—, debo protestar. De verdad debo hacerlo. Tengo un derecho anterior; soy el amigo más antiguo. He conocido a la señora Fisher diez días, y usted, Briggs, no la conoce aún uno. Reclamo el derecho de que me cuenten sus secretos primero. Es decir —añadió, haciendo una galante reverencia—, si los tiene, lo cual me atrevo a dudar.

—¡Pues si los tengo! —exclamó la señora Fisher, pensando en esas hojas verdes. Que exclamara siquiera era sorprendente, pero que lo hiciera con alegría era milagroso. Rose solo pudo mirarla con asombro.

—Pues yo los voy a sonsacarle —dijo Briggs con igual alegría.

—No necesitarán mucho sonsacamiento —dijo la señora Fisher—. Mi dificultad es evitar que revienten.

Podría haber sido Lotty hablando. El señor Wilkins se ajustó el monóculo que llevaba consigo para ocasiones como esta, y examinó a la señora Fisher con cuidado. Rose miraba, incapaz de no sonreír también puesto que la señora Fisher parecía tan divertida, aunque Rose no sabía del todo por qué, y su sonrisa era un poco insegura, pues la señora Fisher divertida era una novedad, no exenta de aspectos que inspiraban algo de respeto, y había que acostumbrarse a ella.

Lo que la señora Fisher estaba pensando era lo mucho que se sorprenderían si les contara su muy extraña y emocionante sensación de ir a salirle brotes por todas partes. Pensarían que era una anciana sumamente tonta, y así lo habría pensado ella misma tan recientemente como dos días atrás; pero la idea de los brotes le era ya familiar, estaba más apprivoisée ahora, como solía decir el querido Matthew Arnold, y aunque sin duda sería lo mejor que la apariencia y las sensaciones de una coincidieran, y sin embargo suponiendo que no coincidieran —y una no podía tenerlo todo—, ¿no era mejor sentirse joven en algún sitio que vieja en todas partes? Tiempo

habría de sobra para ser vieja en todas partes de nuevo, por dentro al igual que por fuera, cuando volviera a su sarcófago en Prince of Wales Terrace.

Y sin embargo es probable que sin la llegada de Briggs la señora Fisher hubiera seguido fermentando en secreto dentro de su caparazón. Los demás solo la conocían como severa. Habría sido más de lo que su dignidad podía soportar relajarse de repente —especialmente ante las tres jóvenes. Pero ahora llegaba el desconocido Briggs, un desconocido que se prendó de ella al instante como ningún joven se había prendado de ella en su vida, y era la llegada de Briggs y su real y manifiesto aprecio —pues justo tal abuela, pensaba Briggs, hambriento de vida familiar y sus concomitancias, le habría gustado tener— lo que liberó a la señora Fisher de su caparazón; y aquí estaba por fin, tal como Lotty había predicho, complacida, de buen humor y benevolente.

Lotty, volviendo media hora después de su picnic, y siguiendo el sonido de voces hasta el jardín de arriba con la esperanza de encontrar todavía té, vio al instante lo que había pasado, pues la señora Fisher en ese preciso momento estaba riéndose.

«Ha salido de su capullo», pensó Lotty; y rápida como era en todos sus movimientos, e impulsiva, y además sin ningún sentido del decoro que la preocupara y retrasara, se inclinó sobre el respaldo de la silla de la señora Fisher y la besó.

— ¡Santo cielo! —exclamó la señora Fisher, dando un violento respingo, pues tal cosa no le había ocurrido desde los primeros tiempos del señor Fisher, y entonces solo de manera tímida. Este beso era un beso de verdad, y descansó en la mejilla de la señora Fisher un momento con una extraña dulzura suave.

Cuando vio de quién era, un profundo rubor se extendió por su cara. La señora Wilkins besándola y el beso sintiéndose tan afectuoso... Aunque hubiera querido no podía en presencia del apreciativo señor Briggs retomar la severidad abandonada y empezar a regañar de nuevo; pero no quería. ¿Era posible que a la señora Wilkins le cayera bien —le hubiera caído bien todo ese tiempo, mientras ella misma le había disgustado tanto? Un curioso pequeño reguero de calor filtró por los defensas heladas del corazón de la señora Fisher. Alguien joven besándola —alguien joven queriendo besarla... Muy ruborizada, observó a la extraña criatura, aparentemente sin

ninguna conciencia de haber hecho nada extraordinario, estrechando la mano al señor Briggs, al presentárselo su marido, y embarcándose inmediatamente en la conversación más amigable con él, exactamente como si le hubiera conocido toda la vida. Qué extraña criatura; qué extraña criatura tan extraña. Era natural, siendo tan extraña, que una hubiera podido, quizás, juzgarla mal...

—Estoy segura de que quiere usted té —dijo Briggs con ansiosa hospitalidad a Lotty. La encontraba deliciosa —pecas, desorden de picnic y todo. Justo tal hermana habría querido él...

—Esto está frío —dijo, palpando la tetera—. Le diré a Francesca que haga té fresco...

Se interrumpió y se puso rojo.

—¿No me estoy olvidando de mí mismo? —dijo, riéndose y mirando a su alrededor.

—Muy natural, muy natural —le tranquilizó el señor Wilkins.

—Iré yo a decirle a Francesca —dijo Rose, levantándose.

—No, no —dijo Briggs—. No se vaya. —Y se llevó las manos a la boca y gritó.

—¡Francesca! —gritó Briggs.

Ella vino corriendo. Ningún llamamiento en su experiencia había sido atendido por ella con tal celeridad.

—La voz de su amo —observó el señor Wilkins; con oportunidad, consideró.

—Haz té fresco —ordenó Briggs en italiano—. Deprisa —deprisa... —Y acordándose entonces de sí mismo se volvió a poner rojo y pidió perdón a todos.

—Muy natural, muy natural —le tranquilizó el señor Wilkins.

Briggs entonces explicó a Lotty lo que ya había explicado dos veces, una a Rose y otra a los otros dos, que iba de camino a Roma y pensó apesarse en Mezzago y asomarse a ver si estaban cómodas y continuar el viaje al día siguiente, alojándose la noche en un hotel de Mezzago.

—Pero qué absurdo —dijo Lotty—. Naturalmente tiene que quedarse aquí. Es su casa. Está el cuarto de Kate Lumley —añadió, volviéndose hacia la señora Fisher—. ¿Le importaría que el señor Briggs lo tuviera por una noche? Kate Lumley no está en él, sabe —le dijo volviéndose de nuevo a Briggs y riendo.

Y la señora Fisher, para su inmenso asombro, también se rió. Sabía que en cualquier otro momento ese comentario le habría parecido sumamente impropio, y sin embargo ahora solo le parecía gracioso.

No, en absoluto, le aseguró a Briggs, Kate Lumley no estaba en ese cuarto. Por suerte, pues era una persona excesivamente ancha y el cuarto excesivamente estrecho. Kate Lumley podría entrar, pero eso era todo. Una vez dentro, encajaría en él tan ajustadamente que probablemente nunca podría volver a salir. Estaba enteramente a disposición del señor Briggs, y esperaba que no hiciera nada tan absurdo como ir a un hotel —él, el dueño de todo el lugar.

Rose escuchó este discurso con los ojos muy abiertos de asombro. La señora Fisher se rió mucho al hacerlo. Lotty también se rió mucho, y al final del mismo se inclinó y besó a la señora Fisher de nuevo —la besó varias veces.

—Así que ya lo ve, mi querido chico —dijo la señora Fisher—, tiene que quedarse aquí y darnos a todos un gran placer.

—Sin duda —corroboró el señor Wilkins cordialmente.

—Un gran placer de verdad —repitió la señora Fisher, con cara exactamente de una madre complacida.

—Quédese —dijo Rose, ante la mirada interrogante de Briggs hacia ella.

—Qué amables son todos —dijo él, con la cara iluminada de sonrisas—. Me encantaría ser huésped aquí. Qué sensación tan nueva. ¿Y con tres anfitrionas tan...?

Se interrumpió y miró a su alrededor.

—Oiga —preguntó—, ¿no debería tener una cuarta anfitriona? Francesca dijo que tenía cuatro señoras.

—Sí. Está lady Caroline —dijo Lotty.

—¿No sería mejor averiguar primero si ella también me invita?

—Oh, pero seguro que sí... —empezó Lotty.

—La hija de los Droitwich, Briggs —dijo el señor Wilkins—, es improbable que carezca de los debidos impulsos hospitalarios.

—La hija de los... —repitió Briggs; pero se cortó en seco, pues allí en el umbral estaba la hija de los Droitwich en persona; o más bien, saliendo hacia él desde el oscuro umbral hacia el resplandor del atardecer, estaba aquello que no había visto todavía en su vida sino solo soñado, su ideal de belleza absoluta.

## CAPÍTULO XIX

Y entonces cuando habló... ¿qué posibilidad le quedaba al pobre Briggs? Estaba perdido. Todo lo que dijo Scrap fue «Cómo está usted», al presentárselo el señor Wilkins, pero fue suficiente; dejó a Briggs perdido.

De un joven alegre, comunicativo y feliz, rebotante de vida y simpatía, se convirtió en silencioso, solemne, con pequeñas gotitas en las sienes. También se puso torpe, dejando caer la cucharilla al servirle la taza, manejando mal los macarrones, de modo que uno rodó por el suelo. Sus ojos no podían apartarse de la cara encantadora ni un instante; y cuando el señor Wilkins, explicando la situación por él, pues él mismo era incapaz, le informó a lady Caroline que en el señor Briggs tenía ante ella al propietario de San Salvatore, que iba de camino a Roma pero se había apeado en Mezzago, etc. etc., y que las otras tres señoras le habían invitado a pasar la noche en lo que era a todos los efectos su propia casa antes que en un hotel, y que el señor Briggs solo esperaba el sello de su aprobación a esa in-

vitación, siendo ella la cuarta anfitriona —cuando el señor Wilkins, equilibrando sus frases y siendo admirablemente claro y disfrutando del sonido de su propia voz cultivada, le explicó la situación de esa manera a lady Caroline, Briggs estuvo sentado sin decir una sola palabra.

Una profunda melancolía invadió a Scrap. Los síntomas del agarrador incipiente estaban todos allí y le eran demasiado familiares, y sabía que si Briggs se quedaba podía darse por terminado su período de descanso y reposo.

Entonces se acordó de Kate Lumley. Se aferró a Kate como a un clavo ardiendo.

—Habría sido un placer —dijo, sonriendo levemente a Briggs — no podía en buena conciencia no sonreír, al menos un poco; pero incluso un poco dejaba al descubierto el hoyuelo, y los ojos de Briggs quedaron más fijos que nunca—. Solo me pregunto si hay sitio.

—Sí que lo hay —dijo Lotty—. Está el cuarto de Kate Lumley.

—Pensé —le dijo Scrap a la señora Fisher, y a Briggs le pareció que nunca había oído música hasta ese momento— que su amiga se esperaba de un momento a otro.

—Oh, no —dijo la señora Fisher —con una placidez un tanto extraña, pensó Scrap.

—La señorita Lumley —dijo el señor Wilkins—, o ¿debería decir —le inquirió a la señora Fisher— señora?

—A Kate nunca la ha casado nadie —dijo la señora Fisher con satisfacción.

—Entendido. La señorita Lumley no llega hoy en ningún caso, lady Caroline, y el señor Briggs tiene —por desgracia, si se me permite decirlo — que continuar el viaje mañana, de modo que su estancia no interferirá en modo alguno con los posibles movimientos de la señorita Lumley.

—Entonces naturalmente me uno a la invitación —dijo Scrap, con lo que a Briggs le pareció la más divina cordialidad.

Él balbució algo, poniéndose colorado hasta las orejas, y Scrap pensó «Oh», y volvió la cabeza; pero eso solo hizo que Briggs conociera su perfil,

y si existía algo más hermoso que la cara de frente de Scrap era su perfil.

Bueno, era solo por esa tarde y esa noche. Se iría, sin duda, a primera hora de la mañana. Se tardaban horas en llegar a Roma. Horrible si se quedaba rezagado hasta el tren nocturno. Tenía la sensación de que el expreso principal a Roma pasaba de noche. ¿Por qué no había llegado ya esa mujer Kate Lumley? Se la había olvidado por completo, pero ahora recordaba que tendría que haber sido invitada dos semanas atrás. ¿Qué había sido de ella? Este hombre, una vez admitido, iría a verla a Londres, rondaría los sitios a los que era probable que ella fuera. Tenía todos los ingredientes, podía verlo su ojo experimentado, de un agarrador apasionada y persistentemente obstinado.

«Si», pensó el señor Wilkins, observando la cara de Briggs y su repentino silencio, «existía algún entendimiento entre este joven y la señora Arbuthnot, ahora va a haber problemas. Problemas de naturaleza diferente a la que temía, en la que Arbuthnot hubiera desempeñado el papel principal, de hecho el papel de suplicante, pero problemas que quizás requieran ayuda y consejo aunque no sean públicamente escandalosos. Briggs, impulsado por sus pasiones y la belleza de ella, aspirará a la hija de los Droitwich. Ella, natural y correctamente, le rechazará. La señora Arbuthnot, dejada en el frío, estará molesta y lo mostrará. Arbuthnot al llegar encontrará a su esposa con lágrimas enigmáticas. Inquiriendo sobre su causa, se encontrará con una reserva glacial. Más problemas entonces son de esperar, y en mí buscarán y encontrarán su asesor. Cuando Lotty dijo que la señora Arbuthnot quería a su marido, se equivocaba. Lo que la señora Arbuthnot quiere es a Briggs, y tiene todo el aspecto de que no va a conseguirlo. Bueno, soy su hombre.»

—¿Dónde está su equipaje, señor Briggs? —preguntó la señora Fisher, su voz redonda de maternidad—. ¿No habría que ir a buscarlo? —Pues el sol casi tocaba ya el mar, y la dulce humedad perfumada de abril que seguía inmediatamente a su desaparición empezaba a colarse en el jardín.

Briggs se sobresaltó.

—¿Mi equipaje? —repitió—. Ah, sí, tengo que ir a buscarlo. Está en Mezzago. Mandaré a Domenico. Mi tartana está esperando en el pueblo. Puede volver en ella. Voy a decírselo.

Se levantó. ¿A quién se estaba dirigiendo? A la señora Fisher, ostensiblemente; y sin embargo los ojos los tenía fijos en Scrap, que no decía nada y no miraba a nadie.

Entonces, recobrándose, balbuceó: «Lo siento muchísimo, no hago más que olvidarme —bajaré yo mismo a buscarlas.»

—Podemos mandar fácilmente a Domenico —dijo Rose; y ante su voz suave él volvió la cabeza.

Por qué, ahí estaba su amiga, la señora de nombre bonito —pero cómo había cambiado en ese breve intervalo. ¿Era la luz que se apagaba lo que la hacía tan sin color, tan sin rasgos definidos, tan apagada, tan parecida a un fantasma? Un fantasma agradable y bueno, desde luego, y con un nombre bonito todavía, pero solo un fantasma.

Volvió de ella a Scrap de nuevo, y olvidó la existencia de Rose Arbuthnot. ¿Cómo era posible que le importara nadie ni nada más en ese primer momento de estar cara a cara con su sueño hecho realidad?

Briggs no había supuesto ni esperado que existiera nadie tan hermoso como su sueño de belleza. Nunca hasta ese momento había encontrado siquiera una aproximación. Mujeres bonitas, mujeres encantadoras a docenas había conocido y apreciado correctamente, pero nunca la cosa real, la cosa divina en sí misma. Solía pensar: «Si alguna vez viera a una mujer perfectamente hermosa me moriría»; y aunque no se moría al haber encontrado ahora lo que a sus ojos era una mujer perfectamente hermosa, se volvió casi tan incapaz de manejar sus propios asuntos como si lo hubiera hecho.

Los demás se vieron obligados a organizar todo por él. A preguntas le sacaron que su equipaje estaba en la consigna de la estación de Mezzago, y mandaron a Domenico, y, animado y guiado por todos excepto Scrap, que seguía sentada en silencio sin mirar a nadie, se indujo a Briggs a darle las instrucciones necesarias para que volviera en la tartana a buscar su equipaje.

Era un espectáculo triste ver el hundimiento de Briggs. Todos lo notaron, incluso Rose.

«Vaya, qué barbaridad», pensó la señora Fisher, «cómo una cara bonita puede convertir a un hombre delicioso en un idiota es algo que supera toda paciencia.»

Y sintiendo el aire que se ponía fresco, y el espectáculo del hechizado Briggs doloroso, entró a dar orden de que le prepararan el cuarto, lamentando ahora haber insistido tanto en que el pobre chico se quedara. Había olvidado momentáneamente la cara apagafiestas de lady Caroline, y tanto más completamente por la ausencia de cualquier mal efecto producido por ella en el señor Wilkins. Pobrecillo. Qué chico tan encantador también, dejándosele a su aire. Es verdad que no podía acusar a lady Caroline de no dejarsele a su aire, pues no le estaba haciendo el menor caso, pero eso no ayudaba. Exactamente como las tontas mariposas nocturnas aleteaban los hombres, inteligentes en todo lo demás, alrededor de la impasible vela encendida de una cara bonita. Los había visto hacerlo. Había presenciado la escena demasiadas veces. Casi posó una mano maternal en la rubia cabeza de Briggs al pasar junto a él. Pobrecillo.

Entonces Scrap, habiendo terminado el cigarrillo, se levantó y entró también. No veía ninguna razón para seguir sentada allí para satisfacer el deseo del señor Briggs de mirarla. Le habría gustado quedarse fuera más rato, ir a su rincón detrás de los arbustos de dafne y contemplar el cielo del atardecer y ver las luces encenderse una a una en el pueblo de abajo y oler la dulce humedad de la noche, pero si lo hacía el señor Briggs sin duda la seguiría.

La vieja y familiar tiranía había vuelto a empezar. Sus vacaciones de paz y liberación estaban interrumpidas —quizás habían terminado, pues ¿quién sabía si después de todo se marcharía mañana? Podría salir de la casa, expulsado por Kate Lumley, pero nada le impedía alquilar un cuarto en el pueblo y venir todos los días. ¡Esta tiranía de una persona sobre otra! Y ella tenía una constitución tan lamentable que ni siquiera podría ahuyentarle con una mirada ceñuda sin que la entendieran mal.

Scrap, que amaba esa hora de la tarde en su rincón, se sintió indignada con el señor Briggs que se lo estaba quitando, y le volvió la espalda al jardín y a él y fue hacia la casa sin una mirada ni una palabra. Pero Briggs, al darse cuenta de su intención, se puso de pie de un salto, apartó de su camino sillas que no le estorbaban, echó a un lado de una patada un reposapiés que no le bloqueaba el paso, fue corriendo a la puerta, que estaba de par en par abierta, para tenerla abierta, y la siguió a través de ella, caminando a su lado por el vestíbulo.

¿Qué iba a hacer uno con el señor Briggs? Bien, era su vestíbulo; no podía impedirle que caminara por él.

—Espero —dijo él, sin poder mientras caminaba apartar los ojos de ella, de modo que chocaba contra varias cosas que de otro modo habría evitado —la esquina de una estantería, un antiguo armario tallado, la mesa con las flores, derramando el agua sobre ella—, que está usted bien aquí. Si no lo estuviera haría yo..., los haría pedazos a todos.

Su voz vibraba. ¿Qué iba a hacer uno con el señor Briggs? Podría quedarse en su cuarto todo el tiempo, naturalmente, decir que estaba enferma, no aparecer en la cena; pero de nuevo, la tiranía de esto...

—Estoy muy bien de verdad —dijo Scrap.

—Si hubiera imaginado que vendría usted... —empezó él.

—Es un lugar antiguo maravilloso —dijo Scrap, haciendo todo lo posible por sonar distante y disuasoria, con pocas esperanzas de éxito.

La cocina estaba en ese piso, y al pasar junto a su puerta, entreabierta, fueron observados por los criados, cuyos pensamientos, comunicados entre sí por miradas, podían reproducirse aproximadamente con los toscos símbolos de Ajá y Oho —símbolos que representaban e incluían su apreciación de lo inevitable, su presciencia de lo inevitable, y su completa comprensión y aprobación.

—¿Va usted arriba? —preguntó Briggs, cuando ella se detuvo al pie de la escalera.

—Sí.

—¿En qué sala se sienta? ¿En el salón o en la sala amarilla pequeña?

—En mi propio cuarto.

Así que no podía subir con ella; así que todo lo que podía hacer era esperar a que saliera de nuevo.

Anhelaba preguntarle cuál era su propio cuarto —le emocionaba oírle llamar suyo a cualquier cuarto de su casa—, para imaginársela en él. Anhelaba saber si por alguna feliz casualidad era su cuarto, para llenarlo para siempre de su maravilla; pero no se atrevía. Eso lo averiguaría más tarde por alguien más —Francesca, quien fuera.

—¿Entonces no la veré hasta la cena?

—La cena es a las ocho —fue la evasiva respuesta de Scrap mientras subía la escalera.

Él la vio alejarse.

Pasó junto a la Madona, el retrato de Rose Arbuthnot, y la figura de ojos oscuros que le había parecido tan dulce pareció palidecer, encogerse en la insignificancia al pasar ella.

Dobló el recodo de la escalera, y el sol poniente, brillando a través de la ventana del oeste un momento en su cara, la convirtió en gloria.

Desapareció, y el sol se apagó también, y la escalera quedó oscura y vacía.

Él escuchó hasta que sus pasos enmudecieron, intentando adivinar por el sonido del cierre de la puerta a qué cuarto había entrado; luego vagó sin rumbo de nuevo por el vestíbulo y se encontró de vuelta en el jardín de arriba.

Scrap le veía desde su ventana. Veía a Lotty y a Rose sentadas en el parapeto del extremo, donde a ella le habría gustado estar, y veía al señor Wilkins agarrando a Briggs del brazo y contándole evidentemente la historia del árbol de adelfa en medio del jardín.

Briggs escuchaba con una paciencia que le pareció bastante agradable, teniendo en cuenta que era su adelfa y la historia de su propio padre. Sabía que el señor Wilkins le estaba contando la historia por sus gestos. Domenico se la había contado a ella poco después de su llegada, y también se la había contado a la señora Fisher, quien se la había contado al señor Wilkins. La señora Fisher tenía en gran estima esa historia y a menudo la mencionaba. Era sobre un bastón de madera de cerezo. El padre de Briggs había clavado ese bastón en el suelo en aquel sitio, y le había dicho al padre de Domenico, que era entonces el jardinero: «Aquí pondremos una adelfa.» Y el padre de Briggs dejó el bastón en el suelo como recordatorio para el padre de Domenico, y al poco tiempo —cuánto después nadie lo recordaba— el bastón empezó a brotar, y era una adelfa.

Ahí estaba el pobre señor Briggs escuchando con paciencia todo aquello, una historia que debía de conocer desde la infancia.

Probablemente estaba pensando en otra cosa. Tenía miedo de que así fuera. Qué desafortunada, qué sumamente desafortunada, la determinación que se apoderaba de las personas de agarrar a los demás y engullirlos. Si pudiera inducírselos a mantenerse más sobre sus propios pies. ¿Por qué no podía ser el señor Briggs más como Lotty, que nunca quería nada de nadie, sino que era completa en sí misma y respetaba la completitud ajena? Con Lotty se disfrutaba estar. Con ella una era libre, y sin embargo acompañada. El señor Briggs también tenía muy buena pinta. Pensó que podría llegar a gustarle si no le gustara ella tan excesivamente.

Scrap se sintió melancólica. Ahí estaba encerrada en su dormitorio, recalentado por el sol de la tarde que había estado entrando en él, en lugar de en el jardín fresco, y todo por culpa del señor Briggs.

Tiranía intolerable, pensó, encendiéndose. No lo aguantaría; saldría igualmente; bajaría corriendo las escaleras mientras el señor Wilkins —ese hombre era de verdad un tesoro— sujetara al señor Briggs contándole la historia de la adelfa, y saldría de la casa por la puerta principal y se refugiaría en las sombras del camino en zigzag. Nadie podía verla allí; a nadie se le ocurriría buscarla allí.

Cogió un chal, pues no pensaba volver en mucho rato, quizás ni siquiera a cenar — sería culpa del señor Briggs si se quedaba sin cena y con hambre —, y con otra mirada por la ventana para comprobar que aún estaba a salvo, se escabulló y llegó a los árboles protectores del camino en zigzag, y se sentó allí en uno de los bancos colocados en cada recodo para ayudar en el ascenso a quienes se quedaban sin aliento.

Ah, esto sí era hermoso, pensó Scrap con un suspiro de alivio. Qué fresco. Qué bien olía. Podía ver el agua tranquila del pequeño puerto a través de los troncos de pinos, y las luces encendiéndose en las casas del otro lado, y a su alrededor el verde crepúsculo estaba salpicado por el rosa de los gladiolos silvestres en la hierba y el blanco de las margaritas aglomeradas.

Ah, esto era hermoso. Tan quieto. Nada se movía —ni una hoja, ni un tallo. El único sonido era un perro ladrando, lejos en algún lugar de los cerros, o cuando se abría la puerta del pequeño restaurante en la plaza de abajo y llegaba un estallido de voces, silenciado de nuevo de inmediato por el cierre de la puerta.

Respiró hondo de placer. Ah, esto era...

El hondo suspiro quedó arrestado a la mitad. ¿Qué era aquello?

Se inclinó hacia adelante escuchando, el cuerpo tenso.

Pasos. En el camino en zigzag. Briggs. Descubriéndola.

¿Debería correr?

No —los pasos subían, no bajaban. Alguien del pueblo. Quizás Angelo con provisiones.

Se relajó. Pero los pasos no eran los de Angelo, ese joven ágil y elástico; eran lentos y considerados, y seguían haciendo pausas.

«Alguien que no está acostumbrado a las cuestas», pensó Scrap.

La idea de volver a la casa no se le ocurrió. No tenía miedo de nada en la vida excepto del amor. Bandoleros o asesinos como tales no infundían ningún terror a la hija de los Droitwich; solo les habría tenido miedo si hubieran dejado de ser bandoleros y asesinos y hubieran empezado a intentar hacer el amor en su lugar.

Al momento siguiente los pasos doblaron el recodo de su tramo del camino y se detuvieron.

«Recobrando el aliento», pensó Scrap, sin volver la cabeza.

Luego, como él —por el sonido de los pasos los atribuía a un hombre— no se movía, ella volvió la cabeza y contempló con asombro a una persona que había visto bastante últimamente en Londres: el conocido escritor de memorias divertidas, el señor Ferdinand Arundel.

Se quedó mirándole. Ya nada en materia de ser seguida la sorprendía, pero que él hubiera descubierto dónde estaba sí la sorprendía. Su madre le había prometido solemnemente no decírselo a nadie.

—¿Usted? —dijo, sintiéndose traicionada—. ¿Aquí?

Él se acercó y se quitó el sombrero. Su frente debajo del sombrero estaba húmeda con las gotas de una escalada no acostumbrada. Tenía un aspecto avergonzado y suplicante, como un perro culpable pero devoto.

—Tiene que perdonarme —dijo—. Lady Droitwich me dijo dónde estaba usted, y como de todas maneras pasaba por aquí de camino a Roma pensé

que me apeaba en Mezzago y simplemente me asomaba a ver cómo estaba.

—Pero... ¿no le dijo mi madre que hacía una cura de reposo?

—Sí. Me lo dijo. Y por eso no me he inmiscuido en usted antes a lo largo del día. Pensé que probablemente dormiría todo el día y se despertaría más o menos ahora para que la alimentaran.

—Pero...

—Lo sé. No tengo nada que decir en mi disculpa. No he podido evitarlo.

«Esto», pensó Scrap, «viene de que madre insista en invitar a autores a almorzar, y de que yo tenga un aspecto mucho más amable de lo que soy en realidad.»

Había sido amable con Ferdinand Arundel; le caía bien —o más bien no le caía mal. Parecía un hombre jovial y sencillo, con ojos de perro bueno. Además, aunque era evidente que la admiraba, en Londres no había agarrado. Allí había sido simplemente una persona agradable e inofensiva de conversación entretenida, que ayudaba a hacer los almuerzos agradables. Ahora resultaba que también él era un agarrador. Imagínate seguirla hasta allá —atreverse a hacerlo. Nadie más lo había hecho. Quizás su madre le había dado la dirección porque le consideraba absolutamente inofensivo y pensaba que podría serle útil y acompañarla de vuelta a casa.

Bueno, fuera lo que fuera, no podía posiblemente darle tantos problemas como un joven activo como el señor Briggs podría dárselos. El señor Briggs, infatuado, sería imprudente, sentía, no se detendría ante nada, perdería la cabeza en público. Se podía imaginar al señor Briggs haciendo cosas con escalas de cuerda, cantando toda la noche bajo su ventana —siendo de verdad difícil e incómodo. El señor Arundel no tenía la figura para ninguna clase de imprudencia. Había vivido demasiado tiempo y demasiado bien. Estaba segura de que no sabía cantar, y de que no querría hacerlo. Tendría al menos cuarenta años. ¿Cuántas buenas cenas podía haber comido un hombre a los cuarenta? Y si durante ese tiempo en lugar de hacer ejercicio había estado sentado escribiendo libros, adquiriría muy naturalmente la figura que el señor Arundel de hecho había adquirido —la figura más apropiada para la conversación que para la aventura.

Scrap, que se había vuelto melancólica ante la vista de Briggs, se volvió filosófica ante la vista de Arundel. Aquí estaba. No podía enviarlo hasta de-

spués de la cena. Había que alimentarlo.

Siendo así, lo mejor era sacarle el mayor partido posible, y hacerlo con buena gracia cuando de todas formas no podía evitarse. Además, sería un refugio temporal del señor Briggs. Al menos conocía a Ferdinand Arundel, y podía oír de él noticias de su madre y sus amigos, y semejante conversación pondría a la hora de la cena una barrera defensiva entre ella y las aproximaciones del otro. Y solo era una cena, y no podía comérsela.

Se preparó por tanto para la amabilidad.

—La alimentación —dijo, ignorando su última observación—, es a las ocho, y tiene que subir a que le alimenten también. Siéntese, refrésquese y cuénteme cómo está todo el mundo.

—¿De verdad puedo cenar con ustedes? ¿Con esta ropa de viaje? —dijo él, enjugándose la frente antes de sentarse a su lado.

Era demasiado hermosa para ser verdad, pensó. Con solo mirarla una hora, con solo oír su voz, era recompensa suficiente por el viaje y sus temores.

—Naturalmente. Supongo que habrá dejado la tartana en el pueblo, y saldrá de Mezzago en el tren nocturno.

—O me quedo en Mezzago en un hotel y sigo mañana. Pero cuénteme —dijo, contemplando el adorable perfil—, cosas de usted. Londres ha estado extraordinariamente aburrido y vacío. Lady Droitwich me dijo que estaba aquí con gente que ella no conocía. Espero que hayan sido amables con usted. Tiene usted el aspecto... bueno, de que la cura ha hecho todo lo que una cura debe hacer.

—Han sido muy amables —dijo Scrap—. Los encontré en un anuncio.

—¿En un anuncio?

—Es una buena manera, descubro, de encontrar amigos. Tengo más cariño a una de ellos que a nadie en años.

—¿De veras? ¿Quién es?

—Adivínelo cuando los vea. Cuénteme cosas de mi madre. ¿Cuándo la vio por última vez? Acordamos no escribirnos a menos que hubiera algo especial. Quería tener un mes perfectamente en blanco.

— Y ahora he venido y lo he interrumpido. No le puedo decir lo avergonzado que estoy — tanto de haberlo hecho como de no haber podido evitarlo.

— Oh, pero — dijo Scrap rápidamente, pues no podía haber venido en mejor día, cuando arriba esperándola y vigilándola estaba, lo sabía, el enamorado Briggs —, me alegra de verdad muchísimo verle. Cuénteme cosas de mi madre.

## CAPÍTULO XX

Scrap quería saber tantas cosas sobre su madre que Arundel acabó teniendo que inventar. Hablaría de cualquier cosa que ella quisiera con tal de poder estar con ella un rato y verla y oírla, pero en realidad sabía muy poco de los Droitwich y sus amigos — aparte de encontrarlos en esas funciones más grandes donde también se representa a la literatura, y de divertirles en almuerzos y cenas, en realidad los conocía muy poco. Para ellos siempre había sido el señor Arundel; nadie le llamaba Ferdinand; y solo conocía los chismes disponibles también para los periódicos de la tarde y los frequentadores de los clubs. Sin embargo era bueno inventando; y en cuanto agotó el conocimiento de primera mano, a fin de responder a sus preguntas y retenerla para sí, procedió a inventar. Era bastante fácil atribuir a otras personas algunas de las cosas entretenidas que constantemente pensaba y pretender que eran de ellas. Scrap, que tenía ese cariño por sus padres que el afecto calienta con la ausencia, estaba sedienta de noticias, y se fue interesando cada vez más por las noticias que él fue impartiendo gradualmente.

Al principio eran noticias ordinarias. La había visto aquí y la había visto allá. Tenía muy buen aspecto; lo decía ella misma. Y añadía esto y lo otro.

Pero al poco las cosas que había dicho lady Droitwich adquirieron una calidad inusual: se volvieron divertidas.

—¿Dijo eso mamá? —le interrumpió Scrap, sorprendida.

Y al poco lady Droitwich también empezó a hacer cosas divertidas además de decirlas.

—¿Hizo eso mamá? —preguntó Scrap, con los ojos muy abiertos.

Arundel se calentó con el trabajo. Atribuyó a lady Droitwich algunas de las ideas más entretenidas que había tenido últimamente, y también cualquier cosa graciosa y encantadora que se hubiera hecho —o podría haberse hecho, pues podía imaginar casi cualquier cosa.

Los ojos de Scrap se pusieron redondos de asombro y orgullo afectuoso por su madre. Vaya, pero qué gracia —imagínate a mamá. Qué monada de viejita. ¿De verdad hizo eso? Qué cosa tan absolutamente adorable de su parte. ¿Y de verdad dijo...? Qué maravilla que se le ocurriera. ¿Y qué cara puso Lloyd George?

Se reía y se reía, y tenía muchas ganas de abrazar a su madre, y el tiempo voló, y se puso bastante oscuro, y se puso casi de noche, y el señor Arundel seguía sin parar de divertirla, y faltaban un cuarto de hora para las ocho cuando de repente se acordó de la cena.

—¡Dios mío! —exclamó, levantándose de un salto.

—Sí. Es tarde —dijo Arundel.

—Subiré corriendo y mandaré a la doncella a usted. Tengo que correr o no me daré tiempo a arreglarme...

Y desapareció por el camino con la agilidad de una joven y esbelta cierva.

Arundel la siguió. No quería llegar acalorado, así que tuvo que ir despacio. Por fortuna estaba cerca de la cima, y Francesca bajó por la pérgola a pilotarle a cubierto, y habiéndole enseñado dónde podía lavarse le instaló en el salón vacío a refrescarse junto al crepitante fuego de leña.

Se alejó cuanto pudo del fuego y se quedó en uno de los hondos huecos de las ventanas mirando las lejanas luces de Mezzago. La puerta del salón estaba abierta, y la casa estaba quieta con el silencio que precede a la cena,

cuando los habitantes están encerrados en sus cuartos vistiéndose. Briggs en el suyo tiraba corbata tras corbata estropeada; Scrap en el suyo se metía a toda prisa en un vestido negro con la vaga noción de que el señor Briggs no podría verla tan claramente de negro; la señora Fisher se abrochaba el chal de encaje que cada noche transformaba su vestido de día en su vestido de noche, con el broche que Ruskin le había regalado en su boda, formado por dos lirios de perlas atados con una cinta de esmalte azul en la que en letras de oro estaba escrito Esto perpetua; el señor Wilkins estaba sentado en el borde de la cama cepillando el pelo a su esposa —hasta ese punto había llegado en la demostratividad en esa tercera semana—, mientras ella, sentada en una silla de cara a él, le ponía los gemelos en una camisa limpia; y Rose, ya vestida, estaba en su ventana considerando su día.

Rose era muy consciente de lo que le había pasado al señor Briggs. Si había tenido alguna dificultad al respecto, Lotty se la habría quitado con los francos comentarios que hizo mientras ella y Rose estaban sentadas juntas en el muro después del té. Lotty estaba encantada de que más amor se introdujera en San Salvatore, aunque fuera unilateral, y dijo que cuando el marido de Rose estuviera allí no suponía, dado que la señora Fisher también había por fin quedado desenganchada —Rose protestó ante la expresión, y Lotty replicó que estaba en Keats—, que habría otro lugar en el mundo más bullente de felicidad que San Salvatore.

—Tu marido —dijo Lotty, balanceando los pies—, podría estar aquí bastante pronto, quizás mañana por la tarde si sale de inmediato, y habrá unos gloriosos días finales antes de que todos nos vayamos a casa renovados para la vida. No creo que ninguna de nosotras sea nunca la misma —y no me sorprendería nada que Caroline acabe encariñándose con el joven Briggs. Está en el aire. Aquí uno tiene que encariñarse con las personas.

Rose estaba en su ventana pensando en estas cosas. El optimismo de Lotty... y sin embargo se había visto justificado por el señor Wilkins; y mira también la señora Fisher. ¡Si al menos pudiera cumplirse también en lo de Frederick! Pues Rose, que entre el almuerzo y el té había dejado de pensar en Frederick, pensaba ahora, entre el té y la cena, en él con más intensidad que nunca.

Había sido divertido y delicioso, ese pequeño interludio de admiración, pero naturalmente no podía continuar una vez que Caroline apareció. Rose

sabía cuál era su lugar. Podía ver tan bien como cualquiera la hermosura inusual, única, de lady Caroline. Qué calor daban, sin embargo, cosas como la admiración y el aprecio, qué capaz de merecerlos realmente le hacían a una sentirse, qué diferente, qué radiante. Parecían despertar a la vida facultades insospechadas. Estaba segura de que había sido una mujer completamente divertida entre el almuerzo y el té, y bonita también. Estaba completamente segura de que había estado bonita; lo veía en los ojos del señor Briggs con tanta claridad como en un espejo. Por un breve espacio, pensó, había sido como una mosca torpe despertada a un alegre zumbido por el encendido de un fuego en una sala invernal. Seguía zumbando, seguía con hormigueo, solo con el recuerdo. Qué divertido había sido, tener un admirador aunque fuera por un rato tan breve. No era de extrañar que a la gente le gustara tener admiradores. Parecían, de alguna manera extraña, hacer que una se sintiera viva.

Aunque todo había terminado seguía ardiente y se sentía más animada, más optimista, más como Lotty probablemente se sentía constantemente, de lo que se había sentido desde que era joven. Se vistió con cuidado, aunque sabía que el señor Briggs ya no la vería, pero le daba placer ver lo bonita que podía ponerse si se lo proponía; y casi se puso una camelia carmesí en el pelo junto a la oreja. La sostuvo allí un minuto, y quedaba de un atractivo casi pecaminoso y era exactamente del color de su boca, pero se la quitó de nuevo con una sonrisa y un suspiro y la puso en el lugar apropiado para las flores, que es el agua. No debería hacer tonterías, pensó. A pensar en los pobres. Pronto estaría de vuelta con ellos, y ¿qué parecería entonces una camelia detrás de la oreja? Simplemente fantástico.

Pero sobre una cosa estaba decidida: lo primero que haría cuando volviera a casa sería tenerlo muy claro con Frederick. Si él no venía a San Salvatore, eso es lo que haría —lo primero. Hacía mucho tiempo que debería haberlo hecho, pero siempre había estado en desventaja cuando lo intentaba, por estar tan terriblemente encariñada con él y tan asustada de que se le fueran a dar nuevas heridas a su pobre y blando corazón. Pero ahora que le hiriera todo lo que quisiera, todo lo que pudiera, igualmente lo aclararía con él. No es que la hiriera nunca intencionalmente; sabía que nunca tenía la intención de hacerlo, sabía que con frecuencia no era consciente de haberlo hecho. Para alguien que escribía libros, pensó Rose, Frederick no parecía tener mucha imaginación. De todas formas, se dijo,

levantándose del tocador, las cosas no podían seguir así. Lo aclararía con él. Esta vida separada, esta soledad helada, ya había tenido bastante. ¿Por qué no podía ser ella también feliz? ¿Por qué diablos — la expresión enérgica estaba a la altura de su estado de ánimo rebelde — no podía ser amada también ella y que le permitieran amar?

Miró su pequeño reloj. Aún diez minutos antes de la cena. Cansada de quedarse en el dormitorio pensó que iría a las almenas de la señora Fisher, que estarían vacías a esa hora, a ver salir la luna del mar.

Fue al vestíbulo de arriba desierto con esa intención, pero en el camino la atrajo la luz del fuego que brillaba por la puerta abierta del salón.

Qué alegre parecía. El fuego transformaba la sala. Oscura y fea durante el día, quedaba transformada igual que ella había sido transformada por el calor de — no, no haría tonterías; pensaría en los pobres; el pensamiento de ellos siempre la devolvía a la sobriedad de inmediato.

Se asomó. Luz del fuego y flores; y al fondo por las estrechas ventanas en aspillera colgaba el telón azul de la noche. Qué bonito. Qué lugar tan dulce era San Salvatore. Y esa gloriosa lila sobre la mesa — tenía que ir a acercar la cara a ella...

Pero nunca llegó a la lila. Dio un paso hacia ella y luego se quedó quieta, pues había visto la figura mirando por la ventana en el rincón más lejano, y era Frederick.

Toda la sangre del cuerpo de Rose se precipitó hacia el corazón y pareció detener sus latidos.

Frederick. Había venido.

Se quedó completamente quieta. Él no la había oído. No se volvió. Ella se quedó mirándole. El milagro había ocurrido, y había venido.

Se quedó sin respirar. Así que la necesitaba, pues había venido al instante. Así que él también debía de haber estado pensando, añorando...

Su corazón, que parecía haber parado de latir, la ahogaba ahora con la velocidad con que corría. Frederick la quería entonces — tenía que quererla, o ¿por qué había venido? Algo, quizás su ausencia, le había hecho volverse hacia ella, necesitarla... y ahora el entendimiento que se había propuesto tener con él sería muy — sería muy — fácil...

Sus pensamientos no seguían. Su mente tartamudeaba. No podía pensar. Solo podía ver y sentir. No sabía cómo había ocurrido. Era un milagro. Dios podía hacer milagros. Dios había hecho este. Dios podía —Dios podía — podía—

Su mente volvió a tartamudear y se interrumpió.

—Frederick... —intentó decir; pero no salió ningún sonido, o si salió el crepitar del fuego lo cubrió.

Tenía que acercarse más. Empezó a avanzar hacia él —despacio, despacio.

Él no se movió. No la había oído.

Se fue acercando más y más, y el fuego crepitaba y él no oía nada.

Se detuvo un momento, incapaz de respirar. Tenía miedo. Suponiéndose que él —suponiéndose que él —oh, pero había venido, había venido.

Siguió adelante, muy cerca de él, y el corazón le latía tan fuerte que pensó que debía de oírlo. ¿Y no podía él sentir —no sabía acaso—?

—Frederick —susurró, apenas capaz de susurrar siquiera, ahogada por los latidos del corazón.

Él se giró sobre sus talones.

—¡Rose! —exclamó, mirándola sin ver.

Pero ella no vio su mirada, pues tenía los brazos alrededor del cuello de él, y la mejilla contra la de él, y murmuraba, con los labios en su oído:

—Sabía que vendrías —en el fondo de mi corazón siempre, siempre supe que vendrías...

## CAPÍTULO XXI

Ahora bien, Frederick no era de los hombres que hieren a nadie si pueden evitarlo; además, estaba completamente desconcertado. No solo estaba su esposa aquí — aquí, de todos los lugares del mundo —, sino que se le colgaba al cuello como no lo había hecho en años, y le decía palabras de amor, y le daba la bienvenida. Si le daba la bienvenida, debía haberle estado esperando. Por extraño que esto fuera, era lo único evidente en la situación — eso, y la suavidad de la mejilla de ella contra la suya, y el dulce olor de ella, tan olvidado hacía tiempo.

Frederick estaba desconcertado. Pero no siendo de los hombres que hieren a nadie si pueden evitarlo, también él le pasó los brazos alrededor; y habiéndoselos pasado también la besó; y al poco rato la besaba casi con tanta ternura como ella le besaba a él; y al poco rato la besaba igual de ternura; y al poco rato la besaba con más ternura, y exactamente como si no hubiera dejado de hacerlo nunca.

Estaba desconcertado, pero seguía siendo capaz de besar. Parecía curiosamente natural hacerlo. Le hacía sentirse como si tuviera treinta años otra vez en lugar de cuarenta, y Rose fuera su Rose de los veinte, la Rose que tanto había adorado antes de que ella empezara a pesar lo que él hacía con su idea de lo correcto, y la balanza le fuera en contra, y ella se hubiera vuelto distante y pétrea y cada vez más consternada, y oh, tan lamentable. En aquellos días no podía acercarse a ella en absoluto; ella no quería, no podía entender. Seguía refiriéndolo todo a lo que llamaba los ojos de Dios — ante los ojos de Dios no podía ser correcto, no era correcto. Su cara miserable — hiciera lo que hicieran sus principios por ella, no la hacían feliz —, su carita miserable, torcida de esfuerzo por ser paciente, había sido al final más de lo que podía soportar ver, y se había mantenido alejado todo lo que podía. Nunca debería haber sido hija de un rector de la iglesia baja — un diablo estrecho de miras; era completamente incapaz de aguantar semejante educación.

Lo que había ocurrido, por qué estaba aquí, por qué era su Rose de nuevo, estaba más allá de su comprensión; y mientras tanto, y hasta que llegara a entender, seguía siendo capaz de besar. De hecho no podía dejar de hacerlo; y era ahora él quien empezaba a murmurar, a decirle cosas de amor en el oído bajo el pelo que olía tan bien y le hacía cosquillas, igual que recordaba que solía hacérselas.

Y mientras la estrechaba junto a su corazón y los brazos de ella eran suaves alrededor de su cuello, sintió que le invadía de manera deliciosa una sensación de —al principio no supo qué era, ese calor delicado y penetrante, y luego lo reconoció como seguridad. Sí; seguridad. Ya no era necesario avergonzarse de su figura y hacer chistes al respecto para anticiparse a los chistes de los demás y demostrar que no le importaba; ya no era necesario avergonzarse de acalorarse al subir las cuestas, ni torturarse con imágenes de cómo debía de aparecer ante mujeres jóvenes y hermosas —qué de mediana edad, qué ridículo en su incapacidad de mantenerse alejado de ellas. A Rose no le importaban esas cosas. Con ella estaba a salvo. Para ella era su amante, como lo había sido; y nunca notaría ni le importarían ninguno de los innobles cambios que envejecer había obrado en él y seguiría obrando cada vez más.

Frederick continuó, pues, con mayor y mayor calor y deleite creciente, besando a su esposa, y el simple hecho de tenerla en sus brazos le hacía olvidar todo lo demás. ¿Cómo podía, por ejemplo, acordarse de lady Caroline o pensar en ella, por no mencionar más que una de las complicaciones con que su situación estaba erizada, cuando aquí estaba su dulce esposa, milagrosamente devuelta a él, susurrando con la mejilla contra la de él en las palabras más queridas y románticas lo mucho que le quería, lo terriblemente que le había echado de menos? Tuvo por un breve instante, pues incluso en los momentos de amor hay breves instantes de pensamiento lúcido, el reconocimiento del inmenso poder de la mujer presente y que efectivamente se sostiene en brazos de uno comparada con el de la mujer, por hermosa que sea, que está en algún otro sitio, pero hasta ahí llegó para recordar a Scrap; no más lejos. Era como un sueño que huye ante la luz de la mañana.

—¿Cuándo saliste? —murmuró Rose, con la boca en su oído. No podía soltarle; ni para hablar podía soltarle.

— Ayer por la mañana — murmuró Frederick, estrechándola. Tampoco él podía soltarla.

— Oh — al mismo instante entonces — murmuró Rose.

Era crítico, pero Frederick dijo: «Sí, al mismo instante», y la besó en el cuello.

— Qué rápido llegó mi carta — murmuró Rose, con los ojos cerrados en el exceso de su felicidad.

— Ya lo creo — dijo Frederick, que sentía ganas de cerrar los ojos él también.

De modo que había habido una carta. Pronto, sin duda, le sería concedida la luz, y mientras tanto esto era tan extraña, tan conmovedoramente dulce, este estrechar a su Rose contra el corazón después de todos esos años, que no podía molestarse en intentar adivinar nada. Oh, había sido feliz durante esos años, porque no estaba en él ser infeliz; además, cuántos intereses había tenido la vida que ofrecerle, cuántos amigos, cuánto éxito, cuántas mujeres más que dispuestas a ayudarle a borrar el pensamiento de la alterada, petrificada, patética esposita en casa que no gastaba su dinero, que se horrorizaba con sus libros, que se iba alejando más y más de él, y que siempre que él intentaba aclararlo con ella le preguntaba con obstinación paciente qué le parecía que tenían que las cosas con que él escribía y vivía ante los ojos de Dios. «Nadie», dijo ella una vez, «debería escribir nunca un libro que Dios no quisiera leer. Esa es la prueba, Frederick.» Y él se había reído histéricamente, prorrumpido en un gran aullido de risa, y huido de la casa, lejos de su carita solemne — lejos de su carita patética y solemne...

Pero esta Rose era de nuevo su juventud, lo mejor de su vida, la parte que había tenido todas las visiones y todas las esperanzas. Cómo habían soñado juntos, él y ella, antes de que él descubriera ese filón de memorias; cómo habían planeado, y reído, y amado. Habían vivido por un tiempo en el mismo corazón de la poesía. Tras los días felices llegaron las noches felices, las noches felices, felices, con ella dormida muy cerca de su corazón, con ella cuando él se despertaba por la mañana todavía muy cerca de su corazón, pues apenas se movían en su sueño hondo y feliz. Era maravilloso que todo eso le volviera al contacto de ella, al sentir la cara de ella contra la suya — maravilloso que ella pudiera devolverle la juventud.

— Amor mío — murmuró, abrumado por el recuerdo, aferrándose a ella ahora él a su vez—. Amor mío.

— Querido marido — susurró ella — la dicha de ello — la pura dicha...

Briggs, al entrar unos minutos antes de que sonara el gong con la esperanza de que lady Caroline estuviera allí, quedó muy asombrado. Había supuesto que Rose Arbuthnot era viuda, y seguía suponiéndolo; de modo que se quedó muy asombrado.

«Vaya por Dios», pensó Briggs, con toda claridad y distinción, pues la conmoción de lo que vio en la ventana le sacudió tanto que por un momento quedó liberado de su propia confusa absorción.

En voz alta dijo, muy colorado: «Oh, mire — perdone» — y luego se quedó dudando y preguntándose si no debería volver a su dormitorio.

Si no hubiera dicho nada no habrían notado que estaba allí, pero cuando pidió perdón Rose se volvió y le miró como mira quien intenta recordar, y Frederick le miró también sin verle del todo al principio.

No parecían, pensó Briggs, que les importara ni que estuvieran en absoluto avergonzados. No podía ser su hermano; ningún hermano provocaba nunca esa expresión en la cara de una mujer. Era muy incómodo. Si a ellos no les importaba, a él sí. Le perturbaba encontrarse con su Madona olvidándose de sí misma.

— ¿Es este un amigo tuyo? — pudo preguntarle Frederick tras un instante a Rose, que no hacía ningún intento de presentar al joven que estaba torpemente delante de ellos sino que seguía mirándole con una especie de goodwill radiante y abstraído.

— Es el señor Briggs — dijo Rose, reconociéndole—. Este es mi marido — añadió.

Y Briggs, estrechándole la mano, justo tuvo tiempo de pensar en lo sorprendente que era tener marido siendo viuda, antes de que sonara el gong, y lady Caroline estaría allí en un minuto, y dejó de poder pensar en absoluto, y solo fue una cosa con los ojos fijos en la puerta.

Por la puerta entraron acto seguido, en lo que le pareció un desfile interminable, primero la señora Fisher, muy solemne con su chal de encaje y el broche de la tarde, quien al verle relajó al instante en sonrisas y benignidad,

solo para ponerse rígida de nuevo, sin embargo, al ver al desconocido; luego el señor Wilkins, el hombre más limpio, más ordenado, más cuidadosamente vestido y peinado de la tierra; y luego, anudándose algo a toda prisa mientras llegaba, la señora Wilkins; y luego nadie.

Lady Caroline llegaba tarde. ¿Dónde estaba? ¿Había oído el gong? ¿No habría que volver a tocarlo? Suponiéndose que no viniera a cenar después de todo...

Briggs se puso frío.

—Preséntame —le dijo Frederick a Rose a la entrada de la señora Fisher, tocándole el codo.

—Mi marido —dijo Rose, cogiéndole de la mano, con la cara exquisita.

«Este», pensó la señora Fisher, «debe de ser el último de los maridos, a menos que lady Caroline saque uno de la manga.»

Pero le recibió amablemente, pues tenía exactamente el aspecto de un marido, en absoluto el de una de esas personas que por ahí van por el extranjero pretendiendo ser maridos cuando no lo son, y dijo que supuso que había venido a acompañar a su esposa a casa al final del mes, y señaló que ahora la casa estaría completamente llena. «De modo que», añadió, sonriendo a Briggs, «al fin estaremos sacándole verdadero partido a lo que pagamos.»

Briggs sonrió mecánicamente, pues era apenas capaz de darse cuenta de que alguien estaba siendo juguetón con él, pero no la había oído y no la miró. No solo tenía los ojos fijos en la puerta sino que todo su cuerpo estaba concentrado en ella.

El señor Wilkins, al que le presentaron a su vez, fue de lo más hospitalario y llamó «señor» a Frederick.

—Bien, señor —dijo el señor Wilkins con cordialidad—, aquí estamos, aquí estamos —y habiéndole estrechado la mano con una comprensión que solo no era mutua porque Arbuthnot aún no sabía lo que le esperaba en materia de problemas, le miró a los ojos como debe mirarse a un hombre, de frente, y dejó que esa mirada transmitiera con tanta claridad como puede transmitirla una mirada que en él se encontraría firmeza, integridad, fiabilidad —en definitiva, un amigo en apuro. La señora Arbuthnot estaba muy

ruborizada, notó el señor Wilkins. No la había visto así de ruborizada antes. «Bueno, soy su hombre», pensó.

El saludo de Lotty fue efusivo. Lo hizo con las dos manos.

—¿Qué te decía yo? —le rió a Rose por encima del hombro mientras Frederick le estrechaba las manos entre las suyas.

—¿Qué le decías? —preguntó Frederick, para decir algo. La manera en que todos le daban la bienvenida le resultaba desconcertante. Evidentemente todos le esperaban, no solo Rose.

La agradable joven arenosa no respondió a su pregunta, sino que parecía extraordinariamente complacida de verle. ¿Por qué habría de estar extraordinariamente complacida de verle?

—Qué lugar tan delicioso es este —dijo Frederick, desconcertado, haciendo la primera observación que se le ocurrió.

—Es una tina de amor —dijo la joven arenosa con seriedad; lo cual le desconcertó más que nunca.

Y su desconcierto se hizo excesivo ante las siguientes palabras que oyó —dichas estas por la anciana señora, que dijo: «No esperemos. Lady Caroline siempre llega tarde» —, pues solo entonces, al oír su nombre, recordó real y debidamente a lady Caroline, y el pensamiento de ella le desconcertó hasta el exceso.

Fue al comedor como un hombre en sueños. Había venido a ese lugar a ver a lady Caroline, y así se lo había dicho. Le había dicho incluso en su fatuidad —era verdad, pero qué fatuo— que no había podido evitar venir. Ella no sabía que estaba casado. Creía que su nombre era Arundel. Todo el mundo en Londres creía que su nombre era Arundel. Lo había usado y escrito bajo él tanto tiempo que casi él mismo creía que era suyo. En el breve tiempo desde que ella le había dejado en el banco del jardín, donde le había dicho que había venido porque no podía evitarlo, había vuelto a encontrar a Rose, la había abrazado apasionadamente y había sido abrazado, y había olvidado a lady Caroline. Sería una extraordinaria buena suerte que el retraso de lady Caroline significara que estaba cansada o aburrída y no vendría a cenar en absoluto. Entonces podría —no, no podría. Se puso todavía más colorado que de costumbre, siendo él un hombre de constitución robusta y ya de por sí colorado, ante el pensamiento de semejante cobardía. No, no

podía irse después de cenar y coger el tren y desaparecer hacia Roma; a menos, claro está, que Rose fuera con él. Pero incluso así, qué huida. No, no podía.

Cuando llegaron al comedor la señora Fisher fue a la cabecera de la mesa —¿era esta la casa de la señora Fisher?, se preguntó. No lo sabía; no sabía nada—, y Rose, que en sus primeros días de desafío a la señora Fisher había tomado el otro extremo como su sitio, pues al fin y al cabo nadie podía decir mirando una mesa cuál era su cabecera y cuál su pie, llevó a Frederick al asiento junto a ella. Si solo pudiera haber estado a solas con Rose; solo cinco minutos más a solas con Rose, para poder preguntarle—

Pero probablemente no le habría preguntado nada, y solo habría seguido besándola.

Miró alrededor. La joven arenosa le decía a Briggs que fuera a sentarse junto a la señora Fisher —¿era la casa entonces de la joven arenosa y no de la señora Fisher? No lo sabía; no sabía nada—, y ella misma se sentaba al otro lado de Rose, de modo que quedaba enfrente de él, Frederick, y junto al hombre jovial que había dicho «Aquí estamos», cuando era demasiado evidente que en efecto ahí estaban.

Junto a Frederick, y entre él y Briggs, había una silla vacía: la de lady Caroline. Ni más de lo que lady Caroline sabía de la presencia de Rose en la vida de Frederick sabía Rose de la presencia de lady Caroline en la vida de Frederick. ¿Qué pensaría cada una? No lo sabía; no sabía nada. Sí sabía algo, y era que su esposa había hecho las paces con él —de repente, milagrosamente, incomprensiblemente y divinamente. Más allá de eso no sabía nada. La situación era una con la que sentía que no podía hacer frente. Tenía que llevarle adonde le llevara. Solo podía dejarse llevar.

En silencio Frederick comió la sopa, y los ojos, los grandes ojos expresivos de la joven de enfrente, sentía, estaban sobre él con una mirada cada vez más intensa de indagación. Eran, podía ver, ojos muy inteligentes y atractivos, y llenos, aparte de la indagación, de buena voluntad. Probablemente pensaba que debería hablar —pero si lo supiera todo no lo pensaría. Briggs tampoco hablaba. Briggs parecía inquieto. ¿Qué le pasaba a Briggs? Y Rose tampoco hablaba, pero eso era natural. Nunca había sido habladora. Tenía la expresión más encantadora en la cara. ¿Cuánto tiempo

seguiría teniendo esa expresión después de la entrada de lady Caroline? No lo sabía; no sabía nada.

Pero el hombre jovial a la izquierda de la señora Fisher hablaba lo suficiente para todos. Ese individuo debería haber sido párroco. Los púlpitos eran el lugar para una voz como la suya; le conseguiría un obispado en seis meses. Le estaba explicando a Briggs, que se removía en el asiento —¿por qué se removía Briggs en el asiento?—, que debía de haber venido en el mismo tren que Arbuthnot, y cuando Briggs, que no decía nada, se agitó en aparente disconformidad, él se encargó de demostrárselo, y se lo demostró en largas frases claras.

—¿Quién es el hombre con esa voz? —le preguntó Frederick a Rose en un susurro; y la joven de enfrente, cuyo oído parecía tener la rapidez de los animales del campo, respondió: «Es mi marido.»

—Entonces por todas las reglas —dijo Frederick agradablemente, recomponiéndose—, no debería estar sentada junto a él.

—Pero es que quiero. Me gusta estar junto a él. Antes no me gustaba.

Frederick no se le ocurrió qué decir a eso, de modo que solo sonrió en general.

—Es este lugar —dijo ella, asintiendo hacia él—. Hace que una entienda. No tiene idea de cuántas cosas va a entender antes de que haya terminado aquí.

—Sin duda lo espero —dijo Frederick con sincero fervor.

Retiraron la sopa y trajeron el pescado. Briggs, al otro lado de la silla vacía, parecía más inquieto que nunca. ¿Qué le pasaba a Briggs? ¿Es que no le gustaba el pescado?

Frederick se preguntaba qué haría Briggs en materia de agitaciones si estuviera en su propia situación. Frederick no paraba de limpiarse el bigote, y no era capaz de levantar la vista del plato, pero eso era todo lo que mostraba de lo que sentía.

Aunque no levantara los ojos sentía los ojos de la joven de enfrente rastrellándole como focos de luz, y los ojos de Rose también estaban sobre él, lo sabía, pero reposaban en él sin cuestionar, hermosamente, como una ben-

dición. ¿Cuánto tiempo seguirían haciendo eso una vez que lady Caroline estuviera allí? No lo sabía; no sabía nada.

Se limpió el bigote por vigésima vez innecesaria, y no pudo mantener del todo la mano firme, y la joven de enfrente vio que no mantenía del todo la mano firme, y sus ojos le rastrillaron con persistencia. ¿Por qué le rastrillaban los ojos con persistencia? No lo sabía; no sabía nada.

Entonces Briggs se puso en pie de un salto. ¿Qué le pasaba a Briggs? Ah —sí —claro: había llegado.

Frederick se limpió el bigote y se levantó también. Ahora ya no había salida. Situación absurda y fantástica. Bueno, ocurriera lo que ocurriera solo podía dejarse llevar —dejarse llevar, y parecer un idiota ante lady Caroline, el más absoluto e incluso deshonesto de los idiotas —un idiota que era también un reptil, pues podría muy bien pensar que se había estado burlando de ella en el jardín cuando le dijo, sin duda con voz temblorosa —necio e idiota—, que había venido porque no podía evitarlo; en cuanto a lo que parecería ante su Rose —cuando lady Caroline la presentara a ella —cuando lady Caroline lo presentara a él como el amigo que había invitado a cenar —, bueno, solo Dios lo sabía.

Se limpió, pues, el bigote por última vez antes de la catástrofe.

Pero no contaba con Scrap.

Esa joven consumada y experimentada se deslizó en la silla que Briggs le sujetaba, y ante la inclinación de Lotty hacia adelante con prontitud, diciéndole antes de que nadie pudiera meter baza: «Imagínate, Caroline, qué rápido ha llegado el marido de Rose», se volvió hacia él sin la sombra más leve de sorpresa en la cara, y le tendió la mano, y sonrió como un ángel joven, y dijo: «Y yo llegando tarde en tu primera noche.»

La hija de los Droitwich...

## CAPÍTULO XXII

Esa noche era la noche de la luna llena. El jardín era un lugar encantado donde todas las flores parecían blancas. Los lirios, las dafnes, el azahar, las alhelíes blancas, los claveles blancos, las rosas blancas — estas podían verse con tanta claridad como de día; pero las flores de color solo existían como fragancia.

Las tres mujeres más jóvenes se sentaron en el muro bajo del extremo del jardín de arriba después de cenar, Rose algo apartada de las otras, y contemplaron la luna enorme avanzando lentamente sobre el lugar donde Shelley había vivido sus últimos meses casi cien años antes. El mar centelleaba a lo largo del camino de la luna. Las estrellas parpadeaban y temblaban. Las montañas eran contornos azules y brumosos, con pequeños grupos de luces brillando a través desde pequeños grupos de hogares. En el jardín las plantas estaban completamente quietas, erguidas y sin que el más leve soplo de aire las moviera. Por las puertas de cristal el comedor, con su mesa a la luz de las velas y sus flores brillantes — capuchinas y caléndulas esa noche —, resplandecía como una cueva mágica de color, y las tres figuras de los hombres fumando alrededor parecían figuras de extraña animación vistas desde el silencio, la enorme y fresca calma del exterior.

La señora Fisher había ido al salón y al fuego. Scrap y Lotty, con las caras vueltas hacia el cielo, decían muy poco y en susurros. Rose no decía nada. Su cara también estaba vueltas hacia arriba. Miraba el pino paraguas, herido en algo glorioso, silueteado contra las estrellas. De vez en cuando los ojos de Scrap se posaban en Rose; también los de Lotty. Pues Rose estaba preciosa. En cualquier parte en ese momento, entre todas las bellezas conocidas, habría estado preciosa. Nadie podría haberla ensombrecido, apagado su luz esa noche; brillaba con demasiada evidencia.

Lotty se inclinó muy cerca del oído de Scrap y susurró. «El amor», susurró.

Scrap asintió. «Sí», dijo, en voz muy baja.

Se veía obligada a admitirlo. Solo bastaba mirar a Rose para saber que aquí estaba el Amor.

—No hay nada como él —susurró Lotty.

Scrap guardó silencio.

—Es una gran cosa —susurró Lotty después de una pausa, durante la que las dos contemplaron la cara vuelta hacia arriba de Rose—, ponerse al día con el propio amar. Quizás puedas decirme de algo más en el mundo que obre semejantes maravillas.

Pero Scrap no podía decírselo; y aunque pudiera, qué noche para ponerse a discutir. Era una noche para —

Se cortó en seco. El amor de nuevo. Estaba por todas partes. No había manera de escapar de él. Había venido a ese lugar a escapar de él, y aquí estaba todo el mundo en sus diferentes etapas. Incluso la señora Fisher parecía haber sido rozada por una de las muchas plumas del ala del Amor, y en la cena era diferente —llena de preocupación porque el señor Briggs no comía, y su cara cuando se volvía hacia él toda blanda de maternidad.

Scrap miró hacia el pino inmóvil entre las estrellas. La belleza te hace amar, y el amor te hace hermosa...

Se envolvió más en el chal con un gesto de defensa, de cerrar la entrada, de mantenerlo fuera. No quería volverse sentimental. Difícil no hacerlo aquí; la noche maravillosa se colaba por todas las rendijas de una, y traía consigo, se quisiera o no, sentimientos enormes —sentimientos que no podía manejar, grandes cosas sobre la muerte y el tiempo y el desperdicio; cosas gloriosas y devastadoras, magníficas y desoladoras, a la vez arrobamiento y terror e inmensa, desgarradora añoranza. Se sentía pequeña y terriblemente sola. Se sentía al descubierto e indefensa. Por instinto se apretó más el chal. Con ese trozo de gasa intentaba protegerse de las eternidades.

—Supongo —susurró Lotty—, que el marido de Rose te parece solo un hombre ordinario, de buen carácter, de mediana edad.

Scrap bajó la vista de las estrellas y miró a Lotty un momento mientras reenfocaba la mente.

—Solo un hombre algo colorado, algo redondo —susurró Lotty.

Scrap inclinó la cabeza.

—No lo es —susurró Lotty—. Rose ve a través de todo eso. Eso son meros adornos. Ella ve lo que nosotras no podemos ver, porque le quiere.

Siempre el amor.

Scrap se levantó, y envolviéndose muy apretadamente en el chal se alejó hacia su rincón de día, y se sentó allí sola en el muro y miró hacia el otro mar, el mar donde el sol había puesto, el mar con la lejana y tenue sombra que se extendía en él que era Francia.

Sí, el amor obraba maravillas, y el señor Arundel —seguía sin acostumbrarse a su otro nombre— era para Rose el Amor mismo; pero también obraba maravillas al revés, no invariablemente, como bien sabía, transfiguraba a las personas en santos y ángeles. Gravemente hacía a veces lo contrario. Lo había tenido en su vida aplicado a ella en exceso. Si la hubiera dejado en paz, si al menos hubiera sido moderado e infrecuente, podría, pensaba, haber resultado ser un ser humano bastante decente, generoso, amable y humano. ¿Y qué era, gracias a ese amor del que Lotty hablaba tanto? Scrap buscó una descripción justa. Era una solterona malcriada, agriada, desconfiada y egoísta.

Las puertas de cristal del comedor se abrieron, y los tres hombres salieron al jardín, la voz del señor Wilkins fluyendo por delante de ellos. Parecía ser el único que hablaba; los otros dos no decían nada.

Quizás era mejor que volviera con Lotty y Rose; sería molesto que la descubrieran y la acorralaran en ese callejón sin salida el señor Briggs.

Se levantó a su pesar, pues consideraba imperdonable que el señor Briggs la obligara a moverse así, a expulsarla de cualquier sitio que quisiera sentarse; y emergió de los arbustos de dafne sintiéndose como una figura austera y severa de justa indignación y deseando tener el aspecto tan austero y severo como se sentía; así habría infundido repugnancia en el alma del señor Briggs y se habría librado de él. Pero sabía que no lo tenía, por mucho que lo intentara. En la cena le temblaba la mano al beber, y no podía hablarle sin ponerse colorado y luego palidecer, y los ojos de la señora Fisher habían buscado los suyos con el ruego de quien pide que no le hagan daño a su único hijo.

¿Cómo podía un ser humano, pensó Scrap, frunciendo el ceño al salir de su rincón, cómo podía un hombre hecho a imagen de Dios comportarse así; y él capacitado para cosas mejores, estaba segura, con su juventud, su atractivo y su inteligencia. Tenía inteligencia. Le había examinado con cautela siempre que en la cena la señora Fisher le obligaba a volverse para responderle, y estaba segura de que tenía inteligencia. También tenía carácter; había algo noble en su cabeza, en la forma de la frente —noble y amable. Tanto más deplorable que se permitiera estar infatuado por un mero exterior, y desperdiciar ninguna de sus fuerzas, ninguna de su paz mental, rondando solo por una cosa-mujer. Si pudiera verla por dentro del todo, ver a través de toda su piel y demás, se curaría, y ella podría seguir sentada sin que la molestaran en esa noche maravillosa.

Justo más allá de los arbustos de dafne se encontró con Frederick, que venía de prisa.

—Estaba decidido a encontrarla a usted primero —dijo—, antes de ir a Rose. —Y añadió de prisa—: Quiero besarle los zapatos.

—¿Ah, sí? —dijo Scrap, sonriendo—. Entonces tendré que ir a ponerme los nuevos. Estos no están ni mucho menos a la altura.

Se sentía inmensamente bien dispuesta hacia Frederick. Él, al menos, no volvería a agarrar. Sus días de agarrar, tan súbitos y tan breves, habían terminado. Hombre agradable; hombre simpático. Ahora le quería definitivamente. Claramente había estado metiéndose en alguna clase de enredo, y le agradecía a Lotty haberla detenido en la cena a tiempo de decir algo irremediabilmente complicador. Pero fuera en lo que fuera que se hubiera metido, estaba fuera de ello ahora; su cara y la de Rose tenían la misma luz.

—La adoraré para siempre a partir de ahora —dijo Frederick.

—¿De verdad? —dijo Scrap.

—La adoraba antes por su belleza. Ahora la adoro porque es no solo tan bella como un sueño sino tan leal como un hombre.

Scrap se rió. «¿Lo soy?», dijo, divertida.

—Cuando la impetosa joven —continuó Frederick—, la bendita e impetosa joven, soltó en el momento justo que soy el marido de Rose, usted se

comportó exactamente como un hombre se habría comportado con su amigo.

—¿Lo hice? —dijo Scrap, con su hoyuelo encantador muy visible.

—Es la más rara, la más preciosa de las combinaciones —dijo Frederick—, ser mujer y tener la lealtad de un hombre.

—¿Lo es? —sonrió Scrap, con un punto de melancolía. Eran cumplidos de lo más generosos. Si solo fuera de verdad así...

—Y quiero besarle los zapatos.

—¿No ahorraría esto molestias? —preguntó, tendiéndole la mano.

Él la tomó y la besó rápidamente, y se estaba alejando ya. «Bendita sea», dijo al irse.

—¿Dónde está su equipaje? —llamó Scrap tras él.

—Dios mío, sí... —dijo Frederick, deteniéndose—. Está en la estación.

—Mandaré a buscarlo.

Él desapareció entre los arbustos. Ella entró para dar la orden; y así fue como ocurrió que Domenico, por segunda vez esa noche, se encontró viajando a Mezzago y cavilando mientras iba.

Luego, habiendo hecho los arreglos necesarios para la felicidad perfecta de esas dos personas, salió de nuevo al jardín despacio, muy absorta en sus pensamientos. El amor parecía traer felicidad a todo el mundo excepto a ella. Ciertamente se había apoderado de todo el mundo allí, en sus diferentes variedades, excepto de ella. El pobre señor Briggs había sido atrapado por su variedad menos digna. Pobrecillo el señor Briggs. Era un problema perturbador, y su marcha al día siguiente no lo resolvería, temía.

Cuando llegó adonde estaban los demás, el señor Arundel —seguía sin acordarse de que no era el señor Arundel— ya, con el brazo de Rose en el suyo, se alejaba con ella, probablemente hacia la mayor intimidad del jardín bajo. Sin duda tenían mucho que decirse; algo había salido mal entre ellos, y de repente se había arreglado. San Salvatore, diría Lotty, San Salvatore obrando su hechizo de felicidad. Podía creer perfectamente en ese hechizo. Incluso ella era más feliz allí que lo había sido en siglos. La única persona que se iría sin haber recibido nada sería el señor Briggs.

Pobrecillo el señor Briggs. Cuando le tuvo a la vista parecía demasiado agradable y jovial para no ser feliz. Parecía fuera de lugar que el dueño del lugar, la persona a quien debían todo aquello, fuera la única en marcharse de él sin ser bendecida.

El remordimiento se apoderó de Scrap. Qué días tan agradables había pasado en su casa, tumbada en su jardín, disfrutando de sus flores, amando sus vistas, usando sus cosas, sintiéndose cómoda, sintiéndose descansada — recuperándose, en definitiva. Había tenido el tiempo más ocioso, apacible y reflexivo de su vida; y todo realmente gracias a él. Oh, sabía que le pagaba alguna ridícula cantidad pequeña a la semana, fuera de toda proporción con los beneficios que recibía a cambio, pero ¿qué era eso en la balanza? ¿Y no era completamente gracias a él que había conocido a Lotty? Nunca de otro modo se habrían encontrado ella y Lotty; nunca de otro modo la habría conocido.

El remordimiento le puso la mano rápida y cálida a Scrap. Una gratitud impulsiva la inundó. Fue directamente hacia Briggs.

—Le debo tanto —dijo, abrumada por la repentina comprensión de todo lo que de verdad le debía, y avergonzada de su hosquedad de la tarde y en la cena. Por supuesto que él no había sabido que era hosca. Por supuesto que su desagradable interior estaba camuflado como de costumbre por la disposición casual de su exterior; pero ella lo sabía. Era hosca. Había sido hosca con todo el mundo durante años. Cualquiera ojo penetrante, pensó Scrap, cualquier ojo verdaderamente penetrante, la vería tal como era —una solterona malcriada, agriada, desconfiada y egoísta.

—Le debo tanto —dijo pues Scrap con seriedad, yendo directamente hacia Briggs, humillada por esos pensamientos.

Él la miró con asombro.

—¿Me debe usted? —dijo—. Pero si soy yo quien le debo a usted... quien le debo a usted... —tartamudeó. Verla allí en su jardín... ninguna flor blanca en él era más blanca, más exquisita.

—Por favor —dijo Scrap, con todavía más seriedad—, ¿no podría aclarar la mente de todo excepto de la pura verdad? Usted no me debe nada. ¿Cómo podría?

—¿Que no le debo nada? —repitió Briggs—. Pero si le debo mi primer encuentro con —con—

—Por el amor del cielo —dijo Scrap con súplica—, por favor, sea usted corriente. No sea humilde. ¿Por qué va a ser humilde? Es ridículo de su parte ser humilde. Usted vale cincuenta veces lo que yo.

«Imprudente», pensó el señor Wilkins, que también estaba allí de pie, mientras Lotty se sentaba en el muro. Quedó sorprendido, consternado, escandalizado ante el hecho de que lady Caroline animara así a Briggs. «Imprudente —muy», pensó el señor Wilkins, moviendo la cabeza.

La condición de Briggs era ya tan mala que el único camino a tomar con él era rechazarle de plano, consideraba el señor Wilkins. Las medias tintas no servirían para nada con Briggs, y la amabilidad y el trato familiar solo serían malentendidos por el desdichado joven. La hija de los Droitwich no podía querer realmente, era imposible suponerlo, animarle. Briggs estaba muy bien, pero Briggs era Briggs; su solo nombre lo demostraba. Probablemente lady Caroline no apreciaba del todo el efecto de su voz y su cara, y cómo entre las dos hacían que palabras que de otro modo serían ordinarias parecieran —bueno, alentadoras. Pero estas palabras no eran del todo ordinarias; no las había ponderado lo suficiente, temía. Sin duda y sin duda necesitaba un consejero —algún consejero sagaz y objetivo como él mismo. Ahí estaba, delante de Briggs casi tendiéndole las manos. Briggs, naturalmente, debía ser agradecido, pues estaban disfrutando de unas vacaciones muy agradables en su casa, pero no agradecido en exceso y no solo por lady Caroline. Esa misma noche había estado considerando la presentación al día siguiente de una carta de gratitud colectiva de todos al marcharse; pero no debería ser agradecido así, a la luz de la luna, en el jardín, por la señora de la que estaba tan manifiestamente infatuado.

El señor Wilkins, por tanto, deseando ayudar a lady Caroline a salir de esa situación con un tacto rápidamente aplicado, dijo con mucha cordialidad: «Es del todo correcto, Briggs, que se le agradezca. Tenga la bondad de permitirme añadir mis expresiones de deuda, y las de mi esposa, a las de lady Caroline. Tendríamos que haber propuesto un voto de gracias en su honor durante la cena. Habría que haberle brindado por usted. Sin duda debería haber habido algún...»

Pero Briggs no le prestó ninguna atención; simplemente siguió mirando a lady Caroline como si fuera la primera mujer que había visto en su vida. Tampoco, observó el señor Wilkins, le prestó ninguna atención lady Caroline; ella también siguió mirando a Briggs, y con ese extraño aire de casi súplica. Muy imprudente. Muy.

Lotty, en cambio, le prestó demasiada atención, eligiendo ese momento en que lady Caroline necesitaba especial apoyo y protección para levantarse del muro y pasarle el brazo por el suyo y llevárselo.

—Quiero decirte algo, Mellersh —dijo Lotty en ese momento, levantándose.

—Ahora no —dijo el señor Wilkins, apartándola con un gesto.

—No —ahora —dijo Lotty; y se lo llevó.

Él fue con la mayor reluctancia. A Briggs no había que darle ninguna cuerda —ni un centímetro.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó con impaciencia, mientras ella le conducía hacia la casa. Lady Caroline no debería quedar expuesta así a los molestos.

—Oh, pero no lo está —le aseguró Lotty, como si él lo hubiera dicho en voz alta, lo cual desde luego no había hecho—. Caroline está perfectamente bien.

—En absoluto bien. Ese joven Briggs es—

—Claro que sí. ¿Qué esperabas? Vamos adentro al fuego con la señora Fisher. Está completamente sola.

—No puedo —dijo el señor Wilkins, intentando dar media vuelta—, dejar a lady Caroline sola en el jardín.

—No seas tonto, Mellersh —ella no está sola. Además, quiero decirte algo.

—Pues dímelo.

—Dentro.

Con una reluctancia que aumentaba a cada paso el señor Wilkins fue llevado cada vez más lejos de lady Caroline. Creía en su esposa y confiaba en

ella, pero en esa ocasión pensaba que estaba cometiendo un terrible error. En el salón estaba sentada la señora Fisher junto al fuego, y ciertamente era para el señor Wilkins, que prefería las habitaciones y los fuegos después de oscurecer a los jardines y la luz de la luna, más agradable estar allí dentro que fuera si hubiera podido traer a lady Caroline a salvo con él. Tal como estaban las cosas, entró con la mayor relucencia.

La señora Fisher, con las manos cruzadas sobre el regazo, no hacía nada, simplemente miraba fijamente el fuego. La lámpara estaba puesta en posición conveniente para leer, pero no estaba leyendo. Sus grandes amigos muertos no parecían merecer la lectura esa noche. Siempre decían las mismas cosas ahora —una y otra vez decían las mismas cosas, y no había nada nuevo que sacarles ya para siempre. Sin duda eran más grandes que nadie que viviera ahora, pero tenían esa inmensa desventaja de estar muertos. Ya no cabía esperar nada más de ellos; mientras que de los vivos, ¿qué no podría esperarse todavía? Echaba de menos lo vivo, lo que se desarrollaba —lo cristalizado y terminado la cansaba. Estaba pensando que si solo hubiera tenido un hijo —un hijo como el señor Briggs, un chico querido así, que avanzara, se desarrollara, estuviera vivo, fuera afectuoso, la cuidara y la quisiera...

La expresión de su cara le dio a la señora Wilkins un pequeño tirón en el corazón cuando la vio. «Pobrecilla», pensó, con toda la soledad de la vejez apareciéndosele de golpe, la soledad de haber sobrepasado la bienvenida en el mundo, de estar en él solo de prestado, la soledad completa de la mujer mayor sin hijos que no ha sabido hacer amigos. Sí que parecía que las personas solo podían ser de verdad felices en parejas —cualquier clase de parejas, no necesariamente amantes en absoluto, sino parejas de amigos, parejas de madres e hijos, de hermanos y hermanas—, y ¿dónde iba a encontrarse la otra mitad de la pareja de la señora Fisher?

La señora Wilkins pensó que quizás era mejor que la besara de nuevo. El beso de esa tarde había sido un gran éxito; lo sabía, había sentido al instante la reacción de la señora Fisher. Así que se acercó y se inclinó y la besó y dijo alegremente: «Hemos entrado» —lo cual era en efecto evidente.

Esta vez la señora Fisher llegó incluso a levantar la mano y sostener la mejilla de la señora Wilkins contra la suya propia —esa cosa viva, llena de afecto, de sangre cálida y acelerada; y al hacerlo se sintió a salvo con la ex-

traña criatura, segura de que ella, que hacía ella misma cosas inusitadas con tanta naturalidad, lo tomaría completamente como algo normal, y no la turbaría sorprendiéndose.

La señora Wilkins no se sorprendió en absoluto; estaba encantada. «Creo que soy la otra mitad de su pareja», le cruzó por la mente a toda velocidad. «Creo que soy yo, positivamente yo, la que va a ser amiga íntima de la señora Fisher.»

Su cara al levantar la cabeza estaba llena de risa. De lo más extraordinario, los desarrollos que producía San Salvatore. Ella y la señora Fisher... pero las veía siendo amigas íntimas.

—¿Dónde están los demás? —preguntó la señora Fisher—. Gracias —querida —añadió, mientras la señora Wilkins le ponía un reposapiés bajo los pies, un reposapiés claramente necesario, siendo las piernas de la señora Fisher cortas.

«Me veo a través de los años», pensó la señora Wilkins con los ojos bailando, «trayéndole reposapiés a la señora Fisher...»

—Las Roses —dijo, irguiéndose—, han ido al jardín bajo —creo que a hacer el amor.

—¿Las Roses?

—Los Fredericks, entonces, si lo prefieres. Están completamente fusionados e indistinguibles.

—¿Por qué no decir los Arbuthnot, querida? —dijo el señor Wilkins.

—Muy bien, Mellersh —los Arbuthnot. Y las Carolines...

Tanto el señor Wilkins como la señora Fisher se sobresaltaron. El señor Wilkins, habitualmente con tan completo dominio de sí mismo, se sobresaltó incluso más que la señora Fisher, y por primera vez desde su llegada se sintió enfadado con su esposa.

—¡Realmente...! —empezó indignado.

—Muy bien, Mellersh —los Briggs, entonces.

—¡Los Briggs! —exclamó el señor Wilkins, ahora muy enfadado de verdad; pues la implicación era para él un insulto de lo más escandaloso a toda

la raza de los Dester — los Dester muertos, los Dester vivos, y los Dester que todavía eran inofensivos por ser nonatos —. ¡Realmente...!

—Lo siento, Mellersh —dijo la señora Wilkins, fingiendo humildad—, si no te gusta.

—¿Que si me gusta! Estás desquiciada. Por qué, no se han visto en la vida hasta hoy.

—Eso es cierto. Pero por eso pueden avanzar ahora.

—¡Avanzar! —el señor Wilkins solo podía hacerse eco de las palabras escandalosas.

—Lo siento, Mellersh —dijo la señora Wilkins de nuevo—, si no te gusta, pero...

Sus ojos grises brillaron, y su cara se llenó de la luz y la convicción que tanto habían sorprendido a Rose la primera vez que se vieron.

—Es inútil resistirse —dijo—. Yo en tu lugar no lucharía. Porque...

Se interrumpió, y miró primero a una cara alarmada y solemne y luego a la otra, y la risa además de la luz parpadeo y bailó sobre ella.

—Los veo siendo los Briggs —concluyó la señora Wilkins.

Esa última semana la siringa floreció en San Salvatore, y florecieron todas las acacias. Nadie había reparado en cuántas acacias había hasta que un día el jardín se llenó de un olor nuevo, y ahí estaban los árboles delicados, los hermosos sucesores de la glicinia, colgados por todas partes entre sus hojas temblorosas de flor. Tumbarse bajo una acacia esa última semana y mirar hacia arriba entre las ramas a sus frágiles hojas y sus flores blancas temblando contra el azul del cielo, mientras el más leve movimiento del aire hacía caer su perfume, era una gran felicidad. De hecho, todo el jardín fue vistiéndose gradualmente hacia el final de blanco, y oliendo cada vez más. Estaban los lirios, tan vigorosos como siempre, y las alhelíes blancas y los claveles blancos y las rosas banksia blancas, y la siringa y el jazmín, y al final la fragancia coronadora de las acacias. Cuando el primero de mayo se fueron todos, incluso después de llegar al pie de la colina y pasar por la verja de hierro al pueblo, seguían oliendo las acacias.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**